JOSÉ IGNACIO CARNERO

Los fabuladores



RANDOM HOUSE

JOSÉ IGNACIO CARNERO

Los fabuladores



RANDOM HOUSE

A Beatriz Hidalgo,
Rosa Fernández
y Sacramento Peña

PRÓLOGO

Las historias que se cuentan, lo que decimos de nosotros y los demás repiten como si fuera cierto, pretenden explicar aquello que es confuso y permanece en la sombra; lo contrario a una novela, que, según dijo Faulkner, es como una cerilla en la noche: apenas alumbra nada, pero permite ver cuánta oscuridad hay alrededor.

Estas historias, que se cuentan en el rellano de la escalera, en el ascensor o en la barra de un bar, aunque resulten modestas e improvisadas, son, en realidad, mucho más pretenciosas que una ficción. Porque la literatura ya entiende que el mundo es complejo y depende de los ojos que lo miren, que no hay verdades absolutas, que se debe simular la vida para apreciar cuanto se desconoce de los demás y de uno mismo.

Sin embargo, tanto al contar esas historias como al escribir todos queremos ser creídos. Yo también. Pero no soy el único que lo pretende en esta historia. Aquí todo el mundo lo desea. Esto no lo sabía hace cinco años, cuando empecé esta novela y los personajes estaban callados y guardaban ese respeto tan propio de los muertos.

Los muertos son indulgentes y hasta compasivos con nosotros. Pobres vivos, parecen querer decirnos, aún pretendéis ser escuchados, aún arrastráis la carga de querer ser creídos; qué desgracia la vuestra que no gozáis del perpetuo silencio, y todavía no habéis comprendido que todo es en vano y a nadie le importa lo que decís, el primer balbuceo como el gran discurso, la frase exacta

como la malgastada. A nadie le importa, nos insisten, y menos a nosotros que nada podemos obtener a cambio de todas esas palabras.

Por eso callan y nos dejan hablar.

Es vuestro tiempo, nos dicen, el nuestro ya pasó.

Y cómo desconfiar de ese abandono; cómo sospechar del que renuncia a ser creído y te ofrece su reserva: habla tú, escribe tú, cuenta tú lo que pasó, repiten los que ya no están aquí, yo ya he contado suficiente, mi vida empezó y acabó y no tengo nada más que decir.

Y uno, que se cree libre, decide hacer caso a los muertos y comienza a llenar folios y más folios sin saber que ellos son más astutos que nosotros, que no necesitan contar y decir y hablar sin descanso para hacerse creer, sino tan sólo dejar que los vivos lo hagamos en su lugar. Como si ellos no habitaran en nosotros; como si nosotros no fuéramos también ellos; como si su memoria no nos perteneciera y sus esperanzas y sus anhelos y sus tragedias no se repitieran una y otra vez.

De modo que así sucede.

Los muertos habitan en las ideas que creemos propias y susurran en las frases que escribimos. Vivimos en su mundo sin saberlo y sin saberlo también cumplimos con su deseo de ser creídos. Porque ese anhelo permanece y se manifiesta a través de nosotros. ¿Cómo va a desaparecer si tanto empeño pusieron en vida y ahora, en la eternidad, ningún placer más les queda? ¿Cómo van a permitir que todo lo que dijeron se desvanezca?

Los muertos de esta historia son como todos los demás. Hablaron durante un tiempo y después callaron. Llevaban décadas en silencio

cuando supe de ellos y empecé a interesarme por sus vidas. Aunque apenas recuerdo cómo sucedió aquel encuentro, cómo fue la primera vez que oí hablar de los hombres que en 1961 secuestraron el Santa María y comencé a querer saber quiénes eran y qué los llevó a hacerlo.

Me parecía extravagante que aquellos tipos hubieran existido, supongo, que su historia fuese real; que, mientras el régimen de Franco se consolidaba y el país parecía dormido, mientras España se llenaba de pisos y de fábricas y de grandes almacenes, veinticuatro exiliados hubieran pensado que la mejor forma de acabar con la dictadura era secuestrar un transatlántico en aguas del Caribe.

Aquel delirio me sedujo y se instaló en mi vida.

Las obsesiones siempre nos alcanzan así, sin quererlo ni buscarlo. Es un proceso que permanece ajeno a la voluntad. Deben de ser los muertos, ya digo, que susurran y disponen y alimentan esas obsesiones, pues antes no estaban y brotaron de la nada y, a veces, como vienen se van, pero, en otras ocasiones, nos acompañan durante años.

Así me ha ocurrido a mí con esta historia, la que me dispongo a contar y que comienza con un hombre galopando por las calles de Oporto: supe de ella a principios de 2020 y no ha sido hasta ahora, en el verano de 2025, cuando su presencia es ya menos intensa y puedo olvidarme del relato durante días o semanas enteras, e incluso observar a los personajes con cierta distancia y escucharlos hablar de lo que sucedió y, algunas veces, mentir; y sonreír o sentir compasión cuando lo hacen y yo lo advierto.

Durante cinco años seguí el rastro de los hombres que protagonizan esta novela; cinco años visitando archivos y leyendo lo que dejaron

escrito o lo que otros escribieron sobre ellos; y cinco años entrevistando y escuchando a quienes los conocieron en vida y aún hoy recuerdan la historia que alguna vez les contaron.

Con ese propósito viajé a Caracas en el verano de 2022.

Desde la habitación de mi hotel podía ver la azotea en la que aquellos hombres planearon el secuestro. Y también desde allí creía escuchar lo mismo que ellos sesenta años atrás: los coches que aceleran, las risas que salen de los bares, un avión que cruza el Ávila y desciende hacia Maiquetía.

Pero la Caracas de 2022 nada tenía que ver con la de 1961. Al caer la noche, los peatones aceleraban el paso, los vehículos dejaban de circular y pronto las calles quedaban desiertas.

Todo el mundo tiene miedo de los malandros, me dijeron; esos saqueadores bajan de Petare cubiertos con un pasamontañas y una pistola en la cintura y atemorizan a la gente que camina por la calle; comienzan a beber cuando el sol se esconde y después llevan un cigarrillo o un trago de whisky a unos altares que han levantado en honor a sus compañeros caídos, la Corte Malandra los llaman; creen que sus espíritus los protegen, ya ves tú qué ideas, Carnero, este país ha perdido la chaveta; así que no te despistes, ten cuidado si la noche te agarra y pide un taxi en cuanto puedas.

A mí aquellas precauciones me daban igual, porque siempre solía ponerme a escribir tras el ocaso. A menudo los cortes de luz interrumpían mi tarea y entonces me levantaba del escritorio, me acercaba a la ventana y contemplaba la oscuridad. No quedaban rótulos de neón ni semáforos encendidos. La noche todo lo alcanzaba, la madrugada todo lo cubría. Poco quedaba de la Caracas de los años sesenta. Aquella ciudad sólo estaba en mi imaginación o, acaso, en las fotografías y postales que llenaban mi mochila y cuyas localizaciones trataba de encontrar cada mañana.

Un día tras otro buscaba los bares en los que mis personajes se reunían, pero no hallaba más que locales tapiados, llenos de mugre, óxido y moho. El dinero del petróleo ya no manaba por Sabana Grande, la avenida en la que los hombres de este relato se juntaban para hablar de literatura y política. Recorrí en muchas ocasiones aquel bulevar. Y, a veces, creía reconocer sus rostros entre la multitud e imaginaba entonces cómo pudieron suceder las cosas.

Las cosas debieron de suceder así. Es el otoño de 1960 y todo comienza en esa avenida. Hace dos años que Pérez Jiménez ha caído. Siempre que cae un dictador una gran fuerza se desata. Los protagonistas de esta novela son españoles y portugueses. Exiliados. Cada tarde beben cerveza en la misma terraza. Después suben a la azotea del edificio en el que uno de ellos vive. Apenas quedan luces encendidas en las oficinas. Las luces son las de la calle. Toda la ciudad se concentra en los cafés y en las discotecas, en las librerías y en los cines, en los teatros y en los puestos de comida ambulante. Hombres de negocios, dependientas, camareros, taxistas, obreros de la construcción, carteristas. Todos están allí. La moral se relaja en esa zona de la ciudad. Es el sector de Caracas en el que los homosexuales se juntan, el primer lugar en el que el twist comienza a sonar, el barrio donde la mafia cierra sus tratos. Casi todo está permitido en Sabana Grande. Por eso, a ella acude la devota burguesía en busca de sexo. Dios mira hacia otro lado, la policía hace la vista gorda. Los agentes se dirigen gestos de complicidad al observar cómo los respetables padres de familia, esos hombres tan rectos y católicos, se adentran en las calles más oscuras. En ellas hay mendigos, borrachos y proxenetas. También artistas y escritores. Pero nadie escribe, pinta ni compone canciones; todo el mundo

fuma, bebe y baila. Eso se observa desde la azotea en la que los tres protagonistas de esta novela conversan y toman café. Desde allí contemplan la calle. No se miran, no hablan. Ven a la gente pasárselo bien. Porque eso es lo que se viene a hacer al barrio en el que el capitán Henrique Galvão vive desde hace unos meses. Ha alquilado un apartamento minúsculo, apenas un dormitorio, una cocina y un pequeño lavabo. Es todo lo que se puede permitir con su salario. Un amigo le ha conseguido trabajo en una agencia inmobiliaria. Resulta extraño un empleo tan gris para alguien como él. Los que lo conocen se sorprenden al verlo cada mañana con la cartera debajo del brazo, subiendo a un autobús o cargando con las bolsas de la compra. El capitán, el gobernador de Angola, el novelista de éxito es ahora un simple vendedor de apartamentos.

Sus vecinos lo miran con lástima, sienten compasión.

Y comentan.

Ya es casi un anciano, qué pena que haya acabado así, él que lo ha tenido todo y todo lo ha perdido: su casa, su fama, hasta su familia. Qué triste resulta verlo tan envejecido y demacrado dando vueltas por Chacao; se le ve mustio y desaliñado, ¿no? Camina sin rumbo, con la mirada perdida, como si su cabeza estuviera en otro lugar; y se junta con gente… gente dudosa, comunistas, anarquistas, exiliados de la guerra de España; gente que nada tiene que ver con él, un oficial del ejército, una persona decente y religiosa, un diputado, alguien que fue tan cercano a Salazar rodeado ahora de toda esa chusma que sólo trae problemas. En Sabana Grande, sí, en el mismo bar de siempre puedes verlos cada tarde bebiendo y fumando y hablando de sus cosas. Aunque lo suyo con la dictadura no va de ideas, es algo personal, créeme. Al final va a ser cierto que los odios unen más que los afectos. Y eso es lo que le pasa a Galvão con los comunistas: que ambos detestan lo mismo.

En fin, a ver cómo acaban, seguro que mal. A él, de momento, aquí lo tienes, perdido en un rincón del Caribe, sin un dólar y esperando no se sabe qué. Me recuerda a Bolívar en Santa Marta.

Eso dicen sus vecinos de él.

Lo que no dicen –porque no lo saben– es que por las noches se dedica a conspirar. Cuando el sol se oculta en el Ávila, el capitán Galvão sube a la azotea. Allí pasa la noche hablando con otros dos hombres. Son gallegos. Se llaman Pepe Velo y José Fernández, aunque este último pide que le llamen comandante Sotomayor.

Mientras la ciudad se divierte, ellos planean el secuestro de un transatlántico.

Todo parece resultado de mentes extraviadas
por la lectura de novelas policiacas.

La Vanguardia, 27 de enero de 1961

¿Qué sería de nosotros sin la ayuda de lo que no existe?

Paul Valéry

PRIMERA PARTE

LO QUE NO EXISTE

I

EL CAPITÁN

Oporto, 1934 - Buenos Aires, 1959

Está montado en un enorme caballo blanco. Flaco, casi esquelético, de rostro afilado, cabalga abriéndose paso entre la multitud que se agolpa para ver el desfile. El jinete encabeza una tropa de soldados africanos que obedece sus órdenes. Llevan la cara pintada, el pecho descubierto y visten ropas tradicionales, telas y plumas que apenas cubren sus sexos. Desfilan en formación, mostrando sus lanzas y escudos, sus cerbatanas y machetes, sus collares de resina y de hueso. Lo hacen tras el lento trote del caballo. Blanco es también el jinete. No es africano, su tez es pálida y viste uniforme y sombrero. Sonríe al público, saluda y después acaricia la nuca del animal. Desde allí, desde lo alto del caballo, parece un líder militar, un general, un caudillo que regresa a su patria tras alcanzar la gloria.

Pero eso son sólo ensoñaciones. Henrique Galvão tiene entonces treinta y nueve años y es capitán del ejército portugués. Ha sido nombrado director de la Exposición Colonial de Oporto de 1934 y lo que está haciendo a lomos de ese caballo no es entrar triunfante en una ciudad conquistada, sino conducir un delirante espectáculo con miles de figurantes. Aunque no todos lo son. Galvão también ha hecho traer indígenas de las colonias: bailarinas de Mozambique,

encantadores de serpientes de Angola y cazadores de Cabo Verde. Cabalgando entre ellos se siente poderoso, invencible, el héroe que cruza las murallas de la ciudad.

Y algo hay de cierto en ello, porque Galvão está entonces en la cúspide de su carrera. Piensa que es uno de los elegidos. Al contemplar el entusiasmo que se levanta a su paso, al advertir la mirada sumisa del pueblo, cree que al fin su patria lo está recompensando. En la cima de su gloria, una gloria que durante toda su vida anhelará, por primera vez se cree inmortal.

Sin embargo, todo es una patraña, una representación, una comedia absurda y grotesca.

Y es obra del capitán Galvão.

Es él quien ordena construir réplicas de aldeas, reproducciones de monumentos célebres y jaulas para encerrar a los animales; es él quien imagina el teleférico y el tren que recorre los espacios en los que se pueden ver a los nativos –de Guinea, de Timor, de Goa– que son expuestos como si de un zoo humano se tratara; es él quien asiente cuando escucha a un científico advertir de los peligros del mestizaje; y también es él quien aplaude después de que ese mismo científico afirme que los indígenas tienen el coeficiente intelectual de un niño europeo de seis años.

Galvão está satisfecho, todo está saliendo bien.

Firma autógrafos y sonríe a las mujeres que compiten por ser la «Reina de las Colonias».

Con los pechos descubiertos y cruzadas por una banda que indica su origen, esas mujeres lo contemplan con desconfianza.

Él se detiene, baja del caballo y las examina de arriba abajo.

Después echa a caminar.

Las mujeres se relajan.

Se le puede ver siempre amable, siempre adulador, junto a Salazar, al príncipe de Gales o al general Sanjurjo.

Galvão, con su traje impoluto, tratando de disimular una leve cojera, camina junto a esos hombres tal y como si fuera su semejante. Pero no lo es. Tan sólo es un propagandista. Hay algo en él que recuerda a Goebbels: sus hombros estrechos, su retórica, su mirada. Existe en ella ese tipo de adulación que los poderosos buscan y al mismo tiempo desprecian. ¿Percibe Galvão esa indiferencia? No lo parece. Está demasiado feliz. Abre los ojos de par en par y eleva la cabeza como un saltamontes.

Muchos de los que lo conocieron dijeron de él que era una persona con delirios de grandeza; que llegaba un punto en el que su vanidad acababa por gobernar todos sus actos. Y me pregunto si no fue ese carácter el que lo llevó a secuestrar aquel barco. Cómo saberlo. En cualquier caso, algo no debía de estar del todo bien en su cabeza, ya que, a pesar de no tener altura política suficiente, aspiraba a ser gobernador de Angola, ministro de las Colonias, presidente de la República, quién sabe; quería entrar a formar parte de la historia de Portugal, figurar entre los hombres más grandes de la nación, ser eterno. Sin embargo, estas ambiciones eran despreciadas por Salazar, que lo veía como alguien útil para el régimen, pero nunca como parte del reducido núcleo de aquellos que tienen el auténtico poder.

La deshonra, la semilla de su disidencia, comenzaba a herirle.

Tras la organización de la Exposición Colonial de Oporto, Galvão alcanza una posición social que podría considerarse la culminación de una vida. Se ha casado, su familia lo quiere, todos están

orgullosos de él; es elegido diputado, escribe en los principales diarios del país, alcanza el éxito con sus novelas; gana dinero, obtiene reconocimiento, es un hombre respetado; viaja por el continente, come en los mejores restaurantes, se aloja en los hoteles más lujosos de París y Berlín.

Pero nada es suficiente: se siente diminuto dentro de un gran imperio.

Galvão recibe su recompensa.

En las elecciones de diciembre de 1934, una de esas comedias que las dictaduras emprenden para legitimarse, es elegido diputado.

Meses después, Salazar le encarga organizar y dirigir la Emisora Nacional. El capitán regresa a su condición de propagandista. Lo hace en una cadena que aún se encuentra en pruebas y que será inaugurada en agosto de ese mismo año. La emisora, que es definida por Galvão como un soldado al servicio del Estado Novo, pretende reforzar el espíritu de un pueblo que dice en peligro por la influencia de ciertas potencias extranjeras. Los comunistas. Desde allí, oculta cualquier información desfavorable al régimen y ensalza las virtudes del dictador. Las ondas llevan el discurso de Galvão a todos los rincones del imperio: exaltación patriótica, anticomunismo y fados.

Pero el capitán, que no percibe la relevancia de los medios en el control de las masas, sigue creyendo que merece responsabilidades más altas. Y esa actitud comienza a generar desconfianza en algunos ministros y diputados. Los rumores lo incluyen en todo tipo de intrigas, que Galvão, sin embargo, niega ante el mismo Salazar.

–Yo soy fiel a usted –le dice–, tiene que creerme: mis enemigos son los suyos.

En agosto de 1936 se ausenta unos días de su puesto de trabajo. Viaja a Badajoz y regresa herido. Nadie, excepto Salazar, sabe de este viaje. Yo soy su soldado, parece querer decirle; tiene que confiar en mí, encomendarme misiones más elevadas; yo, Excelencia, estoy dispuesto a derramar mi sangre por la patria; ¿pueden decir lo mismo todos esos mediocres que lo rodean? Dígame la verdad, Señor: ¿pueden decirlo?

Sus palabras no parecen causar efecto.

En 1937 es relegado a funciones de inspección en las colonias. Aprovecha sus viajes para cazar más de cien elefantes y trescientos leones. Eso afirma en una entrevista.

No sólo se dedica a actividades lúdicas. En una de sus visitas a Angola redacta un informe en el que denuncia la situación de semiesclavitud a la que están sometidos los indígenas de algunas provincias. Según el documento, los nativos son reclutados en las aldeas y enviados a la isla de Santo Tomé como mano de obra.

La crítica enfurece al régimen.

–Ese Galvão es un disidente –se oye en los pasillos de los ministerios–, no deberían darle más puestos de confianza.

La opinión es cada vez más común entre los hombres que rodean a Salazar. De poco sirve que Galvão, al tiempo que denuncia la situación de Angola, continúe apoyando el colonialismo; de poco sirve que sostenga que los indígenas, a los que acusa de canibalismo, deben ser protegidos de sí mismos. Nada puede hacer para que en Lisboa dejen de verlo como a un opositor.

Galvão se esfuerza en demostrar que sigue siendo fiel al régimen y que eso de que ahora está con los negros son sólo habladurías. Viaja a Mozambique e interroga a todo un pueblo para acreditar que

cinco mujeres que han aparecido muertas y cuyos vecinos dicen que fueron devoradas por leones, fueron, en realidad, víctimas de antropofagia. También escribe artículos sobre familias que se alimentan de excrementos humanos, aldeas sometidas a la magia negra, ritos orgiásticos o madres que devoran a sus hijos. Porque Galvão cree en la superioridad de unas razas sobre otras, así como en la necesidad de que el imperio tutele a los salvajes de las colonias.

Estas ideas le hacen aproximarse al nazismo. En 1939 acude a un encuentro organizado por el Frente Alemán del Trabajo y queda impresionado ante la eficacia de la propaganda nazi. Desde allí piensa en escribir a Salazar instándole a copiar su modelo. Una policía política como la suya, redacta en un borrador, eso es lo que necesitamos en Portugal. En las fotografías de la época aparece visitando edificios oficiales, hospitales y escuelas. Galvão, que en ese momento es un fiel germanófilo, ríe, bebe cerveza y admira los uniformes de sus anfitriones. Mientras cenan, todos comparten su desprecio por el comunismo. Es un sentimiento que lo acompañará el resto de su vida. Años después, sus propios compañeros en el secuestro del Santa María, muchos de ellos marxistas, desconfiarán de él por ese motivo. No saben aún que las ansias de venganza de un hombre son más poderosas que su ideología. Pueden estar tranquilos: aunque Galvão los odie, más detesta a aquellos que antes lo humillaron.

La humillación tiene lugar en los años cuarenta.

Es en esa década cuando Galvão critica con más severidad la administración colonial de Angola y denuncia públicamente la esclavitud a la que están sometidos los nativos. Nadie sabe cuáles

son sus intenciones, pero lo cierto es que comienza a enfrentarse abiertamente al régimen. Sus ataques se suceden en la tribuna de la Asamblea Nacional; y allí es humillado por los que hasta entonces eran sus colegas.

–Usted está sosteniendo una mentira colosal –dice un diputado–. Todo lo que relata en sus informes son puras anécdotas de taberna.

Se oyen risas y aplausos.

Muy bien, bravo, gritan algunos entre carcajadas.

Debe de ser en esos días cuando nace su herida; debe de ser entonces cuando el menosprecio de los poderosos lo castiga hasta formar en él esa costra de resentimiento de la que, a menudo, surge la venganza.

Galvão se defiende.

–Me siento degradado –afirma–, traicionado y humillado por las desviaciones que han sufrido el pensamiento y las intenciones de los fundadores del régimen. Una oligarquía de profesores universitarios, burócratas, hombres de negocios y otros elementos corruptos –dice Galvão– gozan de poderes arbitrarios y hacen eterna esta *dictadura*.

Ha pronunciado la palabra prohibida.

Su muerte civil ya está escrita. La lenta maquinaria del Estado lo aplasta sin piedad. Se abre contra él un proceso disciplinario, nadie le proporciona trabajo y Salazar no contesta a sus cartas.

Los años pasan.

Ignorado, solo y abatido, Galvão es ya, a comienzos de los cincuenta, el más feroz opositor del régimen. Se reúne con militares y civiles con el objeto de dar un golpe de Estado. Promueve reuniones, difunde panfletos, conspira. En 1952 es detenido por la policía salazarista, la PIDE. Ese mismo año es juzgado y condenado a tres años de prisión. En el juicio declara que determinados documentos encontrados en su casa, en los que se diseña una trama

para derrocar a Salazar, no son sino producto de su imaginación; piezas de teatro, fantasía, pura literatura.

–Son ustedes unos estúpidos –les dice a los policías que entran en su domicilio–. Esos papeles son sólo el argumento de una función.

Galvão les hace un gesto de desprecio.

Los guardias lo golpean y esposan.

–Suéltenme –grita mientras lo arrastran por la escalera–. Imbéciles, necios, analfabetos. Qué van a saber ustedes de poesía, de teatro, de arte. ¡Qué van a saber ustedes de la belleza de este mundo!

Pero nadie le cree.

Galvão afirma que los policías y los jueces confunden realidad y ficción, y estos piensan que sucede al revés: que es él quien ha perdido la cabeza y entremezcla la vida con la literatura.

¿Quién tiene razón? Resulta imposible saberlo. Lo real y lo imaginado no admiten fronteras; si acaso una grieta, una intersección, una rendija desde la que poder mirar y contemplar algo nuevo. Mirar lo que existe y lo que no existe y quedarse asombrado ante el prodigio.

Ahora Galvão está encarcelado en la prisión de Peniche. Es una fortaleza del siglo XVII construida sobre las rocas de un acantilado. Durante la dictadura de Salazar, Peniche se convierte en la prisión política de más alta seguridad del régimen. Allí, tras los imponentes muros que el mar golpea, van a parar los opositores del Estado Novo. Recuerda a Alcatraz, pero, sobre todo, al Castillo de If. En realidad, todo en la historia de Galvão recuerda al conde de Montecristo. Henrique Galvão y Edmundo Dantés parecen la misma

persona. Encerrados en sucias celdas que supuran humedad, con apenas un orinal, una cama de hierro y una jarra de barro como únicos enseres, rodeados del inmenso mar que se expande tras los barrotes, ambos, en un primer momento, desean morir; ambos deciden dejar de comer para que así sus vidas se apaguen lentamente y el dolor desaparezca. Pero se subestima el poder que la venganza ejerce en los hombres. Es un influjo indecente, contaminado, pringoso, un virus que envilece, pero también una energía más poderosa que aquella otra que brota del amor. De ella se sirve Galvão para sobrevivir en Peniche. Sin embargo, en su diario escribe que fue un gorrión, que entró en su celda y que comenzó a depender de sus cuidados, el que lo animó a seguir viviendo. Es mentira. Ningún gorrión fue a visitarlo, ningún pajarito le salvó la vida. A Galvão lo salvó Salazar, tal y como a Dantés lo salvó Danglars. Aunque parezca absurdo, así sucede: los enemigos hieren y amparan a un mismo tiempo.

En su celda, se dedica a escribir.

Sentado en el colchón ahuyenta a las gallinas y a los gatos que se cuelan entre las rejas, y que llenan el calabozo de orines y heces, y trata de concentrarse en la escritura.

El 23 de junio de 1956 anota en su diario: «¿Estoy haciendo un sacrificio útil o soy un Quijote, más ridículo y menos generoso que el de La Mancha?».

El 29 de junio: «Empecé a escribir como empezaría a disparar si en lugar de un bolígrafo tuviese una escopeta».

El 1 de julio: «Me acuerdo de ese proverbio oriental que dice: ni mil caballeros son capaces de quitarle la ropa a un hombre desnudo».

El 10 de julio: «Estoy cansado. Pero siempre tendré una salida. Hay un recurso que aquí no falla: provocar una situación que los obligue a abatirme a tiros».

El 5 de agosto: «Creo que voy a entrar en una fase mala. No consigo encontrar interés en la lectura. Sin ella, mi espíritu se queda indefenso».

El 9 de septiembre: «Me apago día a día».

A veces, abre su cuaderno y escribe poesías. Son textos políticos, en realidad, versos contra Salazar y sus ministros.

El 31 de diciembre de 1956 detalla la Nochevieja, la alegría desbordada que aprecia entre los barrotes.

Semanas más tarde, con la ayuda de un funcionario del que se ha hecho amigo, logra sacar de la prisión varios panfletos que después son distribuidos por las calles de Lisboa.

Las largas horas de aislamiento, la pérdida de contacto con la realidad y el abandono de todo lazo afectivo convierten a Galvão en un hombre ensimismado y obcecado en sus pensamientos. Sus sueños y su imaginación no encuentran límite, porque la realidad, el mundo, todo lo objetivo que pone freno a la imaginación, hace ya mucho tiempo que han desaparecido para él. Un día le retiran la máquina de escribir y le confiscan unos pasquines, y su mundo se hace aún más pequeño. Su mundo cabe en esa celda. En ella idea planes de fuga, arriesgadas huidas lanzándose al frío del océano; pero no logra llevar a cabo ninguno de sus proyectos. Se abre entonces contra él un nuevo proceso judicial por incitar a la guerra civil, crímenes contra la seguridad del Estado y ofensas. Galvão rechaza que lo defienda un abogado. Cuando lo obligan a declarar, lo hace de espaldas al tribunal. Está dispuesto a ser un mártir, a morir entre las cuatro paredes de Peniche. En su habitación, lo visitan neurólogos y psiquiatras, pero Galvão se opone a todo tratamiento.

No estoy loco, les dice, los locos son ustedes. Si han fabricado un juez para condenarme, anota en su diario, también pueden contratar a un médico para que me mate. No quiero medicinas, repite, no quiero que ese doctor se acerque más a mí. Tampoco asiste a los juicios que contra él tendrán lugar en 1957 y 1958. Manifiesta que no está dispuesto a participar de esa farsa.

El 18 de marzo de 1958 recibe la decisión del tribunal: dieciséis años de prisión.

No reacciona, parece conforme.

Con la punta de un cigarro quema la sentencia y después se mete en la cama.

Galvão ha sido trasladado al hospital de Santa María por sus problemas de salud. El capitán ya no es peligroso para el régimen. Tiene sesenta y tres años; saldrá de prisión con setenta y nueve: demasiado viejo como para suponer una amenaza. De hecho, todos creen que morirá antes de ver cumplida su pena, ya que su estado se ha agravado en los últimos meses. Tiene problemas cardiacos, nerviosos y hepáticos. También dicen que psiquiátricos. Los dolores son tan fuertes que suplica morfina a las enfermeras. Ayuda, les grita, se lo ruego, no lo soporto más. Galvão es un cadáver político, un demente que pasará el resto de su vida aturdido por la medicación y el aislamiento. A lo largo de 1958 escribe una novela acerca del gorrión que acogió en su celda. Ha perdido la cabeza, dicen quienes leen el manuscrito, está completamente loco. Al terminar la escritura, sus dolencias y su abatimiento parecen empeorar. Grita de dolor, llora de pena. En el silencio de la noche se oyen sus lamentos. Las enfermeras y los médicos lo describen como un hombre resignado y sumiso. Sienten lástima por él. Lo visitan y

escuchan sus historias de cazador de elefantes; le permiten comer con su mujer el día de Navidad; le dejan escuchar la radio. Algunos celadores le llevan regalos, bombones y cigarrillos que le entregan en los paseos que los médicos le aconsejan dar por el jardín. Camina lentamente, arrastra los pies, se cansa y se detiene a cada poco. Su aspecto es el de un frágil anciano. Parece que se agote, se muera, se rinda. Eso piensan los policías que lo vigilan noche y día. Pero entonces sucede lo inesperado. La madrugada del 15 de enero de 1959 Galvão se fuga del hospital. Lleva meses planeando la huida, fingiendo que su estado físico empeora, pero haciendo ejercicio en secreto. Aquella noche de invierno, con la complicidad de una enfermera, Galvão logra distraer a los guardias que custodian su habitación, sale por la ventana y, a través de la cornisa del séptimo piso, entra en un lavabo. Allí se viste con una bata de médico y se coloca un bigote postizo que alguien ha depositado en el inodoro. Después baja las escaleras y sale del hospital saludando al portero. Buenas noches, le dice. Buenas noches, doctor, contesta el conserje. Nadie sabe nada hasta la mañana siguiente, cuando sus cuidadores encuentran una manta enrollada bajo las sábanas y dan la voz de alarma. Los funcionarios baten entonces toda la finca. Sueltan perros que buscan algún rastro, corren por los pasillos, revuelven armarios, registran cajones y taquillas. Lisboa se llena de carteles en los que se ofrece una recompensa a quien ayude en su captura. La fotografía de Galvão aparece en periódicos y revistas. La PIDE recorre los alrededores del hospital y pronto extiende la búsqueda a toda la ciudad. Se oyen sirenas y coches acelerando por las empedradas calles del Barrio Alto. Se producen arrestos e interrogatorios en todo el país. En Oporto, en Coímbra, en Braga. Pero ya es demasiado tarde. El capitán Galvão está a salvo. Ha entrado en la embajada de Argentina cargando con una caja de botellas de vino que asegura

que un diplomático ha encargado a la empresa para la que dice trabajar. Finalmente, muestra su identidad y el embajador lo recibe. Cuando las autoridades portuguesas conocen su paradero insisten en que se trata de un preso común, pero la embajada, que le ha prestado asilo político, no atiende a las peticiones del gobierno. Galvão permanece tres meses en ese edificio. Se le puede ver posando en la ventana, vestido con traje y corbata, contento y desafiante. Se asoma, enciende un pitillo y suelta una carcajada. La humillación ha sido curada. Desde la embajada escribe cartas exculpando a las enfermeras y funcionarios del hospital; les agradece también el trato recibido durante su cautiverio. Nada dice de la mujer que lo ha ayudado a escapar y que años después dará detalles de la fuga. La madrugada del 14 de mayo de 1959, tras más de siete años encarcelado, Henrique Galvão embarca en un avión rumbo a Buenos Aires. Es un hombre libre, pero debe abandonar Portugal, esa patria a cuya grandeza ha consagrado su vida. Es también un hombre sentimental. Por eso puedo imaginar la tristeza que cruza su pecho cuando el avión despega y atraviesa el Tajo y, mientras el río se convierte en mar y las gaviotas descienden su vuelo, por última vez contempla la luz de las farolas que alumbran la Alfama.

II

EL POETA

Caracas, octubre de 1960

Galvão, Velo y Sotomayor están en la penumbra. La azotea se ha ido quedando a oscuras. En la noche sólo se aprecia la breve claridad de las cerillas que prenden sus cigarrillos.

A veces, se les une una mujer, la señora Roche, la secretaria de Galvão. Es ella quien mecanografía sus textos y le organiza la correspondencia. Pero ese trabajo ocupa pocas horas de su jornada laboral. El resto del tiempo lo pasa leyendo novelas policiacas. Tanto lee que algunos dicen que ha acabado por confundir realidad y ficción. Es un rasgo de su carácter que comparte con su jefe. Ambos viven entre dos mundos, ambos mezclan lo vivido y lo soñado. Además, son amantes.

Galvão tiene fama de seductor. Es un hombre presumido, galante y atento con las mujeres. Por toda Caracas se comenta que una enfermera enamorada de él fue quien facilitó su fuga. Sólo son rumores, porque el capitán nunca delató a sus cómplices.

De la señora Roche poco se sabe. Se dice que es una judía rusa, emparentada con un alto cargo del Gobierno soviético, que Galvão conoció en un club nocturno de Buenos Aires, y cuyo marido suele ser visto acompañado de chicos jóvenes.

Esto es lo que Sotomayor ha dejado escrito. También es él quien dice que la idea del secuestro parte de Velo.

Pero ¿quién es Velo?

Velo es un poeta, un maestro que ha tenido que exiliarse, y que malvive dando clases de literatura y redactando breves en la prensa local. Al regresar a casa, lee el Quijote una y otra vez. Padece insomnio. Su mujer se desvela, le dice que vuelva a la cama, pero él no le hace caso. Escribe poemas, los recita en voz baja, corrige versos hasta que amanece y prepara el desayuno. Una noche abre el diario y ve la fotografía de un transatlántico. Cruzar el océano, piensa, y llegar a España para liberarla de su tirano. Como Castro en el Granma, se dice a sí mismo, y después cierra el periódico. Intenta abandonar la idea, pero la obsesión lo persigue. En la playa, en la ducha, en la cola del supermercado. Meses después conoce a Galvão en un bar en el que se reúnen los exiliados de Caracas. Tras beber unos tragos de ron, le explica lo que lleva semanas pensando: secuestrar un barco, navegar rumbo a África, sublevar la Guinea española y después llevar la insurrección a la península.

Es Velo quien imagina todo eso.

Pero ¿por qué él? ¿Por qué un humilde profesor?

Galvão es un militar, un cazador de elefantes, un aventurero. Sotomayor también es un hombre de acción. Pero Velo nada tiene que ver con ese mundo de riesgos y fatalidad. Y, sin embargo, es él quien lo propone. A Galvão le fascina el plan. La noche que Velo se lo cuenta, le contesta que hay que dirigir el barco a Angola, donde fue gobernador de una de sus provincias, porque allí la población apoyará la sublevación. Él, sólo él, dice Galvão, a quien las tribus angoleñas respetan como a un padre, será capaz de unir a blancos y a negros en la lucha contra el dictador. Es aún el cazador de leones, el capitán, el hombre blanco que vuelve a poner orden entre los

salvajes.

Velo y Sotomayor están confundidos ante las fantasías de Galvão. No saben qué parte hay de verdad y qué parte de mentira en aquello que cuenta. Velo piensa que no tiene nada que ver con ese hombre. A Sotomayor le irrita su tono desmedido y teatral. Pero lo necesitan. Es enérgico, decidido y con buenos contactos en Venezuela. Nada es perfecto, le dice Sotomayor a su compañero, en la guerra hay que ser prácticos.

¿Es el azar el que ha situado a Velo en esa azotea de Caracas? ¿Es tan sólo una casualidad que esté allí? Porque su presencia en esa reunión es la más improbable de todas.

Cualquiera que lo haya visto recordará siempre su aspecto. Sus rasgos asombran a quien los contempla: alto, extremadamente delgado, chupado, consumido; los pómulos y las cuencas de sus ojos hundidos en el cráneo; una nariz enorme, afilada, sobresale de su rostro; también sobresale la nuez de su largo cuello; lleva el bigote recortado y el pelo negro peinado hacia atrás; se parece a Alonso Quijano, a Góngora, a Dalí; cuando secuestre el barco, algunos pasajeros comenzarán a llamarlo El Greco. Es gallego, de un pueblo de Ourense. Proviene de una familia acomodada. Su padre es propietario de una fábrica de chocolate. Pero a Velo no le interesan los negocios; a Velo le interesa la literatura. Escribe poemas, funda una revista; prefiere la compañía de escritores a la de empresarios. Se le puede ver junto a ellos, en los bares de madrugada, recitando poesías o leyendo párrafos de novelas que trae subrayados. También hablan de política. Cada vez hablan más de política y menos de literatura. El ambiente previo a la guerra hace que la poesía ya no tenga espacio. Los libros se sustituyen por panfletos; las poesías por

himnos.

Velo participa en mítines y concentraciones. Destaca por su oratoria. Tiene sentido del ritmo y del espectáculo: es poeta. Siempre que sube a un escenario levanta ovaciones. Es un hombre de letras, culto, gran lector. En el bolsillo de su chaqueta siempre hay un libro. Cuando la guerra estalle, dirán de él que es comunista, anarquista, masón, iberista, nacionalista; pero nada de eso es, o lo es todo a la vez, quién sabe. Parece alguien que está siempre en un lugar que no le corresponde; un hombre de letras cuya felicidad se encuentra en la literatura y que, sin embargo, arrastrado por una sensibilidad que le hace confundir las reglas del arte con las de la vida, acaba en entornos que no le pertenecen.

Así que Velo, el poeta, es ahora un guerrillero.

Y antes fue un maestro que daba clases particulares, y que, a menudo, no las cobraba a quienes pasaban apuros. Déjelo estar, les decía a las madres de sus alumnos, ya me pagará, las cosas están apretadas. Todos esos actos lo definen. Lo define también que, cuando la guerra estalla, es reclutado por el bando franquista, pero él huye –o algunos dicen que huye– a la Guinea española. Poco o nada se sabe de lo que allí hace. Es un vacío en su biografía, un punto ciego. Al acabar la guerra, regresa a Galicia y abre una academia en Vigo. Se siente más seguro en una gran ciudad que en su pueblo. Y es entonces, con la guerra terminada, en el gris Vigo de los años cuarenta, cuando comienza a observarse en Velo el ánimo que años después lo llevará a secuestrar el Santa María. Escribe textos exaltando las virtudes de los maquis que aún quedan en los montes y en los llanos, y esa actividad lo envía a prisión. Lo encierran en A Coruña, en la costa, junto a un acantilado. Cada noche, la luz de un faro entra en su celda y proyecta extrañas sombras en la pared. Las siluetas de los objetos se alargan y se

encogen hasta trastornarlo. Cierra los ojos, pero la luz sigue recorriendo sus párpados. Se da la vuelta en la cama, duerme bocabajo. La claridad cesa, pero el ruido de las olas continúa. Es el mismo océano que golpea los muros de Peniche. De nuevo el mar en esta historia; de nuevo la cárcel. El aislamiento, el abandono, la soledad que enloquece a los hombres o acaso los vuelve más lúcidos. Velo pasa menos tiempo encerrado que Galvão. Los indultos vinculados al fin de la Segunda Guerra Mundial hacen que sea puesto en libertad. Está casado y tiene tres hijos. Le están esperando cuando regresa de prisión. Le besan, le abrazan, le tiran del pantalón. Come algo, echa la siesta y después camina hacia su academia. Al llegar, ve cristales rotos y pintadas; dentro, porquería, orines, pupitres oxidados y pizarras partidas. Su reputación está igual de maltrecha. Nadie le da trabajo, nadie le saluda. Velo conoce por primera vez la necesidad y el hambre. Su hijo menor, Víctor, tiene apenas seis meses y está desnutrido; su mujer, Jovita, trata de darle el pecho, pero su leche parece estar amarga: es una leche envenenada por la pena, escribe en una de sus cartas. Velo mira a sus hijos y los ve hambrientos, tristes, revolviendo un caldo engordado con harina, apenas unas patatas y un trozo de berza que flotan en el puchero; y entonces se aleja de la cocina, se asoma al patio, coge una pinza del tendedero, se la pone en la nariz y los niños se echan a reír. Son pocos los momentos de felicidad en esa casa. La *larga noche de piedra* ha caído sobre Velo. La calle se ha llenado de procesiones, de confidentes, de sotanas y falangistas. Algunos son viejos amigos.

Él los maldice en secreto. Se indigna y jura no volver a dirigirles la palabra. Una mañana de invierno recibe una nueva citación. Cree que ingresará en prisión por un largo tiempo. Esta vez sí –le dice a su mujer–, esta vez no saldré tan fácil; ya puedo sentir el ruido de

las olas y la luz del faro y la humedad del mar pudriendo mis huesos. Y el viento que silba –le dice a Jovita–, el viento que silba y yo que enloquezco. El miedo se apodera de Velo. La ansiedad nubla su pensamiento y decide huir a Portugal. En la noche cerrada, sólo iluminado por la luz de la luna, con apenas un hatillo al hombro, recorre trechos y veredas, atraviesa sierras y bosques, acantilados y playas, hasta encontrar un lugar en el que sentirse a salvo. Son los mismos años en los que Galvão comienza a estar perseguido. Sin embargo, ambos hombres aún no se conocen. En ese momento, sus vidas son paralelas: los dos recorren Portugal buscando un lugar donde ocultarse. Velo tiene más suerte que Galvão. Es arrestado, pero apenas pasa unas semanas en prisión. Logra que su detención llegue a oídos de un viejo amigo. El recuerdo del verano del 33 en las Rías Baixas –el olor de las sardinas, el sabor del vino blanco, los atardeceres hablando de poesía en la playa– hacen que su amigo, que ahora es presidente de Venezuela, le expida un pasaporte de emergencia.

Este amigo es el novelista Rómulo Gallegos.

La literatura ha salvado a Velo.

El 9 de octubre de 1948 llega a Caracas.

Ese día escribe en su diario: «Nada traigo conmigo más que una maleta vacía, cinco dólares y muchas esperanzas arruinadas; pero, sobre todo, la vocación milenaria de paz y libertad que nos prohíbe hacernos viejos».

El poeta ahora está empuñando un arma. Se la ha tendido Sotomayor.

–Mira –le dice–, tendrás que aprender a manejar esto.

Velo coge la pistola.

Siente el frío y el peso del metal. Después, la guarda en su americana.

En un bolsillo, el revólver; en el otro, un libro.

Al regresar a casa, duda.

Las armas son obvias, totales, absolutas, nada que ver con la complejidad de la literatura.

¿Es eso lo que le hace dudar?

¿Qué hace Velo en la azotea de Galvão? ¿Qué hace el poeta guardando esa pistola en su chaqueta?

Puede que equivocarse de sitio, o puede que mezclar la poesía con la vida; creer en ideales tan universales, tan puros, tan completos como los que el arte trata de desentrañar, y considerar, de esa forma, que el arma que acaba de guardar en su bolsillo, esa pistola que nada tiene que ver con él –el profesor, el poeta, el padre de familia– es algo inevitable, un medio, un objeto, algo que ni tan siquiera utilizará en la toma del barco. Bastará con exhibirla –se dice Velo a sí mismo–, disparar al aire, pegar un par de tiros en el océano, hacerse pasar por el hombre rudo, violento e implacable que no es; y después, cuando toda aquella pesadilla acabe, arrojar esa pistola al fondo del mar. Y que el mar la trague para siempre –piensa Velo–, el mar que todo lo arrastra y todo lo devora, que no tiene memoria y es ausencia y es olvido.

III

LA SEÑORA ROCHE

Caracas, noviembre de 1960

Todo eso piensa Velo.

Pero lo objetivo, lo real, aquello que ha llegado hasta hoy a través de testimonios y crónicas, es mucho más frío y desapasionado que la imaginación de un poeta.

Galvão dejó escrito que planearon el secuestro durante meses; que todos, Velo incluido, hablaban de armas y no de literatura en aquellas reuniones de madrugada.

En el apartamento de Sabana Grande han ido construyendo una maqueta del Santa María. Es un modelo a escala que han podido montar a través de la información que extraen de sus visitas al puerto de La Guaira, la ciudad cercana a Caracas en la que cada mes atraca el barco. El Santa María llega cargado de inmigrantes españoles y portugueses que huyen de la miseria. Ellos bajan por la pasarela y entonces Galvão, que lleva sombrero, bigote postizo y chancletas, aprovecha para pedir información en la agencia de viajes. Les dice que está interesado en comprar un pasaje para varios familiares, pero que antes quiere ver el navío por dentro y asegurarse de que estarán cómodos en la travesía. Es un hombre cortés y educado del que nadie desconfía. Por eso, le dejan subir a

bordo y, una vez allí, recorre el buque, toma notas, hace cálculos, dibuja. Después, al llegar a su apartamento, reúne al comando y les cuenta lo que dice que ha visto: hay armas y lanchas, les asegura, con ellas alcanzaremos la costa de Guinea. También Camilo Mortágua, de veintiséis años, el hombre de confianza de Galvão, da detalles de la estructura del barco. Camilo es ahora un guerrillero, pero hasta hace unas semanas trabajaba de locutor en una radio local. Es la emisora que suelen sintonizar los emigrantes portugueses. Debe de ser así cómo Galvão lo conoce. Una noche, a la salida del cine, alguien le dice: ese es el locutor del programa que escuchas. Se presentan, hablan, simpatizan. Pocas semanas después, Camilo conoce todos los detalles del plan; pasados unos días, hace el trayecto entre La Guaira y Miami y recaba información de utilidad. Camilo también se encarga de reclutar a nuevos hombres para el secuestro. Recorre Venezuela en una vieja motocicleta. Se reúne con opositores de todo el país. Se cita con ellos en cafés y bares de carretera, y allí trata de convencerlos. Es una gran oportunidad, les dice, es ahora o nunca. Algunos le parecen sospechosos; otros le ofrecen confianza. Más tarde, se los lleva a realizar entrenamiento militar a un valle llamado Los Caracas. Los chicos han dejado sus empleos y sus casas. Entre ellos está Víctor, el hijo de Velo, que apenas tiene diecisiete años y aún está en el instituto. Las semanas siguientes aprenden a disparar y a orientarse en la oscuridad. Pasan las noches caminando a través de la sierra, rodeados de mosquitos y de pulgas, sin hablar, sin encender un cigarro, sólo escuchando el sonido de las botas, de los grillos, de los pájaros que mueven las ramas. Todos creen que el secuestro es factible. Ni la tripulación ni los pasajeros se resistirán. Nada les va en ello, les dice Camilo, son tan parias de la tierra como nosotros. Galvão cree que incluso se unirán a la insurrección. Pero

ese no es el problema. El problema es el dinero. Necesitan comprar armas y pasajes; y el precio de un billete es muy caro: puede suponer los ahorros de una vida. Son pocos en Caracas los que les ayudan. Pocos o ninguno. Los exiliados no están contribuyendo como se esperaba y los emigrantes están a otra cosa: a acumular dinero para regresar a su país. Así que aquellos hombres traen cada noche a la azotea nuevas ideas para lograr los recursos que necesitan. Algunos proyectos son extravagantes. Llegan a proponer invertir en la compra de un solar que dicen que pronto se revalorizará. Pero el pelotazo inmobiliario nunca llega y las ideas se les acaban. Reducen el número de miembros que participarán en el secuestro: de cien pasan a setenta; de setenta a cincuenta; y, finalmente, a veinticuatro. Aun así, no tienen suficiente dinero. Cuando cuentan su plan, todos se ríen. Los toman por locos, por lunáticos, por chiflados que están perdiendo el juicio.

El desánimo y la frustración llegan al grupo. Cada vez ven más lejos su proyecto.

Una noche de octubre, la señora Roche, que lleva horas observando desde la distancia cómo la operación corre el riesgo abortarse, sube a la azotea, se acerca a los tres hombres y les comenta que se le ha ocurrido una manera de obtener los fondos.

–Sólo tenéis que inventaros un plan ficticio que resulte creíble –les dice–, un atentado contra un diplomático, el secuestro de un alto cargo del gobierno, no sé, algo así, algo verosímil… Y después seré yo misma quien vaya a la embajada de Portugal a vender esa falsa información. Así conseguiremos el dinero: los malos nos lo entregarán.

Galvão, Sotomayor y Velo se miran. El capitán está convencido, pero los otros dos hombres niegan con la cabeza.

–Nadie sospechará de mí –concluye la señora Roche–. Sólo soy

una pobre secretaria que nomás quiere un poquito de plata…

El relato de la falsa traición de la señora Roche está descrito en un libro que Sotomayor publicó años después del secuestro y es, en esencia, el mismo que Camilo Mortágua ha narrado en sus memorias.

Sotomayor dice que la señora Roche extrajo la idea de un libro de espías que ese mismo día estaba leyendo. Es en la narración de este episodio, cuando Galvão defiende el plan de su amante, el momento en el que, por primera vez, Sotomayor cuestiona las intenciones de su compañero. «Nada en un mar de confusión –dice–, ¿no será, acaso, un aventurero con apariencia de revolucionario?».

Galvão y Sotomayor discuten. Velo permanece en silencio.

–Miren, compañeros –concluye Galvão–, es demasiado tarde: la señora Roche ya está camino de la embajada.

El plan resulta un fracaso. No sólo no obtienen el dinero, sino que la Junta Patriótica Portuguesa, la organización que agrupa a los opositores de la dictadura, acusa a la señora Roche de espía salazarista. Alguno de los exiliados propone ajusticiarla. Ella, en un primer momento, combate la infamia; pero, al ver que nadie la apoya, pronto desiste. Tan fuerte es la presión, tan persistente la calumnia, que la señora Roche, amenazada por unos y desamparada por otros, decide huir de Caracas. Sin despedirse de nadie, una lluviosa madrugada de noviembre embarca en un vuelo rumbo a Buenos Aires y nada más se vuelve a saber de ella hasta muchos años después.

Dicen que es una mujer fatal, una belleza turbia que actúa sin

escrúpulos. Otros dicen que es una fantasiosa, una ilusa que cree vivir en una novelita de aventuras. Pero nada de eso es cierto. La señora Roche tan sólo es una secretaria, una mujer de mediana de edad enamorada de un viejo capitán del ejército portugués, que, en mitad de una fría noche de 1960, observa Caracas desaparecer desde la ventanilla de un avión, recuesta la butaca y se toma una pastilla para dormir.

El suceso de la señora Roche provoca una gran discusión. Algunos acusan a Galvão de poner en peligro el éxito del plan. Amenazas, insultos, provocaciones. El capitán entra en cólera. A usted, cuando le tocan la mujer…, le dice un tal Johnny, un miembro del grupo del que nada sabemos salvo que estuvo en esa bronca. La discusión sube tanto de tono que Johnny trata de golpear a Galvão. Pronto Sotomayor se abalanza sobre él y detiene la pelea. Johnny se marcha del apartamento dando un portazo. Cuando sale del piso, Sotomayor sirve whisky para tratar de calmar los nervios. Velo permanece ajeno a la pelea. Está apoyado en una esquina del salón y rechaza la bebida. No para de fumar, enlaza un cigarrillo con otro. Parece que la cosa no vaya con él. Porque ya entonces las tensiones entre Galvão y Velo son evidentes. Ambos son orgullosos, aunque cada uno a su manera. El capitán se muestra altivo; el poeta guarda su vanidad en secreto. Los dos compiten por el liderazgo del grupo, por la gloria de ser los libertadores de los pueblos oprimidos de la península ibérica. Por ese motivo, Velo se mantiene al margen de la pelea. La situación le satisface, disfruta. Le gusta ver al capitán en problemas. Finalmente, Sotomayor logra que se tranquilicen. Pega un par de gritos, da varios puñetazos en la mesa y todos se callan. Pero tal ha sido la agitación, tanta la tensión, que esa misma tarde

Galvão sufre un infarto de miocardio.

Tiene sesenta y seis años y una salud debilitada por los años de prisión y aislamiento.

–Ustedes –les dice Galvão a los médicos– lo único que tienen que hacer es mantenerme seis meses más con vida.

Seis meses más, trata de gritar desde la camilla, pero apenas le sale un hilo de voz.

Galvão parece, esta vez sí, agotarse para siempre.

Las enfermeras no permiten visitas. Víctor Velo y Camilo Mortágua están en el mostrador de urgencias. Les han dicho que la vida de Galvão corre peligro. Los dos hombres resoplan y miran al suelo. Pero no están pensando en la salud del capitán, sino en la factura del hospital. Al menos eso es lo que subraya Sotomayor en sus textos: cuatro mil bolívares, el precio de dos pasajes, es lo que les acaba costando el ingreso.

La señora Roche tarda unas horas en enterarse de lo sucedido.

Es medianoche en Buenos Aires cuando atiende la llamada en la que le informan del infarto de su amante. Hay gente a su alrededor, pero nadie advierte que está llorando. Cuelga el teléfono, se seca las lágrimas y se disculpa ante sus amigos.

–Estoy agotada –les dice–, me iré a acostar.

De vuelta a casa, en el autobús, abre una novela, pero es incapaz de concentrarse en la lectura. Cierra el libro, estira las piernas y apoya la cabeza en el cristal. Los cláxones suenan y las motos aceleran y en la calle unos chicos celebran un gol de Boca.

IV

EL COMANDANTE

Caracas, diciembre de 1960

Es diciembre y el grupo sigue sin disponer de los fondos necesarios para el secuestro. Tienen un nombre: DRIL, Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación. Y tienen un propósito. Nada más tienen. En un mes el Santa María llegará al puerto de La Guaira y el tiempo se les agota.

También hay buenas noticias. El hombre que han enviado a África cuenta que la guarnición de Fernando Poo está mal defendida. Son apenas unos pocos soldados que se pasan el día bebiendo y fumando, así que será fácil hacerse con las armas y la cañonera que custodian. El informador, asimismo, ha tenido contacto con grupos insurgentes que comparten con él detalles acerca de los horarios y rutinas de esos soldados, y que ponen a su disposición una finca para que el grupo se reúna tras el desembarco.

Galvão, ya recuperado, se alegra al escuchar las novedades.

Está seguro de que el movimiento independentista de Angola les apoyará.

–Los nativos vendrán con nosotros a la selva –le dice a Camilo Mortágua–. Allí nos haremos fuertes, cortaremos las conexiones con el exterior y declararemos el país territorio liberado.

Después llegará la guerra de guerrillas, esa para la que llevan meses entrenando: silencio, sabotajes, combates en la noche, astucia.

–Pegar y correr, picar y huir: esa es la auténtica guerra de los pobres –dice Camilo mientras limpia su fusil.

Velo cierra el libro que está leyendo y coge su americana.

–Ya es muy tarde. Me voy a dormir antes de que comencéis a desvariar.

Galvão se entusiasma cada vez que Camilo le cuenta los progresos de la instrucción. Pero el dinero sigue sin aparecer; y, además de los pasajes, han de prever recursos para comprar armas, víveres, uniformes, así como un fondo de reserva para imprevistos.

Velo y Galvão llevan meses recorriendo Caracas haciéndose pasar por hombres de negocios en busca de financiación. Cada mañana se afeitan, se visten con traje y corbata y lustran sus zapatos. En un maletín llevan informes de falsos negocios que explican con detalle a los banqueros. Todos los rechazan. Prueben ustedes en otra entidad, les dicen, el comité de riesgos ha declinado su propuesta, sentimos no poder ayudarles.

Velo y Galvão tratan también con usureros, personajes de los bajos fondos de la ciudad que cobran unos intereses abusivos. Estos tampoco se fían de ellos. La necesidad que traslucen sus caras espanta a los dueños del dinero.

–¿Qué garantías tienen ustedes? ¿Un apartamento en propiedad? ¿Terrenos? ¿Un carro al menos? –les preguntan.

Galvão y Velo nada tienen.

–No tenemos nada –responden con rabia–, usurero, cabrón, estafador.

Más tarde optan por planear robos, secuestros, extorsiones. Y todos los proyectos se frustran.

Entonces los hombres del DRIL comienzan a desprenderse de sus pertenencias: de relojes, de joyas, hasta de una licencia de taxi. Todo lo venden, nada les queda.

Pero no es suficiente.

Finalmente, cuando faltan pocos días para la llegada del Santa María al puerto de La Guaira, como si de un milagro se tratara, el dinero aparece.

Una tarde de diciembre, mientras la ciudad se prepara para celebrar la Navidad, Sotomayor se presenta en el apartamento de Sabana Grande con una maleta llena de billetes, la suelta sobre la mesa de la cocina y se marcha sin decir ni una palabra.

Los constantes vacíos hacen de la vida de Sotomayor la más extraña de todas cuantas en esta novela se narran. Las biografías de Galvão y Velo resultan comprensibles; pueden variar de sentido, ser singulares, atípicas, pero en todo momento existe una dirección, una regularidad en la trama que nos deja satisfechos. Con Sotomayor no sucede lo mismo. El relato es parcial, incompleto, un puzle desordenado.

Aun así, Sotomayor tiene su historia. Es la que cuenta a sus amigos de Venezuela, a ese grupo de exiliados que cada tarde se reúne en el mismo bar de Sabana Grande.

A ellos les cuenta que nace en A Pobra do Caramiñal, un pueblo de pescadores de Galicia.

Les cuenta que proviene de una familia rica.

Les cuenta que, a pesar de pertenecer a la clase alta, pronto advierte que ese mundo de abogados y jueces, de curas y

concejales, no es el suyo; que su lugar está con los pescadores y los obreros, las criadas y las mariscadoras, los borrachos y los mendigos; con los buscavidas y las prostitutas, los chatarreros y las rederas; con los que piden limosna en la puerta de la iglesia y con las viudas que cada noche contemplan el mar desde sus ventanas. Junto a todos esos, les dice Sotomayor, junto a los miserables estará siempre mi lugar.

Y es cierto que con ellos está desde niño. Cada tarde se escapa de casa y se acerca al muelle, saluda a los pescadores y a las sardineras, sube a los barcos, corretea por ellos, limpia las redes y juega con el timón; y, así, casi sin quererlo, aprende el oficio de marinero.

Después, cuando esos barcos parten, Sotomayor se sube a un muro del puerto y desde ese lugar, con los pies colgando de la tapia, ve los pesqueros alejarse y perderse en el mar.

El niño envidia a esos hombres, su libertad y las aventuras que viven. Por eso, cuando es adolescente, decide enrolarse en una de esas tripulaciones.

Navega, navega, navega.

Tras varias travesías, regresa a casa. Decide estudiar, ser patrón. En las largas noches de invierno, cuando la casa se queda en silencio, bajo la tenue luz de un candil, lee libros de ingeniería, de náutica, de matemáticas.

Sus padres rechazan lo que Sotomayor está haciendo. Le advierten de los sacrificios del mar. Debes ser abogado, le dicen, empresario, médico, cualquier cosa excepto marino.

Sotomayor se opone a los deseos de su familia. Entra en la Escuela Naval de Marín, se licencia y pronto alcanza el grado de alférez. En esa época se afilia al PSOE y, más tarde, al Partido Comunista.

Su compromiso político va a más. En 1930 participa en la sublevación de Jaca. En 1934 es procesado por rebelión. Sotomayor quiere replicar la revolución de Asturias en las rías de Galicia: pretende incitar a las masas a apoderarse del ayuntamiento de Vilagarcía de Arousa y declarar así la República Socialista.

Todo eso cuenta a sus amigos de Venezuela.

También les cuenta que, al inicio de la Guerra Civil y tras salir de prisión, interviene en la defensa de la ría de Arousa. Pero la región cae en manos de los franquistas y tiene que huir a las montañas. Allí resiste durante meses junto a varios camaradas.

Algunas personas que conocieron a Sotomayor todavía hoy recuerdan el relato de aquellos días de resistencia.

Es la misma narración que la noche antes de traer aquel maletín les ofrece a Galvão y a Velo.

El comandante habla y sus compañeros escuchan.

«Ustedes no saben el frío que hace en las montañas a las que tuve que huir –les dijo Sotomayor–. Se pueden imaginar ese frío seco y cortante de los Andes, pero no este del que les hablo. Las montañas a las que escapé no son tan altas ni están cubiertas de nieve, pero la humedad del mar, háganme caso, la humedad del mar te destroza los huesos y te entumece las piernas tanto que no puedes ni sostenerte en pie. Yo llegué a aquellas montañas en julio del 36. Tuve que huir, porque los fascistas me iban a matar. Toda Pontevedra cayó en sus manos desde el primer momento. Y todos los pueblos de las rías también, claro. Yo soy de uno de esos pueblos, A Pobra do Caramiñal, ¿conocen ustedes? Son pueblos marineros, pueblos pobres, como toda Galicia, para qué decir más. Aunque yo nunca pasé hambre, esto es lo cierto. Estudié en la aca-

demia militar de Marín y llegué a ser alférez. Lástima de la guerra, porque hubiera llegado más alto. He crecido en una buena familia, nunca me faltó de nada. Teníamos propiedades, criados y las mejores enciclopedias. Aprendí francés y solfeo de niño. Un profesor particular venía a casa cada tarde. El hogar era un sitio seguro. Mi madre tocaba el piano y mi padre leía en varios idiomas. Me querían y yo a ellos. Qué más podía pedir. Pero, como ustedes, yo también tengo mis ideales. Desde siempre pensé que el mundo estaba mal repartido, que unos tienen mucho y otros muy poco. Por eso me hice comunista y permanecí fiel a la República. Sentía que era lo que debía hacer. Cuando la cosa se puso fea, escapé a la montaña con otros camaradas y allí organizamos la resistencia. Por las noches bajábamos a la ría y saboteábamos las comunicaciones. Cortábamos cables, pinchábamos ruedas, poníamos explosivos en las antenas. Una noche secuestramos un destructor francés; otra, volamos un almacén del ejército. Estábamos eufóricos, veíamos las llamas consumir aquel edificio, pero, de pronto, oímos el ladrido de unos perros y entonces echamos a correr. La niebla lo cubría todo. La niebla y la noche. La luna apenas iluminaba nada. Corríamos, pero cada poco tropezábamos con las piedras y las raíces de los árboles. Teníamos heridas en las rodillas y las botas llenas de barro. Pesaban tanto que apenas podíamos mover los pies. Y estábamos tan exhaustos y desesperados y aquellos perros estaban tan cerca que decidimos escondernos detrás de unas rocas. Tratamos de recuperar el aliento. Pero pronto oímos unos disparos y eso nos hizo contener la respiración. Era una noche fría y creíamos que el vaho que desprendían nuestras bocas y nuestros cuerpos nos iban a delatar. Estábamos muy nerviosos. Entonces un camarada sacó la cabeza y un fascista se la voló de un tiro. No llevaba casco ni nada, claro; no teníamos ni cascos, qué íbamos a tener. El cuerpo cayó a mi lado

como un saco de arena. Era muy joven, no debía de tener ni veinte años aquel muchacho. Miraba su cadáver y decía: el siguiente voy a ser yo, aquí se acaba todo. Porque cada vez oía más cerca los perros y los gritos y las pisadas de aquellos hombres. Llegó un momento en el que sentí los ladridos junto a mí. Juro que fue así: era como si ladraran a un palmo. Peor: era como si me ladraran dentro de la cabeza. Estaba muerto de miedo, pero les juro que en ningún momento me puse a rezar. No sé ustedes, pero yo soy ateo. Dije: estoy muerto, ahora sí que estoy muerto. Estaba desesperado. No sabía qué hacer. Así que cogí la bolsa de granadas que llevaba mi compañero y la lancé al otro lado de la roca en la que estaba escondido. No sé si maté a alguien, pero la explosión fue tan potente y la polvareda tan grande que aproveché para escapar. Corrí y corrí y corrí sin parar. Caí por un barranco, me magullé entero. Llevaba la ropa hecha jirones. Después volví a subir a la montaña. Sólo allí podía estar a salvo. Me escondí entre unos matorrales. Me tapé como pude. Desde aquel lugar vi que los franquistas habían despertado a todo el pueblo. Buscaban a los que habían volado el almacén. Registraban las casas, agarraban por el pelo a las mujeres y las sacaban a la calle a punta de pistola. Desde lo alto de la montaña observé el fuego consumiendo la madera de algunas viviendas, el humo que ascendía, la estela de los aviones que pasaban. El silencio de la madrugada se había roto. Disparos, aullido de proyectiles, gritos. Y después ese silencio de nuevo. Y el miedo. Ustedes deben saber que el auténtico miedo no viene con el ruido de la munición ni con el fuego de las bombas, sino después, cuando llega la calma, y sólo se oye, a lo lejos, a unos perros que ladran».

Galvão parece impresionado. A pesar de ser capitán del ejército,

nunca ha participado en una guerra ni disparado a nadie; ha disparado a cientos de animales, ha matado leones y elefantes, pero eso no es lo mismo, piensa mientras enciende otro cigarrillo. Por eso, el relato de Sotomayor lo conmueve. Velo, por el contrario, no se emociona tanto, o no lo parece. Asiente y da pequeños sorbos a la taza de café. Ninguno de los dos quiere hablar. Prefieren seguir escuchando a su compañero.

«Pasé meses en aquella montaña. Comía lo que podía: algunas yerbas, saltamontes, yo qué sé lo que comía, cualquier cosa que me pudiera echar a la boca. Al final vinieron unos camaradas y me sacaron de allí. Pasamos a Portugal. En Oporto hundimos un carguero alemán que traía víveres a los franquistas. No saben ustedes lo que se siente al ver el mar tragándose a ese monstruo. Oíamos a los hombres gritando mientras saltaban por la borda y trataban de nadar hacia el puerto. Pero la fuerza del mar, carajo, la fuerza del mar arrastra todo a la profundidad sin remedio. La bestia se hundía y el remolino que formaba se llevaba consigo a aquellos pobres diablos. Después, un barco noruego nos recogió y nos llevó a Francia. Estuve trabajando en la embajada española de París. En ese lugar conocí a mi exmujer, a Margarita, que era traductora. No se estaba mal en París, pero la guerra se estaba perdiendo y yo sentía que debía hacer algo. Así que volví a España. Entré por Cataluña con un grupo de anarquistas. Mientras otros huían, nosotros regresábamos. Estábamos locos. En Barcelona conseguí enrolarme en un barco que transportaba suministros al sur. Ya les he dicho que soy marino y la guerra también se hace en el mar, ¿saben? Lo deben de saber. Si no, no estaríamos aquí. En ese barco llegué a Cartagena, que es donde estaba fondeada la marina republicana. Me

di a conocer y enseguida entré a formar parte de la tripulación del crucero Libertad. Ciento ochenta metros de eslora, ochenta mil caballos de potencia, diez mil toneladas: una bestia. A bordo de ese barco iba yo cuando la madrugada del cinco al seis de marzo del 38 hundimos el Baleares, el buque más importante de los fascistas. Yo mismo decidí lanzar los torpedos que enterraron a aquel bicho en el fondo del mar. Estaba al mando, era una noche calmada y alguien me avisó de que habían visto unas luces en la niebla. Nos acercamos y, efectivamente, allí estaba, quieto, parado entre la bruma. Parecía un elefante dormido. Entonces ordené lanzar los proyectiles. Me preguntaron si estaba seguro y dije que sí. Hay que asumir responsabilidades. Dieron en mitad de la eslora. No se imaginan ustedes la explosión que se produjo. Una explosión y después una llamarada que alcanzó el cielo. Los tanques de combustible se habían partido y la cubierta se llenó de petróleo. Todo ardía. Era un espectáculo grandioso y trágico a la vez. Oímos las alarmas por un tiempo, pero pronto se detuvieron. Quisieron responder con algunos cañonazos, pero enseguida cesaron. El Baleares se quedó en silencio. Las máquinas se pararon, las luces se apagaron, el mar se quedó a oscuras. Sólo el fuego iluminaba la noche. Parecía que estuviera amaneciendo. No he vuelto a ver un cielo de ese color. Era un cielo hermoso. Tenía… tenía el color de la arcilla o más bien del café recién molido. El silencio sólo lo rompían las explosiones, el hierro que se desquebrajaba, la madera que se partía. El barco estaba dividido en dos, cada vez se inclinaba más, ya se podían ver sus hélices. Algunos hombres saltaban. Oíamos sus gritos desde la distancia. Ya había visto antes esa desesperación. Pero, en ese momento, uno no siente compasión, no puede sentirla. Eran fascistas, el enemigo. Ellos habrían hecho lo mismo con nosotros, o algo peor, acercarse y ametrallarnos a sangre fría. Uno no puede

pensar en nada más cuando está en la guerra, porque esa piedad te puede llevar a la tumba. Eso tienen ustedes que recordarlo cuando lleguemos a África. Uno piensa ahora en todo aquello. Apenas ahora, a mis cincuenta y siete años, siento compasión. Pobres hombres, pienso algunas noches, aprisionados entre la chatarra, aplastados por las piezas que se deslizaban por la cubierta, atrapados en los compartimentos que cerraban para que el barco siguiera a flote, lanzándose al agua, dando brazadas en medio de una mancha de combustible y después hundiéndose en el mar».

Galvão no aparta la vista de Sotomayor. Quiere saber más. A él le halaga ese interés, porque lo considera, a pesar de los roces y las discusiones, alguien respetable, educado, culto. Un capitán del ejército, un gobernador, un diputado, un novelista de éxito; alguien, en definitiva, intelectualmente superior. Por eso, cuando Galvão se preocupa por su pasado, Sotomayor se esfuerza en la descripción de los hechos.

–¿Y qué sucedió después, comandante? –Es la primera vez que el capitán lo llama así–. ¿Qué hizo al terminar la guerra?

«La guerra acabó, las carreteras se llenaron de familias cargadas con maletas y petates. Nos dijeron que los barcos de la Armada saldrían al mar y serían entregados a los franceses en Argelia. ¿Y después qué harían con nosotros? Eso nos preguntábamos. Había mucho desconcierto. Decían que viviríamos un tiempo en unos campamentos que estaban montando en el desierto de Túnez, pero que después nos llevarían a Francia. A mí aquello me parecía muy extraño. Desconfiaba. No le importábamos a nadie. ¿Quién iba a dar asilo a aquellos cuatro mil desgraciados? ¿Quién iba a dar de comer

a todos esos muertos de hambre? Francia pronto se entendería con Franco y a nosotros nos dejarían meses, años quizá, en aquellos campos del demonio. Y yo la lluvia y el frío los soporto, pero el calor lo detesto. Me imaginaba aquellas tiendas de lona en mitad del desierto, durmiendo en el suelo pelado, con las costillas molidas, pasando hambre y sed, frío por la noche y calor durante el día, oliendo a sudor y a mierda; me imaginaba todo aquello y daba vueltas en la litera del barco y decía: no puede ser, yo no puedo acabar en ese puto páramo. No pensaba en que iba a terminar en un lugar peor, claro; en esas situaciones uno sólo piensa en el presente, en lo inmediato, porque el futuro no existe. Además, Margarita me estaba esperando en Francia y, si acababa en el desierto, pasarían meses, años tal vez, sin volver a verla; y se olvidaría de mí o creería que me habrían matado en la guerra, porque uno a la guerra también va a morir, ¿no? Así que, días antes de que los barcos partieran a África, me escapé. Ya ven: ahora vamos hacia donde entonces evitaba ir. Debe de ser que ese continente es mi destino. Salí del barco, tiré el uniforme, me vestí de civil y caminé durante semanas hacia el norte. Comía lo que podía, robaba en los huertos, cogía fruta de los árboles, a veces conseguía un trozo de pan duro. Cuando llegué a Cataluña todavía quedaban algunos que cruzaban los Pirineos. Me uní a ellos. Caminábamos lento, por estrechas sendas cubiertas de nieve, rodeados de ancianos, mujeres y niños. Era invierno, hacía mucho frío y yo veía cómo los más débiles iban muriendo; veía a los ancianos agotados, dándose por vencidos, dejándose morir bajo un árbol; veía a algunas madres llevando en sus brazos el cadáver de un bebé que se negaban a abandonar. Veía la muerte. Al entrar en Francia, nos recluyeron en un campo de refugiados que no era más que una porción de playa rodeada de alambre de espino. Había alambre,

viento, arena y mar. Nada más que eso: alambre, viento, arena y mar. Los que tenían suerte se hacían con una manta, un trozo de tela húmeda con la que cubrirse de la escarcha. Los guardias nos trataban como a animales. Pero ¿acaso no nos habíamos convertido en eso? Éramos animales asustados, alimañas que cogían el trozo de pan que nos tiraban y que después corrían hacia los agujeros que habíamos cavado en la arena. En ellos, con el pedazo de pan aún entre las manos, nos tumbábamos para resguardarnos del viento que azotaba la playa. Algunos se tapaban con mantas; otros, los que no habíamos conseguido una, nos enterrábamos en la arena. Sólo salíamos de esos agujeros para cagar. Lo hacíamos a unos pocos metros del lugar donde dormíamos. Cagábamos y después tapábamos la mierda con tierra, pero tarde o temprano los excrementos se filtraban hacia el agua, y subía entonces un olor nauseabundo, pestilente, insoportable. Un asco. Los guardias –uniformados, a caballo, con los fusiles al hombro– nos insultaban, pero nosotros no comprendíamos nada de lo que decían. Hablaban un francés raro, parecían escupir mientras hablaban. Después, nos compraban por unas cuantas monedas los pocos objetos de valor que teníamos y que más tarde ofrecían a cambio de sexo a algunas refugiadas. Eran las mismas a las que habían estado mirando mientras hacían sus necesidades; las mismas de las que se reían mientras se subían las bragas y volvían junto a sus hijos. El campo se fue poco a poco convirtiendo en un pequeño barrio chino. Se llenó de chozas que construíamos con trozos de mantas, cañas y chatarra. La mayoría de nosotros padecía disentería y tenía piojos. Había mucha gente con sarna y malaria, con tifus y pulmonía. La alimentación era penosa. Tras días comiendo pedazos de pan duro, nos daban un caldo en el que flotaban unas pocas lentejas y algo de arroz, pero que enseguida se llenaba de la arena que la ventisca

traía. Encima de nosotros revoloteaban unas cuantas gaviotas que parecían esperar a que muriéramos. Porque veíamos la muerte de cerca, eso es lo cierto; veíamos de cerca la muerte, porque a esas alturas, después de más de dos años de guerra, ya reconocíamos su rostro. La habíamos visto en otros ojos y en otras caras, y sabíamos que nos merodeaba. Teníamos esa certeza. Y no estábamos equivocados. La muerte estaba, por ejemplo, en el agua que bebíamos, un agua contaminada por los excrementos que se filtraban a través de la arena. Los fallecimientos se sucedían día tras día. También las peleas, los robos y las violaciones. Las familias estaban separadas: de un lado de la alambrada, las madres y los niños; del otro, los hombres. A menudo, los niños cruzaban la valla para abrazar a sus padres; pero se echaban a llorar, porque aquellos hombres estaban tan sucios y delgados que sus hijos no los reconocían. Eran los únicos momentos de humanidad en el campo. Los guardias miraban hacia otro lado y así los niños, una vez se calmaban y dejaban de llorar, podían pasar un rato junto a sus padres. Yo a veces los miraba y sentía algo parecido a la felicidad. Algo parecido, digo, porque ya no recordaba cómo era aquel sentimiento, lo había olvidado. Ya les dije antes que nos habíamos convertido en bestias o en algo semejante. Porque ¿acaso los hombres duermen enterrados en hoyos cavados en la arena? No, no éramos hombres. Habíamos dejado de serlo. Los hombres no se entierran. Se entierran los cadáveres. Y, bueno, algo de cadáveres teníamos ya, ¿no creen ustedes?».

Sotomayor contempla el vacío.

Después mira a Galvão y concluye: «Todo eso vi, capitán, todo eso pasó aquel año del diablo».

La calle se ha ido quedando en silencio. Las luces de los apartamentos se han apagado. La bruma cubre el Ávila y no deja ver los límites de la ciudad. El cielo se ha llenado de estrellas. A veces se oye una sirena de la policía, un avión que sobrevuela los edificios, unos borrachos que discuten. Algunos rótulos siguen encendidos y parpadean en los rascacielos: Cerveza Zulia, Mantequilla Maracay, Calzados Rex.

Sólo habla Sotomayor.

Galvão y Velo escuchan.

«Salí de aquel campo y me reencontré con Margarita. Mi hijo Federico era muy pequeño. Habían estado viviendo en la Selva Negra con mis suegros. Margarita es alemana. Margarita Ackermann se llama. Yo la amaba y pensaba que todo iba a ir bien, que por fin íbamos a tener una vida normal. Pasamos días felices en Criel-sur-Mer, un pueblo de Normandía rodeado de acantilados blancos. Una amiga de París nos dejó su casa de veraneo. Allí nos encontró el inicio de la guerra mundial y tuvimos que hacer las maletas. Intentamos entrar en Suiza, pero nos expulsaron porque no teníamos papeles. La vida del exiliado, ya lo saben ustedes, no es una aventura sino una burocracia infinita. Entonces empezamos a vagar por Francia, y yo entré a colaborar con la Resistencia. No me pude negar. Hacía de correo, daba información, cosas sencillas, nada que me pudiera comprometer, pensaba, nada que me alejara de mi familia: ellos ya habían sufrido bastante. Sin embargo, las cosas se torcieron. La Gestapo me capturó y me torturó durante días. Me escupían, me golpeaban, se reían de mí. Me decían que después irían a por mi mujer y mi hijo. Yo gritaba y lloraba, pero les juro que no delaté a nadie. Con el cuerpo magullado, las costillas rotas y la

cara hinchada fui metido en un vagón de ganado y enviado a Auschwitz. Disculpen que no les hable de aquel horror, que no les cuente lo que allí vi. Prefiero olvidar esa época. Cuando las tropas aliadas liberaron el campo, yo pesaba treinta y siete kilos. No sé cómo resistí. Quizá gracias a que no dejaba de pensar en Margarita y Federico. Salí de Auschwitz y regresé con ellos. Tuve otro hijo, Enrique. Cuando la guerra acabó, encontré trabajo en la Renault y nos mudamos a París, a la place des Abesses, en pleno Montmartre. Vivíamos en un apartamento pequeño y frío. Compartíamos inodoro con el resto de los vecinos. Éramos una familia de inmigrantes en plena posguerra. Miseria, escasez y tristeza. Europa estaba en ruinas. Por eso, decidí acogerme a uno de aquellos planes de emigración. Venezuela era un buen destino. Decían que el dinero del petróleo corría por las calles. Llegué a Caracas hace una década. Pronto vino Margarita con los niños. Aquí las cosas me fueron bien… muy bien. La guerra y el hambre quedaron olvidadas. Dejé de lado la política. Me centré en darle una vida mejor a mis hijos, en que no les faltara de nada. Compré una casa, un buen coche, invertí en negocios que prosperaron: una pensión, una fábrica de tocadiscos, un taller. Federico y Enrique eran felices. Aquí todo era color y libertad. Los niños corrían por el campo, se bañaban en el mar, saltaban entre las rocas del muelle. Vivíamos en Puerto Cabello, cerca del malecón, en una casa colonial de tono azulado. ¿Conocen ustedes el bar de Marotta? Pues vivíamos cerca. Aquel lugar era hermoso, plácido, rodeado de vegetación y de playas de arena fina. Allí crecieron los niños. La felicidad duró unos años. Después todo se vino abajo. Margarita y yo empezamos a discutir, a pelearnos por cualquier cosa. Nos divorciamos. Ella se fue con un arquitecto yugoslavo y después regresó a Alemania. Se llevó a Enrique. Federico, que ya era un adolescente que comenzaba a salir por las

noches, se quedó conmigo. Me empezó a ayudar en el aserradero que monté con otros dos socios. El negocio me fue muy bien. Gané mucho dinero. Pero sentía que me faltaba algo. No, no me refiero a una familia ni nada de eso. Tampoco hablo del amor: conocí a una mujer, a Sacramento, que me hizo feliz. Todavía hoy me hace muy feliz. ¿Entonces qué me faltaba? Ya saben ustedes de lo que hablo, no se hagan los tontos. ¿La política, la emoción de poder cambiar las cosas, la revolución, todo aquello que anhelaba de joven? Puede ser. O quizá fuera algo más íntimo, no lo sé. A menudo pienso que todo ese tiempo centrado en el trabajo, en las facturas y los albaranes, en las cuentas y las nóminas, hizo de mí una persona indolente y estúpida. Yo, que tanto había luchado por la igualdad y la libertad, que tantos sueños y esperanzas había tenido, me había convertido en un empresario cualquiera. Era un tipo vulgar: doce horas al día encerrado en el despacho, reuniones con proveedores, viajes de negocios. Todo era absurdo. Cuando salía del aserradero, ya entrada la noche, caminaba por el malecón y me sentaba en el muelle a ver los barcos partir. Allí permanecía durante horas. Como cuando era niño, ¿saben? La sensación era igual que entonces: ansiaba algo que aún no sabía qué era. Entonces llegaron ustedes. Alguien les habló de mí, alguien les contó mi historia: la guerra, la Resistencia, Auschwitz. Alguien se lo comentó, ¿no es cierto? Así que vinieron a verme a mi negocio. Me avisó mi secretaria. Unos tipos raros le esperan en la salita, me dijo. Yo no los encontré tan raros. Ustedes me confesaron que buscaban un hombre de mar, alguien experimentado que supiera comandar un barco. Estamos preparando algo – me dijeron–, algo grande, y quizá usted pueda ayudarnos: usted, un alférez de navío, un héroe de la República, un hombre que ha sufrido los campos nazis, la persecución y el exilio; hemos oído las historias que cuenta en los bares de Sabana Grande –

reconocieron al fin–, y debe ser usted, nadie más que usted, quien nos acompañe en esto. Me contaron el plan y lo primero que pensé es que habían perdido el juicio, que estaban completamente locos. Pero, según la conversación avanzaba, según les escuchaba dar detalles del secuestro, sentí que recobraba una emoción perdida, eso a lo que antes me refería y que no supe explicarles. Así que acepté. Por supuesto que puedo ayudarles –les dije–, yo soy quien buscan, yo soy el comandante Sotomayor. Y ya ven, aquí estamos. La historia es circular, nuestra biografía nos persigue. Los pesqueros de mi infancia, el carguero alemán, el crucero Libertad y ahora el Santa María. Siempre el mar, siempre el mar…».

Lo que Sotomayor no les cuenta a Galvão y a Velo es que ha vendido su participación en el aserradero, su coche y todos sus objetos de valor para financiar el asalto. Al día siguiente, llega al apartamento de Sabana Grande y les entrega un maletín cargado de billetes. Otra vez esa misma sensación de la infancia: como si no aguantara un segundo más en tierra.

V

EL ASALTO

Mar Caribe, 20 y 22 de enero de 1961

El romanticismo llega después.

Antes sólo hay aburrimiento, incertidumbre y ansiedad. Sed y sudor. Dolor de tripas. Miedo.

Alguno de esos hombres, alguien como Velo, tan culto y solemne, podría alzar la voz y pronunciar un discurso. Lo ha hecho muchas veces. Hemos venido de tan lejos, hemos esperado tanto. Ese podría ser un buen comienzo. O quizá podría decir que el mundo no es obra de Dios, sino de los hombres; y hablar de la revolución, asegurar que no hay que temerla, porque todo lo de valor que se destruya no ha sido levantado por los poderosos, sino por las manos de los humildes y serán estos quienes vuelvan a construirlo de nuevo. Podría, en fin, hablar de esa sensación que lo recorre cuando camina por viejas veredas, por montes y campos, y puede aún sentir el dolor de la guerra. Pero no. Nada de eso sucede. Aquellos hombres atraviesan en silencio los treinta kilómetros que separan Caracas de La Guaira, contemplan el paisaje desde la ventanilla del coche que Sotomayor conduce y, a veces, se miran de reojo. No necesitan hablar, no pueden hablar. Tienen algo que les cruza la garganta. El vehículo acelera y ellos cogen un pañuelo y se secan el

sudor de la frente.

En apenas unas horas comenzará la toma del Santa María.

Es viernes, 20 de enero de 1961.

El día es limpio, brillante. El Santa María intimida a quien lo observe desde el muelle; aquellos que aún no lo han visto no lo imaginaban tan imponente. Los barcos son pequeños en el mar, pero enormes en los puertos. Como los hombres, que, aun siendo los mismos, parecen distintos según el entorno y la mirada que los observa. Al llegar a La Guaira, los hombres de esta historia se han vuelto muy pequeños. Será por el miedo o será porque están rodeados de una multitud. Pasajeros, tripulantes y curiosos se agolpan junto al barco. Llevan maletas pesadas, paquetes envueltos en papel de estraza y el diario bajo el brazo. Algunos lo leen mientras esperan la orden de embarque. La noticia del día es la investidura de John F. Kennedy como presidente de Estados Unidos. Lumumba es encarcelado en el Congo. Se inaugura un nuevo parque público en Caracas. Despedidas, lágrimas y abrazos. El océano es el mismo entonces y ahora, pero, en aquel tiempo, a la gente le parecía más grande. De algún modo lo era, porque separaba a las familias y a los amigos para siempre. Sin embargo, los que ahora embarcan no se van, sino que regresan al lugar del que partieron. Son, en su mayoría, inmigrantes españoles y portugueses que han juntado algo de dinero y que vuelven a su tierra. Sus familiares llevan meses escribiéndoles: que las cosas han cambiado, que el país se ha llenado de fábricas y de talleres y de bloques de pisos que necesitan manos que los levanten. Hay trabajo y quienes emigraron quieren volver a ver a sus padres. ¿Recordarán su rostro y su voz? Dicen que la voz es lo primero que se olvida. Mientras esperan a embarcar tratan de

recordarla, pero no pueden. Y quizá por eso regresan: para conservar la memoria y que todo lo que aman tarde más en desvanecerse y perderse en la nada para siempre.

Eso sucede al atardecer, cuando las luces del puerto comienzan a encenderse. Están Velo y Sotomayor. También el resto de los hombres. Galvão, no. El capitán ha cogido esa misma mañana un vuelo que lo llevará a Curazao. Será allí donde embarque. En Venezuela hay demasiada gente que lo conoce y, si lo ven accediendo al barco, podrían levantarse sospechas. En Curazao pasará desapercibido. Podría incluso salir a la calle y nadie sabría quién es. Pero prefiere ser cauto y quedarse en la habitación del hotel. Ha llegado a las once de la mañana. Lleva dos muletas y se hace pasar por inválido. Se asoma a la ventana y contempla el canal que cruza la ciudad y los colores vivos de las fachadas. Si no fuera por el calor tropical creería encontrarse en los Países Bajos. El bochorno y el nerviosismo le hacen dar vueltas por la habitación, revisar la maleta, ordenar papeles. Escribe a algunos amigos, al embajador que le dio asilo en Lisboa y al general Humberto Delgado. Tras las elecciones fraudulentas de 1958, que perdió ante el candidato de Salazar, Delgado se ha exiliado en Brasil y desde allí lidera la oposición a la dictadura. Para Galvão y sus hombres, Delgado es el legítimo presidente de la República, por lo que el Santa María, al ser un barco de bandera portuguesa, será tomado en su nombre. Eso redacta Galvão en las notas que escribe desde la habitación de su hotel. Humberto Delgado, por su parte, le ha enviado un escueto telegrama. Honor o muerte, dice el papel que le han entregado al capitán en la recepción.

Mientras tanto, el resto de los hombres aguardan sentados en una cafetería del puerto. Velo está muy inquieto. No ha conseguido el pasaporte y tiene que embarcar con un permiso de visitante. Uno de sus hijos, Lino, accederá al barco legalmente, con pasaporte y billete, y, una vez dentro, padre e hijo se intercambiarán los documentos, sustituirán la fotografía de los pasaportes y será Velo el que se quede a bordo.

Un hombre de confianza de Galvão es el encargado de realizar los trámites para proporcionarle la autorización de acceso. Las horas pasan y el hombre no aparece. Cuando faltan pocos minutos para que se cierre el embarque, se presenta en la cafetería y le dice a Velo que no ha podido conseguir el permiso. Entonces este se levanta y echa a correr para tratar de obtenerlo por su cuenta.

Los miembros del DRIL apuran sus cervezas y cogen sus equipajes. Ya todos han embarcado. En la cubierta esperan a Velo. Es la hora de partir y aún no ha subido al Santa María. Parecen resignados a llevar a cabo la misión sin uno de sus jefes. Pero, cuando el personal de la naviera se prepara para retirar la pasarela, lo distinguen entre los últimos pasajeros que suben al barco.

Sotomayor sostendrá que Galvão trató de dejar al poeta en tierra.

Nunca sabremos cuáles fueron las intenciones del capitán; si ese intento tuvo lugar, o si se trata sólo de una conjetura de Sotomayor. Lo que sí puede afirmarse es que no existía entre Galvão y Velo ni tan siquiera esa transitoria fraternidad que sienten quienes comparten enemigo y perciben, a un mismo tiempo, el peligro de una muerte cercana.

A las ocho de la mañana del 21 de enero el Santa María entra en el

puerto de Willemstad, la capital de Curazao. Galvão embarca poco después. Lleva bigote postizo, gafas y un sombrero de paja. El día es apacible, todo está en calma. Los turistas americanos se sacan fotos y unas barcas descargan plátanos y verduras en el muelle.

Antes de zarpar, Sotomayor soborna a un agente de aduanas y consigue recuperar el equipaje que contiene las armas. La maleta lleva una cruz marcada. En ella hay una vieja metralleta tan gastada que no es posible ver su marca, otra metralleta Thompson, tres Colt, cuatro rifles y tres granadas. Los hombres también llevan porras, cuchillos e incluso pistolas de juguete. Con ese armamento pretenden tomar el transatlántico e iniciar una revolución que acabe con Franco y Salazar.

La mayoría de los hombres no sale de sus camarotes. Los más jóvenes han cogido un taxi y se han ido a los bares del puerto a gastarse todo su dinero en champán y langosta. Cuando Galvão les dice que es mejor que no salgan, estos se niegan a obedecerlo.

–Puede ser nuestro último día de vida, capitán –le dice Camilo Mortágua–. Tiene usted que comprender a los chicos.

A las siete de la tarde el barco comienza a moverse. Los hombres evitan deambular por los pasillos. Es preferible no ser vistos. El aire acondicionado se ha estropeado y no paran de sudar. Tienen que tomar pastillas para el mareo, porque casi ninguno está acostumbrado a navegar. A las diez se reúnen en el camarote que Velo comparte con su hijo Víctor, el menor de todos los miembros del DRIL. Tiene diecisiete años. De no ser por el bigote que se ha dejado, y que le da un aire de actor americano, parecería aún más joven. Víctor está nervioso, no para de mover los pies y tocarse el flequillo. Disimula su angustia y nadie la percibe. Fuma, se envuelve en humo para así ocultarse; después mira a través del ojo de buey y, al girarse hacia sus compañeros, da una nueva calada. Es un

estudiante, casi un niño. Quizá ahora, cuando el asalto se acerca, se dé cuenta de todo lo que supone. Aunque tiene a su padre, a Pepe Velo, al poeta, al exiliado, al hombre que todos admiran. Eso le devuelve a Víctor cierta calma. Pero no es suficiente. Fuma, da vueltas, abre y cierra el mechero una y otra vez.

Los tres jefes del DRIL fijan la una y media de la madrugada como la hora del asalto. Es sábado y habrá baile, pero para entonces ya habrá finalizado. El barco se quedará en silencio. Será fácil y rápido. Astucia y sigilo; pegar y correr; picar y huir. Eso repite Camilo Mortágua a los chicos. Se verán a la una para repartir las armas.

–La operación tiene que ser limpia –le dice Velo a Sotomayor antes de retirarse–. ¿Me has entendido?

Sotomayor esboza una media sonrisa mientras introduce la llave en la cerradura de su camarote.

–Todavía no se ha descubierto la forma de hacer la revolución con balas de chocolate, poeta –le contesta.

El Santa María ha dejado Curazao atrás. Ya no se intuye su silueta. En pocas horas el barco entrará en el canal que separa Santa Lucía de Martinica y después alcanzará mar abierto. Entonces, con el navío tomado, sin ser descubiertos, dispondrán, según los cálculos de Sotomayor, de unos cuatro o cinco días para llegar a Fernando Poo.

A bordo van novecientas cincuenta y nueve personas y un cadáver, el cuerpo de un emigrante que espera ser enterrado en España.

Nadie, salvo los veinticuatro hombres del DRIL, sabe lo que está a punto de suceder.

Es la una de la madrugada, el mar está en calma y los hombres listos. Sotomayor da las últimas instrucciones. Después reparte las armas. Un joven coge la pistola que Galvão le entrega. Le tiemblan las manos, los dientes le chirrían, su espalda está rígida. Es apenas un adolescente. ¿Cómo se llama? No lo sabemos, todos ocultarán su nombre. Avanza por un pasillo oscuro. Todo el barco se ha quedado en silencio. Camina junto a otro compañero. Puede oír el crujido de sus botas. Salen a la cubierta. Desde allí accederán al puente de mando. Es uno de los puntos del Santa María que han de tomar. Escucha un ruido, apunta con su pistola, pero advierte que tan sólo es un ave que echa a volar. Recupera el aliento. El corazón le late acelerado. La pistola se le resbala de las manos. Las tiene empapadas en sudor. Cada poco se las seca en el pantalón. Sube una escalera. Mira hacia abajo. Siente vértigo. Ve a un hombre vomitando en el mar. ¿Es Federico, el hijo de Sotomayor? El chico sigue subiendo. Siente que las rodillas le fallan. Las articulaciones le tiemblan. El cuello está rígido. Sólo puede ver las botas de su compañero. También nota el viento en la espalda. Y oye unas gaviotas a lo lejos. Nada más. De pronto, cuando terminan de subir la escalera, el hombre que va delante de él se detiene y le ordena guardar silencio. Se oyen unos pasos. Es un tripulante que se acerca. Su compañero –mayor que él, más experimentado, uno de esos veteranos de la Guerra Civil– apunta con el rifle al marinero y le manda callar. El tripulante obedece, da media vuelta y se interna en la oscuridad. Podría haberle disparado, pero no lo hace. Todos los hombres tienen órdenes de no disparar. Siguen caminando. Tratan de no hacer ruido. Ahora oyen algunas voces. Y el mar que golpea la proa. Y el viento que silba. Y el pitido de un radar. Están junto a una de las puertas de entrada al puente de mando. Otros compañeros se internarán por el lado contrario para así evitar que los tripulantes

huyan. Esas son las órdenes que han recibido. El hombre mayor abre la puerta con cuidado. El joven se seca la mano por última vez y empuña la pistola con fuerza. Ninguno ve nada. Todo está a oscuras. Tan sólo pueden verse las luces verdes y rojas de los equipos de navegación. Y la punta de un cigarro. Y unas pupilas que brillan. Y el leve reflejo de un reloj. No saben cuántos tripulantes hay en ese lugar. Quizá ellos puedan ver sus siluetas a contraluz, piensa el joven, y así dispararles con facilidad. Es posible que estén armados, dice en voz baja, es posible que nos maten. Nadie le escucha; nadie le hace caso. El joven no quiere morir. No, no quiero morir, se repite a sí mismo. Entonces su compañero abre la puerta y la luz de la luna invade la cabina. Todo es confuso a partir de ese momento. El hombre mayor trata de apresar a uno de los tripulantes, alguien tropieza con un objeto metálico, todos gritan; los cuerpos se mueven, luchan, son bultos en la oscuridad. Uno pasa junto al joven, lo empuja y este pierde el equilibrio. Los dos cuerpos chocan. El joven trata de apresar al hombre con el que ha tropezado, pero este se defiende. Le da golpes, patadas, puñetazos. En ese momento, el chico trata de agarrar el arma con fuerza y poner el dedo en el gatillo. La pistola parece que se le escurra de las manos. Y suena un disparo. Y luego otro. Y otro más. Después, el silencio. Nadie grita, nadie se mueve. Pasan pocos segundos hasta que alguien enciende las luces. Entonces ve los cuerpos de los dos tripulantes tirados en el suelo. Uno está muerto y el otro se desangra.

La escena es borrosa y nadie quiere aclararla. Hay muchas crónicas diferentes. El relato se reescribirá y modificará a lo largo de los años. La única versión espontánea es la que Sotomayor redacta poco después del asalto. Esta nota manuscrita dice:

> El puente está totalmente a oscuras. De pronto, siento que me agarran por el brazo derecho aln (tachado) aprieto el gatillo del arma, suena primer disparo, el fuego se generaliza y yo retiro a mi gente al exterior, bajo el puen (sic) del sol y vuelvo a subir las escaleras (tachado) en ese preciso momen (sic) llega corriendo un comando portugués dando gritos confusos, logra por fin hac (sic) han traicionado.

El relato es confuso.

Lo que resulta inequívoco es que el tripulante recibe la extremaunción a las cuatro de la mañana.

Acaba de ser padre de una niña diez días atrás.

Galvão escribirá que el fallecido fue un «hombre valiente».

Pero lo único cierto es que es un hombre muerto, un cadáver en una cámara frigorífica.

Hemorragia interna, herida en el vientre y perforación del pulmón derecho, dirá la autopsia.

Los motores del Santa María se detienen.

Todos los hombres se miran. El agua en calma, el barco parado en alta mar, un tripulante muerto y otro desangrándose.

–¡Traed al médico, rápido! –grita Velo.

Y entonces alguien sale corriendo del puente de mando y baja las escaleras a toda prisa. ¿Es Federico? Muchos años después confesará que pudo ser él quien disparara al hombre que sobrevive. Nunca se sabrá, sin embargo, quién disparó al que fallece.

Federico también contará que, tras ver la escena –los cristales rotos, los cuerpos en el suelo, los charcos de sangre–, sale al exterior, se aproxima a una barandilla, vomita y piensa en tirar la

pistola al mar y olvidarse de aquella locura, pero que su padre se lo impide.

–Sé un hombre –le dice– o, al menos, no seas un estúpido.

El doctor atiende al herido. Parece que logra salvarlo. Todo el barco es un ir y venir de gente. Un marinero ha contado al capitán del Santa María, Mario Maia, lo que acaba de suceder. Este no le cree. Piensa que se tratará de algún incidente entre borrachos y se vuelve a meter en la cama. Minutos después, unos ruidos lo despiertan. Al salir al pasillo, Maia ve que un hombre le apunta con una pistola. Entonces se da media vuelta, cierra la puerta de su compartimento, coge el teléfono y ordena que paren los motores.

Pero los hombres del DRIL ya han tomado el puente de mando, la sala de radiocomunicaciones y el cuarto de máquinas. Nadie se resiste, todos los tripulantes aceptan la situación. Sólo queda apresar a los oficiales. Cuando Galvão y Velo llegan al camarote del capitán Maia, se los encuentran a todos allí. Están en calzoncillos.

Galvão les expone las alternativas: primera, adherirse al movimiento; segunda, rendirse y seguir las instrucciones del DRIL; y tercera, no aceptar la situación y pasar a ser prisioneros de guerra.

–¿Cuántos sois? –pregunta Maia.

–Más de cien –responde Galvão.

Camilo Mortágua dice que hay otros barcos secuestrados en el Caribe, y que Lisboa y Madrid están en llamas.

–La revolución ya ha comenzado –afirma–. Ustedes tienen que saberlo.

Sotomayor, que ha agarrado por el pelo a uno de los tripulantes, les advierte de que cualquier tentativa de rebelión será juzgada por un tribunal revolucionario y que, en caso de resultar culpables, los condenados serán fusilados y lanzados al mar.

Los oficiales, tras una larga discusión, optan por rendirse. Uno

de ellos está llorando. Galvão, en su libro, los llama cobardes y recrea la escena ridiculizándolos.

Los motores vuelven a funcionar pasada una hora desde la toma del puente de mando. Sotomayor dirige el barco hacia el canal de Santa Lucía. Después pondrá rumbo a África.

–Si paras las máquinas, te vuelo la cabeza –le dice a uno de los oficiales mientras le muestra su pistola.

El asalto ha sido un éxito. Los hombres se felicitan, se abrazan, suspiran.

En la enfermería, un hombre muerto.

Galvão aprovecha para enviar un telegrama a la señora Roche. «Seguimos», dice el cable, que firma como Impala, el animal que protagoniza una de sus novelas, la bestia que nadie puede cazar, el rey de la selva.

En el puente de mando, Sotomayor corta las conexiones radiofónicas y apaga las luces.

El Santa María desaparece en el mar.

VI

LA UTOPÍA

Mar Caribe, 22 de enero de 1961

Al día siguiente del asalto, cuando el sol surge del mar y llena de claridad la cubierta, Galvão, Velo y Sotomayor creen estar contemplando el amanecer de un tiempo nuevo. El futuro, todo eso que cada generación anhela. Sucede como en ese mito de la creación que las religiones llevan siglos evocando: primero estaba el mar, todo estaba oscuro y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas.

Pero esta vez es cierto.

Hay que detenerse en ese día, el 22 de enero de 1961, porque es el más puro y brillante de todos cuantos lo precedieron y también de todos los que vinieron después. Nadie, entre los que tomaron el Santa María, ha tenido antes una sensación tan plena ni la volverá a tener nunca. Cuando aquellos hombres, ya ancianos, repasen sus vidas, caerán en la cuenta de que no existe en su memoria recuerdo tan noble como aquel, ni sensación tan intensa como la que experimentaron entonces.

La mañana comienza con Velo subido en un escenario que se improvisa en la proa. Lleva un altavoz en la mano –como Lenin en la

estación de Finlandia, como Castro en La Habana–, pero su discurso no pretende excitar a los pasajeros. Al contrario, el poeta quiere tranquilizarlos y, por eso, utiliza palabras sutiles y delicadas. Poco a poco los pasajeros van saliendo de sus camarotes y se reúnen junto a él. Es un predicador, un chamán. Desde la tarima comienza disculpándose y pidiendo comprensión. Les dice que serán desembarcados en cuanto puedan y que no tienen nada que temer; que no son piratas, como alguien va diciendo por ahí. Cuando termina, suena el Himno de Riego. Se desvanece la idea de que los van a desvalijar. De hecho, se hace inventario de las pertenencias que se custodian en la caja fuerte del barco. Cuarenta mil dólares, joyas y acciones al portador. Una auténtica fortuna que los secuestradores se comprometen a no tocar.

Velo y sus compañeros saben que es un momento importante, que deben resultar convincentes y evitar el uso de la violencia, porque ellos son sólo veinticuatro hombres frente a las casi mil personas que hay a bordo. Por eso, los miembros del DRIL se esfuerzan en aparentar que son muchos más. Velo afirma que hay comandos de incógnito infiltrados entre los viajeros y hombres escondidos en cada rincón del Santa María. Son cien, son doscientos, murmuran los pasajeros. Pero son sólo veinticuatro y, a esa hora de la mañana, la mitad de ellos, tras dos días de insomnio y nerviosismo, aún están durmiendo.

La palabra vence.

Velo aclara dudas, sube a la tarima, baja, contesta a las preguntas que los pasajeros le hacen en los corrillos que se forman a su alrededor. Es un hombre afable, sin gestos autoritarios ni marciales. Luis Noya, un joven que regresa a Galicia tras varios años trabajando en Venezuela, se despierta y oye una voz que de inmediato reconoce. Sube corriendo hacia la cubierta y allí lo ve. En

la tribuna, con los brazos abiertos.

–No hay nada que temer –les dice Noya a sus amigos–, es sólo un maestro, es mi profesor.

Todos se relajan, muchos comienzan a sentir simpatía por esos revolucionarios. Tanto es así que varios miembros de la tripulación se unen a los asaltantes. Entre ellos hay tres mujeres y cuatro hombres. Los miembros del DRIL reciben a sus nuevos compañeros entre aplausos y abrazos. Los parias de la tierra comienzan a darse cuenta de que lo son, piensa Víctor, que, meses atrás, en Caracas, ha experimentado la misma conversión tras escuchar un discurso de Fidel Castro.

La llama se propaga.

Se les une un polizón. Un niño hambriento, sucio y mal vestido, un pillo que se ha colado en La Guaira y que lleva dos días escondido en el cuarto de máquinas. El crío se acerca al camarote de Sotomayor y le cuenta la verdad: que lleva años vagando por las calles de Caracas, que sobrevive a base de las propinas que los turistas le dan y que, cansado de esa vida, había decidido embarcarse en el Santa María como polizón. Después, el chico se pone serio, fija sus ojos en los de Sotomayor y le pide unirse al DRIL. El comandante mira a sus hombres y ve que estos asienten con la cabeza, así que acaba por aceptar la incorporación del joven. Cómo no aceptarlo, piensa Sotomayor, si este chico es un desheredado y esta revolución le pertenece. Así que le dan comida, bebida y uniforme, y lo destinan a prestar guardia en el cuarto del telegrafista. Después, le dicen, podrá ayudarlos a retirar las placas que conmemoran las visitas al barco de Getúlio Vargas, Américo Tomás y Perón.

Alguien lo bautiza como Chogüi.

Horas más tarde, Chogüi le acerca a Galvão una mochila que

este le ha ordenado que recoja de su camarote. El capitán viste uniforme caqui y boina negra. Pone rostro solemne, eleva la mirada y pide a algunos de sus hombres que se acerquen. Varios pasajeros acuden a contemplar la escena. Velo los observa desde la distancia. Entonces Galvão saca de su mochila unas estrellas bordadas y comienza a condecorarlos tal y como el ventero armó caballero a don Quijote. Todo es teatral y aparatoso. Todo parece obra de un hidalgo enloquecido. Los pasajeros se miran incrédulos. Los norteamericanos sacan fotos, aplauden y se divierten. Velo se aproxima mientras da sorbos a un café. El capitán camina hacia él con una condecoración en la mano, pero, antes de que llegue, el poeta la rechaza con un gesto.

–Yo no soy un militar –le dice–, eso no es para mí.

Velo coge el altavoz.

A partir de ese momento, dice, no existirán primera, segunda ni tercera clase; los pasajeros, tengan el pasaje que tengan, podrán hacer uso de todas las instalaciones; la comida y la bebida serán gratis; el barco cambiará de nombre, ya no será el Santa María.

Los miembros del DRIL llevan horas pintando la pancarta que acaban de colgar en la proa.

–Ya está –dice Chogüi–, hemos terminado.

Ahora el barco se llama Santa Liberdade.

Santa Libertad.

Entonces, aquel 22 de enero de 1961, a media mañana, en la cubierta de la primera clase, mientras suena una lenta melodía de jazz y los camareros sirven cócteles y aperitivos, se comienza a oír un movimiento en los niveles inferiores del barco. Son pasos y zancadas que retumban en una escalera que hasta ese momento

permanece cerrada. Los norteamericanos, con sus trajes de lino blanco y sus sombreros Panamá, han dejado de sacar fotos y ahora contemplan atónitos la escena. La cubierta se ha ido llenando de gente que viene de la tercera clase. Las mujeres se retiran sus gafas de sol para ver mejor lo que sucede, los niños dejan de jugar, los hombres posan sus bebidas. Nunca han visto nada igual. Esos hombres, mujeres y niños que surgen de la escalera llevan trajes roídos y camisas sudadas. Son muchos días soportando el calor y la humedad que hace en la parte inferior del barco; muchos días con el aire acondicionado averiado y sin poder asomarse a una ventana bien ventilada. Sus caras son diferentes: rostros curtidos por el sol, el frío y el viento, rostros curtidos por el trabajo. Los hombres tienen las manos cubiertas de callos. Llevan días sin afeitarse, huelen mal. Las mujeres visten trajes que ellas mismas han cosido, algunas van de luto, todas huelen a lejía. Los niños calzan zapatos agujereados y llevan pantalones llenos de remiendos. La música ha dejado de sonar, los camareros están parados con las bandejas en la mano. Los pasajeros de la tercera clase se han quedado también detenidos en medio de la cubierta. No saben qué hacer. Contemplan asombrados a toda esa gente con sus trajes impolutos, y sus corbatas, y sus puros, y sus gafas de sol, y sus pasminas, y sus escotes, y sus zapatos de tacón, y sus pieles bronceadas, y su olor a perfume, y sus caras que se parecen a las de los artistas de Hollywood; contemplan las guirnaldas, y las claraboyas, y la piscina, y la barra americana, y las tumbonas, y a los camareros con sus trajes blancos y sus pajaritas de seda, y a los niños, todos rubios o pelirrojos, jugando al ping-pong, y las cámaras de fotos y de vídeo, y a las mujeres leyendo revistas en idiomas que no entienden; contemplan a los hombres disparando al plato junto a la barandilla de proa, y las cartas de postres y de cócteles y de comidas que no conocen:

langosta a la Montecarlo, lenguado al cardenal, consomé duquesa; contemplan a un trompetista, y una partida de bridge, y otra de ajedrez, y el programa de entretenimiento, a alguien que se hace llamar *the funniest man in the world*; contemplan los cuadros que decoran el bar, cuadros de santos y de reyes y de conquistadores; contemplan todo eso y se sienten pequeños, sucios, indecentes. Y entonces, tras ver todo aquello, piensan en descender las escaleras y volver al lugar del que vinieron. Pero, en ese momento, alguien, no sabemos quién, se aproxima a ellos y les dice: pasad, no os quedéis ahí. Y, al oír aquella voz, todos esos hombres, mujeres y niños se acercan a los pasajeros de la primera clase como si llegaran de otro tiempo, como si fueran náufragos que llevaran años esperando en una isla, como si el Ángel de la Historia los hubiera traído desde una ciudad en ruinas. Pero nada de eso son y, a la vez, todo eso son. Son los derrotados, los harapientos, los desamparados, los parias de todos los tiempos y de todas las épocas. Y todos ellos, cansados de las virtudes atribuidas y de sus reinos prometidos y de los guetos que habitan, comienzan a subir las escaleras muy lentamente, paso a paso, con vergüenza y rubor. Y llenan la cubierta. La llenan y se miran entre sí y no saben qué decirse. Y pareciera entonces que los vencidos, los miserables, los oprimidos de todos los tiempos y todas las épocas estén siendo redimidos en el preciso instante en el que esos hombres y esas mujeres y esos niños de caras sucias y zapatos rotos van saliendo de la escalera y ocupando la cubierta. Todo eso piensa Velo, que contempla la escena apoyado en una barandilla. La humanidad, en ese justo momento, se alza y aprende a caminar erguida; el pasado y el presente chocan en ese instante, piensa el poeta. Quién hubiera podido estar allí para contemplar esa grieta que se abre en la historia. Dónde mejor que en medio del océano: primero estaba el mar, todo estaba oscuro. Como en la Biblia, como

en todas las biblias. Aquellos hombres y mujeres y niños surgieron de la escalera como si lo hicieran de entre las aguas, o de una galerna, o del vientre de una ballena. Pero esta vez no es un mito, no es una leyenda, no es un cuento, sino que sucede de verdad. Y, por eso, porque sucede de verdad, los pasajeros de la primera clase, por mala conciencia, o por ingenuidad, o quizá por temor, quién sabe, no sienten que se les vaya a arrebatar algo que les pertenece. Se quedan parados, confundidos, sin saber qué decir ni qué hacer; y, después, como si nada hubiera pasado, piden que la música continúe.

Las únicas imágenes que hay de ese día las graba Luis Noya.

Es una grabación en color, de unos veinte minutos, que tiene ese brillo nostálgico del Super-8: definición granulosa, colores vivos, constantes fallos y pequeños cortes. Recuerda a las filmaciones caseras que estamos acostumbrados a ver en las películas de Hollywood, esas grabaciones que tratan de recrear la felicidad doméstica de la clase media norteamericana de los años sesenta: improvisadas escenas de una familia haciendo una barbacoa, los niños tirándose la comida encima, peleándose, jugando al beisbol, y una música melancólica sonando de fondo.

La filmación de Noya recoge esas mismas escenas inconexas y espontáneas.

En la cubierta, junto a unas hamacas, una mujer de ojos saltones, vestida con una blusa de flores, se peina y sonríe a la cámara. En un salón de la primera clase, Galvão, que está tan delgado que las hombreras del uniforme le caen por el pecho, conversa con un hombre cuyo rostro no podemos ver. A su lado, Sotomayor fuma, saca el humo por la nariz, no levanta la mirada de

unos papeles que examina; y después, cuando se pone de pie y sale al exterior, camina con las manos en los bolsillos mientras el viento revuelve la cortinilla con la que peina su escaso cabello. Más tarde, aparece Velo. Está sentado en una butaca y escribe notas en una libreta de cuero negro. En otra escena se distingue a Víctor. Está abrazado a unos compañeros, haciendo bromas, posando como si fueran un equipo de fútbol. Parecen contentos, distraídos, ajenos a todo lo que en el barco está sucediendo. Tras ver las caras de esos muchachos, la imagen se pierde en un pasillo desierto del que surgen dos siluetas. En otra secuencia, se ve a un grupo de hombres de la tercera clase. Están sentados en la proa del buque como si estuvieran en la plaza de un pueblo. No son de la primera clase, porque todos visten prendas viejas, muchos van descamisados, algunos en ropa interior. Hay dos hombres mayores y gordos sentados junto a unos niños que saludan a la cámara. Parecen los patriarcas de una gran familia. Detrás de ellos hay un montón de personas cuyas caras no se alcanzan a ver. En la escena también aparece una anciana de luto –serena, tranquila, relajada– que mira a la cámara mientras su hijo le pasa el brazo por encima. Tiene el pelo canoso, está despeinada y lleva un solo pendiente. En otra secuencia se observa a un hombre con quemaduras en el rostro y un bebé en brazos; a una niña, de unos ocho años, que, cuando ríe, muestra que se le están cayendo los dientes de leche; y a una mujer, de rostro huesudo, que mira con desdén al objetivo. En otra escena es Noya, que ha debido de prestar la cámara a algún amigo, el que camina por la cubierta del barco. No está acostumbrado a que le graben y parece incómodo. Lleva un polo de rayas y las manos entrecruzadas en la espalda. A su lado pasa un niño corriendo y Noya se lo queda mirando. Se ve también a un grupo de hombres que charlan en un corrillo; y a unos pasajeros –elegantes, con gafas

de sol y sombrero– que posan cuando advierten que están siendo filmados. Sus mujeres corren para salir en la grabación, se agachan y sonríen a la cámara. No parecen españoles ni portugueses. Las mujeres llevan pañuelos en la cabeza, pero son de colores alegres y tacto sedoso. Los que llevan las españolas suelen ser negros y ásperos. En la grabación de Noya hay un hombre en bañador –joven, fibrado, junto a una de las barcas de emergencia– que saluda a una mujer mientras unos niños salen de la piscina y echan a correr hacia el bar de la cubierta. Allí cogen una bolsa de gominolas que se reparten. Otros niños juegan al tenis de mesa. Un señor, que tiene una cerveza en la mano, los mira apoyado en la barra. Seguidamente entra Velo. Está rodeado de gente. Hace aspavientos con los brazos, se le hinchan las venas del cuello, se despeina y después se atusa el pelo con la mano. Los hombres lo escuchan, pero las mujeres están distraídas. Todo les parece una broma, una gran aventura que recordarán el resto de sus vidas. Al fondo de la imagen hay un chico triste y solitario que mira el mar y no ve más que olas. También una mujer que no para de abanicarse, unos niños que juegan con sus coches de madera, un anciano que hace el gesto de la victoria cuando se da cuenta de que lo están grabando y un miembro del DRIL que mete tripa y después estalla en una carcajada mientras dos mujeres de mediana edad, que están tomando el sol, lo miran fijamente y con recelo. Hace mucho viento, todos salen despeinados en la grabación de Noya. Se agarran a la barandilla, saludan a la cámara y hacen algún gesto. El único que permanece impávido es Sotomayor. Parece preocupado. Siempre con un cigarro en la boca, siempre con la mirada perdida. El resto de la gente sonríe.

Rostros, rostros, rostros.

El mar.

La grabación se funde a negro.

No parecen las imágenes de un secuestro.

Quizá sea porque todos los que aparecen en ellas –navegando en el océano, con el barco fuera de los radares, ocultos para sus jefes y sus acreedores, sus enemigos y sus clientes; rodeados sólo de sus familias, de la gente que aman; viéndose fuera del tiempo y del espacio, lejos de toda responsabilidad y compromiso– sienten, a un mismo tiempo, esa extraña felicidad que provoca la ausencia de miedo.

Ellos, los secuestrados, no tienen miedo. Tienen más miedo acaso a lo que les espera en tierra. Sólo desean que el barco continúe navegando. Nunca llegar a puerto, nunca regresar.

VII

LOS JUSTOS

Enfermería del Santa María, 23 de enero de 1961

Todo eso sucede en cubierta.

En la enfermería están Galvão, Velo, Sotomayor y el médico del barco.

Están serios, hablan poco, miden las palabras. El doctor les dice que el herido está muy grave, que su vida corre peligro. Necesita una operación urgente, les asegura, una intervención que no puede practicarse en la enfermería. Hay que desembarcarlo de inmediato, concluye, es la única posibilidad de que ese hombre sobreviva.

El médico se despide.

–Espero su respuesta –les dice antes de irse–, pero no tarden mucho en dármela o ese hombre morirá.

Galvão, Velo y Sotomayor se quedan a solas.

¿Qué dicen entonces esos tres hombres? ¿Cómo es la conversación que mantienen en la enfermería?

Se conocen tres versiones.

La primera es la de Galvão.

Según él, los tres deciden renunciar a la revolución para salvar la vida de ese hombre.

La segunda versión es la de Sotomayor.

Según él, ya en Caracas saben que no es posible asaltar la guarnición de Fernando Poo; pero que pueden alcanzar otro puerto de África y cumplir de igual forma con los objetivos del secuestro.

Según él, la decisión de desembarcar al herido es un obstáculo que se asume al anteponer criterios humanitarios.

Según Sotomayor, fue él quien impulsó el desembarco, Velo lo secundó y Galvão se opuso.

La tercera versión es la de Velo, que se conoce a través de su hijo.

Es la versión más compleja.

Dice Víctor que el momento en el que su padre y Sotomayor se dan cuenta de que el asalto a la guarnición de Fernando Poo no será posible es cuando embarcan y no antes.

Dice Víctor que es entonces cuando ambos advierten que a bordo del Santa María no hay el armamento ni las lanchas necesarias para ejecutar la segunda parte del plan.

Dice Víctor que Galvão les ocultó esa información.

Dice Víctor que Galvão y Sotomayor insistieron en seguir adelante aun a riesgo de que el tripulante muriera.

Dice Víctor que Galvão nunca quiso llegar a África y que Sotomayor pretendía una revolución imposible.

Dice Víctor que fue su padre quien los convenció de desembarcar al herido.

Dice Víctor que logró persuadirlos diciéndoles que, siendo inviable la segunda parte del plan, si desembarcaran al herido lograrían ganarse la simpatía de los medios de comunicación y convertir el secuestro en un acto de denuncia de las dictaduras.

Dice Víctor que su padre concluyó: «Recuerden lo que hicieron aquellos estúpidos en San Sebastián».

«Aquellos estúpidos» fueron una célula del DRIL que operaba en

Bruselas y que actuó en España. Y «lo que hicieron en San Sebastián» fue poner una bomba en una estación de tren que acabó matando a una niña.

¿Aquella muerte les pesa? ¿Quieren redimirse? La niña tenía veintidós meses y se llamaba Begoña.

Estas son las tres versiones de la conversación que tiene lugar en la enfermería del barco. La siguiente certeza es que, a primera hora de la mañana del día siguiente, se produce el desembarco del herido en el puerto de Castries, capital de Santa Lucía.

La historia será distinta según la versión.

La primera, la de Galvão, muestra a unos héroes; a unas personas rectas que, enfrentándose a un dilema moral –la vida humana o la revolución–, lo resuelven anteponiendo los valores más elevados.

Esta hipótesis tiene pocas fisuras o ángulos muertos.

La segunda, la de Sotomayor, implica preguntarse si la posibilidad de una revolución incierta merece pagar como precio la vida de un hombre.

Sotomayor vendría a decir que sí con respecto a aquella muerte que se produce de forma inesperada, pero no en relación con la que se puede evitar a través del desembarco.

El relato de Víctor plantea incógnitas más profundas.

De ser cierta esta versión, Galvão y Sotomayor serían unos hipócritas: primero, quieren dejar morir a ese hombre; y después, cuando observan que la prensa ha premiado el gesto de salvarlo, en sus crónicas deciden adoptar la condición de héroes románticos.

No obstante, hay diferencias entre Galvão y Sotomayor en lo que a la culpa se refiere.

Galvão sería culpable; Sotomayor no, o no tanto.

Esto es así porque la versión de Galvão se opone a la Víctor, mientras que la de Sotomayor sólo de forma parcial.

La versión de Víctor no niega que en la cabeza de Sotomayor pudiera seguir estando la idea original, esto es, que, aunque no fuera posible el asalto a la guarnición de Fernando Poo, él pensara que existía otra forma de sublevación en África; y, en consecuencia, que la muerte del primer hombre la creyera *entregada* a la revolución.

Sin embargo, según la versión de Víctor, Galvão nunca habría tenido una convicción revolucionaria y, por ello, la muerte del tripulante resultaría injustificada desde cualquier punto de vista o criterio moral. Después, según Víctor, el capitán habría envuelto su acción en un romanticismo que tan sólo pretendería blanquear un crimen, ya que, de no pensarlo así, habría sostenido en público la misma opinión que mantuvo en la enfermería. El relato de Galvão, por tanto, sería la confesión velada de su culpa: tengo la sospecha de que puedo ser visto como un criminal y debo justificarme.

En el relato de Víctor, su padre, el poeta, el idealista, el que mejor encarnaría al héroe romántico, rechaza serlo.

En esta hipótesis, Velo se detiene, analiza la situación, advierte el error que han cometido y opta por la vida ante una revolución incierta. La remota posibilidad de hacer la revolución en África, debió de decirle a Sotomayor, no vale la vida de ese hombre.

En Velo existe un juicio, una duda.

Y, por eso, nunca podrá ser visto como un criminal.

Velo no cree en absolutos. Tiene la virtud del héroe camusiano, aquel que acepta que las revoluciones son homicidas; que reconoce que, en ocasiones, la violencia es la partera de la historia; pero que mide las consecuencias de sus actos, pues sabe que la rebeldía está

en constante tensión con el mal.

Aunque es calculador. Si hubiera habido armas y lanchas a bordo –viene a insinuar el relato de Víctor–, puede que su padre hubiera sacrificado la vida de ese hombre. Resulta imposible saberlo, pero es casi seguro que, dada esa hipótesis y llegado el momento, Velo hubiera vuelto a dudar. Y esa duda lo hace confiable. Porque Velo acepta una culpabilidad calculada, acepta incluso que existan criminales inocentes, acepta el precio que se paga por la revolución, porque cree en la revolución.

Sotomayor también, aunque su medida sea distinta.

Galvão, si es cierto el relato de Víctor, no puede decir lo mismo.

En la pieza teatral *Los justos* se plantea este mismo dilema.

En ella, Camus enfrenta a los personajes de Stepan y Kaliayev, dos terroristas que actúan en la Rusia de 1905. Stepan es capaz de sacrificar todo, incluso las vidas de los inocentes, en favor de la revolución. Kaliayev, el poeta, el soñador, el romántico, sin embargo, desiste de matar al archiduque Sergio al ver que, el día del atentado, lo acompañan dos niños en su carruaje. Aun así, más adelante, Kaliayev matará al archiduque, pero lo hace sólo cuando este se encuentra sin compañía y, además, siempre teniendo conciencia del dolor que causa. Kaliayev elige la revolución a costa de la vida humana, pero, a diferencia de Stepan, lo hará consciente de la relatividad de su elección, de lo dudosa que es cada jerarquía de valores y del precio que se puede y debe pagar. Así es, porque Kaliayev acaba siendo ejecutado, ya que, según él, *si no muriera, entonces sí sería un asesino*.

No se puede ir más lejos que Kaliayev en la severidad del juicio moral que lleva a cabo, pues el precio que paga por matar es su

propia existencia: una vida por otra.

El precio que paga Velo es menor: no ser considerado un héroe, ya que el relato de su hijo convierte al poeta en un hombre calculador.

Pero parece que ambos, Velo y Kaliayev, actúen bajo los mismos criterios morales.

Velo conoce los límites éticos de su acción y, al igual que Kaliayev, toma una decisión considerando la contradicción que existe y la dosis de dolor que resulta admisible, pues sabe que, de no llevarse a cabo este proceso, la acción revolucionaria sería mero terror y crimen que deshonrarían cualquier causa por legítima que sea.

Velo, al confesar que salvan la vida de ese hombre sólo porque la revolución se ha vuelto incierta, no por humanitarismo ni romanticismo alguno, está reafirmando sus actos: cree en la revolución y cree en la vida, y toma una decisión ponderando una y otra.

Si el barco hubiera llegado a África, Velo habría vuelto a calibrar el dolor que causan sus actos. Y quizá habría optado una vez más por la vida –puede que siempre y bajo cualquier circunstancia lo hubiera hecho– o quizá no. Nunca se sabrá.

En esta misma hipótesis, surge la duda de cómo habría obrado Galvão: si como Stepan o como Kaliayev.

No obstante, esta es sólo una versión, la de Víctor. Puede que sea la más verosímil, porque, a diferencia de lo que sucede en el relato de Galvão, en ella no hay héroes románticos. Pero no es posible saber quién dice la verdad. Camilo Mortágua escribe en sus memorias que lo que sucedió en la enfermería es una duda que tendrá para siempre. Federico califica el suceso como «episodio intrigante». Sotomayor anota: «Sabemos que hay que matar y

morir; lo sabemos, sí; pero por necesidad, no por placer». Galvão escribe algo parecido y concluye diciendo que hay diferentes formas de ser un auténtico revolucionario. Esta es la versión que se impuso y que puede leerse en los artículos que se publicaron. Aunque hay algo que llama la atención en ella. El capitán emplea la primera persona del plural: *decidimos* desembarcar al herido. Resulta extraño, porque sus textos son una constante carrera por acumular méritos individuales, nunca colectivos. Sin embargo, aquí, en el momento clave de la narración, cuando podría distinguirse de los demás en algo que los medios premiaron, opta por repartir el heroísmo. ¿Por qué? Pudiera ser que tuviera un último gesto de decoro y no quisiera presumir de una falsa virtud; tal vez deseara ocultar su impostura en un relato diluido; o quizá con su narración le esté diciendo a Velo y a Sotomayor: callad, no contéis lo que sucedió en la enfermería, porque vosotros también sois héroes en esta versión de los hechos. Galvão, que ya entonces no se habla con Velo, que jamás le atribuyó protagonismo en entrevista ni texto alguno, por primera y única vez le concede grandeza.

Qué extraño resulta ese gesto en él.

No obstante, un indicio de que la versión de Galvão puede ser cierta es que, tras desembarcar al herido, el Santa María no es localizado. La revolución sigue pareciendo posible.

La mañana del 23 de enero, con las primeras luces del alba, el barco se detiene a unas pocas millas de la costa, descuelga un bote con el herido y después se aleja con los motores a toda máquina.

Es en ese preciso instante cuando un hombre se salva: salva al herido y, al hacerlo, se salva a sí mismo.

Es el mismo hombre que en *Soldados de Salamina* perdona la vida a Sánchez Mazas. El mismo hombre, un soldado, un guerrillero, quién sabe, alguien anónimo; un hombre que recorre el siglo, todos

los siglos, todas las épocas y todas las guerras, y que, con su acto, renunciando a la acción, anteponiendo la vida humana a un proyecto superior, abandonando la gloria y la reputación, nos salva también a todos nosotros. El hombre que renuncia, el hombre que pierde, el único héroe posible.

VIII

SOBREVIVIR A LA UTOPÍA

Océano Atlántico, 23-30 de enero de 1961

El Santa María vuelve a estar en mar abierto. Navega a su máxima velocidad. El plan sigue su curso: el barco marcha hacia las costas de África. Sotomayor lo dirige realizando extraños giros para despistar a sus posibles perseguidores. Aunque parece que nadie los ha visto en Castries. Los hombres del DRIL se relajan; calculan que, para cuando el herido y sus acompañantes cuenten lo sucedido, las autoridades portuarias no tendrán ya rastro del barco.

Y así sucede. Ese mismo día, el 23 de enero, a las siete de la mañana, deberían haber hecho escala en Miami, pero Sotomayor ha enviado un telegrama a la naviera justificando el retraso por una avería. Aceptan sus explicaciones, nadie sospecha.

Sotomayor se ducha, come y pasea por la cubierta. Allí se encuentra con Xabier Irigoien, un sacerdote que pide hablar con él. Al comandante le desconcierta la propuesta, porque el cura está nervioso y no se decide a comenzar a hablar.

–Bueno, suéltelo ya –le apremia Sotomayor.

Entonces Irigoien da un trago al whisky que se ha pedido y, casi susurrando, le solicita dar misa.

–¿Eso es todo? Oiga, haga lo que le dé la gana.

El comandante está de buen humor la mañana del 23 de enero. Lo está porque el desembarco del herido se ha producido sin sobresaltos, el barco continúa sin ser localizado, y la segunda parte del plan está ejecutándose con normalidad. Esto deja en mal lugar la versión de Víctor, pues la premisa de la que parte, es decir, que la noche del 22 ya conocen del fracaso de la misión, quedaría en entredicho.

Al atardecer, Estados Unidos ya tiene conocimiento del secuestro.

Pero el barco sigue oculto. Mientras Sotomayor serpentea por el océano y los pasajeros bailan al ritmo de la orquesta, un escuadrón norteamericano y una fragata inglesa comienzan la búsqueda. Es en ese momento cuando Franco y Salazar saben del asalto. Un telegrama del embajador de España en Portugal dice:

> Barco portugués y pasajeros Santa Maria que se encontraba La Guaira fue asaltado en la mar por un grupo de gente armada capitaneado, suponese, por Galvão quien se apoderó de la nave. Barco navega, suponese, por Caribe con rumbo desconocido. Marinas inglesa y americana han sido prevenidas porque ha sido declarado barco pirata.

Nadie sabe cómo reacciona Franco al leer el telegrama.

De Salazar se ha dicho que entró en cólera al tener noticias del secuestro y que llegó a proponer a sus consejeros que estudiaran el hundimiento del Santa María.

El asalto, de momento, sólo es conocido por un reducido grupo de personas. El martes 24 de enero la BBC informa por primera vez del suceso. La noticia pronto se difunde por todas las redacciones

del mundo. Es fácil imaginar los teléfonos sonando y los teletipos escupiendo más y más papel. Y es fácil imaginar también a un joven periodista aburrido tras una intrascendente jornada de trabajo –otro robo en una joyería, otro partido de fútbol–, que fuma un cigarrillo y mata el tiempo en cualquier redacción de Madrid, y que, ya entrada la madrugada, recoge un teletipo con desgana, lo lee, lo vuelve a leer, y después, aún con el papel en la mano, se levanta de la silla y entra muy lentamente en el despacho del director.

–No se lo va a creer –le dice con voz temblorosa–: unos españoles han secuestrado un barco con mil pasajeros y amenazan con volarlo por los aires.

La prensa española, aprovechando la bandera portuguesa del barco, trata el secuestro como un suceso extranjero. De hecho, las primeras informaciones ni tan siquiera advierten de la presencia de españoles entre los pasajeros, cuando son los más numerosos. El caos informativo es total. Algunas noticias parecen fruto de la confusión, pero pronto se observa la auténtica intención del régimen: hacer ver que no existe acción política, sino un acto de piratería llevado a cabo por unos delincuentes portugueses.

Tras el primer día, la prensa española pasa del caos al delirio. El 25 de enero, *La Vanguardia* titula: «Siguen vigentes las clásicas leyes del mar: los piratas han de ser ahorcados».

Las crónicas y artículos escritos durante aquellos días oscilan entre el bulo y el sainete:

«Son unos insensatos que se expondrían a la horca en cualquier país civilizado».

«Es una nueva prueba del caos mental en el que el mundo se halla».

«Nadie cree que los secuestradores hayan perpetrado tan irracional acto pensando en deparar a los niños una aventura de Salgari».

«El barco suicida, un buque pirata fuera de la ley».

«Ante una conjura masónica, la tolerancia es la celestina del Anticristo».

«Todo parece resultado de mentes extraviadas por la lectura de novelas policiacas».

Junto a estos artículos, decenas de anuncios de venta de pisos.

Así era el país entonces: una comedia, un drama y un gran negocio.

La prensa también titula: «El más asombroso suspense del siglo».

Y esto es cierto, porque la intriga y la emoción también forman parte de esta historia.

Mientras Sotomayor navega hacia África, varios destructores y aviones norteamericanos, una fragata inglesa, un buque holandés y otro portugués se lanzan a la búsqueda del Santa María. Pero Sotomayor piensa como el enemigo y le hace creer que se dirige a Cuba. Se aleja de las rutas habituales, avanza por la noche, con las luces apagadas. Es invisible.

El 25 de enero comienzan a enviarse al Santa María miles de telegramas de apoyo de todo el mundo. Los jefes del DRIL también permiten que los pasajeros se pongan en contacto con sus familias. Destino desconocido, todo bien, besos. Velo vuelve a subir a la tribuna: hermanos, el tiempo ha llegado. Así comienza el discurso que da ese día. Mientras tanto, Franco ordena que el buque Canarias zarpe de Ferrol y se una a la caza. Los telegramas de la embajada ya han aceptado la existencia de españoles a bordo: «Marineros

experimentados, pilotos, maquinistas y un telegrafista» entre los tripulantes. Con respecto a los secuestradores, el telegrama dice: «Los españoles son rojos combatientes derrotados en nuestra guerra de liberación». Según el cable, todo parece estar orquestado por Fidel Castro.

Un carguero danés es el que por primera vez informa de la ubicación del barco: a unas cuatrocientas millas de Guadalupe; a doce grados y dieciocho minutos latitud norte, y cincuenta y dos grados y doce minutos longitud oeste, con un curso aproximado de ciento cinco grados, y una velocidad en torno a los diecinueve nudos.

Al recibir este mensaje, la marina norteamericana envía desde Barbados un avión para sobrevolar la zona que el carguero ha indicado. El piloto es el teniente Daniel L. Krause. Está lloviendo y apenas es capaz de ver nada porque la noche ya ha alcanzado el mar.

Finalmente, a lo lejos, avista el Santa María.

Algunos pasajeros han salido de sus camarotes al oír el ruido del avión.

Galvão, Velo y Sotomayor se han citado en el puente de mando.

El piloto les solicita por radio que se dirijan a la base de San Juan de Puerto Rico.

Galvão contesta que no aceptarán órdenes de un país extranjero.

–Somos políticos portugueses, en un navío portugués, luchando por la libertad de nuestra tierra, por lo que, si nos atacan, hundiremos el Santa María –dice el capitán.

Al avión norteamericano se le comienza a agotar el combustible. Debe regresar. El piloto envía una nota a la base: «Todo bien a bordo. Destino Angola. Capitán Galvão se niega a ir a San Juan».

–¿Tiene algún mensaje que enviar al almirante Dennison, jefe de la flota del Atlántico? –pregunta el piloto antes de emprender la vuelta.

–Sí, dele un cordial saludo de nuestra parte –responde Galvão.

Sotomayor cambia el rumbo.

El barco se pierde en el océano. No se distingue entre el mar y el cielo. La noche se lo ha tragado.

Después de asistir a una sesión de cine, los pasajeros escuchan la radio en sus camarotes. Oyen decir a través de las emisoras que los asaltantes son piratas, comunistas, agentes al servicio de la Unión Soviética. Les parece extraño. Saben que no se han apropiado de ningún botín y que Galvão es un ferviente anticomunista. También escuchan que el Partido Laborista ha solicitado en la Cámara de los Comunes la retirada de las fragatas inglesas de la persecución. Los jefes del DRIL lo celebran: creen que la opinión internacional comienza a estar de su lado. El Gobierno portugués, mientras tanto, se defiende a través de la desinformación y la censura. Las autoridades lusas prohíben la distribución de un diario francés al considerar que está guardando una actitud cómplice con los secuestradores. La noticia comienza a tener impacto internacional. Tal es el revuelo que el 26 de enero, John F. Kennedy, en su primera conferencia de prensa como presidente de Estados Unidos, tiene que pronunciarse sobre el Santa María. Kennedy niega que se vaya a producir el abordaje del barco, pero dice que la marina continuará su misión de localización y persecución, ya que hay decenas de norteamericanos a bordo. El presidente de Estados Unidos se limita a dar detalles técnicos del avión que ha localizado el barco y la ubicación exacta del mismo; evita usar calificativos, su tono es seco

y profesional; a diferencia de los medios españoles y portugueses, nada dice acerca de una acción de piratería.

Ese mismo día Galvão remite un telegrama a United Press International que dice: «El plan es dar continuidad insurreccional a nuestro golpe por la liberación de la patria de la odiosa dictadura de Salazar». Más adelante, tras asegurar que desembarcarán a los pasajeros en un puerto neutral, el telegrama afirma: «No nos rendiremos ni nos detendremos ante naves atacantes. Deben asumir la responsabilidad de los ataques a un barco que consideramos como primera parte liberada del territorio nacional».

Se comienza a hacer evidente el motivo político del secuestro. La insistencia de los diplomáticos franquistas tampoco consigue nada ante la Academia de La Haya, que señala que el asalto no puede calificarse de piratería. Esto impide que un buque militar aprese el barco en alta mar y lo someta a la jurisdicción de su bandera. La posibilidad de la piratería sólo tiene eco en la exaltada prensa de las dictaduras. El embajador norteamericano en Lisboa informa a Washington de que el Gobierno portugués está desconcertado con la actitud de su país. Es inconcebible, dicen los salazaristas, están tratando a Galvão como si fuera un viejo amigo y no como lo que es: un ruin pirata.

Pero cómo no va Galvão, cuando la noche cae sobre el océano, a sentirse pirata.

En ese momento, recordará todos los libros que leyó de niño, todas las historias que le contaron, y se creerá William Kidd, el capitán Misson, o quizá Barbarroja, que, según dicen, escapó hasta cuatro veces de su sepulcro una vez muerto.

Como yo, piensa Galvão, que resucito cada vez que mis enemigos me dan por acabado.

Y entonces, antes de abandonarse al sueño, sonríe.

Qué difícil resulta entrar en esa sonrisa.

A veces es la de un niño que fantasea con historias de piratas, pero, a menudo, es tan sólo la de un hombre ambicioso y calculador. Así lo fue, al menos, entre los días 27 y 28 de enero, cuando, a espaldas de Velo y Sotomayor, comienza a mantener conversaciones con la marina estadounidense. Humberto Delgado lo ha nombrado general de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire de su gobierno en el exilio, y puede que eso le haya hecho creerse superior a sus compañeros. Tras el nombramiento, se ha marchado al camarote para coser en su uniforme los galones que Delgado le ha adjudicado. Ahora es general. General de un ejército que no existe, que no tiene tropas ni armas ni nadie que obedezca órdenes; pero, en una historia tan apegada a la fantasía como esta, son sólo detalles.

Galvão ha alcanzado un acuerdo con los americanos. El pacto consiste en desembarcar a los pasajeros en el puerto de Belém, en la desembocadura del Amazonas. A cambio recibirá combustible y agua. Sotomayor se niega a dirigir el buque a ese lugar. Afirma que, tras desembarcar a los pasajeros, los navíos españoles y portugueses que les siguen cerrarán al Santa María su salida del estuario.

Discuten durante horas.

Sotomayor impone su criterio.

Tras conocer el pacto de Galvão, algunos proponen ejecutarlo y tirar su cuerpo al mar. Sotomayor y Velo desean hacerlo, pero rechazan la propuesta y tratan de calmar a sus compañeros. Aunque llevan semanas desconfiando de sus intenciones. ¿Por qué no les dio la información correcta acerca de las armas y las lanchas? ¿Por qué ahora conversa con los americanos sin consultar? Velo y Sotomayor sospechan que el afán de Galvão nunca ha sido llegar a África, sino tan sólo organizar un acto publicitario a favor de su figura. En eso

están pensando cuando salen a fumar a la cubierta y ven de nuevo a los cazas acercarse. Es la noche del 27 de enero y el mar está picado. Los han vuelto a localizar. Se lamentan, bajan la mirada. Están preocupados, aunque tienen la certeza de que, mientras lleven pasajeros a bordo, no serán hundidos. Los pasajeros son un escudo humano, pero, en cuanto los desembarquen, Franco y Salazar mandarán hundir el Santa María. Eso deducen de algún mensaje que han interceptado. Sotomayor cree que incluso es posible que, antes de desembarcar a nadie, sean alcanzados por un proyectil que se lance para tratar de dejar al barco sin timón. Además, los días pasan, las reservas de agua y comida disminuyen, y la posibilidad de un motín se hace cada vez más plausible. Los jefes del DRIL suelen conversar con los pasajeros y saben que entre ellos hay algunos agitadores que difunden bulos y tratan de agotar la paciencia de los demás. Este clima inquieta a Sotomayor, que teme verse lanzado al océano y morir ahogado como aquellos hombres del Baleares. También le preocupa la escasez de combustible, la ausencia de armas y de lanchas para llevar a cabo la toma de la guarnición de Fernando Poo y, ahora, esta nueva localización por parte de los americanos. Puede intentar volver a despistarlos, pero se pregunta por cuánto tiempo. Además, es probable, dice Velo, que la marina española haya reforzado las dotaciones en la Guinea. El franquismo está preocupado y hará todo lo posible para que el plan fracase. La embajada española de Caracas dice en un cable: «Gran impresión produjo en Venezuela espectacular rapto vapor Santa María (…) Artículo publicado diario El Universal (el más conservador) y prensa cadena Capriles (anticomunista) publicó también declaraciones favorables amotinados».

Velo y Sotomayor no conocen estos telegramas. No saben que están venciendo la batalla de los medios.

Resoplan y se secan el sudor de la frente.

La decepción los alcanza.

Fuman y contemplan el mar en silencio.

Los pilotos estadounidenses parecen saber de su inquietud, porque sus aviones vuelan cada vez más bajo, caen en picado, hacen acrobacias, juegan con sus nervios.

Entonces, al ver una nueva pirueta de uno de esos cazas, Sotomayor tira el cigarro al agua, sube unas escaleras a toda prisa, destapa uno de los focos que hay en la cubierta y, cuando uno de esos aviones vuelve a caer sobre el Santa María, enciende la lámpara y dirige el reflector hacia él. En ese momento, el piloto, cegado por la intensidad del foco, hace un giro extraño en el aire y después se aleja del barco. Varios hombres aplauden y ovacionan a su comandante.

–*Fillo de puta!* –grita Sotomayor.

Y después, mientras el avión desaparece en la oscuridad del firmamento, como si fuera un revolucionario en las Tullerías, saca su pistola y dispara a un reloj de pared.

El barco está rodeado. Entre el 27 y el 28 de enero más de veinte aviones norteamericanos llegan a aguas brasileñas. La ilusión de alcanzar África se desvanece. Pero los ojos del mundo están puestos en el Santa María. La publicidad es extraordinaria. Cientos de periodistas han viajado a Recife para cubrir un suceso que es portada en diarios y revistas de todo el planeta. El rumor que corre entre los periodistas es que los secuestradores están negociando con el almirante Dennison una entrevista en alta mar. Es un día de nervios: telegramas, llamadas de teléfono, comunicados. Hay periodistas y fotógrafos en Recife, Río de Janeiro, Belém y Santa

Lucía. En el hospital de Castries entrevistan al tripulante herido. Este dice que «el jefe de los asaltantes es un español al que llaman *profesor Bello*». La prensa internacional comienza a hablar de este extraño revolucionario: el misterioso profesor Bello.

La confusión sigue siendo enorme. Lo es incluso hoy, más de sesenta años después. Se hace imposible desenredar ficción y realidad. No resulta complicado identificar la mentira oficial o la censura, que acostumbran a ser tan dolosas que resultan pueriles, pero es mucho más difícil saber qué parte de verdad hay en lo que los secuestradores dejaron escrito o declararon a la prensa. Esta dificultad proviene de la imaginación que Galvão, Velo y Sotomayor tenían; una imaginación que les hizo desarrollar relatos fantasiosos, plagados de hipótesis y suposiciones que a menudo se contradicen. Los periodistas también conjeturan, pero sus falsedades son motivadas por un afán sensacionalista que es fácil de reconocer. Los jefes del DRIL, sin embargo, eran soñadores y, como tales, creían en sus fabulaciones: vivían en ellas. Y eso dificulta la reconstrucción de los hechos. En el libro de Galvão poco se dice acerca de las conversaciones que mantiene con el almirante Dennison. Su imaginación vuela a otros lugares, a escenas impropias de unas memorias políticas. Dedica varias líneas al momento en el que visa los pasaportes con su firma, un párrafo a la cena de gala que ofrece en el salón de primera clase, y tres páginas a describir a las mujeres con las que se cruza; mujeres jóvenes que, según el capitán, se sitúan en los lugares en los que los hombres del DRIL hacen guardia; mujeres tímidas que tratan de seducirlos, pero que esperan la iniciativa masculina; y también una mujer madura y misteriosa cuyos ojos Galvão dice que jamás olvidará. Pura fantasía. O quién sabe. Cómo separar ficción y realidad, cómo saber qué sucedió en aquel barco.

Parece claro, en todo caso, que el 28 de enero esos hombres son ya conscientes de que su plan ha fracasado y que, por tanto, están en una encrucijada, aislados, abandonados a su suerte en alta mar; esperando un motín, que lancen sus cuerpos al océano, los ametrallen, o que, una vez presos, los torturen y maltraten durante años.

La acción comienza a acabarse para Galvão, Velo y Sotomayor. Los tres saben que ha llegado la hora de la astucia y la diplomacia; el momento de lograr un éxito político; de la denuncia, de que su voz se oiga en todo el mundo. Y saben también que es el momento de buscar una salida; de lograr escapar vivos de la fantasía en la que llevan semanas habitando. Es el momento de sobrevivir a la utopía.

Sobrevivir a la utopía, nunca más habitarla.

El primer paso para lograrlo es reunirse con los americanos. La cita será en aguas internacionales, a bordo del Santa María, y tendrá lugar el 31 de enero. No puede ser en otro lugar, ya que, si entran en jurisdicción brasileña, la marina de este país tiene orden de apresar el barco. El almirante Dennison trata de rebajar la tensión, intenta que la armada brasileña no interfiera en las negociaciones y, al mismo tiempo, conversa con los diplomáticos españoles y portugueses. Estos pretenden que sean desembarcados todos los pasajeros y no sólo los norteamericanos. Quieren esto, dicen algunos periodistas, para después bombardear el Santa María con los hombres del DRIL dentro. Están equivocados. Esa no es una posibilidad por más que Franco y Salazar la deseen. Su poder se diluye fuera de España y Portugal. En sus países inauguran carreteras, asisten a la ópera, dan discursos y comulgan en grandes catedrales. Pero todo lo que los rodea es un decorado, una farsa no

tan distinta a la de la Exposición Colonial de Oporto. Están acompañados de gente que se pasa el día halagándolos, que asienten a sus palabras, pero que comienzan a moverse para estar bien colocados en el momento del después. Ellos, los ancianos dictadores, apenas salen de sus palacios, han olvidado el contacto de la carne, la vida les resulta ajena. Prefieren encerrarse en sus despachos. Están igual de aislados que los hombres del Santa María. Y aunque comen en mesas de caoba y firman cadenas perpetuas y ordenan torturas –aunque matan y ordenan matar– también habitan en una fantasía. Creen que el mundo es tal y como lo imaginan. La diferencia está en que los ancianos dictadores llevan a cabo su ficción, la ejecutan: tienen la capacidad de convertir en real lo imaginado. Los hombres del DRIL, sin embargo, se sorprenden cuando la tramoya cae, la niebla de la ilusión se disipa y lo real aparece. No tienen el poder de transformar la ficción en verdad, en única verdad; ese poder que Franco y Salazar poseen, porque tienen ejércitos y funcionarios y policías dispuestos a cumplir con todo aquello que se les pide. Pero ese poder sólo alcanza el espacio comprendido entre unas fronteras. Fuera de ellas, esa verdad es juzgada como un desvarío, como un chiste o una bufonada. Los diplomáticos franquistas envían telegramas a Kennedy y a Dennison mostrándose sorprendidos por el trato que dan a los secuestradores. Los telegramas de la embajada española en Washington informan a Madrid señalando: «Opinión pública americana a favor rebeldes (…) respondiendo a publicidad adversa». Qué disparate, piensa Franco, no se dan cuenta de que es un acto de piratería, estos americanos son unos estúpidos, siempre lo han sido. Fantasía, pura fantasía. La embajada española de Caracas también parece contrariada: «Partidos aludidos apoyan en el congreso actitud referida como gesto lucha contra tiranía». Qué inmenso error, le dicen a Franco sus

ministros, qué locura más grande, Excelencia. Varios diarios portugueses se ocupan del *pecado* cometido por Galvão al sustituir el nombre de Santa María por el de Santa Libertad. Más fantasía. El siniestro profesor Bello, un vagabundo apátrida inserto en el gansterismo de Caracas, dicen los periódicos de Madrid. Más ficción. Todo es mentira, todo es un inmenso decorado: aquel que los ancianos dictadores habitan, pero también el que descubren los hombres del DRIL cuando los aviones norteamericanos los localizan. Siete años después, Salazar se caerá de una silla mientras le hacen la pedicura, se golpeará la cabeza y así, bruscamente, se encontrará con la realidad. A Franco no le pasará lo mismo. Morirá creyendo que la obra de teatro que dirige es la única verdad posible. O acaso el anciano moribundo que tratan de conservar con vida en 1975 tenga un último atisbo de lucidez y piense que todo se acaba, no sólo su vida, sino también la función que lleva décadas representando. En todo caso, ambos, en 1961, están cubiertos por una inmensa mascarada. Por ese motivo, los ciudadanos ven como normal lo que, sin embargo, es un desvarío. Pero un observador ajeno, esos yanquis desde sus oficinas de Washington, deben de estar riéndose de las ocurrencias de los diplomáticos de España y Portugal. ¿De verdad se creerán lo que dicen? Eso se preguntan. No lo saben, dudan. Creen que habrá unos cuantos que estén convencidos, pero que otros muchos sentirán vergüenza por el papel que les ha tocado interpretar. «Sorpresa ha producido actitud Estados Unidos ante problema planteado secuestro barco Santa María», dice un cable de la embajada española; «da a opinión pública internacional –continúa el mismo– impresión de vacilaciones norteamericanas incompatibles con energía esperábamos»; «justificada decepción de un aliado de la NATO por la contemporización ante actividades criminales»; «se emprenderá

acción decidida –concluye el telegrama– [...] contra las fuerzas de la anarquía y la subversión».

Dennison debe de estar burlándose en secreto cuando la tarde del 30 de enero ordena al contralmirante Allen Smith zarpar rumbo al Santa María. Ninguno de los dos sabe qué propondrán Galvão, Velo y Sotomayor, pero Dennison le dice a su subordinado que esté tranquilo, que pronto se acabará todo este disparate.

El almirante desea volver a su casa de Pensilvania, hacer una barbacoa, jugar con sus hijos y olvidarse de este puñado de dementes: los del barco y los bárbaros de esos países del sur de Europa. Con lo sencillas que son las cosas, piensa, estos idiotas no se dan cuenta de que todo lo que hacen es una inmensa pérdida de tiempo. Él cree ver la realidad que otros no distinguen. Es un acto de soberbia. Porque Dennison habita en otra ficción, una más grande, la del imperio americano, pero una ficción como todas las demás.

¿Dónde está la verdad entonces?

Esta historia está llena de matrioskas. Grandes fantasías que, al ser desmontadas, esconden otras en su interior. Creemos que aquello que estamos viendo es lo único, pero no es cierto: siempre hay algo más. El mundo es una gigantesca muñeca rusa.

Y todos quieren entrar en ella.

Hacia el mediodía del 31 de enero, Víctor está haciendo guardia en la cubierta del Santa María. Oye un ruido, eleva la mirada y observa una avioneta sobrevolando el barco. El sol lo deslumbra, pero puede ver con claridad cómo un paracaidista se lanza. El paracaidista se llama Gil Delamare y ha sido enviado por la revista *Paris-Match* para lograr la exclusiva que todos los medios anhelan:

subir a bordo del Santa María y entrevistar y fotografiar a los secuestradores.

Gil Delamare no es periodista, trabaja en la industria del cine como doble de acción. Él es, por ejemplo, quien dobla a Jean Paul Belmondo en las escenas de riesgo de la película *El hombre de Río*. También participa en exhibiciones en las que realiza acrobacias, atraviesa barreras de fuego o accidenta coches y sale indemne entre los aplausos del público.

En Recife está Dominique Lapierre, también enviado por *Paris-Match*, para entrevistar al capitán Galvão, que es ya en ese momento toda una celebridad en Francia. En apenas unos días se editarán cómics y novelitas *pulp* con sus aventuras, y será portada en las revistas ilustradas de mayor tirada del mundo.

Por eso, no debe resultar extraña la carrera que se desata entre los medios para lograr la exclusiva del Santa María. El fotógrafo francés Charles Bonnay también se lanza en paracaídas sobre el barco, pero corre peor suerte que Delamare. Cae en el mar, el peso de su equipo y del paracaídas lo hunden, y las hélices del destructor norteamericano Gearing, que está junto al Santa María a la espera de la reunión, a punto están de triturarlo. Finalmente, varios marinos lo rescatan y después lo apresan en el calabozo del buque. En las fotografías que se conservan se puede ver a Bonnay arrastrando aún la tela del paracaídas, rodeado de militares, despeinado y contento. Sabe que ha estado cerca de la muerte y ese riesgo lo satisface.

Delamare y Bonnay son personas especiales. Cuentan que Charles Bonnay fue a pedir trabajo a *Paris-Match* y cuando el redactor jefe le preguntó por qué debían contratarlo este respondió: «Usted tiene que saber que yo no soy como los demás»; y seguidamente saltó por la ventana del segundo piso en el que estaba teniendo lugar la entrevista. Entonces el redactor jefe se

asomó y miró hacia el pavimento esperando ver un cadáver, pero, en su lugar, encontró a Bonnay sacudiéndose la americana y sonriendo de la misma forma que lo hizo aquella mañana a bordo del destructor Gearing.

Delamare y Bonnay pertenecen a una estirpe de aventureros que se ha extinguido. Lo mismo ocurre con la de los revolucionarios. Pancho Villa, Sandino, Sotomayor. Esta es una historia crepuscular como la que narran esos westerns tardíos de los años sesenta. La historia de un tiempo de proezas y aventuras que se está acabando y que dará paso a una época de tecnócratas y expertos. Quién sabe si Delamare y Bonnay, antes de decidirse a saltar sobre el Santa María, intuyeron que estaban ante ese ocaso. Quién sabe si Delamare y Bonnay sabían aquel 31 de enero de 1961 que esos dos linajes, el de los aventureros y el de los revolucionarios, se terminaba y quisieron entonces clausurarlo con un último gran acto.

Bonnay murió diecinueve años después, víctima de leucemia. Delamare falleció en 1966 mientras rodaba una escena de acción. El coche que conducía, un Renault Caravelle, volcó y el golpe contra el asfalto acabó con su vida. Grabó decenas de películas, participó en anuncios de televisión y disfrutó de la fama y del reconocimiento. Pero la cima de su gloria la alcanzó aquel 31 de enero de 1961.

Es fácil imaginar su felicidad al pisar la cubierta del barco, consciente en ese momento de haber logrado una hazaña.

Ser el primero, de eso se trataba, porque entonces aún quedaban barcos sobre los que saltar, revoluciones que hacer, fantasías por estrenar. Después dejó de ser posible o, sencillamente dejó de suceder. Pero, cuando ese tiempo llegó, todos aquellos hombres, Delamare, Bonnay, Galvão, Velo y Sotomayor, llevaban ya años muertos.

Ese tiempo es el de ahora. El pasado no pasa y el futuro nunca llega. Sólo queda un presente suspendido entre ambos. Quedan también esos hombres en la cubierta del barco. Están mudos, no hablan. ¿Cómo saber entonces qué dicen? Quizá traten de decir y no puedan, y hayan sido condenados a ser espectadores del tiempo que vino y del tiempo que vendrá; y no les quede entonces más remedio que callar y seguir contemplando el mismo decorado, el mismo drama, el mismo presente que se repite una y otra vez. Qué condena la suya: estar obligados a ver cómo sus actos resultan indiferentes y a nadie le importan; estar obligados a observar que nada queda de su mundo: que el cadáver del Che en Bolivia es sólo el cuerpo de un Cristo acribillado a balazos, una imagen que adorar como los creyentes lo hacen con la de su Dios sin saber nada de él. Pero sin sábana santa ni incienso ni agua bendita. Pero sin fe. Qué condena más cruel: volver la vista atrás y observar que todo lo que amaron y todo en lo que creyeron no son ahora más que un montón de escombros y cadáveres. Y qué castigo tener que escuchar eternamente a los vivos decir y contar cosas que no son ciertas, o que sólo lo son porque ya sucedieron y el tiempo está de su parte. Qué triste tener que soportar su arrogancia, la de los vivos, que todo lo saben y todo lo juzgan, y que miran al pasado con desprecio y soberbia. Ya somos mayores de edad –parecen querer decirles a los hombres del barco–, ya somos viejos, ya hemos vivido todo el siglo xx. Cómo no vamos a ser viejos si tenemos más de cien años. Vosotros sólo sois unos adolescentes haciendo travesuras; nosotros, en cambio, hemos sobrevivido al holocausto, al totalitarismo, al hambre y a la miseria. Qué nos venís a enseñar si la vuestra fue una época de violencia, y tanto lo fue que todavía hoy seguimos rezando por vuestras víctimas. Así que seguid en silencio, no queremos más profetas ni volver a caer cegados por sus embustes y cuentos.

Dejadnos en el presente, no nos traigáis de vuelta a vuestro tiempo; cuánto dolor hubo allí, cuánta violencia y crueldad. Callad, callad. Callad y dejad de darnos lecciones, porque ya caminamos erguidos, ya somos adultos y los adultos no pueden actuar con la candidez de los niños. Tanta pasión, parecen querer decirnos, tanta pasión para nada.

IX

LA PROMESA

Océano Atlántico, 31 de enero - 1 de febrero de 1961

La historia continúa con la llegada al barco del contralmirante Smith. Todavía es 31 de enero. La noche anterior ha habido una gran fiesta. Galvão ha ordenado a los camareros que bajaran champán a los pasajeros de la tercera clase que no estuvieran bailando. Muchos de ellos están de resaca. El mar está agitado, el barco no para de moverse y eso agrava su dolor de cabeza. Las olas hacen que al viejo oficial le cueste saltar de la barca que lo ha llevado al Santa María. Al subir a bordo, se encuentra a los más jóvenes del DRIL, encabezados por Víctor, vestidos con sus uniformes y haciendo el saludo militar. Los primeros minutos del encuentro son tensos. Están recogidos en la grabación de Noya. Galvão le ha dado permiso para filmar la reunión. En ella puede verse la llegada de Smith al Santa María y los aplausos de los pasajeros. El americano va acompañado de otros miembros de su tripulación. Llevan uniformes blancos, impolutos y llenos de condecoraciones. Algunos son héroes de guerra y representan al mayor ejército del mundo. Les debe de resultar extraña la solemnidad con la que los reciben. Pero no es casual. Velo se ha encargado de repetir que el contralmirante debe tener la impresión de estar ante soldados y no ante piratas. Así que

allí se encuentran los más jóvenes del DRIL recibiendo con honores a los representantes de la Sexta Flota. Pronto comienza a sonar el himno de Estados Unidos y todos los hombres se cuadran y guardan silencio. Al terminar, alguien les dice a los americanos que la ceremonia no ha acabado. Estos esperan sin saber qué hacer. Entonces comienza a sonar el Himno de Riego y después los de Galicia y Portugal. El país más poderoso del mundo rinde honores a dos himnos prohibidos. Es un momento importante, emotivo. Pareciera un acto de justicia. Pero, como esta historia enseña, los grandes acontecimientos también están llenos de vulgaridad. Porque lo más probable es que los americanos ignoren qué representa esa música que suena. Se ajustan el cinturón, se miran incrédulos y, como ven al contralmirante Smith poniéndose la mano en el pecho, ellos hacen lo mismo. Qué más dará, piensan, todos los himnos se parecen; sólo es un rato, enseguida se acaba lo que quiera que sea esto.

Al encuentro también asiste Miguel Urbano –un periodista de São Paulo que había llegado dos días atrás a bordo de un pesquero–, el cónsul de Estados Unidos en Recife y un capellán. Smith le pregunta a Galvão si el sacerdote puede visitar a los pasajeros y este le contesta que sí. Desconfía de su respuesta, porque ignora que el capitán es católico y anticomunista. El sacerdote husmea por todo el barco, habla con los viajeros, los bendice y reza con ellos. Sus impresiones son las mismas que las recogidas en los memorandos de la marina norteamericana: el trato es correcto, no ha existido acto de piratería, sino una acción política. Cuando llegue a Recife, Smith dirá que no se ha reunido con delincuentes.

Mientras el capellán pasea por el barco, alrededor del Santa

María hay seis navíos de guerra norteamericanos, varios brasileños y un submarino nuclear. Además, varios aviones sobrevuelan la zona. El buque español Canarias y el portugués Escobar están acercándose: ya se encuentran a sólo unas pocas millas. El puerto de Recife se ha llenado de policías de los servicios secretos de las dictaduras. Es el despliegue militar más importante que se ha visto en Brasil en décadas.

Dentro del barco la situación es tensa. La reunión dura alrededor de tres horas. Galvão, Velo y Sotomayor han recibido a los visitantes en el salón de primera. Allí han discutido los términos de un posible desembarco. Smith insiste en la posibilidad de atracar en Belém, pero Sotomayor vuelve a rechazar la propuesta.

–No podemos ofrecerles mucho más –dice Smith–. Y, por cierto, ¿qué harían si algún navío interviniese contra el Santa María?

–Defendernos –contesta Sotomayor.

Según este, el puerto de Belém no tiene suficiente calado. Esto no es cierto y los americanos sospechan de las intenciones del comandante.

–Aunque no creo que nos hundan –le confiesa Sotomayor a Velo–. Carmen Polo y otros familiares de Franco tienen acciones de la naviera propietaria del Santa María. Y la joya de su flota es este barco –le dice–, un moderno transatlántico que costó más de diecisiete millones de dólares, al que aún le quedan muchos años de navegación y cuyo hundimiento por parte de buques militares no estaría cubierto por el seguro.

Velo se queda más tranquilo.

Sabe que, si es cierto lo que Sotomayor afirma, nadie los hundirá. En España hay unos cuantos tipos que se están haciendo millonarios y los negocios son lo primero.

Los americanos y el DRIL alcanzan un acuerdo. El Santa María desembarcará al pasaje completo en Recife. Smith se sorprende al ver que Galvão cede. Hace apenas unas horas se negaba a entrar en aguas brasileñas y proponía un desembarco en Acra o en algún puerto de Guinea-Conakri y ahora, sin embargo, no pone reparos a su propuesta.

¿Por qué ha cambiado de opinión Galvão? ¿Qué ha sucedido?

Lo que ha sucedido es que, en Brasilia, a las once y diez minutos de ese mismo día, el 31 de enero de 1961, mientras los jefes del DRIL estaban reunidos con los estadounidenses, Jânio Quadros ha tomado posesión como presidente de Brasil.

Pero para entender la importancia que este suceso tiene en el desenlace de la historia del Santa María es necesario retroceder en el tiempo e ir al 3 de abril de 1960.

Ese día Galvão se reúne con Jânio Quadros, entonces candidato a la presidencia. El encuentro tiene lugar en el hotel Tamanaco de Caracas. Es el hotel más lujoso de la ciudad, el centro social en el que se reúnen las personalidades más importantes del país; un lugar refinado, alejado del bullicio del centro, que ha sido inaugurado hace apenas siete años. En ese tiempo, el Tamanaco se ha convertido en un icono de la nueva Venezuela. Su silueta aparece tras el rostro de Pérez Jiménez en la revista *Time* y también en postales y sellos que circulan por todo el país. El bar Cacique, de inspiración norteamericana, con sillas de cuero y camareros con pajarita y traje blanco, recibe a artistas de todo el mundo. Allí actúan Xavier Cugat o Sammy Davis Jr. En ese ambiente se produce el encuentro entre Galvão y Quadros. De la reunión sólo ha trascendido una fotografía. En ella aparecen ambos vestidos de forma elegante y en actitud cómplice. Bromean, ríen, parecen dos amigos que salen de un bar con unas copas de más. Al encuentro debieron de asistir otros

miembros del DRIL. Al menos Víctor Velo y Camilo Mortágua estuvieron allí. Estos recuerdan que Quadros estaba completamente borracho cuando los recibió en un reservado del hotel. Llevaba todo el día siendo invitado a comer y a beber por parte de inversores venezolanos. Alguno de ellos es quien le presenta a Galvão. Es ya de noche. Los dos beben tequila. Se caen bien, congenian y acaban hablando de cine y literatura. Toman más y más copas. De madrugada, el candidato, ya despeinado y con la corbata desajustada, acaba prometiendo a Galvão que, si sale elegido presidente, hará todo lo que esté en sus manos para apoyarlo en sus planes contra Salazar. No sabemos si Galvão le detalla el propósito de secuestrar el Santa María, pero le toma la palabra.

Así, tras una campaña en la que pone especial énfasis en la denuncia de la corrupción, Quadros gana las elecciones el 3 de octubre de 1960. Pero no será hasta el 31 de enero de 1961, el mismo día que Smith sube a bordo del Santa María, cuando sea investido presidente. Por eso Galvão lleva horas mareando a los americanos y, de forma simultánea, enviando telegramas al presidente electo. Quiere asegurarse de que este recuerda la promesa que le hizo aquella noche de borrachera. Los periodistas sospechan algo. Un diario recoge unas declaraciones de Quadros en las que este afirma que Galvão es un «viejo amigo» suyo. Esta lealtad le sirve a Galvão para despachar a los americanos con la buena noticia de que desembarcarán a todos los pasajeros en Recife. Su amigo ya es presidente de Brasil y las promesas se cumplen.

Jânio Quadros apenas estuvo siete meses en el cargo. A finales de agosto de 1961 renunció a la presidencia. Manifestó que «fuerzas

extrañas» lo presionaron para ello. Nunca aclaró a qué se refería. Quadros es recordado como un presidente excéntrico y carismático. Su aspecto físico –delgado, con gafas de pasta, bigote y un mechón que caía sobre su frente– y la teatralidad de sus gestos le hacían parecer aún más extravagante. Algunas de sus medidas eran del mismo tono: prohibió el uso de bikinis en los concursos de belleza, suprimió las peleas de gallos, impuso normas en los juegos de cartas y persiguió el comercio de drogas que hasta ese momento eran legales. A su parecer, tan grave como la crisis económica era la crisis moral que asolaba el país. Los cambios en las costumbres hicieron que se lo calificara de moralista y conservador. Su política era confusa. De un lado, defendía la economía liberal y aplicaba criterios de austeridad en el gasto público; y, de otro, en plena Guerra Fría, mantenía buenas relaciones con la Unión Soviética y con Cuba. De hecho, condecoró al Che Guevara y a Yuri Gagarin. Orador carismático y efectista, guardaba semejanzas con Galvão. Ambos eran ceremoniosos y excesivos, ambos adoraban la cámara. Las crónicas de la época también dicen que Quadros fue un político honesto. Seguro que lo fue. Porque aquel 31 de enero de 1961, tras ser investido presidente de Brasil, en el momento de mayor gloria de su carrera, Quadros se acuerda de su amigo, se aleja de las cámaras y de los focos que lo rodean, se encierra en su despacho y le escribe un telegrama.

«Recordando nuestro encuentro en Caracas, le reafirmo mi fidelidad […] pudiendo Usted tener la seguridad de que, en el ejercicio de mis atribuciones constitucionales, se les concederá el derecho de asilo».

Eso dice el texto.

«Recordando nuestro encuentro en Caracas», señala, como queriendo así evocar una noche feliz.

Esa promesa hecha a un desconocido, sin esperar nada a cambio, esa lealtad de noctámbulo, define bien a aquel efímero presidente de Brasil: raro, extravagante y fiel.

El mundo entero está en vilo, nadie sabe qué va a suceder con el Santa María.

Pero Galvão ya ha leído el telegrama.

No se puede determinar el momento exacto en el que eso sucede. La grabación de Noya recoge a los hombres del DRIL saliendo a la cubierta con Smith y su comitiva. Galvão está contento y eso hace pensar que ya entonces sabe de la respuesta de su amigo. Los hombres salen al exterior. Se forma un gran revuelo alrededor de ellos. Parecen estrellas de cine. Los pasajeros se agolpan para verlos y los flashes de las cámaras no dejan de dispararse.

Aunque nada de eso resulta interesante. Hay un momento de la grabación que destaca sobre los demás.

Sotomayor sale del corrillo que se ha formado alrededor de Galvão y Smith y, con las manos entrelazadas en la espalda y la mirada en el suelo, se aleja lentamente sin que nadie le haga caso. Tampoco Noya, que centra su atención en los americanos y lo deja fuera del plano. Sotomayor camina, se retira de la escena, desaparece. Sabe que no es su momento, que la acción ha terminado, que la revolución ya no será posible. Lleva más de veinte años esperando acabar con Franco y, en ese preciso momento, advierte que eso no sucederá. Por más que Galvão venda el acuerdo como un éxito, él detesta la situación. Tiene la certeza de que todo se ha convertido en puro espectáculo.

Ocurre algo más ese 31 de enero.

Todos los diarios coinciden en señalar que, horas después del encuentro con Smith, se produce un intento de motín. Al parecer, varios pasajeros se aproximan a los jefes del DRIL en actitud amenazante. Les exigen el desembarco inmediato y se producen escenas de violencia. Existen distintas versiones de lo sucedido. Se dice que el motín lo aplaca Velo con sus palabras; que sube a la tribuna y desde allí hechiza a los amotinados. Otra versión afirma que es Sotomayor quien acaba con el levantamiento. Según este relato, el comandante habría cogido una metralleta y así, con una ráfaga de disparos al aire, es como habría terminado la revuelta.

La imagen es crepuscular.

Sotomayor sabe que desembarcarán en Recife, que la revolución ha llegado a su fin, y entonces sube a la tribuna y comienza a ametrallar al aire. El guerrillero sabe que dispara sus últimas balas, el rebelde comprende que la ilusión se desvanece.

Él, que ha dejado atrás el confort de la familia, que ha dado todo, hasta el dinero y las propiedades que tenía por la revolución, sabe que tendrá que regresar a casa como un perdedor. Tendrá que volver a buscar un trabajo, a preparar café cada mañana, a hacer la declaración de la renta. Tendrá que volver a comprar en el supermercado, a echar gasolina, a dar de alta los suministros de su vivienda. El mundo sigue ahí, esperándolo, al acecho, tan averiado y oxidado como siempre. Y cómo volver a ese lugar –volver a dónde, se pregunta–, cómo mirar ahora al resto de la gente. Todos se creen triunfadores. El capitalismo les ha comido el cerebro. Se han comprado un coche, una televisión y un frigorífico, y cada día del resto de su vida se encargarán de recordarle su derrota. Además, el tiempo ha pasado, nadie se lo va a devolver. ¿Podría regresar con sus hijos y recuperar el tiempo perdido? ¿Podría viajar a Galicia y

reencontrarse con sus viejos amigos? Sabe que no. Es absurdo, piensa, el camino ya lo escogió tiempo atrás. Ahora sólo sería un impostor. Así que quizá sólo le quede pasar el resto de su vida caminando sobre los escombros de la revolución, tal y como en ese instante de la grabación de Noya parece estar ensayando.

Ese es Sotomayor.

Detrás de él, iluminado por los focos, está Galvão. Pero el comandante huye de ese lugar. No quiere saber nada de la gloria ni de la fama. Él no ha embarcado en el Santa María para esto. Él ha venido a hacer la revolución. Y puede que, en ese momento, al advertir que la revolución ya no es posible, al sospechar que quizá Galvão lo tuviera ya todo previsto, que nunca quiso llegar a África sino tan sólo hacer un gesto y después pedir asilo, se sienta culpable. Puede que así sea, porque Sotomayor sabe que un hombre ha fallecido. Él ha estado en Auschwitz, él conoce el olor de los muertos. Y hay un cadáver cubierto con una sábana en la enfermería del barco. Eso no puede olvidarlo. No, no puede. Esa muerte le pesa. ¿Cuáles eran las verdaderas intenciones de Galvão? ¿Era la revolución o sólo el espectáculo? Eso se pregunta una y otra vez mientras camina por la cubierta. La duda lo corroe, porque sabe que en la revolución se muere –él mismo ha estado dispuesto a dar su vida por ella–, que existe un precio a pagar y ese precio puede ser el de un inocente; pero no tiene claro que esa muerte, la del tripulante, haya sido entregada a una causa justa.

No lo sabe, le da vueltas, duda.

En todo esto piensa Sotomayor cuando se aleja del corrillo que rodea a Galvão y camina abstraído por salones y pasillos. En todo eso piensa cuando ametralla al aire horas después. O puede que esté pensando en su propia muerte y sienta culpa por estar vivo: cuántos camaradas murieron en la guerra, cuántos en los campos

nazis, cuántos en esas guerrillas que se extienden por Latinoamérica y que también son las suyas.

Y ahora, él, el comandante Sotomayor, ha de regresar a casa.

No quiere hacerlo. Desconfía de la felicidad. Desconfía del mundo. Tiene miedo de que llegue un tiempo en el que no sepa distinguir el bien del mal. Le aterroriza hacerse viejo. No tiene ningún plan, ninguna salida. Sólo puede seguir caminando en soledad. Cómo se va a desdecir a estas alturas. Al menos, no va a renunciar a la agradable sensación de estar en lo cierto. El resto no le importa. Podrán decir que consumió su tiempo ensayando una revolución que nunca llegó, pero no podrán decir que no tenía razón.

X

EL GRAN CARNAVAL

Recife, 1-3 de febrero de 1961

La víspera del desembarco se celebra una gran fiesta a bordo del Santa María. Galvão, Sotomayor y Velo están sentados en la mesa presidencial. Junto a ellos, una bandera de la República y otra de Portugal. En un cartel pone: SANTA MARÍA IN ROUTE TO LIBERTY: FAREWELL DINNER. Los jefes del secuestro no paran de firmar autógrafos y de sacarse fotos con los pasajeros. La orquesta interpreta los grandes éxitos del momento: *My baby just cares for me*, de Nina Simone, *It´s now or never*, de Elvis Presley, y *Bésame mucho*, de Los Panchos. Todos bailan, todos beben. Hay risas y brindis y miradas de complicidad. Los archivos policiales dicen que esa noche un tripulante ve cómo una camarera y un miembro del DRIL entran juntos en un camarote y cierran con llave.

A la mañana siguiente llegan al Santa María las autoridades brasileñas para negociar los términos de la entrega de la nave. Hace mucho calor y los hombres del DRIL apenas han podido dormir. Los brasileños les informan de que el Estado portugués ha presentado una denuncia por robo ante los tribunales de Recife. Esta denuncia no será siquiera admitida a trámite. Salazar, aislado en su despacho

de Lisboa, senil como esos dictadores de las novelas latinoamericanas, no ha entendido que hace días que perdió la batalla. Pero los diarios de Madrid y Lisboa insisten. Llaman al Santa María «campo de concentración flotante»; dicen que Castro y la China roja los protegen, que les suministran comida y combustible en alta mar; los definen como «milicianos comunistas a sueldo»; aseguran que todos ellos son miembros de una secta masónica, o que están en constante comunicación con Moscú, que es quien, en secreto, los está financiando. Son bulos: los hombres del DRIL están solos en esto. Cuando los focos se apaguen, nadie los recordará. Aunque estén libres, vivirán con miedo el resto de sus vidas. Saben que la policía seguirá sus pasos y quizá tratarán de matarlos. Un extraño accidente, una desaparición, un tiro en la nuca. En pocas semanas se convertirán en viejos prematuros, desconfiarán de todos cuantos los rodean, se volverán reacios al contacto humano. Ahora, sin embargo, aceptan los agasajos y posan ante las cámaras. El barco los protege. Hasta el Santa María han llegado centenares de periodistas y curiosos que pagan grandes sumas para que una embarcación los lleve hasta allí. Los pescadores de Recife aprovechan la ocasión y piden miles de dólares. En un pesquero ha llegado Humberto Delgado junto con dos periodistas de la revista *Life*. Es un hombre de unos cincuenta años, gordo, de rostro amable, con una calva que redondea sus facciones. Pero a los militares les sucede como a los sacerdotes: que cuando empiezan a hablar se les nota su oficio. Y él es nada menos que un general. Son marciales sus gestos y su forma de caminar. Pero toda esta distinción se viene abajo cuando, al subir a la escalerilla del Santa María, la hebilla de su cinturón se engancha con un garfio del barco y el general queda durante unos segundos suspendido en el aire. Algunos chicos se mofan de él. Galvão los reprende. Cuando

Delgado logra subir, lo primero que hace es abrazarse a él. Ambos se encierran durante horas para departir. Velo y Sotomayor han sido excluidos de la reunión. Sotomayor cuenta que Velo y él se sienten despreciados, y entonces se van a beber whisky al bar. Ambos parecen salidos de un cuadro de Hopper. Están allí, solos, bebiendo, viendo lo absurdo que se ha vuelto todo. No molestemos a los señores presidentes de la República y del Gobierno, dice Sotomayor en tono de burla. Los detesta. Sabe que él no tiene nada que ver con esa gente, con los poderosos o con los que aspiran a serlo; sabe que incluso entre los rebeldes existe poder y codicia. Si por él fuera, hundiría el Santa María en el fondo del mar. Le da igual que lo llamen terrorista. No tiene prestigio ni reputación que defender. Sabe que nunca estará en los libros de historia, que ningún monumento se erigirá en su nombre, que no reposará en un panteón de ilustres. Él, aunque no lo reconozca, quiere ser un perdedor; quiere permanecer con los derrotados de la historia. Es su lugar. La revolución, esa rendija que se abre en el tiempo y en la que él ha comparecido, se ha cerrado para siempre. Así que, cuando Delgado lo llama a su despacho, Sotomayor, que ya está borracho y da tumbos, se muestra lacónico, seco, maleducado. Le dice: mire, Delgado, usted mandará ahí fuera, pero aquí, en este barco, de momento, mandamos nosotros. *Vaia á merda*, le suelta antes de marcharse. Sotomayor ya no tiene que guardar las formas en favor de la revolución. Le produce placer ser descortés y grosero con los poderosos. Disfruta, ríe, se recrea. Es un gusto que sólo los auténticos parias conocen. Porque así, comportándose como un canalla, como un descastado, como un ladrón de bicicletas, se siente de nuevo aquel niño que recorría las calles de su pueblo en busca de aventura. Y eso le hace sentir bien, le rejuvenece. Le tranquiliza volver a ser quien siempre fue.

Una multitud recibe al Santa María. Algo antes de las doce del mediodía del 2 de febrero, el transatlántico entra en el puerto de Recife. En el puesto de mando están Galvão, Velo y Sotomayor. Por los altavoces suena la *Obertura 1812* de Chaikovski. Es una idea de Velo, que traía el vinilo en su maleta. La pieza fue escrita para conmemorar la victoria rusa sobre las tropas de Napoleón. Con ello, el poeta quiere mostrar al mundo que han vencido. Es lo que se dirá muchos años después: que vencieron, que lograron poner contra las cuerdas a las dictaduras y dejarlas en ridículo ante la opinión internacional. Esa es la historia oficial, aquella que se lee en los artículos y en los reportajes que pueden encontrarse en internet. Y, aunque hay parte de verdad en ello, también es cierta la frustración de esos hombres.

Faltan pocos días para que el carnaval comience y toda Recife se prepara para la fiesta. Hay una alegría descontrolada y los hombres del Santa María son héroes. Llevan días en las portadas de los periódicos de todo el país. Ante las cámaras sonríen, pero, en privado, sienten una profunda decepción.

La tristeza es mayor cuando los pasajeros desembarcan y se quedan solos. Apenas hablan entre ellos. Al día siguiente entregarán el Santa María a las autoridades brasileñas, pero antes han de pasar una noche solos a bordo. El barco es ahora una catedral vacía.

Escribe Sotomayor que le recuerda a esos buques que en su niñez veía abandonados en la playa. Porque los barcos, al igual que las personas, llega un momento en el que se cansan de vivir y deciden retirarse y alcanzar una playa en calma; y, mientras el óxido alcanza sus huesos, se quedan inmóviles, golpeados por las olas, la lluvia y el lento, pero implacable, transcurrir del tiempo. Eso es el Santa María ahora, ya sólo un barco, un enorme transatlántico de veintiuna mil toneladas construido en los astilleros John

Cockerill, de Hoboken, Bélgica. Nada más que eso. No es el Granma, ni el Santa Libertad, sino tan sólo un barco más, un montón de chatarra.

La hora es confusa, pero ya debe de haber anochecido.

Sotomayor le da vueltas a todo lo que ha pasado mientras bebe un vino en su camarote. Piensa que pronto se quedará sin barco. Piensa que ha puesto todo su dinero en esta aventura y que ahora tendrá que volver a su apartamento. Y piensa también en los muertos, en los de Auschwitz y en los de las trincheras de la Guerra Civil. Los muertos están al acecho, advierte; porque sueña con sus rostros y en sus pesadillas parecen querer decirle: no nos traiciones, Sotomayor, porque tú estás vivo y nosotros no.

Pero quiénes son ellos para juzgarme, se dice a sí mismo mientras da un último sorbo al vino y se recuesta en la cama.

Entonces alguien interrumpe sus pensamientos.

Camilo Mortágua toca a la puerta y le dice que ya están preparados.

Sotomayor se levanta, deja la pistola encima de la mesa, sale al pasillo y coge una fregona.

Porque esos hombres tan violentos y toscos a lo que dedican su última noche a bordo del Santa María es a limpiar el barco. Quieren devolverlo tal y como lo tomaron; quieren decirle al mundo que son gente decente. Dejan las pistolas y los rifles y cogen estropajos y bayetas. Barren, hacen las camas, pasan la fregona y limpian los platos. Terminan a las cinco de la madrugada y después se tumban en la cubierta a ver el cielo y recibir el viento del trópico.

Los hombres ya duermen.

A lo lejos, tras las luces del puerto, resuenan tambores.

El sonido proviene de las favelas e indica que faltan pocos días para que el carnaval comience.

La entrega del buque está documentada en la prensa con más detalle que esa noche de limpieza. Con sólo acceder a las hemerotecas de los diarios de la época se puede saber cómo se produjo. Todo fue muy solemne, al gusto de Galvão. Se izan las banderas del DRIL y de Brasil y las autoridades de este país toman posesión del Santa María. Las últimas negociaciones han consistido en lograr que el barco se entregue al Estado brasileño y no a Portugal. Después, un remolcador lleva a los hombres a puerto. Las crónicas dicen que los periodistas que asisten al acto entonan La Marsellesa. Es de suponer que alguno de esos hombres se emociona en ese momento, pero nada de eso está escrito. Existen muchas imágenes de los pasajeros. El Veracruz, un buque gemelo del Santa María, los recoge y los lleva a Vigo. Allí los esperan sus familiares. Sus padres y amigos los abrazan. Los periodistas están a la caza de las primeras declaraciones, pero gran parte de los reportajes de la época tratan de reducir el suceso a mera anécdota. Son muchos los artículos. La guapa asturiana Laura Menéndez, dice *ABC*, niega su idilio con el holandés Van der Meer; un pasajero llamado Ramón Iglesias afirma que Galvão intentó convencerlos de que en España y Portugal había estallado la revolución; el doctor Campos Leite insinúa que exageró la gravedad del herido desembarcado en Santa Lucía para así sabotear los planes de los secuestradores. Los periodistas también dan la noticia de que la esposa del tripulante fallecido en el asalto acaba de dar a la luz a una niña. Pero nada se sabe de ella. La mayor parte de los protagonistas de esta historia han muerto y los que quedan vivos son muy difíciles de localizar.

Además, los vivos ya no recuerdan, o no quieren recordar, y son los muertos los que hablan. Los muertos, como en aquel poema de Roque Dalton, son cada día más indóciles, se ponen irónicos, preguntan, porque han caído en la cuenta de que son mayoría.

SEGUNDA PARTE

LO QUE EXISTE

I

GALVÃO

1

CAMILO MORTÁGUA

(Alentejo, octubre de 2021)

Los muertos son mayoría.

De los hombres que secuestraron el barco sólo quedan vivos Víctor Velo y Camilo Mortágua.

En el año 2002 se grabó un documental acerca de su aventura y la directora, Margarita Ledo, logró reunirlos en Brasil, ese país que cuarenta años antes los había recibido como a héroes.

Pero los hombres que aparecen en el documental no son ya aquellos jóvenes. En el momento en el que se graba tienen alrededor de sesenta años y ya no queda rastro de los guerrilleros que algún día fueron. Además, al hablar del secuestro, pareciera que ellos no lo hubieran protagonizado. Cuando se dirigen a cámara, no lo hacen como si estuvieran hablando de sus vidas. Da la impresión de que aquellos hombres no hubieran estado en el Santa María. Víctor Velo se expresa con prudencia y desapego. Camilo Mortágua contesta con evasivas. Ambos se muestran indiferentes ante el relato de aquellos días.

Esa frialdad me extrañó y por esa razón decidí ponerme en contacto con Margarita Ledo. Supuse que ella conservaría las grabaciones completas del documental y que estas contendrían todo

el material desechado en el montaje. Quizá, pensé, en las escenas eliminadas del metraje final, en esas tomas en las que los protagonistas no son conscientes de estar siendo grabados, pudiera encontrar alguna respuesta. ¿Quién disparó al tripulante? ¿Por qué desembarcaron al herido? Y, sobre todo, ¿quiénes eran, en realidad, Galvão, Velo y Sotomayor?

Viajé a Santiago de Compostela y Margarita me entregó una caja llena de cintas VHS que mandé de inmediato a digitalizar. Me pasé horas viendo las grabaciones en mi casa de Barcelona, pero no encontraba nada en ellas. Horas y más horas de tomas falsas sin ningún interés y relatos que coincidían con los hechos que llevaba meses investigando. Pero, de pronto, al final de la última cinta, cuando Víctor Velo relata los días posteriores al carnaval, ese momento en el que los hombres del DRIL se van a realizar entrenamientos militares a una casa de campo, encontré algo de valor.

Son días oscuros. Galvão recorre los platós de televisión, vende los derechos de sus memorias y el guion de una película sobre el secuestro. Al encuentro de los hombres del DRIL llegan espías franquistas, confidentes y se dice que hasta sicarios. La tensión es tal que las luchas internas se desatan. La correspondencia de aquellos días es un conjunto de difamaciones que los líderes de DRIL se cruzan entre ellos. El grupo desaparecerá en apenas unos meses y nunca más se verán.

Pero nada de eso cuenta Víctor Velo en las grabaciones que estuve revisando. Cuando está a punto de hacerlo, Camilo Mortágua comienza a repiquetear con los dedos en la mesa. Entonces, Víctor se calla y Camilo ordena cortar la grabación.

El cámara aguanta unos segundos, pero Camilo insiste.

–Corta –dice mirando al objetivo y haciendo ademán de

levantarse.

–Ahora, fuera de esto, nosotros podemos hablar de muchas cosas… –se oye que Víctor comenta.

El cámara sigue grabando.

Camilo se impacienta.

–¿Finalizó? –insiste Víctor al darse cuenta de que Camilo está incómodo y de que el piloto de la cámara sigue encendido–. ¿Es esto lo que querías? –dice mirando a la directora.

Los hombres permanecen en silencio, porque dudan acerca de si están siendo grabados. Camilo está nervioso. Sigue dando golpecitos en la mesa de madera.

La cámara tarda aún unos segundos en apagarse y entonces el silencio es total.

Ese silencio me persigue desde hace semanas. Cuando camino por la calle, en el metro, en la ducha. Ese silencio y las palabras de Víctor: «ahora, fuera de esto, podemos hablar de muchas cosas».

¿Qué son esas cosas?

Es entonces cuando decido buscar a Camilo y a Víctor para así preguntarles qué es lo que se dijeron al terminar aquella grabación. Porque sospecho que esas palabras, ya perdidas en el tiempo, todo aquello que no se puede decir en público y que ahora a nadie le importa, son las palabras que le faltan a esta novela. De modo que es mi obligación volver a ese transatlántico del que Camilo y Víctor nunca han terminado de desembarcar, porque, de haberlo hecho, no hubieran mandado a Margarita cortar la grabación.

Los siguientes días me los paso indagando acerca de dónde viven Camilo y Víctor.

En el Alentejo y en São Paulo, me dicen.

Consigo sus teléfonos y les llamo. Víctor no contesta; Camilo, sí. En realidad, con quien hablo es con su mujer, Inês, porque Camilo

no oye bien y procura no coger el teléfono. Quedamos el 29 de octubre de 2021 en la aldea del Alentejo en la que vive.

–Una última cosa, señora –le digo a Inês antes de colgar–, me gustaría tener un detalle con el señor Camilo. ¿Qué le haría ilusión que le regalase?

–Una botella de vino o de whisky –responde sin dudarlo.

Vaya, me digo, es igual que el personaje de mi novela.

–¿Y usted qué quiere saber, Carnero? –me dice Camilo al verme y después me pregunta si me apetece tomar algo.

Camilo Mortágua, la mano derecha de Galvão, el joven que dirigía la instrucción militar en el valle de Los Caracas, tiene hoy ochenta y siete años y vive en un pueblo del Alentejo. Es un pueblo rodeado de olivos, de casas blancas y calles empedradas. Hay mucho silencio en Alvito, porque todos los que viven en él son ancianos, hombres y mujeres mayores que caminan despacio, arrastrando los pies, con las manos anudadas a la espalda y que hablan en voz baja. Paseando por sus calles se puede oír algún televisor, algún perro ladrando y el tañido de las campanas cada hora. Todo es predecible en Alvito; todo es costumbre, todo es hábito y tradición. Nadie quiere hacerse preguntas. El pasado los incomoda. Las caras también son las de siempre. Aquí todos se conocen. Por eso, desde que he llegado me he sentido observado. O puede que sean cosas mías. Probablemente lo sean.

Aunque es el puente de Todos los Santos y el pueblo debería estar lleno de visitantes, lo cierto es que no veo a nadie. No sé dónde se mete la gente. Hay coches aparcados, pero nadie en la calle. Sólo me he cruzado con algunas ancianas que llevan flores al cementerio. Y allí están, frente a la tumba de sus familiares, en

silencio, intentando hacer hablar a los muertos.

Me he abrigado y he salido de casa con un libro en la mano, *Historia de Mayta*. He estado leyéndolo en el bar de la plaza, el Américo, y después he dado un paseo por el pueblo. Cae una lluvia fina que enseguida cala mi abrigo; el cielo está cubierto, gris, amenazando tormenta, y de las chimeneas brota un humo que se confunde con la primera bruma de la mañana. Es pronto, son las ocho, y apenas he podido dormir, porque después de meses conviviendo con esta historia, tras muchas lecturas y horas de escritura, estoy a punto de conocer a uno de sus protagonistas, a uno de los hombres que secuestró el Santa María. Y quizá, pienso mientras camino por Alvito, esto no se deba hacer; quizá sea mejor continuar imaginando cómo ocurrieron aquellos hechos y no dejar que la realidad contamine el relato. Porque puede que a Camilo el pasado le parezca demasiado remoto, absurdo, carente de interés. Y puede que me suceda entonces como al narrador de *Historia de Mayta*, que, cuando por fin se encuentra con el protagonista de su novela, se siente defraudado, porque el guerrillero Mayta es ahora un simple heladero, un pobre hombre que pasa hambre y estrecheces, que vive en la más absoluta marginalidad y al que el pasado revolucionario le resulta del todo indiferente.

La casa de Camilo, sin embargo, no es la de un desgraciado. Es una casa grande, con un bonito patio y muebles de maderas nobles. Camilo no es Mayta. Lo he comprendido desde la primera vez que lo he visto. Hace apenas un rato, cuando me acercaba a desayunar, he observado a un anciano conduciendo una camioneta desde la que, con una cuerda atada al volante, paseaba a un mastín. El vehículo iba muy lento, a la velocidad del perro, y yo lo he saludado, pero

Camilo no me ha reconocido, así que he seguido mi camino y después he entrado en el Américo y me he tomado el primer café de la mañana. Y allí, mientras terminaba la novela de Vargas Llosa, me he preguntado si Camilo conservará recuerdos del Santa María, si prefiere olvidarlos o si, quién sabe, tratará de hurtar hechos al pasado y cambiar el relato de aquellos días. Dudo mucho que ocurra de esa manera, porque Camilo ha de saber que eso equivaldría a perder su identidad, a desaparecer, a morir un poco. Supongo que preferirá dejar las cosas así, en el lugar en el que estaban, sin interferir en ellas. Pero yo estoy aquí para remover todo ese pasado que hasta ahora permanece inmóvil. Por eso, creo que estoy siendo indiscreto, que estoy husmeando, que estoy entrando a robar algo que no me pertenece. Aunque no es así, me digo, no estoy aquí para juzgar a nadie, porque las novelas –y esta es una novela– no nos dan a escoger entre el bien y el mal, sino que acaso nos muestran cómo el bien y el mal danzan de la mano. Las novelas, me digo para tranquilizarme, ni tan siquiera tratan de la verdad, porque qué es la verdad sino un amasijo de hechos, un montón de palabras que no son más que escombros; ese material impuro, incoherente y absurdo, del que, sin embargo, también está hecha la vida misma.

Esta explicación no creo que le sirva a Camilo. Hoy me verá por primera vez y es muy probable que no confíe en mí. Además, es un hombre acostumbrado a la clandestinidad, a guardar silencio, a ocultar confidencias. Si, como dice Walter Benjamin, toda persona lleva consigo un misterio que, de ser conocido, lo haría odioso a todos los demás, Camilo guardará silencio, porque es el último depositario de una gran cantidad de secretos. Ya sólo acudiendo a los sucesos del Santa María sabemos que existen suficientes lagunas y espacios en blanco que Camilo debe conocer y que es posible que deje sin respuesta para siempre. No puedo evitar pensar en ese

hombre herido, desangrándose en el puente de mando, ni tampoco en la decisión que se tomó al día siguiente. Algo no encaja en el relato que he leído y supongo que he venido hasta aquí para buscar alguna respuesta.

Entro en la casa.

Me recibe la mujer de Camilo. Es mucho más joven que él. Tendrá unos sesenta años. Es muy delgada; tiene un aire intelectual y refinado. Lleva gafas redondas y pantalones vaqueros. Inês me mira a los ojos como queriendo saber qué tipo de persona soy y después me sonríe. Yo también le sonrío a ella.

–Ahora vendrá Camilo –me dice–, puedes sentarte en el sofá.

Afuera está diluviando, el viento golpea las persianas y agita las flores y los árboles del jardín.

En cuanto lo veo entrar en el salón, encorvado, apoyado en un bastón, arrastrando los pies, sé que Camilo no reclama ninguna victoria. Hay personas que arrastran la derrota como una condena, pienso, y otras que se hacen cargo del desastre, que son sus custodios, sus vigías. Y Camilo es uno de ellos. Son personas que han renunciado a la ambigüedad y que dicen: sí, esto es lo que hay, dejádmelo a mí, no me confundáis con esos triunfadores, porque tenéis que saber que la victoria es sospechosa.

Camilo no ha maniobrado hacia el éxito y no va a hacerlo tampoco en su conversación conmigo. Por eso, cuando le falla la memoria y está a punto de cometer un error, de desvelar un secreto o traicionar una lealtad, se queda en silencio, mira a la ventana y cambia de tema. Camilo tiene una dignidad de samurái.

Son ahora sus hijas las que hablan. Tienen mi edad, treinta y seis años. Joana y Mariana son gemelas y ambas son diputadas de un partido de izquierdas en la Asamblea portuguesa. Cuando la troika intervino Portugal se hicieron muy famosas. Salían cada noche

en las tertulias políticas y también en algunos programas de entretenimiento. Mientras hablo con Camilo, Mariana está en la mesa de la cocina tomando apuntes. Ha venido a Alvito por el puente, pero tiene que regresar a Lisboa para participar en un debate de la televisión. Su padre se ha levantado para despedirse de ella. No oigo qué se dicen en la puerta de la casa. Se dan un beso. Después, Mariana se pone su abrigo y Camilo regresa al salón. Camina muy despacio, torpemente. A menudo se desequilibra y tiene que apoyarse en la pared.

–Entonces estás escribiendo una novela –me dice mientras se sienta en el sofá–. Pero, si es una novela, si estás… cómo decirlo… si estás fabulando con todo lo del Santa María, ¿para qué me necesitas? Se supone que los escritores tenéis imaginación.

–Bueno, señor Mortágua, yo no mucha… –le confieso–. Sólo he escrito novelas sobre mi familia.

–Ah –me responde decepcionado–, *ese* tipo de novelas.

–Y por eso he venido a verle –continúo diciéndole–: porque no sé escribir a tientas y necesito algo a lo que agarrarme. Quizá sea inseguridad o quizá falta de talento. Necesito escucharle. Escuchar a otros también. ¿Comprende? Leer, observar y después mezclarlo todo. Y, al final, sólo al final, poner mis palabras.

Entonces Camilo asiente, da un sorbo al café y comienza a hablar.

Mira, Carnero, aunque me falle la memoria, yo de todo aquello me acuerdo muy bien. He leído cosas que se han escrito y digo: qué sabrá este, si no estuvo allí. Yo sí estuve allí, ¿sabes? Pero la gente inventa. Los periodistas y los escritores sobre todo. Yo, cada vez que me encuentro a alguien que juega con las palabras, me digo:

cuidado, porque con este ni en broma: ni-en-bro-ma. Galvão era así. ¿Eres tú de esos? Seguro que sí, tienes pinta. Si no, no hubieras venido hasta aquí. No te lo tomes a mal. Los escritores siempre mentís, os pasáis la vida mintiendo, aunque a veces hay que mentir para decir la verdad, ¿me entiendes? Claro que me entiendes. Y otras veces hay que saber la verdad para mentir bien. Bueno, pues por eso estamos aquí. Pero lo primero que tienes que saber es que en aquella época no había claridad en ninguna parte, así que tampoco creo que la haya en tu libro; en tu novela, es cierto, que es una novela, hay que ver… En fin, tendrás que acostumbrarte a eso de la falta de… de la falta de claridad. No había internet, ni nada parecido; no podías saber quién era cada uno, con quién estabas hablando, de modo que no te podías fiar de nadie. Ninguno era quien decía ser. Puede que por eso haya tenido pocos amigos. He tenido pocos, pero buenos, eso es cierto. Pero, cuando llegaba el momento de la acción, yo iba y ellos se quedaban. Tuve amigos, sí, pero eran hombres normales y corrientes. Nadie quería meterse en las vainas en las que yo me metía. La dictadura ya duraba muchos años y a todos les parecía que era lo normal; hasta los jóvenes se habían educado pensando que esos ideales, los de Salazar, eran los únicos posibles. Pero yo no era así: yo-no-soy-a-sí. Por eso me metí en lo del Santa María y, bueno, sí, puede que algún amigo hiciera en aquel tiempo, pero eran todos muy complicados. Galvão, Velo y Sotomayor. Esos tres eran los más complicados. *Muy* complicados, créeme. Yo soy más sencillo. Yo fui panadero, ¿sabes? A mí me gusta la gente sencilla, gente como la que hay en este pueblo. Agricultores, tenderos, albañiles: ese tipo de gente. Con quien más relación tuve fue con Galvão, pero él era un hombre de poder, su estructura mental era… la de un dictador. Perdón, quizá no me he expresado bien, hace mucho que no hablo en español y la memoria

me falla. Cómo decirlo. Era un militar. ¿Autoritario? Quizá. Ya sabes cómo son los militares. Galvão, con sus virtudes y sus defectos, era un hombre honesto y estarás de acuerdo conmigo en que, al final, son los hechos los que cuentan. ¿Qué va a contar si no? Los hechos son lo único importante. Sí, ya sé de su relación con Salazar y el colonialismo. Bueno, es verdad, pero ¿vamos ahora a juzgarlo? ¿Vas a hacerlo tú? Menudo escritor serías si lo hicieras. Un escritor no es un juez. Es lo contrario a un juez. Él estaba metido hasta el fondo en lo del Santa María, ¿qué más quieres? ¿Te parece poco? Tú haces una raya y pones a unos aquí y a otros del otro lado. Y, mira, eres muy joven, las cosas no son así. Las cosas son mucho más complejas. Galvão era… era el resultado de su experiencia. Exactamente: el-re-sul-ta-do-de-su-ex-pe-rien-cia. La historia lo cogió como a un muñeco y lo zarandeó de un lado a otro. ¿Comprendes? Sé justo, haz el favor. Aquellos tiempos no son estos. No se puede juzgar el pasado tal y como quieres hacerlo tú. Cada época tiene su contexto. ¿Se dice contexto? Sí, cada época tiene su contexto y sólo un estúpido o un canalla aplica los valores de hoy a los sucesos de antes. Y tú no eres un estúpido, ¿no? No lo pareces. Después de aquello pasaron muchas cosas –siguen pasando muchas cosas– y uno no puede volver atrás para condenar o salvar… ¡Y menos escribiendo! ¡Ay! Eso es hacer trampa y a mí no me gustan las trampas. Los que escribís hacéis muchas trampas. Galvão era un hombre teatral, pero también práctico; resumía los problemas complejos y proponía soluciones. No es fácil eso. No eches porquería ahora después de tantos años. Las cosas buenas ocurren menos veces que las cosas malas: abre el periódico, enciende la televisión y lo verás. Y aquello fue una cosa buena. ¿O tienes dudas al respecto? Tú sabrás… No, claro que el capitán tenía defectos, cómo no los iba a tener. Por ejemplo: la vanidad. Otro ejemplo: que solía subestimar

a los demás. Y eso trae siempre consecuencias. No se puede menospreciar a la gente y menos en público. Eso también es jugar con las palabras. Y ya te dije que mucho ojo con las palabras: mu-cho-o-jo. A los viejos gallegos, sí; a Sotomayor y a Velo los solía ridiculizar delante de los demás. Era capitán del ejército, ¿qué esperas? Ya te dije que tenía una estructura mental… una estructura mental que, digamos, no es la mía.

Camilo va al servicio. Inês le ayuda a levantarse y después echa un tronco en la chimenea.

Cuando regresa, veo que lleva los audífonos puestos.

–Ahora te oiré mejor –me dice mientras se sienta en el sofá y continúa hablando.

Entonces le enseño las notas que Galvão dejó escritas sobre él en su diario de a bordo:

«Camilo - jefe de grupo.

»Decisiones y bravura personal. Manifestó siempre una voluntad inquebrantable en cuanto a la realización de la operación, siendo, en este capítulo, el más regularmente firme. Sujeto a desalientos transitorios ante las dificultades de preparación. Imaginación viva, pero mal informada. Precipitado y poco reflexivo. No se le puede confiar todavía una acción importante. Poco previsor en cuanto a las consecuencias de sus acciones, por tanto, imprudente. Políticamente, en formación; sentimental en los ideales».

Camilo niega con la cabeza, como si ese hombre que Galvão describiera ya no fuera él.

–Imaginación viva –le repito–. Parece usted el escritor y no yo.

–Qué cosas tenía Galvão… –dice mientras mira al techo–. Nunca dejó de ser un novelista.

Después sigue hablando.

Galvão… Galvão… Mira, yo discutí mucho con él. Se enfadó cuando dejé Brasil y no volvimos a tener relación. Él pensaba que yo era muy… muy diluido. ¿Se dice diluido en español? Disperso, sí, disperso. Ya murió Galvão, ¿verdad? ¿Hace cincuenta años, dices? Maldita memoria. Qué desgracia hacerse viejo, Carnero, qué desgracia. Cincuenta años… Es increíble cómo pasa el tiempo. Es verdad, ahora me acuerdo de cuando trajeron sus restos a Portugal. Yo asistí a la ceremonia y cargué con el ataúd. Mira, al final, después de muerto, consiguió ser un ilustre de la patria. Hasta tiene calles y plazas con su nombre por todo el país. Seguro que viniendo hacia aquí has pasado por alguna. También Humberto Delgado las tiene. ¡Hasta un aeropuerto en Lisboa tiene! Cincuenta años, qué barbaridad… Claro, ya cuando lo del Santa María era un hombre mayor. Ese era su mayor problema: que estaba cansado. Su drama era la edad que arrastraba. Quería ser el protagonista de la revolución en Portugal, pero ya no tenía fuerzas. Y ya aprenderás, Carnero, que eso es doloroso, que es triste darse cuenta de que el tiempo de la historia y el de nuestras vidas casi nunca coinciden. Una cosa es la historia y otra muy distinta nuestra biografía. Cuando uno es joven cree que ambas son lo mismo, que son líneas que van juntas, líneas paralelas, digamos, pero esto es una equivocación, una estupidez más bien. Qué ingenuos y egocéntricos somos, ¿no crees? Pensamos que los acontecimientos que deseamos que sucedan tendrán lugar coincidiendo con nuestras vidas y no advertimos que a la historia le da igual nuestra ridícula existencia; y, aunque hay que hacer lo posible para forzar las cosas, estas suceden… pues cuando tienen que suceder, mi amigo. Y por eso sufría Galvão: porque era un hombre viejo que veía cómo el tiempo de la historia estaba rebasando el suyo propio. Y así ocurrió. La

revolución llegó después de que él muriera. El tiempo… El tiempo… Ese era el mayor problema de Galvão, como lo es el mío ahora. Se vestía bien, se teñía el pelo, se echaba perfume y caminaba erguido, pero no dejaba de tener sesenta y seis años. Aunque, mira, con las mujeres le seguía yendo bien. Esto es importante. Sabes lo de su fuga del hospital, ¿no? Pues lo de la enfermera que se enamoró de él fue verdad. Él mismo me lo contó. Ese era un rasgo de su personalidad: era un seductor y quizá por eso sabía que el sentimiento juega un papel importante en la vida; que las emociones no son sólo un asunto privado, sino también político. En eso acertaba. Era muy inteligente, Galvão: muy-in-te-li-gen-te. Y, bien, dime, ¿por qué te interesa tanto la señora Roche? Es la segunda vez que me preguntas por ella. Ah, claro, que en las novelas tiene que haber romance. Tú sabrás, Carnero. Te diré una cosa: fue una víctima. No te diré mucho más, no insistas, porque la trataré como al resto de mis compañeros, es decir, guardaré los secretos de entonces, aunque ya a nadie le importen. Además, tú ya sabes mucho de esta historia. No querrás que yo te diga que era la amante de Galvão si tú ya lo has escrito antes. Quieres que yo diga muchas cosas que tú ya sabes o crees saber. ¿Necesitas que alguien te confirme lo que ya has escrito? Pues no lo haré. Tú eres el escritor, tú sabrás. Escribe lo que quieras. Es cosa tuya, no mía: es tu novela. Es tu problema: tu-pro-ble-ma. Te diré que la señora Roche era valiente, muy valiente, y que fue una víctima. Nada más. Ella estaba con Galvão, porque tenía problemas con su marido: problemas de relación, de cama, ya sabes. Después de todo aquello volvió a Argentina y nunca más supe de ella. Sí, bueno, estuvo en Marruecos, es cierto, tú lo has leído todo, no se te puede engañar con facilidad. Aquella fue la última operación junto a Galvão. Secuestramos un avión de pasajeros en Casablanca para tirar

octavillas sobre Lisboa. Y, sí, allí estaba también la señora Roche. Le pusimos de nombre de guerra «Gacela». Pero, tras esa operación, comenzó a tener obsesiones. Creía que la estaban persiguiendo, dormía con una pistola debajo de la almohada, veía espías por todos lados, y entonces se le salían los ojos de las órbitas y comenzaba a llorar tan fuerte que ni Galvão lograba calmarla. No querían separarse, pero al final… Es que era insostenible ese estado de nervios y ansiedad, así que se volvió a Buenos Aires y, entonces sí, no volví a saber nada más de ella. Esta vez te lo digo en serio, Carnero. No me mires así y no me tires más de la lengua. Tampoco volví a ver a los dos viejos gallegos. Ni al comandante ni al poeta. Sotomayor era un hombre violento, de acción, venía de la Guerra Civil, ya sabes… Estuvo en la Resistencia y eso lo llevó a Auschwitz. A saber todo lo que vio en aquel lugar, no quiero ni imaginarlo… Alguna vez le oí decir algo, pero no lo recuerdo bien. Tampoco hablaba mucho, ese era uno de sus defectos. Porque en la vida hay que hablar, mi amigo, no se pueden guardar las cosas dentro. Pero él siempre con el cigarro en la boca, siempre mirando al vacío. Nunca se sabía en qué estaba pensando. El otro, Velo, era como Galvão: los dos jugaban con las palabras, competían con las palabras y creo que eso los hacía odiarse. El ego de los hombres y el dinero… Si no fuera por ellos, el mundo iría mucho mejor. No, hombre, aquí el dinero no fue lo que lo jodió todo. En ese sentido, todos fuimos ejemplares. Vendimos lo que teníamos para comprar los pasajes del Santa María. Sotomayor vendió su coche y el aserradero de Puerto Cabello. ¿Te imaginas eso hoy en día? Así era la gente de mi tiempo. Luego me tendrás que contar cómo es la gente del tuyo, aunque mis hijas ya me cuentan. Y lo que me cuentan… Estoy orgulloso de ellas. Ahora se lucha de otra forma y me parece bien. Te quedas unos días en Alvito, ¿no? Estupendo.

Abriremos una buena botella de vino. También tengo que enseñarte el campo. Ahora están plantando almendros, pero esta es tierra de olivos. Es cosa de los gringos, que están en todas partes.

En mi libreta tengo algunas notas, pero apenas las he mirado. He dejado que Camilo hablara, porque creo que es mejor que la conversación fluya, no interrumpirlo con aquello que a mí me obsesiona y que quizá no tenga tanta importancia. Quién sabe qué tiene importancia en un libro, quién se atreve a decir qué es aquello que Pamuk llama el «centro secreto de la novela». Pero existen algunas cuestiones que tengo subrayadas en mi libreta y que creo que debo preguntarle a Camilo antes de irme.

Lo hago y él responde.

Es la segunda vez que me lo preguntas, Carnero. No sé por qué te preocupa tanto la muerte de ese hombre. ¿Qué vas a decir de eso en tu novela? Para mí ese hombre no tiene rostro. Fue una desgracia. Punto. Así que no; no me pesa su muerte, porque fue eso: una desgracia, un accidente, nadie quiso matarlo. Ya está, se acabó, punto final. Punto final, ¿me has oído? Además, yo no subí al puente de mando. Yo estaba en la sala de máquinas. Encontré allí a unos guineanos que no opusieron resistencia. No tuvimos que pegar ni un tiro. Les daba igual todo lo que allí pasara. Estaban explotados en aquel barco, como todos los tripulantes, así que nos dejaron hacer. Es más, se pusieron de nuestra parte. En el puente de mando, sin embargo, las cosas se torcieron. Fue una desgracia, ya te he dicho, era de noche, noche cerrada, no se veía nada, alguien disparó y tuvo la mala suerte de que la bala le diera a aquel pobre hombre. Leí que justo acababa de tener una hija. Qué tristeza, carajo, qué tristeza. No, no sé quién disparó. Yo creo que ni siquiera quien

disparó lo sabe. Todo estaba oscuro, ya te dije, apenas había luz en aquel sitio. Hubo mucha especulación entonces. Se dijo que fue Víctor, el hijo de Velo, pero yo no lo sé. Lo que sí te puedo decir es que los españoles tuvieron una actitud… una actitud… dura. Muy dura. Venían de la Guerra Civil y no les temblaba el pulso. Debe de ser doloroso tantos años de guerra, ¿no crees? No debe de ser fácil superarlo. Ellos seguían en la guerra, no se habían quitado toda aquella mierda de encima. A veces hablaban de lo que allí vieron. Un horror. Pero, mira, te diré una cosa que no he dicho antes. ¿No querías algo interesante para tu libro? La decisión de desembarcar al herido fue impulsada por los españoles. Quizá se sentían culpables, no lo sé, pero fueron ellos los que más se empeñaron en desembarcar a aquel hombre. El poeta, sí, el poeta estaba obsesionado con salvarle la vida. Era algo… algo visceral en él. Y puede que militarmente fuera un error, pero, desde el punto de vista revolucionario, no se podían dar razones al enemigo; así que creo que hicimos lo correcto. Aquel hombre se salvó, ¿no? Ah… No te olvides de escribirlo. ¿Quién hace eso? Dime, ¿quién lo hace? ¿Un terrorista lo hace? Aunque hay una cosa que todavía desconozco. No sé si, cuando lo desembarcamos, todavía era posible llegar a África. Tengo muchas dudas. Pudiera ser que estuviéramos a punto de ser localizados por la marina americana. Sinceramente, no lo sé. Algunas veces he pensado que el desembarco fue una manera de blanquear nuestro fracaso; otras, que fue un acto de pura humanidad. Bueno, en todo caso lo fue, ¿eh? Por supuesto que lo fue. De lo que no tengo dudas, aunque parece que tú sí, es de que Galvão tenía contactos en Angola. Lo que no sé es si eran tan importantes como él decía. El capitán era muy fantasioso, ya sabes. Cómo no iba a serlo si escribía novelas… Para bien y para mal, hizo de su vida una novela. En eso se equivocó. Pero sí, él quería llegar a

Angola, claro que sí, puedes estar seguro. Él quería… él quería ser el rey de Angola: el-rey-de-An-go-la. No me hagas caso, estoy bromeando. Al menos un poco. Pero, bueno, nada de eso logramos. Llegamos a Brasil gracias a Jânio Quadros. Lo conocí en Caracas. Un tipo estupendo, un loco genial, tengo muy buen recuerdo de él. Después, en Brasil, yo me fui para Río, porque tenía familia allí. No me quedé con los chicos. Me contaron que todo empezó a ir mal, que Galvão y Velo discutieron y se acusaron de no sé qué cosas. No quiero saberlas. Eso es todo lo que te puedo contar. Son muchos sucesos y de la mayoría no me acuerdo. Ya ves que soy un hombre viejo al que le falla la memoria. Atar todo te llevará tiempo y a la gente de ahora, a la gente joven como tú, nada de esto le importa. El mundo ha cambiado mucho desde entonces. Todo se complicó, todo se complicó…

Camilo está cansado y se levanta del sofá. No quiere hablar más. Le digo a Inês que es suficiente, pero que, antes de regresar a Barcelona, pasaré a despedirme. Los dos me acompañan a la puerta de la calle. La lluvia ha parado. Ha salido el sol. Sus rayos brillan en los charcos.

–Una última pregunta, señor Mortágua –le digo antes de dejar la casa–. ¿Qué cambiaría usted de todo aquello?

Camilo se queda callado. Inês y yo lo contemplamos en silencio. Él baja la vista, da unos golpes nerviosos con el bastón, suspira y después levanta la cabeza y me dice mirándome a los ojos:

–Bueno… teníamos que haber llegado a África, ¿no?

2

EL CAZADOR DE ELEFANTES

(São Paulo, 1962-1970)

Existe la necesidad de narrar a través de los héroes. A menudo la historia queda reducida a una sucesión de sus biografías. Héroe o villano, victoria o derrota; el relato no da más opciones. En esa idea hemos sido educados y con esa idea leemos. Y, por esa razón, me pregunto dónde están los héroes que esta novela necesita. Porque, de momento, no los encuentro, tengo dudas. Cuando Camilo dice que tenían que haber llegado a África algo se enciende dentro de mí, e imagino entonces un relato alternativo al aquí contado. Una historia que describa cómo aquellos hombres libraron la batalla que acabó con el fascismo y devolvió la democracia a España. Y, sin embargo, nada de eso ocurrió. El Santa María atracó en Recife, fue devuelto a las autoridades y Franco murió sin que nadie perturbara su sueño. Por eso, en mí yace una extraña melancolía. Es una tristeza política, pero también literaria: política, porque la utopía se desvaneció; literaria, porque el relato no consuela. Y esto último es inadmisible, me digo. Acepto el desorden de la vida, pero no el de la literatura. Porque para eso está el héroe en ella: para ordenar, estructurar, fundar un relato que nos aleje del caos; aunque anhelarlo signifique, a menudo, anhelar la desmesura de la violencia.

Teníamos que haber llegado a África, repite Camilo, porque él también está contaminado de esa misma épica. Quizá ignore que la victoria y la derrota son porosas, que se puede perder en la vida y ganar en la literatura, fracasar en la historia y vencer en los libros. A la historia nada le importan las personas, pasa de largo sobre ellas. Son insignificantes, absurdas. A la historia le importan los reyes, los santos, los que matan y mueren. Las personas, sin embargo, son el material del que están hechas las novelas. Parece que haya olvidado eso. Es probable que yo también lo haya olvidado. Atrás ha quedado el hombre al que desembarcaron en la isla de Santa Lucía. Nada recuerdo del tripulante fallecido. Tampoco conozco bien a Galvão. Sé del capitán, del diputado, del cazador de elefantes, pero no tanto del viejo que hace la compra en un supermercado de Caracas. Digo saber quién es: el hombre que quiso acabar con Salazar, un héroe, pero pronto advierto que esta es una afirmación perezosa. Cómo va a serlo si no existió batalla, si no venció ni murió en la lucha. El barco no continuó hacia África, no fue atacado ni hundido por la armada franquista. De haber sucedido así, de estar sepultados en el fondo del mar, los protagonistas de esta novela serían célebres en todo el mundo. Amamos a los mártires, amamos el exceso. Amamos a los héroes y queremos que comparezcan en esta historia. Pero la narración lo impide. De ser cierto que renunciaron a la revolución por salvar al herido, ellos mismos, Galvão, Velo y Sotomayor, mutilaron el relato, lo dejaron en un lugar incierto y desconocido, un lugar que no interesa a las novelas ni a las películas ni a los libros de historia. No habrá más muerte, dijeron, esta vez no habrá mártires ni desmesura, ya basta; detengamos ese cuento de caudillos y batallas que se nos dice que es la única forma en la que la historia camina; paremos ese violento remolino que traga vidas y más vidas y que tanta inercia de siglos arrastra. Quién sabe si fue así, quién

sabe lo que en aquel barco sucedió. Ni tan siquiera yo lo sé. Camilo dice que tenían que haber llegado a África. Todos los protagonistas de esta historia repitieron esa frase durante décadas. Dormían mal, tenían remordimientos, aunque no sé de qué tipo. Vivieron muchos años, se hicieron viejos. Eso es imperdonable. Los héroes viven deprisa y mueren jóvenes. Pero, a estas alturas del relato, he decidido que me resultan indiferentes los héroes, que me dan absolutamente igual sus hazañas. Sólo quiero saber más acerca de Galvão, Velo y Sotomayor.

Hay que irse atrás, al momento en que el Santa María es ya sólo un recuerdo, para tener la certeza de que no existe heroísmo en esta historia; y de que, si existe, he de buscarlo en detalles apenas perceptibles.

Estamos en São Paulo, en una calle repleta de gente. Hay vendedores ambulantes y vagabundos pidiendo limosna. Un hombre se baja de un taxi, se seca el sudor de la frente y sacude su americana. Ya no presume de ese porte con el que caminaba años atrás. Su figura comienza a encorvarse. Ya no eleva la mirada ni da órdenes. Camina mirando al suelo y se sienta en una terraza. Llama al camarero y pide un agua con gas. Da las gracias cuando se la traen. Es amable y educado hasta el extremo, parece de otra época. Después abre el diario y enciende un cigarrillo. El hombre que pudo reinar es ahora sólo un peatón más entre la multitud, un ciudadano corriente que lee el periódico en un café. No parece el protagonista de ninguna novela.

La vida de Galvão tras el asalto al Santa María se conoce, principalmente, a través de los informes de la PIDE que se custodian

en el Archivo Nacional de la Torre do Tombo, en Lisboa.

Se sabe que vive en São Paulo y que es seguido las veinticuatro horas por la policía de Salazar. Es la época menos pública de su vida y, por ese motivo, su reconstrucción está llena de suposiciones y conjeturas. Los documentos más fiables son las cartas que envía a su esposa, a quien lleva años sin ver, y que aún vive en Portugal. Esta correspondencia es interceptada por la PIDE y utilizada en los numerosos procesos judiciales abiertos contra él. Gracias a estos sumarios puedo fabular. Supongo que existen más cartas, pero son estas las que me sirven para imaginar cómo fue la vida de Galvão durante el tiempo que siguió al secuestro del Santa María.

El capitán tiene casi setenta años, pero presume de una salud de hierro. En sus cartas describe el Carnaval, la alegría, los niños que juegan al fútbol, las mujeres que bailan en las calles. Llama la atención cómo alardea de su buen estado físico ante su mujer, cómo muestra su virilidad, cuando sabemos que mantiene, o ha mantenido, una relación secreta con la señora Roche y quizá debería ser más prudente. ¿Sabe su mujer del romance? Lo más probable es que no, ya que vive en Lisboa ajena a la vida que su marido lleva en São Paulo. En cualquier caso, parece que el matrimonio sea una mera formalidad. Sus cartas no son cartas de amor: en ellas no se atisba emoción alguna. Galvão habla de cuestiones triviales: del aumento del precio de los alimentos, del impago de los derechos de autor de una de sus novelas o de la mala calidad del teatro que se representa en Brasil. También advierte a su mujer de los rumores que sobre él circulan en Portugal: no hagas caso de lo que dicen, es lo mismo de siempre, le insiste. En esas cartas se puede ver cómo a Galvão le preocupa el paso del tiempo y deja entrever su miedo a la vejez, pues sabe que esta no trae sabiduría, sino temores y recelos. El exilio le hace perder la perspectiva, lo desorienta. En varios

momentos se sorprende de que sean padres aquellos niños que conoció cuando vivía en Portugal. En esta correspondencia dice que los hijos de Beatriz deben de tener la misma edad que ella tenía cuando él la conoció. Es la segunda vez que leo ese nombre, *Beatriz*. La primera fue en la biografía de Galvão que escribió el abogado Francisco Teixeira da Mota. En este libro se dice que Galvão y su mujer acogen y tratan como hija a una niña de tres años proveniente de una familia de pescadores pobres de Cascais. Esa niña se llamaba Beatriz. ¿Es la misma que aquella que cita en las cartas? Es probable, pero nada he podido saber a través de la gente a la que he entrevistado. Todos dicen que Galvão no tenía hijos. La prensa también lo asegura. Me extraña esta laguna en el relato de su vida. ¿Por qué esta constante omisión? Quizá Galvão quiso apartar a esa niña de todo el ruido y las especulaciones que llevaba consigo, de esa vida de vaivenes e inestabilidad a la que estaba destinada sólo por ser su hija; o puede que su madre la desligara del padre y le diera una nueva vida en otro lugar, en otro país, lejos de aquel gris Portugal de mediados de siglo. Y quizá por eso, porque nadie sabe nada de Beatriz, Galvão no tiene miedo de nombrarla en sus cartas. Usa seudónimos para hablar del resto de personas, pero nunca cuando se refiere a ella. Porque cuando lo hace, cuando pronuncia su nombre, está regresando a sus recuerdos más íntimos, a sus días más felices: los paseos en la playa de Cascais, los juegos en los parques de Lisboa, los cumpleaños y las vacaciones en África. Es el poder que las palabras tienen. Él es escritor, él lo sabe bien; sabe que nombrar a las personas es tan importante como tocarlas. Por eso escribe su nombre, Beatriz, sin máscaras, sin engaños, y después detiene la pluma en el papel y levanta la mirada para intentar recordarla.

¿Qué anhela el capitán?

Es inevitable pensar que aquel Galvão –que no puede regresar a Portugal y que vive aislado en São Paulo, sin amigos ni familiares cerca, caminando por esa gran metrópoli que le resulta ajena, rodeado siempre de gente que no conoce, saliendo del tren o mirando la calle desde la ventanilla de un taxi– anhele al fin una vida normal, plácida, sin sobresaltos; es inevitable imaginar la posibilidad de que aquel anciano, en uno de esos domingos en los que ha cogido el autobús para caminar y leer en una playa de Santos, recuerde una lejana tarde en Cascais y a esa niña que Beatriz fue y cuyo rostro comienza a olvidar; es inevitable pensar que, quizá entonces por primera vez, el capitán desee una vida tranquila, serena, una vida como todas las demás.

Apenas ha pasado un año desde el secuestro y ya nada queda del DRIL. Nunca tendremos claro qué es lo que provoca su fin, porque las informaciones son confusas. Existen acusaciones y comunicados que no dejan ver la realidad tal y como fue. Sin embargo, al mirar con perspectiva, se advierte que el final no podía ser otro. Ya en los tiempos de Caracas, cuando Galvão, Velo y Sotomayor compartían ilusiones, se produjeron enfrentamientos entre ellos, algo que se repitió durante toda la travesía. Era lógico que así sucediera, porque los tres protagonistas de esta historia tenían un carácter difícil, estaban llenos de vanidad y de orgullo y de ambiciones que, aunque trataban de ocultar, a menudo acababan por nublar su mirada. Los tres acabaron escribiendo poesías, novelas y relatos; y esto me parece revelador de una personalidad –la del escritor o la de quien aspira a serlo– que conlleva cierta soberbia en la relación que establece con el mundo. El escritor no está conforme con lo que lo rodea y por eso levanta con palabras un universo a su medida; un

universo artificial y fingido que lo enajena y separa del mundo; lo contrario a un político, que no hace más que gestionar la vida de los demás con la frialdad de un contable. Cómo iban entonces Galvão, Velo y Sotomayor a ser escritores y políticos a un mismo tiempo y, más allá, cómo iban a entenderse dentro de un grupo tan cerrado y alienante como el DRIL. Por eso, son fascinantes; porque son escritores y personajes de novela –inconformistas, tozudos y vanidosos–; y por esa misma razón es imposible que logren llevar a cabo ninguno de sus proyectos. El grupo demanda que se anule todo individualismo en favor de un objetivo superior. Y eso funciona con unas personas, pero no con otras. Con Galvão, Velo y Sotomayor funciona sólo durante el tiempo que dura la acción. No es algo nuevo: la posibilidad de morir o de ser torturado es una fuerza tan poderosa que hace que nazcan sentimientos de fraternidad incluso entre desconocidos. Los campos de batalla están llenos de historias nobles y generosas cuyo origen no es otro que la conciencia común de la cercanía de la muerte. Al sentir miedo, al ver que el fin se aproxima, el individuo desaparece, pasa a sentirse solo e impotente, y surge en él esa singular y temporal lealtad de la que hablo. Supongo que ese sujeto temeroso y débil –despojado ya de todo orgullo y que contempla cómo se acerca su final– desea ser inmortal y cree entonces que la única forma de lograrlo es renunciando a su ego y entregando su alma al grupo. Queremos desaparecer, pero nunca del todo; queremos diluirnos en algo más grande que nosotros mismos y no sabemos cómo. A menudo ese *algo más grande* son los demás y, en ocasiones, el lazo que nos anuda a ellos es el miedo. Pero ¿qué queda cuando el peligro desaparece? Puede que nada, la muerte; quizá tan sólo una despedida, un apretón de manos; o puede que, como en este caso, regrese a la superficie la arrogancia y la ambición que durante un tiempo habían quedado

ocultas. Eso es lo que ocurre con Galvão, Velo y Sotomayor: que, cuando termina el secuestro, vuelven a ser esos personajes singulares a los que el grupo ya no ata y que, además, tienen el orgullo herido por la acumulación de las pequeñas afrentas que durante meses han tolerado. Entonces, cuando ese frágil lazo se rompe, llega el enfrentamiento. Se expulsa a Velo del DRIL. Se le acusa de ser un irresponsable que ha provocado filtraciones a los agentes franquistas. Sotomayor le dice a Galvão que el sentimentalismo de su compañero es nefasto. Velo vuelve a ser el poeta; Sotomayor vuelve a ser el militar. No se soportan, no quieren verse ni dirigirse la palabra. A su vez, varios miembros acusan a Galvão de traidor, de colonialista y de fascista resentido. Los insultos y las difamaciones tienen lugar cada día. Algunos se pueden leer en la prensa de la época. Se forman uno, dos, tres, muchos DRIL que dicen ser los auténticos; pero ninguno lo es. Lo sucedido recuerda a la historia tantas veces repetida en partidos y organizaciones de izquierda que acaban divididos en una confusión de siglas que terminan por no representar a nadie. El ambiente resulta irrespirable en los meses posteriores al secuestro. Todos están en contra de todos. En junio de 1961, la PIDE señala que existen amenazas de muerte entre determinados miembros. Un expediente posterior precisa que es Sotomayor quien ha amenazado de muerte a Galvão. No obstante, esta información se contradice con la amistosa correspondencia que ambos se cruzan apenas unas semanas después. Galvão y Sotomayor mantienen un contacto cordial a lo largo de los años: intercambian opiniones políticas, envían saludos a sus familias y recuerdan con nostalgia los días del Santa María. Hay muchas cartas enviadas desde Tánger, a donde Galvão ha viajado en busca de apoyos. No ponga remite, comandante –le dice en una de ellas–, diríjala a Ruth Maxwell y en la parte superior dibuje una

pequeña cruz: así sabré que es para mí. Las cartas son cariñosas y honestas. Son cartas de amigos. Sotomayor parece haber olvidado las desavenencias y recelos que le llevaron a sospechar que Galvão había ocultado información que hacía inviable llegar a África. La correspondencia se extiende durante años. En diciembre de 1961, Galvão le dice a Sotomayor: «Hay tantos DRIL como pulgas en un cuartel». Ambos llevan para entonces varios meses intentando retomar la actividad, pero las disputas internas lo impiden. Aun así, ese año tienen lugar varias reuniones con un traficante de armas norteamericano llamado Earl Belie. La PIDE lo califica de «gánster huido de USA», y señala que la compra de armas, que financiarían unos mexicanos, tendría un coste de un millón y medio de dólares. También por esas fechas los dosieres de la PIDE advierten de la intención de Galvão de comprar un barco proveniente del contrabando que estaría localizado en la Isla de Mocanghê, cerca de Río de Janeiro; del propósito de Sotomayor de hundir el Veracruz, el buque gemelo del Santa María, y de los planes del capitán de secuestrar un navío mercante que permanece atracado en el puerto de Guayaquil. Pero es muy difícil deslindar qué parte es real y cuál pura fabulación. De nuevo, la ilusión empaña los hechos y los acontecimientos se tornan borrosos. Y da igual de dónde vengan las noticias; todo parece el relato de un novelista demasiado fantasioso. Porque las informaciones de la PIDE tienen el mismo grado de ensoñación que algunas de las declaraciones de Galvão. Este, por ejemplo, llega a decir a la prensa que tiene preparados dos mil comandos suicidas. Es una bravuconada, nada más que eso, porque el grupo está languideciendo, se está quedando sin miembros, los que quedan no se soportan, y la financiación prometida por los mexicanos nunca llega. Es sólo la imaginación de Galvão la que mantiene vivo el proyecto. Estaré un día aquí y mañana en otro país,

dice en una entrevista que concede a un medio noruego; haré todo lo posible por no ser capturado: yo ahora soy un vagabundo internacional. Aunque poco hay de cierto en ello, porque Galvão lleva meses sin moverse de su apartamento de São Paulo. Sentado en un sillón, pasa el día leyendo libros de cuyas tramas extrae las ideas que después cuenta a los periodistas. El criminal más buscado es sólo un lector de novelas.

De modo que Galvão y la PIDE están, una vez más, viviendo en la más absoluta ficción.

Ambos inventan un mundo aparte cuyas fabulaciones se retroalimentan. Porque la psicosis del régimen de Salazar es tal que le lleva a creer todo lo que Galvão imagina y a ver amenazas donde sólo existen ocurrencias, conversaciones de taberna, un juego de ilusionismo acaso. Galvão insiste en que tiene proyectos, en que está dispuesto a dar el golpe definitivo a la dictadura; y la PIDE, desconfiada y paranoica, contesta llenando folios que dan por cierto todo lo que su enemigo afirma. Mejor prevenir, pensarán los policías, mejor informar cuanto antes de todo lo que este individuo se propone hacer. Aunque alguno de ellos quizá diga: ¿no veis que sólo son fanfarronerías? Pero sus compañeros no le hacen caso y escriben y envían por correo urgente a Lisboa todo lo que Galvão imagina y cuenta por los bares de São Paulo.

Estos dosieres que remiten a Salazar son auténticas novelas de aventuras. Se dice que Galvão ha sido visto en Portugal de incógnito, con una barba postiza, gafas oscuras y sombrero; que se ha lanzado en un paracaídas sobre el Alentejo; que ha embarcado en un buque inglés con rumbo a Sudamérica; que ahora vive en la Medina de Tánger; que piensa llevar a cabo atentados en Portugal: en trenes,

en puentes y en la embajada de Estados Unidos; que ha viajado a Belgrado junto a gente próxima al mariscal Tito; que asiste a una logia masónica de Río de Janeiro; que llegará a Rabat en un avión checoslovaco; que ha sido visto en Casablanca con un contrabandista albanés llamado Basi; o que tiene pensado convertir una pequeña montaña del Algarve en su propia Sierra Maestra. Pero todo es sueño, fantasía, la alucinación de un cuerpo enfermo.

Por el remite de las cartas también se sabe el lugar en el que Galvão pudo haber vivido: en la avenida Viaduto 9 de Julho, número 160.

El edificio está enfrente de la sede del Estado de São Paulo, el diario en el que ha comenzado a colaborar. Es una zona de tráfico intenso y de bares que se llenan de periodistas a cualquier hora del día. Por las noches también están las mesas a rebosar. En ellas se cruzan confidencias, informaciones y chivatazos que hacen que algunos de ellos tomen notas apresuradas, o que salgan a todo correr del bar y paren al primer taxi que vean. Al fondo, en una de esas mesas, junto a un perchero en el que ha colgado su gabardina, se puede ver al capitán Galvão redactando sus columnas, apurando un café, encendiendo un cigarro tras otro. Es probable que también desde allí escriba las cartas que dirige a su mujer y que ahora se pueden leer en los archivos. Puede que entonces, a mediados de los años sesenta, piense en el paso del tiempo y en que, aunque la dictadura envejece, él lo está haciendo más deprisa.

En una foto de la época se le puede ver inclinado sobre un montón de papeles, con el pelo blanco y unas extrañas manchas en la piel. Quizá sean las secuelas de un accidente que la prensa dice que ha sufrido en la fábrica de productos químicos en la que ha estado empleado. Esta noticia deja entrever que su situación

económica debe de ser precaria. Alguien como Galvão, un gobernador de Angola, un diputado, una persona con tan altos intereses, trabajando en una fábrica. Apenas tiene dinero en su cuenta corriente y la máquina de escribir que utiliza es alquilada. Esta es ahora su realidad por más que la PIDE diga otra cosa en sus dosieres. Ya no es el cazador de elefantes, tampoco el capitán del ejército, ni tan siquiera el terrorista internacional que la policía describe. Galvão es ahora un triste empleado.

Otro artículo, publicado en septiembre de 1965, dice que trabaja como bibliotecario del periódico. Ya sólo publica artículos de vez en cuando y su tarea ha quedado reducida a organizar los archivos del diario. Quizá para nada más sirva ese anciano en el que se ha convertido. Todo parece indicar que algún jefe del Estado de São Paulo se ha apiadado de él y le ha ofrecido un sustento y una ocupación, porque Galvão tiene entonces setenta años, ha dejado de aparecer en las noticias y ya no es el enemigo de Salazar que en otro tiempo fue. La PIDE ya no lo sigue, ha dejado de ser peligroso; es sólo un viejo archivero que pasa las horas rodeado de legajos y diarios amarillentos. Tampoco hay noticias suyas en la prensa. Hasta su muerte apenas las habrá. Ya nadie lo reconoce en la calle. Nadie se acuerda del secuestro del Santa María. El mundo ha decidido caminar en otra dirección.

Pero él no se olvida de su enemigo.

«Soy un viejo cazador de elefantes –dice en una de sus últimas entrevistas–. Y cuando un elefante es alcanzado por una bala, se queda herido, pero sólo cae una vez que ha recorrido cierta distancia. Lo mismo ocurre con Salazar».

Y también con Galvão, aunque este lo ignore.

La bala ya lo ha alcanzado.

Al salir de trabajar, sólo tiene que cruzar la avenida para llegar a su apartamento. Apenas tiene vida social. No va al cine ni al teatro. Pasa las horas entre los documentos que ordena, bajo la luz de un flexo, en un escritorio al fondo de un pasillo. Cuando termina su jornada, se pone la gabardina y sale a la calle. No tiene relación con sus compañeros de trabajo. Son mediocres, quizá piense, unos niñatos. Durante sus años en Brasil, Galvão no ha conseguido hacer muchos amigos. Sospecha que todo aquel que se le acerca es un espía o un delator. Los años de clandestinidad lo han convertido en alguien suspicaz y obsesivo. Su aislamiento provoca que algunos periodistas publiquen noticias falsas. Galvão ya no es una persona: es un mito. En mayo de 1967 se dice que se encuentra en coma y a punto de morir. No es cierto. Lo que le sucede es que el exilio le ha hecho huir del contacto humano. Pasa los días encerrado en su apartamento, leyendo libros y escribiendo cuentos que nadie lee. Hay quien piensa que ha enloquecido. Cada cierto tiempo algún periódico portugués se ocupa de él. «La neurosis degradante de Galvão», titula un diario. Ese titular acompaña un artículo en el que un psiquiatra manifiesta que Galvão siempre ha tenido una personalidad desequilibrada y que muestra los caracteres típicos de un «destructor sistemático». Por eso ama la caza –dice el doctor–, porque así puede destruir sin medida, arrasarlo todo –continúa el artículo–, eso es lo que pretenden hacer los hombres que no consiguen engendrar vida; y él no es nada más que un gánster, un pirata y un homicida. Eso dicen los diarios del régimen. Aunque Galvão no represente ninguna amenaza, la prensa no tiene piedad con él. Quieren acabar con su leyenda, aplastar su mito hasta hacerlo desaparecer. Pero son ya pocos los reportajes que sobre el capitán pueden encontrarse en las hemerotecas. Sólo cuando

comparece ante un comité de la ONU puede vérsele de nuevo en las páginas principales. En los reportajes que se ocupan de esa comparecencia sale vestido de forma elegante y con un puro en la boca. Algunas de sus declaraciones son desconcertantes. Afirma, por ejemplo, que Angola y Mozambique no están preparadas para gobernarse por sí mismas. ¿Qué quiere decir? Vuelve a aparecer en los diarios cuando el general Delgado es asesinado por la PIDE en la frontera entre Portugal y España y su cuerpo es encontrado por unos niños en las afueras de un pueblo de Badajoz. Se pueden leer entonces unas declaraciones suyas en las que acusa del crimen a los comunistas. ¿En qué mundo vive Galvão? La prensa deja de hacerle caso. A mediados de los sesenta es ya un personaje poco interesante para los medios. El capitán es sólo un empleado que se queda en el periódico hasta tarde. No tiene adónde ir. Nadie le escribe. Apenas iluminado por una tenue luz, viejo, solo y olvidado, Galvão pasa las horas leyendo artículos sobre el Santa María y también novelas.

Y ahí observo algo que hasta ahora no había advertido: el cazador de elefantes, el capitán, el rey de Angola, se dignifica en la derrota. Esa moral silenciosa de quien no capitula de pronto lo alumbra. Tenía razón Camilo: Galvão no es ni bueno ni malo, sino fruto de su experiencia. Como cualquiera, como todos. Porque en la vida, como en la literatura, poco importan el bien y el mal; poco importa también la verdad; importan las experiencias, o acaso sólo esa verdad impura, falsa y adulterada que surge del relato.

Y quién no puede verla ahora –me pregunto–, quién no puede observar la verdad que hay en ese hombre que se queda en el archivo del periódico cuando toda la redacción se ha marchado; en ese anciano que contempla el carnaval desde la ventana de su pequeño despacho de la novena planta; en ese viejo que lee novelas

de aventuras para matar el tiempo. A nadie tiene, nadie le espera. Ni su país siquiera, que ya está pensando en otras cosas: en mayo del 68, en la Primavera de Praga, en el cohete que lanzarán a la Luna los americanos; en todas las cosas que vinieron después y que hicieron olvidar el Santa María. El mundo va en una dirección y Galvão se empeña en ir en otra. Y cómo no hacerle hueco en ese montón de sacrificios vanos, en ese cúmulo de despojos y de errores sobre los que se eleva la humanidad; cómo no entenderlo y apiadarse de él siquiera en el último momento.

El rastro de Galvão se va difuminando.

A partir de 1965 apenas hay noticias de su vida. En una de sus últimas cartas se alegra del golpe militar que acaba con el gobierno democrático de João Goulart. Nadie podrá dudar de mi anticomunismo, dice en esa correspondencia. Pero pronto deja de escribir y se recluye aún más en su apartamento. Ya no sale a la calle. Nadie lo visita, nadie lo recuerda. Sólo el periódico en el que trabaja se preocupa por él y le paga los gastos médicos.

En 1966, un compañero de trabajo advierte algo extraño en su comportamiento. Una tarde de invierno, Galvão, que ya es un anciano tembloroso que apenas se tiene en pie, lo cita en una cafetería y, tras pensárselo mucho y darle vueltas y más vueltas a lo que no se atreve a decir, finalmente le confiesa que va a dirigir un desembarco para liberar a Portugal de su tirano.

–Llegaremos a las playas del Algarve –le dice entre susurros–. Tengo varios barcos a mi disposición. Más tarde, armaremos la resistencia en la sierra de Monchique.

Galvão habla despacio, en voz baja, mira debajo de la mesa buscando un micrófono, otea a su alrededor para asegurarse de que

nadie lo escucha y después sigue hablando.

–Podrás ayudarme, ¿verdad? –le dice a su amigo–. Necesito formar un ejército y tú serías un buen comandante.

Sonríe, espera una respuesta.

Su amigo le sigue la corriente, pero se da cuenta de que algo está fallando en su cabeza.

En pocos meses le diagnostican la enfermedad de Pick, una demencia similar al Alzheimer, pero que, a diferencia de este, no afecta tanto a la memoria y provoca, en cambio, importantes alteraciones en la personalidad y en el comportamiento. Las personas que sufren esta enfermedad tienden a la irritabilidad, a los delirios, así como a las conductas sociales inapropiadas, violentas e impulsivas. Los manuales médicos dicen que esta enfermedad acaba con un deterioro neurológico progresivo, que puede durar entre cinco y quince años y que conduce a la muerte de forma irreversible.

Parece obligado preguntarse si el mal afectaba ya a Galvão durante la aventura del Santa María y si, de no haberlo sufrido, la historia hubiera sido otra. Qué absurdo parecería todo si, al final, esta historia no fuese más que el delirio de un loco.

Pero nadie sabe si la enfermedad ya se había manifestado en aquel momento. Es sólo una posibilidad. Lo que se sabe es que Galvão acaba sus días recluido en el sanatorio psiquiátrico de Bela Vista. Deja de escribir, de leer y recibir visitas. No reconoce a nadie; no sale de la cama en todo el día. Insulta a los pocos amigos que van a verlo. Piensa que los médicos y las enfermeras son agentes comunistas que lo quieren envenenar. Pasa las noches escribiendo cartas a Churchill, a Stalin o a Pío XII, quienes llevan ya años muertos. Según su biógrafo afirma, durante aquellos días de aislamiento Galvão se cree preso en Cabo Verde. Eso les dice a los pocos amigos que aún lo visitan. O quizá piense que ha vuelto a la

cárcel de Peniche o al hospital de Santa María y que pronto repetirá la huida que protagonizó décadas atrás. Por las noches, acerca su oído a la puerta y después inspecciona la cornisa, observa los conductos del aire acondicionado y da vueltas alrededor de la habitación pensando en cómo escapar. También trata de seducir a las enfermeras.

–Tenéis que ayudarme –les dice–, dejarme una bata de médico en el lavabo y no dar la voz de alarma. Tranquilas, tengo amigos en la embajada de Argentina.

Apenas puede moverse, arrastra los pies y jadea. Pero su cabeza le dice que es capaz de fugarse; que no es un anciano demente y moribundo, sino un joven capitán que va a acabar con la dictadura. De nuevo, la fantasía; de nuevo, vuelve a ser el conde de Montecristo. O puede que Galvão, que fue traductor de Kipling, se crea entonces Carnehan, ese vagabundo harapiento, encorvado y sucio que deambula por las calles de la India, ese mendigo andrajoso al que todos toman por loco cuando cuenta que, en una ocasión, pudo ser rey de un lejano país que nadie conoce.

Como Carnehan, Galvão relata la historia del Santa María, pero nadie le cree. Quién va a creer a un loco. Los enfermos estallan de risa, gritan y dicen que ellos también secuestraron un transatlántico. Los médicos lo escuchan, pero piensan que el relato es sólo un síntoma de su enfermedad, un delirio más entre tantos.

El 25 de junio de 1970 Galvão muere.

Nadie lo acompaña.

En su cómoda: el Quijote, un crucifijo y una foto de Beatriz.

Según las crónicas, a su entierro asisten nueve personas.

Un mes después fallece Salazar.

Alguien, consciente de que el dictador está agonizando, se acerca a la cama de Galvão y le dice que Salazar ha muerto.

Entonces el capitán grita: «¡No es verdad! Salazar no puede haber muerto, porque quien ha de matarlo soy yo».

Pero lo que Galvão no sabe es que Salazar lleva ya años sin representar ninguna amenaza para él.

Dos años antes, el 3 de agosto de 1968, Salazar se golpea en la cabeza al caerse de la silla en la que está siendo tratado por su callista y queda incapacitado para siempre. Salazar ya no podrá dirigir el país nunca más. Sin embargo, sus colaboradores y ministros fingen que es él quien todavía gobierna el imperio portugués. Simulan reuniones, inventan noticias y le hacen firmar decretos y boletines que después acaban en la papelera. Todo es una farsa, una pantomima, una obra de teatro que representan para él.

Así que Galvão y Salazar viven sus últimos días de forma idéntica: en un constante delirio, creyendo ser lo que ya no son. Ambos piensan que están siendo perseguidos por su enemigo. Galvão cree que Salazar lo ha encarcelado de nuevo en Peniche y Salazar sospecha que Galvão está planeando su asesinato. Pero todo es una alucinación, el desvarío de dos viejos enfermos que se resisten a abandonar sus fantasmas. O podría pensarse que quizá así haya sido siempre; que la vida de ambos ha sido una ficción y que ahora lo único que ha sucedido es que se han quedado solos en ella.

II

VELO

São Paulo, 1962-1972

Sale pronto de casa, a las siete de la mañana o quizá antes, porque hace meses que duerme mal, pasa las noches en vela, leyendo, escuchando la radio, mirando por la ventana cómo amanece sobre São Paulo. Después se afeita, se sirve el primer café del día y se viste. Siempre lleva un traje oscuro, camisa blanca recién planchada y corbata azul, fina, con rayas rojas o pequeños lunares verdes. Ya en la calle, se pierde entre la multitud que llena las aceras. Parece uno de tantos trabajadores que entran y salen de los autobuses. Pero él no va a trabajar. Nadie sabe a dónde va; ni tan siquiera su familia lo sabe. Camina durante media hora, puede que algo más, tres cuartos de hora, lo suficiente como para alejarse del barrio en el que vive y alcanzar un lugar en el que no lo reconozcan. Entra en un bar, abre el periódico y comienza a mirar las ofertas de empleo. Anota las direcciones, paga el café y vuelve a la calle. Las siguientes horas las dedica a visitar oficinas, colegios y academias. Soy profesor, dice a quienes lo reciben, con mucha experiencia en la enseñanza de matemáticas y literatura. Su rostro está cansado, su mirada también. Por más que trate de aparentar entusiasmo, sus gestos muestran abatimiento y desánimo. La secretaria es amable; lo observa con ternura y compasión; le apena ver a un hombre de más de cincuenta años buscando trabajo. Él deja su currículum y se despide. Lleva semanas haciéndolo, pero nadie lo llama. Vuelva el mes que viene –le dice la mujer antes de que cierre la puerta–, quizá entonces tengamos algo para usted. A media mañana ya no tiene nada que hacer. Mira el reloj: las once y media. Le avergüenza regresar tan temprano a casa. Se supone que tiene que encargarse de mantener a su familia y no lo está logrando. Entonces se sienta

en un banco del parque, saca una novela del bolsillo de su abrigo y se pone a leer.

Ese hombre que está leyendo en el parque es Pepe Velo.

La escena la he imaginado a raíz de las conversaciones que tuve con su hijo, Víctor, a quien entrevisté durante varios días.

Me costó mucho dar con Víctor. Parecía que la tierra se lo hubiese tragado. Fue Aser Álvarez, un documentalista que estaba haciendo un trabajo sobre su padre, el que me puso en contacto con él. Estuvimos juntos en Brasil un mes después del encuentro con Camilo Mortágua para tratar así de saber algo más acerca de los últimos días de Pepe Velo.

Aterricé en São Paulo a primera hora de la mañana del 18 de noviembre, cogí un taxi y le di al conductor la dirección del hotel: Avenida Paulista, 2181.

El tráfico era intenso y la ciudad parecía no acabarse nunca. El cielo era gris, plomizo, y en la radio un predicador evangélico daba un sermón. Decía cosas como que el que labra su tierra se saciará de pan; o que la escasez no la trae el diablo sino la pereza; o que el ahorro honra a Dios. Buscad y hallaréis, repetía el pastor, mientras yo miraba distraído por la ventanilla del taxi. Podía ver inmensos rascacielos, ríos contaminados que expedían un olor putrefacto, talleres abandonados, fábricas vacías, mendigos que dormitaban bajo los puentes, las rejas de una cárcel desde la que sobresalían los brazos de los presos, decenas de helicópteros atravesando el cielo, coches de lujo, motos a toda velocidad, miles de personas saliendo de las bocas del metro con pancartas en la mano –*fora Bolsonaro*–, chabolas con tejados de uralita, apiladas, cercadas por vallas, que eran un paisaje lejano, ajeno, prohibido.

Supe, al poco de haber llegado a São Paulo, que aquel era un lugar cruel; y pensé entonces en Pepe Velo, en ese hombre sensible, en ese poeta que trata de sobrevivir en una ciudad salvaje, que lo rechaza y lo expulsa, pero que, al mismo tiempo, lo tiene prisionero. Porque en 1962, tal y como lo había sido tras la Guerra Civil, Velo vuelve a ser un exiliado, un extranjero, alguien sin vínculos y desarraigado que sólo trata de sobrevivir. Su mujer y sus hijos, excepto Víctor, viven en Caracas, pero él no puede regresar a Venezuela, ya que Brasil es el único país que le ha dado asilo. Así que está condenado a quedarse en São Paulo durante un largo periodo.

A pesar de ser ya enemigos, las coincidencias entre las vidas de Velo y Galvão vuelven a ser muchas. Están, de hecho, en una situación idéntica: sin blanca, buscando trabajo y vagando sin rumbo por la misma ciudad. No obstante, Galvão deja algún rastro; Velo, ninguno. Ha desaparecido en São Paulo y no hay noticias de él. En nadie como en Velo se da esa circunstancia tan contemporánea como es que la ciudad engulla y haga desaparecer al individuo.

El poeta es un fantasma.

Y así muere: sin que nada se sepa de él desde el secuestro. Fallece en 1972, pero nada se sabe acerca de los once años que precedieron a su muerte. La ciudad lo ha devorado y lo tiene en sus tripas.

Son once años en los que Pepe Velo camina desorientado por São Paulo. Pero son once años de São Paulo, una metrópolis en la que el tiempo se mide distinto. Todo es veloz, todo es inmediato. Todo el mundo está en tránsito y todo el mundo acaba como Velo, es decir, convertido en una figura borrosa.

Para Víctor, sin embargo, no es así.

Él, según me dice, se acuerda todos los días de su padre. Hace cincuenta años que ha muerto, pero él lo recuerda cada día.

Víctor ha cumplido ochenta años y no tiene hijos.

Y, por esa razón, observa su vida como un relato que se acaba.

Acaso le queda volver a su pasado una y otra vez para tratar de encontrar algo en él. Porque quien no tiene hijos no puede poner en ellos sus esperanzas; sólo puede hallarlas en los sucesos que ocurrieron y que quizá no interpretó bien. Los ancianos sin hijos mueren fabulando como niños, tratando así de encontrar en el relato de sí mismos el sosiego que los otros alcanzan pensando en la vida que continúa. Ambas son ficciones. No son ciertos ni el pasado que se inventan ni el futuro que creen prolongado. De modo que la diferencia es sólo narrativa: sólo varía la forma de contar. Tener hijos supone dejar un capítulo abierto en la historia de nuestras vidas; no tenerlos implica saber que el relato concluye y que, por tanto, más vale que este sea bueno. La vida es una historia que nos contamos, nada más que esto. Y, por ese motivo, los que no tienen hijos vuelven al pasado para contarse algo que los reconforte; mientras que los padres se apartan y dejan que sean otros los que continúen el relato.

Y así pasa Víctor los días: contándose la historia de su vida, volviendo a su padre una y otra vez.

Víctor no ha heredado la fisonomía de Pepe. No tiene su larga y afilada nariz, ni sus pómulos marcados, ni es delgado ni espigado como él; es calvo, lleva la barba, ya canosa, recortada, y tiene algo de tripa; la trata de ocultar subiéndose los pantalones y apretando el cinturón, aunque no lo consigue; no es muy alto, pero procura caminar erguido, a veces en exceso, levantando el mentón y elevando el cuello para así aparentar unos centímetros de más; tiene

Víctor una forma de andar, de sentarse en una silla o de comer nada vulgar; es elegante y refinado en cada gesto; se puede apreciar que ha llevado una vida rodeado de personas de clase alta, porque es educado y cortés hasta el extremo. No parece, desde luego, ese guerrillero que estuvo a bordo del Santa María, sino un alto funcionario, un notario, un diplomático retirado que aún conserva los modales de otro tiempo.

Víctor no tiene hijos, su mujer murió hace apenas un año, y vive solo en un pequeño apartamento que acaba de arrendar. Sus exquisitos modales contrastan con la modestia del lugar en el que me recibe, pero pronto me doy cuenta de que el apartamento ha adquirido la dignidad de su inquilino.

Según me cuenta, algunos negocios que emprendió no le salieron bien, los bancos se le echaron encima, una jueza dictó una resolución injusta y perdió el piso en el que vivía. Era una vivienda muy grande, lujosa, de unos doscientos metros cuadrados, situada en una de las mejores zonas de São Paulo. A Víctor le habían ido muy bien las cosas hasta hace poco. Tras la aventura del Santa María, abandonó cualquier tipo de actividad política, estudió física nuclear y llegó a ser vicepresidente de una de las empresas más importantes de Brasil. En pocos años pasó de ser un revolucionario a un aplicado empleado, un trabajador concienzudo, madrugador, a menudo sumiso, que fue ascendiendo poco a poco en la jerarquía de la empresa. Y así, tras décadas de duro trabajo, logró alcanzar la cima de la compañía.

En una entrada de un blog brasileño he podido leer que Víctor llegó a ser la persona de confianza de una de las familias más representativas del capitalismo brasileño, los Matarazzo.

A finales de los ochenta, dice este bloguero, la alcaldesa socialista de São Paulo ordenó la expropiación del palacete de la

familia Matarazzo –una ostentosa mansión situada en plena Avenida Paulista– con el objeto de instalar en aquel lugar el Museo del Trabajador. Al parecer, la familia, que quería vengarse de la decisión de la alcaldesa, encargó a Víctor que ordenara colocar explosivos y demoliera el edificio antes de que la expropiación se llevara a cabo. Nuestra casa no será el hogar de esos parias, pensaron; les dejaremos, si acaso, un solar vacío, un montón de piedras y chatarra, nada que les haga creer que alguna vez nos vencieron.

No sé si el suceso ocurrió, si lo que dice ese blog es cierto, pero sus palabras alimentan mi imaginación.

Puedo ver a Víctor en la ruidosa noche de São Paulo, vestido con un traje caro, mandando colocar la dinamita y después caminando de regreso a casa.

Y, al oír la explosión, no puede Víctor evitar acordarse de su padre, y del Santa María, y de aquellos días en los que quiso cambiar el mundo; y entonces, al subirse al taxi y contemplar la estela de humo que se eleva sobre la mansión, se ríe y piensa en lo ridículos que son los actos de los hombres; en lo disparatado que es el relato de sus acciones; en lo absurdo que resulta que la destrucción de ese palacete, de ese fetiche del capitalismo, no lo lleve a cabo como revolucionario, sino como obediente empleado de una multinacional. Qué vano y estéril resulta cualquier sacrificio, piensa Víctor, qué inútil esforzarse por alterar el curso natural del mundo.

Ya no queda rastro del palacete de los Matarazzo.

En el solar donde se ubicaba han construido un moderno centro comercial. La fachada está iluminada por un gigantesco panel con treinta mil luces LED, y en su interior hay ciento cincuenta tiendas y

un jardín botánico de dos mil quinientos metros cuadrados. En la entrada, un letrero indica su nombre: SHOPPING CIDADE DE SÃO PAULO.

Allí tomo café mientras la ciudad se despierta. Estoy entre la vigilia y el sueño. He dormido mal por el desfase horario y tengo una profunda sensación de irrealidad –como si una parte de mí se hubiera quedado en España– que quizá me esté ayudando a fabular con la escena de Víctor y la mansión de los Matarazzo. En ella pienso mientras la gente pasa a mi lado cargada con bolsas de Swarovsky y Calvin Klein.

Pero esta escena, si es que sucedió, tuvo lugar en otro tiempo, en otra vida, en aquella época en la que a Víctor le iban bien las cosas y el dinero no le faltaba. Tenía el futuro planeado. Una existencia tranquila le esperaba. Nada le hacía pensar que iba a pasar apuros económicos. Y, en el último momento, cuando se encontraba cerca de la edad de jubilación, sus planes se torcieron y la realidad le sacudió un guantazo del que todavía no se ha recuperado. Un crédito bancario, un aval, y todo se vino abajo. El capitalismo no le premió como esperaba. De nada sirvieron los años de dedicación a la empresa, las preocupaciones, las noches en vela, los viajes por todo el continente.

–Así de cruel es el sistema –le dijo alguien–, y más en este país del demonio: un día estás arriba y otro no eres nadie.

Pronto perdió su casa y tuvo que mudarse a la vivienda en la que ahora lo visito. El piso está aún lleno de cajas sin desembalar y de muebles lujosos que no parecen propios del humilde apartamento que ocupan. Entre las cajas o esparcidos por el suelo se pueden ver también retratos de su padre y archivadores llenos de recortes de prensa con noticias del Santa María. El tiempo parece haberse detenido para Víctor en 1961, cuando apenas tenía diecisiete años y la vida entera por delante. Parece que todo lo que vino después, los

largos años de trabajo en aquella empresa, los cargos de responsabilidad y los éxitos corporativos, haya pasado fugazmente; parece que de nada hayan servido tantos desvelos y que toda su trayectoria profesional sea un vacío en su biografía. Los días en el Santa María, sin embargo, todavía lo definen. Y supongo que no es fácil para él; que debe de ser triste y humillante observar cómo aquellos días brillan y destacan sobre todos los demás.

Sesenta años han pasado y Víctor todavía sigue allí, en aquel barco.

Me confiesa que, a menudo, sueña con él.

–Y no te lo creerás, Carnero –me dice–, pero muchas noches me desvelo; y me despierto desorientado y perdido y pienso entonces que aún estoy en medio del océano.

En nuestra conversación, me parece que Víctor no guarda tantas reservas como Camilo. Lleva décadas alejado de la militancia política y eso hace que se sienta más desapegado de todo aquel mundo del que formó parte. Me confiesa que se equivocó en muchas cosas, que cree que el comunismo no es la solución; él, que el 23 de enero de 1959 recibió a Fidel Castro en Caracas en representación de una agrupación de jóvenes comunistas. Víctor fue un entusiasta de la revolución, pero ahora tuerce el gesto al recordar las palabras que Fidel Castro dijo mientras señalaba el cerro del Ávila: que, con tantas montañas en las que luchar, nadie volvería a perder la libertad en Venezuela.

Víctor habla con frialdad de aquellos años, pero no así del Santa María. Esa renuncia le parece inasumible. Su madre le dijo que no fuera, pero él se empeñó en acompañar a su padre. Llevaba ya muchos meses escuchando las conversaciones que mantenía con

Galvão y Sotomayor en aquel apartamento de Sabana Grande. Él se quedaba detrás de la puerta, con la oreja pegada, escuchándolos, hasta que un día le pidió permiso a su padre para unirse al grupo. Bueno, le dijo, tú sabrás, ya eres mayor. Así que fue uno de los pocos que, desde el principio, supo todo lo que iba a suceder. Estuvo aquella noche de borrachera con Jânio Quadros y también aquel otro día en el que se produjo el incidente con la señora Roche. Víctor me dice que era una mujer peligrosa, fantasiosa, con una *visión absurda* de la política. De Sotomayor tampoco tiene un buen concepto. Dice que era un militarista, igual que Galvão. Esos dos, según Víctor, estaban dispuestos a dejar morir a aquel hombre y fue su padre quien los convenció para desembarcarlo en la isla de Santa Lucía. Asegura que escuchó la conversación que tuvieron los tres; que hubo gritos y que casi llegan a las manos. Mi padre, y no otro, dice Víctor, fue quien salvó la vida de aquel hombre; Galvão y Sotomayor eran gente de pistolas, siempre tenían el revólver a mano; mi padre, no; mi padre, tras los disparos del puente de mando, dejó su arma en el camarote y me pidió que le entregara la mía.

Entonces se lo pregunto.

–¿Y fuiste tú, Víctor, quien mató a ese hombre?

–No –me responde mirándome a los ojos–. Yo en mi vida he disparado a nadie.

La pregunta es oportuna. En el proceso que se siguió en Portugal se dijo que fue Víctor quien disparó. Sin embargo, las piezas de este sumario tienen que interpretarse con mucha prudencia. El juicio se llevó a cabo sin la presencia de los acusados ni garantías de ninguna clase. Fue un mero teatro orquestado por la dictadura de Salazar. Pero es inevitable preguntarse por qué se acusa a Víctor de ese

suceso, si entonces era un chaval de diecisiete años, es decir, la parte más débil de todo el DRIL y, en consecuencia, el miembro menos interesante para la propaganda del régimen. A la dictadura le hubiera interesado decir que fue un portugués, no digamos Galvão, y, sin embargo, se imputa el crimen a este joven que a nadie le importa.

Víctor, que no elude hablar del tema y que sabe que algunos le culparon, cree que la acusación nace de la parte portuguesa del DRIL, más concretamente de los adeptos a Galvão. Víctor cree que, acusándolo a él de violento, trataban de perjudicar la figura de su padre. Además, hay otra razón: siendo Víctor el único menor del grupo, quienes lo inculparon pudieron creer que, de haber sido condenado, no habría entrado en prisión. Pero nunca sabremos qué fue lo que motivó su acusación. Camilo Mortágua guarda silencio y el resto de los miembros ya han muerto.

–Pero tú sabes quién fue –le digo finalmente–. Tú sabes quién disparó aquella arma.

–Sí, un chico joven, portugués –responde Víctor tras un breve silencio.

Su tono de voz ha cambiado.

–El chaval no sabía disparar y le pudieron los nervios. Le temblaba la pistola en la mano, ¿sabes?

Nos quedamos callados por unos segundos. Después Víctor concluye:

–Ese chico estuvo toda la noche llorando. Aún puedo oírle.

Al día siguiente, tras buscar en el listado de los miembros del DRIL que estuvieron en el Santa María, le digo a Víctor el nombre de quien pienso que fue y él asiente con la cabeza.

El misterio parece resuelto, pero esa misma noche, al llegar al hotel, mientras leo documentos relacionados con el secuestro, me

doy cuenta de que el listado que manejo contiene un error: la persona cuyo nombre le he dado a Víctor no embarcó.

Pienso entonces que Víctor puede estar jugando al despiste, como Camilo, dando pistas falsas, u ocultando información para proteger así los secretos de hace sesenta años; o puede que haya confundido el nombre de aquel chico; o puede, pienso también, que hubiese sido Víctor quien disparó al tripulante y que ese recuerdo tan vivo, esos llantos que aún hoy puede oír, en realidad no sean sino los suyos.

Hay algo más.

Durante mi estancia en São Paulo visité con Víctor algunos de los lugares a los que solía ir su padre.

Llovía, Víctor conducía su coche y yo iba en el asiento de atrás junto con Aser. Iba relajado, mirando por la ventanilla, pensando en qué contaría en mi novela acerca de esos días en Brasil, cuando, de repente, sin venir a cuento, Aser le preguntó a Víctor: «Pero bueno, Víctor, di la verdad ya: ¿fue Galvão quien disparó a ese hombre?». Y entonces Víctor, clavando su mirada en el retrovisor, contestó que sí. Yo abrí los ojos de par en par, miré a Aser y no supe qué decir. Me quedé pegado al asiento, sin poder mover un músculo, porque los ojos de Víctor me parecieron sinceros. Nos quedamos callados y después alguien cambió de tema.

Ya lo tienes, me dijo Aser en voz baja.

Qué cabrón, ya lo tienes, repitió.

Llevo dándole vueltas desde aquel día a la respuesta de Víctor. No sé cómo contarlo, qué validez darles a sus palabras, con qué versión quedarme. Toda narración busca un orden, que las cosas pasen por algo, una explicación. Y, sin embargo, mi relato a menudo

deriva hacia la confusión. ¿Cómo es posible escribir esta historia si el azar la manipula constantemente?

Déjalo estar, me insiste Aser, no preguntes más, ya lo tienes.

No es tan fácil.

No puedo escribir que Galvão disparó y desentenderme de todo lo demás. A mi novela le vendría bien, pero yo me sentiría un ser inmoral, un sinvergüenza, un cobarde, alguien que se cree propietario de las vidas ajenas y que juega con ellas según le convenga a su relato. Pero ¿no es acaso lo que estoy haciendo? Eso me pregunto cada vez que me acerco a este manuscrito. Pienso en cómo estoy tratando a los personajes que me acompañan desde hace años. Porque no han salido de mi imaginación, sino que pertenecen a este mundo y, por ese motivo, no tengo ningún derecho sobre sus vidas. Quiero creer que los he tratado con piedad, siendo objetivo, pero también clemente, y ese pensamiento me calma por momentos. Quizá eso me salve, pienso, y no me convierta en un miserable, en alguien capaz de entrar en la casa de un anciano para preguntarle si fue él quien mató a un hombre sesenta años atrás; en alguien capaz de coger un testimonio, por ejemplo, que fue Galvão quien disparó, y amplificarlo hasta convertirlo en la única versión sólo porque a esta novela le conviene. Sería un gran final, redondo, perfecto, pero escribirlo me convertiría en un canalla. Ningún relato sitúa a Galvão en el puente de mando; y los ojos de Víctor, aunque parecen sinceros, están cubiertos por una niebla a la que no sé poner nombre. Porque percibo que su memoria es un cristal que comienza a quebrarse. A menudo repite frases y confunde recuerdos, o divaga y su narración le lleva a un laberinto del que no sabe salir. ¿Qué te pasa, Víctor? En algún sitio leí que las personas inteligentes, cuando sufren los primeros síntomas del alzhéimer o de algún otro tipo de demencia, tienen más recursos

que los demás para ocultar los signos de su dolencia; y que lo que hacen entonces es memorizar lo que quieren decir. Eso pienso que hace Víctor en las conversaciones que mantiene conmigo. Muchas veces parece estar recitando letanías para así demostrar que aún recuerda; pero, al salirse de lo aprendido y tratar de improvisar, el relato se vuelve frágil y poroso.

Meu pai, meu pai, meu pai…

Eso repite Víctor mientras trata de encontrar algo entre la bruma de su memoria.

La realidad es arena fina que se escapa entre los dedos. Esta historia, al igual que la memoria de Víctor, se desvanece cuando uno intenta tocarla. El relato es frágil como una hoja seca.

Después de tantos años, nada sólido queda.

Tras el asalto del Santa María, la vida de Pepe Velo cabe en las pocas cajas que Víctor guarda. Supe que, entre las pertenencias de su padre, envuelta en papel de estraza, apareció una bala. ¿Por qué Velo la guardó durante años? ¿Trataba de encubrir el disparo de su hijo? ¿Quiso ocultar una prueba? Quizá Velo escondió aquella bala para que la policía, al registrar el buque, no diera con ella y así no pudiera relacionarla con el arma que portaba su hijo. Quién sabe. Cualquier conjetura al respecto sería imprudente.

Lo único cierto es que nadie sabe nada de esa bala.

Hasta Víctor se mostró sorprendido al enterarse del descubrimiento.

–No tenía ni idea –me dijo–. Mi padre era una persona especial, muy especial. A saber por qué guardó aquella bala. Nunca me dijo nada. Él prefería no hablar de aquellos días.

Tras el secuestro, Pepe Velo parece que quiera enterrar su pasado; que desee que un manto de olvido haga desaparecer para siempre lo que sucedió en aquel barco. Sabe que su familia ha sufrido mucho por su militancia política y cree que es hora de compensarlos. En las cartas de esa época se puede apreciar su sentimiento de culpa. Dos exilios son demasiados para cualquier persona, también para alguien como Velo; y por eso decide poner fin al vagabundeo al que lleva sometiendo a su familia desde hace más de veinte años. Jovita, su mujer, que hasta entonces vive en Caracas, viaja a São Paulo a mediados de los sesenta y se establece allí con su marido de forma definitiva. Es ella la que se encarga de obtener un sustento. Velo nunca se ha preocupado de las cosas prácticas. Siempre ha vivido en el mundo de los poetas, envuelto en sueños, canciones y libros. Es Jovita, como son también las esposas de Galvão y Sotomayor, la que sostiene el mundo. Los hombres de esta historia protagonizan hazañas, aventuras increíbles, actos fascinantes que nos asombran, pero que quizá no sean más que puro artificio –como las piruetas en el aire de Delamare y Bonnay–, admirable testosterona de cine y folletín. En cambio, son las mujeres –invisibles, silenciosas, ocultas tras todos estos asombrosos sucesos– las que hacen que la vida avance, que los hijos coman y se eduquen, que la renta se pague cada mes, que salga agua caliente del grifo, que haya ropa en el armario y un regalo en cada cumpleaños. Los padres están preocupados por cambiar el mundo, porque saben que la historia la escriben ellos, los héroes que triunfan en las guerras, los que matan y mueren, pero ignoran que son las mujeres las que, con sus actos, ponen orden y coherencia en el caos que ellos provocan.

Por eso Jovita le dice a Velo que tiene que buscarse la vida, que ya está bien de tanta cháchara y que, si le gustan los libros, que monte una librería. Así lo hace en 1964. Abre una librería, a la que

llama Nós, cerca del lugar en el que vive, el barrio de Paraíso. También funda un periódico, al que pone el nombre de *Paraíso 7 días*, uno de esos semanarios de información local en el que los comerciantes del distrito colocan sus anuncios.

Estos debieron de ser los años más felices de la vida de Velo.

Tras muchos años separado de su mujer, ambos, al fin, consiguen vivir juntos. Sus hijos son ya mayores y se abren camino por sí mismos. Víctor trabaja en la industria química, Lino ha montado un negocio y Manuela es cantante de ópera. Velo y Jovita tienen unos cincuenta años, pero apenas saben lo que es convivir, despertarse en la misma cama, llevar una vida como la de las otras parejas. Velo y Jovita ahora venden libros. Víctor me cuenta que su padre no era un buen empresario; que era su madre la que se encargaba de gestionar la librería. Jovita cobra, hace los encargos, paga los impuestos, negocia con los proveedores y firma los albaranes. Velo está siempre leyendo, escribiendo o encargando novelas que nunca se venden y que su mujer tiene que devolver al distribuidor. Cuando alguien entra en la librería y pregunta por el best seller del momento, Velo baja del altillo, deja lo que está haciendo y trata de convencerlo para que no compre ese libro.

–Tiene usted que leer a los latinoamericanos –le dice–. ¿Ha oído hablar del Boom? Todo el mundo está leyendo a García Márquez, a Vargas Llosa y a Cortázar.

Y el cliente, que tiene una novela policiaca en una mano y la cartera preparada en la otra, acaba por no comprar ningún libro. Y entonces Jovita reprende a su marido:

–Es que me asustas a los clientes, Pepe. Déjales que se lleven lo que quieran. Así no ganaremos un peso.

Pero son días felices, imagino, porque nada puede haber mejor que estar todo el día rodeado de libros; nada más satisfactorio,

supongo, que alguien te haga caso y se lleve esa novela que a ti tanto te gusta. Quizá ahí esté la gran obra de Pepe Velo: en los libros que vendió y que todavía habitan la biblioteca de alguna casa de São Paulo. Libros que fueron leídos hace sesenta años, pero que, de alguna manera, enseñaron a sus lectores a vivir, o a mirar a su alrededor, o a perdonar y a comprender el alma humana; libros que tal vez provocaron pequeños cambios que hicieron mejor el mundo. Me gusta pensar que así sucedió, que todo mereció la pena. Y que Velo y Jovita echaban cada día la persiana de la librería satisfechos, y caminaban hacia su casa pensando en que lo estaban haciendo bien. Y quizá algunas tardes decían «vamos a cenar fuera, que nunca salimos»; y cenaban y reían y bromeaban con el camarero; y hablaban de la vida, de lo que sucedió antes de que la guerra y el exilio acabaran con todo, con los amigos que mataron y que dejaron tirados en alguna cuneta, con las verbenas y la música, con las risas y las promesas de futuro. Y, más tarde, al salir del restaurante, caminando por la acera, bajo las luces de los rascacielos de São Paulo, con la placidez que les dejaba el vino que acababan de tomar, Velo y Jovita quizá se abrazaban y pensaban en lo absurdo que es todo, en lo luminoso y oscuro que es el mundo a un tiempo. Y, al llegar a casa, en el silencio de la noche, puede que se quedaran mirando la ciudad por la ventana, sin pensar en nada, sin temer a nadie, a salvo por fin de todo cuanto les había herido.

La felicidad no dura demasiado. Con cincuenta y cinco años a Velo le diagnostican un cáncer.

Hay una foto suya, quizá la última que se conserva de él, con gafas, el pelo revuelto, muy delgado y una azada al hombro.

Víctor me cuenta que esa foto está tomada en una pequeña

huerta que compró en el estado de Minas Gerais poco antes de que le diagnosticaran su enfermedad.

Velo ha decidido dejar la ciudad, cultivar un huerto, dedicarse a escribir y tratar de ver su obra publicada. Sus sueños son ahora pequeños: volver a la tierra, labrar el campo, esperar con paciencia a que las plantas crezcan.

Pero la enfermedad lo sorprende. Comienza a sentirse mal, acude al hospital y allí le diagnostican una tuberculosis por error. Meses después, el tumor ya está extendido por todo su cuerpo.

En una carta que dirige a sus hijos mayores, que viven entonces en Caracas, se muestra ilusionado ante los tratamientos médicos que va a comenzar a recibir. Les habla también de los proyectos literarios que tiene en curso y de las finanzas familiares. Es todavía optimista. No sabe que el cáncer lo está consumiendo por dentro y que le quedan pocos meses de vida.

Las semanas pasan.

Pepe Velo pesa cuarenta kilos.

Su ya de por sí frágil figura es ahora la de un cadáver. Se le puede ver consumido, pálido, saliendo de la librería. Camina apoyado en Jovita y cada poco se detiene a descansar en un banco. Tenemos que parar, le dice, no puedo más. Los días en los que se encuentra con más fuerza sale a pasear sin la ayuda de su mujer. Arrastra los pies, camina pegado a las fachadas; a menudo se marea y tiene que apoyarse en ellas o arrimarse a una farola para no caerse. Tan flaco, tan agotado está que los pantalones le cuelgan y el cuello de la camisa se abre hasta mostrar su pecho desnudo. Nadie se fija en él, nadie lo mira a los ojos. Piensan que es un vagabundo, un drogadicto, un borracho. Hasta sus vecinos pasan de largo o cambian de acera, porque no lo reconocen. En ocasiones, se sienta a leer el periódico en una coctelería de la calle Rafael de

Barros. Siempre la misma coctelería, siempre el mismo periódico. Los camareros se compadecen, porque observan que cada día está peor.

–¿Lo de siempre, señor Velo? –le preguntan y él asiente con la cabeza.

Le cuesta hablar, tose, carraspea.

Se acerca un pañuelo a la boca y lo llena de sangre.

El cáncer le ha llegado a la laringe.

Me dijeron que, en aquella época, siempre pedía caipiriñas, porque, al bajar la bebida por la garganta, sentía un momentáneo alivio.

Es Pepe Velo el que toma la decisión de internarse en el hospital.

Una mañana de enero, coge su neceser, rellena los impresos y se ingresa en la clínica Oswaldo Cruz. Después, pide un teléfono y avisa a su mujer y a su hijo.

–Estoy en la clínica –les dice–, habitación doscientos cuatro. Pero no os preocupéis, todo está bien.

Durante aquellos días, Víctor se sienta junto a su cama y le lee novelas y poemas. Su padre apenas puede hablar, le arde la garganta; pero, cuando algún párrafo le agrada, hace un gesto de satisfacción, como queriendo decir así que aún ama su mundo herido; y entonces Víctor le vuelve a leer el fragmento que le ha gustado.

Vallejo, Rulfo, Sábato.

El hijo lee y el padre escucha.

A media mañana, los médicos se acercan a la habitación y Víctor se retira a hablar con ellos.

Víctor recuerda que solía bajar el tono de voz para que su padre

no lo oyera y que este siempre le sonreía desde la cama.

Víctor recuerda que un día, tras la visita de los médicos, se acercó a su padre y le confesó que el final estaba cerca.

Víctor recuerda que su padre lo miró a los ojos, lo acarició, y sonriendo y con un hilo de voz le dijo: *eu sei, meu fillo, eu sei.*

Víctor recuerda que esas fueron las palabras exactas.

Víctor me lo contó la tarde en la que lo acompañé al cementerio en el que está enterrado su padre. Compramos unas flores y las dejamos en la tumba. Fue allí donde me despedí de él.

–¿No quieres que te acerque al hotel? –me preguntó Víctor.

–No, tranquilo, ya cojo un taxi –le contesté mientras me alejaba.

Entonces comencé a caminar hacia la salida, pero, antes de perderlo de vista, me giré y pude ver que estaba hablando con la tumba de su padre. No lo oía: tan sólo observaba la silueta de Víctor haciendo gestos con las manos y sus labios moviéndose.

Había comenzado a llover, pero eso no parecía importarle.

No le importaba la lluvia que caía lentamente sobre él; la lluvia que descendía mansa por las lápidas y los nichos y las coronas de flores marchitas; la lluvia que, como en el cuento de Joyce, caía dulce y plácida sobre todos los vivos y los muertos.

Nada queda ya de Pepe Velo.

Tan sólo el recuerdo, cada vez más apagado, de su hijo, unos cuantos papeles desordenados, esa bala envuelta en papel y una placa de latón en un cementerio de las afueras de São Paulo.

Su librería es ahora una tienda de ropa interior.

La coctelería en la que tomaba caipiriñas se ha convertido en un restaurante de comida rápida.

Su bisnieta tiene un canal de humor en YouTube.

Nadie lee sus poesías ni recuerda que estuvo en aquel barco.

El Santa María fue desguazado en 1974 en Taiwán.

En Celanova, su pueblo, inauguraron una calle con su nombre. Es, en realidad, una pequeña calle en una zona de chalets de nueva construcción a la salida del municipio; un callejón sin salida, una vía muerta, un lugar por el que nunca pasa nadie.

III

SOTOMAYOR

Caracas, 1962 - Mérida, 1986

1

EL HÉROE

El chico lleva un periódico bajo el brazo, camisa de manga corta y corbata. Tiene el pelo negro, lleno de ondas que ha trazado con un calculado movimiento de peine. Está recién afeitado y huele a colonia. Hoy es su día libre y parece contento. Es uno de los muchos españoles que han llegado a Brasil huyendo de la miseria de la posguerra. Se llama Manuel y ha quedado con unos amigos en la praça da Sé. Los ha esperado leyendo el periódico, hojeando las revistas de los quioscos, mirando una y otra vez las fotos de los hombres del Santa María. Desde hace días la radio y la televisión no hablan de otra cosa. En los bares, en las fábricas y en las redacciones el secuestro es el único tema de conversación. Galvão, Velo y Sotomayor se han convertido en los personajes más populares de Brasil. Aquí, en São Paulo, todos hablan de ellos, de lo que en el barco sucedió y de las intenciones que ahora tienen. No van a parar, secuestrarán otro barco o quizá un avión. Eso es lo que oye Manuel mientras espera a sus amigos. Toda la ciudad está ansiosa por escuchar a los hombres del Santa María en el mitin que esta tarde darán en el Centro Democrático. Hasta el auditorio se han acercado todo tipo de personas. Hay comunistas y anarquistas; pero también simples curiosos, familias con niños que quieren ver al pirata Galvão, vendedores de golosinas y estudiantes.

Ya han llegado los amigos de Manuel. Todos son emigrantes. La mayoría son españoles. También hay portugueses e italianos. Han estado tomando unas cervezas y hablando del Santa María. Cada joven tiene un personaje preferido. Galvão es un viejo verde, Velo hará levantar al público con sus palabras, seguro que Sotomayor lleva pistola. Les divierte imaginar cómo son esos hombres que llevan semanas viendo en la televisión. No piensan en política, la política no va con ellos. Si les preguntan, dicen que no entienden de esas cosas, porque no han estudiado, apenas saben escribir o sumar; son tan sólo mano de obra barata, espaldas rotas, manos y brazos que cargan ladrillos en alguna obra de esos rascacielos que se están levantando por toda la ciudad. Trabajan y duermen, no tienen tiempo para más. Son muy jóvenes, aún no se han casado, pero apenas salen a disfrutar de la noche de São Paulo. Prefieren ahorrar, juntar dinero para volver cuanto antes a sus países y olvidar la pobreza. Pero hoy es una excepción, hoy es un día de fiesta. Han decidido acercarse a ver a los hombres del Santa María. Sienten simpatía hacia ellos. Aunque digan que no entienden de política, algo intuyen. O puede que todo sea más prosaico y los observen como a cantantes o a estrellas del cine. El ambiente, desde luego, recuerda más a un concierto que a un mitin.

Los chicos han llegado tarde y apenas ven el escenario. Manuel se pone de puntillas, pero no logra ver nada. Sus amigos, Lucas, un panadero de Asturias, y Pedro, un camarero portugués, tratan de hacerse hueco mientras dan tragos a la cerveza, bromean y silban para que los oradores salgan cuanto antes. Manuel, sin embargo, lleva ya varios minutos sin abrir la boca. Se le ve taciturno, con la mirada perdida, como si deseara estar en otro lugar. Vamos, anímate, le dicen sus amigos, no se te puede sacar de casa, olvídate del trabajo por un día. Eso parecen decirle, porque, cuando

Sotomayor sale al escenario, vestido con el uniforme del DRIL, con un cigarro en la boca y un cuaderno en la mano, el público rompe en un estruendo y nada puede oírse. Manuel avanza abriéndose paso entre una multitud que aplaude y da gritos mientras el comandante se acerca al micrófono y comienza a hablar.

–¿Dónde está Manuel? –pregunta Lucas.

Y Pedro, tras buscarlo con la mirada, señala hacia la primera fila. Los dos se dirigen hacia él, se abren paso entre empujones, pero sólo Lucas consigue llegar hasta donde está.

–¿Se puede saber qué te pasa? –le recrimina–. Nos has preocupado.

Pero, en ese momento, al fijarse en su rostro, Lucas advierte que Manuel está pálido y que tiene la frente llena de sudor. También observa que las manos le tiemblan.

–¿Qué te pasa? –le insiste–. Pareces mareado.

Entonces Manuel resopla, mira a los ojos de su amigo y le dice: es que creo que Sotomayor es mi padre.

La escena la imagino tras el encuentro que tengo con la hermana de Manuel en su casa de Vilagarcía de Arousa.

Rosa tiene ochenta y ocho años y es hija del primer matrimonio de Sotomayor, el que le une con Manuela, una chica de su pueblo con la que tiene cinco hijos antes de que estalle la Guerra Civil y él huya a las montañas.

Sotomayor no cuenta nada de este matrimonio a sus amigos de Venezuela. Para ellos, Margarita, Federico y Enrique son su única familia.

De su primera esposa y de los cinco hijos que deja en Galicia poco se sabe.

Existen unas imágenes de esa mujer, ya anciana y con problemas de memoria, en las que afirma que Sotomayor no se ocupó de sus hijos; pero todos saben leer y escribir, insiste, como queriéndonos decir que todo fue gracias a ella. Y lo fue. Después, en esas mismas imágenes, Manuela contempla una de las últimas fotos en las que salen todos juntos y se pregunta cuántos hijos tuvo, porque ya no lo recuerda. Los cuenta: uno, dos, tres, cuatro, cinco; cinco hijos, dice, y después mira a la cámara. Su mirada es esa mirada vacía que tienen aquellos que están perdiendo la memoria, los recuerdos, la vida. Y, como esa mujer no recuerda, nosotros no podemos saber nada más, porque ella es la única que puede decirnos cómo fueron los días que siguieron al inicio de la guerra.

Sabemos que Sotomayor no envía dinero a sus hijos ni les escribe. ¿Tienen esos niños las barrigas hinchadas por el hambre? ¿Lloran por las noches? ¿Pasan frío?

Probablemente.

Los niños son huérfanos, aunque su padre siga vivo.

Su madre es viuda, aunque su esposo no haya muerto.

¿Dónde está? ¿En las montañas aún? ¿En el frente? ¿En un campo de concentración?

No lo saben, nadie lo sabe.

No lo saben siquiera los policías que lo buscan.

En los años cuarenta, la Guardia Civil emite un informe sobre Sotomayor. El documento dice: albañil, natural de La Puebla de Caramiñal, sin más datos de filiación; antirreligioso y afiliado al Partido Comunista, del que fue jefe hasta el glorioso alzamiento nacional. Antecedentes: incitación a la rebelión, propagandista, sedicioso, detenido por reuniones y documentación clandestina, alteración del orden público y agresión a la fuerza. Huyó a México. En la actualidad se encuentra en Rusia y se ignora su

comportamiento. Grado de peligrosidad: máximo.

Pero nada de eso es cierto: el informe es pura ficción.

Sotomayor no está ni en México ni en Rusia. Está en Francia, donde ha formado una nueva familia con Margarita Ackermann.

Manuela y sus hijos malviven en Galicia.

Manuela cose alpargatas que cambia por alimentos. Patatas, arroz y algo de pan. Nada más puede conseguir. Se ha quedado sola con sus cinco hijos y su marido no le manda dinero. Es posible que haya escrito a su familia o, al menos, así lo recuerda Rosa, pero no lo sabemos con certeza; quizá se lo haya inventado su madre para dar consuelo a los niños. Lo que sabemos es que la situación es tan precaria que los cinco hermanos tienen que recorrer aldeas e iglesias pidiendo limosna.

También han tenido que abandonar la escuela.

Rosa cuida a una niña a cambio de un plato de comida.

A veces, se encuentra con la maestra por las calles del pueblo. La maestra, falangista, no le dirige la palabra. Es una marginada, una apestada: es la hija de un comunista.

Rosa es una mujer locuaz, inteligente, con una gran capacidad para hilvanar historias y recuerdos. Es como esas mujeres de mi infancia, mi madre y todas las demás. Aquellas mujeres se pasaban horas alrededor de una mesa narrando lo que oían en la calle. Y, aunque era un relato desordenado y caótico, al final adquiría siempre un sentido en el que todas coincidían; pero, por encima de todo, era un relato que entretenía.

La conversación con Rosa es así, entretenida, fascinante por momentos, seductora debido al talento que tiene para captar y recordar detalles de un pasado ya muy lejano. Rosa apenas vio a su

padre en dos ocasiones y, sin embargo, es capaz de evocar la postura corporal que adoptaba –con un hombro más elevado que el otro, me dice–; o que le gustaba recrearse sacando el humo del cigarro por la nariz; o que se rascaba a menudo el mentón con la mano izquierda.

De todo eso se acuerda Rosa.

Son recuerdos de la época en la que ella ya es adulta, tiene hijos y vive en Londres, porque, cuando la Guerra Civil estalla y su padre huye a las montañas, Rosa tiene apenas dos años. Han de pasar décadas, más de tres, hasta que Rosa y sus hermanos recuperan alguna relación con su padre. Es Manuel el que, tras el mitin de São Paulo, logra localizarlo. Habla con los organizadores del acto y consigue su dirección de Caracas. Tras recibir su primera carta, Sotomayor parece preocupado por las intenciones de su hijo. No lo conoce. Desconfía de él y sospecha que pueda ser un agente franquista. Sotomayor le escribe a Manuel:

> Quiero saber cómo piensas, o si no piensas nada, si quieres debes decírmelo sinceramente. Yo comprendo todas las cosas. Hasta si fueras partidario del régimen debes decírmelo sin temor. De otra manera no puede haber confianza entre nosotros. Tú debes comprender que con engaños no se construye nada sólido.

Probablemente Manuel le conteste a su padre que puede estar tranquilo en lo que a su ideología se refiere. Por eso, el tono de Sotomayor se relaja en su segunda carta. La paranoia se disipa y entonces parece querer dar explicaciones acerca de su larga ausencia:

> Yo, por ejemplo, no tengo otro remedio que vivir en la

> emigración y continuar la lucha contra el tirano y todo lo que representa, hasta que caiga o se muera o me muera yo. Mi vida no ha sido más que eso: luchar contra ellos, y no puede ser de otra manera. Es por esto que he estado rodeado siempre de circunstancias que me impidieron ponerme en contacto con vosotros, y sin poderos ayudar económicamente, pues mis relaciones os hubieran comprometido más que ayudado.

La relación epistolar comprende varios años. En ella Sotomayor le insiste a Manuel en que debe preocuparse, en primer lugar, por tener las necesidades económicas cubiertas y asegurar así el bienestar de su familia. Después, sólo después, le dice, puede hacerse cargo de la lucha contra la dictadura. Sotomayor parece querer apartar a su hijo del camino que él escogió años atrás. También le imparte lecciones políticas. Por momentos, no parecen las cartas de un padre, sino las de un líder. Sin embargo, en la última carta que se conserva, Sotomayor adopta un tono más cercano:

> Soy un hombre viejo, sin dinero, vigilado y para colmo hace tiempo que me quedé sin empleo y no sé cuándo lograré conseguir otro. Pero de esto no te preocupes, pues yo resuelvo mis problemas, mal o bien.

Las cartas dejan de llegar. Sotomayor se esfuma de nuevo. Transcurren décadas hasta que sus hijos vuelven a saber de él.

En 1979, Rosa, que está pasando unos días de vacaciones en Galicia, abre el periódico y ve una fotografía de su padre. La imagen viene acompañada de una entrevista que concede a *La Voz de*

Galicia desde su domicilio de Caracas. En ella habla de la Guerra Civil, de su paso por Auschwitz y del Santa María. Rosa envía el recorte a Manuel y este decide escribir al diario para que le pongan en contacto con su padre.

En una carta, fechada en Londres el 7 de febrero de 1979, Manuel escribe:

> Señor director de *La Voz de Galicia*:
>
> He leído en el periódico de su digna dirección con fecha 28 de enero la entrevista que su corresponsal en Caracas, Tucho Calvo, le hizo a mi padre, José Fernández Vázquez (Sotomayor). Fue una muy agradable sorpresa para mí, puesto que yo lo creía desaparecido para siempre dado que no veo a mi padre desde el 18 de julio de 1936 […].
>
> Como usted comprenderá, tanto mi hermana como yo desearíamos ponernos en contacto con él, por lo cual le ruego tenga a bien mandarme la dirección de su corresponsal en Caracas o, si usted lo considera oportuno, publique esta carta en *La Voz de Galicia* por si se diera la feliz coincidencia de que mi padre leyera este periódico».

Así es como los hijos de Sotomayor vuelven a tener contacto con él.

De los cinco sólo quedan cuatro.

El más joven ha muerto en un accidente mientras trabajaba en la construcción de un embalse en los Pirineos. El chico apenas tiene veintiséis años. El invierno cubre las carreteras de nieve y Manuela no puede llegar hasta aquel remoto lugar para traer el cadáver de su hijo a casa. El cuerpo reposa en una iglesia; lleva aún la ropa de trabajo puesta y unas alpargatas sucias en los pies. Manuela llora

mientras limpia pescado en una fábrica de conservas. Tiempo después, los restos del chico regresan a Galicia. ¿Es su madre quien ha ido a buscarlos? ¿Es Manuela quien, como en el cuento de Rulfo, trae el cuerpo de su hijo a casa? Es noche cerrada cuando llegan al pueblo. Los tejados brillan bajo la luz de la luna. Los perros ladran, pero Manuela no puede oírlos. Al día siguiente, entierra a su hijo junto al mar.

No sé si Rosa y Manuel asistieron al funeral de su hermano. Ambos han tenido que emigrar para buscarse la vida. Rosa ha encontrado trabajo en un hotel de Aberdeen. Más tarde se establece en Londres. Allí también vive Manuel. Rosa limpia casas en Kensington. A su hermano me lo imagino realizando trabajos duros, descargando camiones o pintando naves industriales. Cada mes envían dinero a su madre. Manuela aún vive en el mismo pueblo en el que formó su familia con Sotomayor. Manuela, que ha sido declarada viuda, no puede creer que su marido siga vivo. Cuando Rosa le dice que ha contactado con él, ella le contesta que deben invitarlo a Londres y así enterarse de cómo ha sido su vida durante todos estos años.

A mediados de 1979, Sotomayor viaja a Londres invitado por Rosa y Manuel.

No hay emoción ni ternura. Su padre es para ellos un completo desconocido.

Cuando van a recogerlo a Heathrow, Sotomayor no reconoce a su hija y, a pesar de que la tiene al lado, pregunta por ella. Rosa le contesta: «Y entonces ¿quién soy yo?».

Rosa recuerda que su padre llevaba una bolsa de deporte al hombro; recuerda el silencio incómodo que había en el taxi que los llevaba a casa; recuerda que no sintió nada al volver a verlo. También recuerda el anillo que llevaba en el dedo anular.

Se pasa todo el viaje de regreso mirándolo.

Es un anillo extraño, tosco, de latón, abollado y con una inscripción que no alcanza a leer.

–¿Y ese anillo? –le pregunta Rosa mientras el taxi recorre las calles de Londres.

–Me lo regaló un príncipe de Laos –le contesta su padre–. Está hecho con los restos de un avión yanqui que abatimos en las montañas.

El encuentro dura dos semanas.

Durante esos días Sotomayor cuenta a sus hijos el relato de su vida: la persecución, la guerra, Auschwitz, el exilio.

Rosa y Manuel comprenden que la de su padre tampoco ha sido una vida fácil.

Lo que les cuenta coincide con lo recogido en la entrevista que concede meses atrás.

No les habla de Margarita, Federico y Enrique.

Tampoco se refiere a su actual mujer, Sacramento Peña, una venezolana treinta años menor que él.

En cambio, sí que se extiende en el relato de los hechos posteriores al secuestro del Santa María.

Tras el asalto, Sotomayor es un personaje célebre, un héroe. Ya no es José Fernández Vázquez: es el comandante, el hombre que dirigió el barco que iba a liberar a España de la dictadura. Y, por eso, porque es un héroe, Sotomayor no permanece mucho tiempo instalado en la placidez del hogar que ha formado junto a Sacramento. Mientras Galvão enferma y Velo se recluye en los libros, Sotomayor participa en nuevas luchas.

La llama de la Revolución cubana prende en todo el mundo.

Hay que crear uno, dos, tres, muchos Vietnam, dice el Che en 1966; hay que organizar guerrillas que luchen contra el colonialismo europeo y el imperialismo japonés y americano; hay que llenar las montañas, las sierras y los llanos de guerrilleros comprometidos que acaben con el subdesarrollo y la dependencia; hay que tomar ejemplo de Corea; ir a Taiwán, a Tailandia, a Laos, a Camboya, a Nigeria, al Congo, a Mozambique, a Angola, a Sudáfrica y a Rodesia; hay que inundar América Latina de hombres y mujeres dispuestos a luchar y a dar su vida por la revolución; hay que abrir otros frentes, no ponerse límites, porque los imperialistas no se los ponen y por eso ganan; hay que estar convencidos, porque sólo así el pueblo creerá que estamos en condiciones de vencer; hay que asumir la cuota de tragedia que nos toca, dice el Che; hay que golpear, golpear, golpear.

Puro Sotomayor.

El comandante escucha esas palabras en un momento que no podemos precisar, pero que se sitúa entre 1966 y 1967. Puede que cuando escuche esas palabras, y decida entonces viajar a La Habana y ponerse al servicio de la revolución, el Che ya haya muerto. Puede que incluso fuera la visión de su cadáver –demacrado, sucio, exhibido como un trofeo por los militares que lo mataron– lo que le haga recuperar la fe en la revolución. Quizá, al contemplar esa imagen, al ver los ojos abiertos del Che, piense que, si un joven ha dado su vida por la revolución, él, que es casi un anciano, debe hacer lo mismo. Y no le importe entonces entregar sus huesos a la tierra, volver a ella, morir en paz.

Apenas podemos saber nada de la época en la que Sotomayor se implica en las guerrillas guevaristas. Se supone que es información confidencial, ya que los tratados internacionales prohíben toda intervención extranjera en los países que Sotomayor visita. De

hecho, Sotomayor ya no se llama Sotomayor. Durante esa etapa de su vida pasa a llamarse Robert Rodríguez.

José Fernández, Jorge de Sotomayor, Robert Rodríguez.

La misma persona, distintos nombres.

Pero no es difícil imaginar cuáles son sus actividades en todos aquellos países a los que es enviado. Quién mejor, pensarán los dirigentes cubanos, que uno de los héroes del Santa María para instruir y dar ejemplo a las guerrillas que comienzan a surgir por todo el mundo.

El paso de Sotomayor por esas guerrillas está documentado en numerosas fotografías que aún hoy se conservan. En ellas podemos verlo con un gorro ruso mientras bebe caldo, visitando el Palacio de Verano en Pekín, o rodeado de mujeres que le entregan un ramo de flores en Hanói. Sin embargo, son las fotos de Laos las que más abundan. En ellas aparece siempre rodeado de una amplia comitiva de guerrilleros que parecen querer agasajarlo en todo momento y que lo miran con respeto y admiración. En una de esas fotos se puede ver cómo sus anfitriones le muestran a Sotomayor los restos de un avión norteamericano derribado; en otra, sentados alrededor de una mesa sobre la que han extendido unos mapas, sus invitados le indican la situación de las tropas enemigas; en la última, varios niños lo reciben con pancartas y flores. Son niños educados en una nueva mitología, la del guerrillero; niños acostumbrados a la presencia de las armas en sus vidas, instruidos en la guerra, ya que la guerra todo lo domina. Hasta sus casas se han construido con la chatarra que esta deja: sus miserables habitaciones están hechas de restos de helicópteros, de proyectiles o de tanques. Son niños que llevan años escuchando relatos y leyendas acerca de esos misteriosos hombres que se internan en la selva y que tapan su rostro con un pasamontañas. Y son esos relatos el único pasado que

esos niños tienen. Un pasado real o ficticio, no lo sabemos, pero que viene a constituir la única identidad posible; porque nada más hay fuera de esas montañas, de esas chozas construidas con los restos de la guerra, de esos hombres que caminan con un fusil al hombro. Ellos son mártires, apóstoles, los únicos dioses que conocen. Por eso, al ver a Sotomayor, esos niños sonríen; porque él pertenece a esa estirpe; porque es un héroe de carne y hueso, un héroe como esos que en sus aldeas dicen que se han sacrificado por todos los demás; un héroe como esos que se marcharon al monte y que ofrecieron su sangre a esta tierra que les pertenece. Sí, Sotomayor es uno de ellos, el hombre que secuestró un transatlántico para hacer la revolución, el comandante del Santa María, José Fernández, Jorge de Sotomayor, Robert Rodríguez; todos ellos a la vez. Por ese motivo, porque es un héroe, la presencia de Sotomayor los intimida. Se acercan a él con recelo y le entregan ramos de flores y dibujos. Los dibujos son un Guernica infantil, inocente, de trazos torpes y simples, pero un Guernica al fin y al cabo. Están las bombas, el fuego y el miedo. Lo reconocemos al instante, porque lo hemos visto muchas veces y aún hoy lo seguimos viendo. Las mismas imágenes repetidas una y otra vez. Los niños entregan sus dibujos y Sotomayor les acaricia la cabeza.

Hay más fotos.

Las más insólitas son aquellas en las que Sotomayor aparece en unas extrañas cuevas. Son un espacio angosto rodeado de rocas y con escasa luz. En el dorso de una de ellas se puede leer: «Con el príncipe Souphanouvong». El príncipe es un hombre de mediana edad, delgado, con un fino bigote, que brinda con Sotomayor y el resto de visitantes. Todos están pletóricos, parecen algo bebidos, porque en las siguientes imágenes se les puede ver abrazándose tal y como se abrazan los borrachos tras una noche de juerga.

Todas las fotografías están ubicadas dentro de esas cuevas. Las grutas son el único lugar seguro en todo el norte del país, la zona en la que se está consolidando el régimen comunista del Pathet Lao. Su guerrilla la dirige Souphanouvong, al que apodan el «Príncipe Rojo», un aristócrata que se empapó de ideología obrera durante sus estudios en Francia. Es él quien acompaña a Sotomayor por los túneles y galerías que se pueden ver en las imágenes. Fuera de esas grutas se extienden kilómetros de espesa selva que cubre montañas y valles, una jungla cruzada por ríos que remite al paisaje de *Apocalypse Now*. Todo el país es así, un territorio abrupto, cubierto por una densa vegetación, es decir, el escenario que Sotomayor imagina como ideal para la guerra de guerrillas. Fuera de esas grutas, la selva es un lugar peligroso. Estados Unidos ha iniciado una guerra secreta. Llevan años interviniendo militarmente bajo el pretexto de realizar labores de supervisión y de ayuda humanitaria. La CIA también ha introducido mercenarios y reclutado, armado y entrenado a miembros de algunas tribus para servir de fuerzas de choque. Pero el arma más eficaz han sido las bombas de racimo, muchas de las cuales no explotan y dejan sembrada la selva de explosivos que después mutilan a la población. Por eso, el príncipe Souphanouvong toma precauciones y recibe a Sotomayor en una de esas cuevas. No se preocupe, le dice, este es un lugar seguro.

Hay algo que llama la atención en todas esas fotografías, algo novedoso: es la primera vez que vemos a Sotomayor sonreír. En ninguna de las muchas imágenes que hay de él, ni tan siquiera en aquellas en las que está rodeado de su familia, aparece sonriendo tal y como lo hace en esas fotos de las cuevas. Pero, bien pensado, no es algo que deba extrañar, es lógico que así suceda. En el Santa María tuvo que contenerse, deslumbrar si acaso a aquel piloto norteamericano, detener el barco para desembarcar al herido. Sin

embargo, ahora la guerra es de verdad. Ya no tendrá que soportar los discursos de Velo, ni el afán de protagonismo de Galvão. Ya no tendrá que moderarse. Está en su medio, rodeado de guerrilleros, armas y munición: cómo no sonreír. Hay que brindar, bailar y después golpear, golpear, golpear. Entonces recuerda lo que Camilo Mortágua dijo que harían cuando llegasen a África.

Esta vez va a ocurrir, piensa Sotomayor, esta vez sí.

–Pegar y correr, picar y huir, *hit-and-run* –dice Sotomayor recordando las palabras de su compañero–. Esa es la auténtica guerra de los pobres.

El intérprete traduce las palabras.

Sus anfitriones se quedan callados, inmóviles, con las copas de licor en la mano, sin saber qué decir hasta que el príncipe Souphanouvong estalla en una carcajada y entonces, sólo entonces, todos ríen.

Mientras Sotomayor está en Laos, Sacramento lleva una vida común en Caracas. Trabaja en una peluquería y después en una fábrica de embutidos. Vive sola en El Junquito, un suburbio de casas bajas construidas con materiales pobres, apenas ladrillo, cemento y cal, que se asienta sobre una de las lomas que envuelven la ciudad.

Por el día trabaja y por las noches se sienta a tomar el fresco en la entrada de la casa. Allí, rodeada de sus gatos y de sus plantas, lee las cartas que Sotomayor le envía a través de su hermana. Están escritas en clave, con nombres falsos e informaciones que sólo ella puede interpretar. Al terminar de leerlas, Sacramento las quema.

Son muchos los meses en los que Sacramento está sola.

Un día le confiesa a Flor, su hermana, que cree que la están vigilando.

–No sé si me estoy volviendo loca –le dice– o si es verdad que me persiguen. Cada noche oigo ruidos alrededor de la casa, ramas que se mueven, ventanas que se abren, pisadas. A veces, también me encuentro cajones abiertos y papeles desordenados. Pero no sé si son cosas de mi cabeza, si es pura chaladura mía.

Flor se queda unos segundos en silencio. Se puede oír la respiración de ambas.

–Tú, Sacrita, lo que tienes que hacer es venirte para acá.

Una semana después, Sacramento abandona Caracas y alquila una casa en el pueblo de los Andes en el que vive su hermana.

Ahora duerme mejor. Ya no oye ruidos ni se siente vigilada.

Una noche de verano, Flor está cenando con su marido. Han abierto las puertas y las ventanas para que la casa se refresque. Por toda ella corre una brisa agradable. Tan sólo se siente el canto de los grillos y algún coche pasando a lo lejos.

–¿No oyes algo? –le pregunta Flor a su marido.

Este levanta la mirada del plato de arroz y le dice que no.

–Es como el gemido de un perro. Allá en el patio. ¿No lo oyes, de verdad?

El hombre niega con la cabeza mientras mastica.

Ambos siguen comiendo, pero, al cabo de unos minutos, Flor se levanta de la mesa.

Entonces, al encender la luz del patio, la ve.

Sacramento está allí, tirada en el suelo, sin poder moverse. Balbucea, no se puede entender lo que dice. Tiene los labios hinchados y el rostro lleno de heridas y magulladuras. Tiembla, tartamudea y de su boca no paran de brotar sangre y babas.

–No entiendo lo que dices, Sacrita, cálmate –le dice Flor mientras limpia su cara con un pañuelo.

Pero Sacramento no deja de balbucear y de llorar y de intentar

ponerse en pie sin éxito.

En ese momento ya ha salido el marido de Flor al patio.

–Pero qué carajo –dice–, quién es el hijo de puta que…

–Calla y vente para aquí. Ayúdame a levantarla –contesta Flor.

Entran en la casa, la acuestan en la cama y le limpian los brazos y las piernas.

Sacramento sigue temblando y repitiendo palabras inconexas.

–Serénate –le insiste su hermana mientras la acaricia–, que ahorita vendrá el doctor.

El médico llega en una media hora.

–La han drogado, pero pronto se le pasará el efecto. Lo peor es esto –dice el doctor mientras descorre la blusa de Sacramento y Flor y su marido apartan la mirada–. Han usado un punzón y cigarrillos.

El médico se ha marchado.

Ahora la casa se ha quedado en silencio.

Flor baña a su hermana y la viste con un camisón. Después la mete en la cama y la besa en la frente.

–Duerme, Sacrita, ya pasó.

Tras recoger la ropa que llevaba puesta, Flor la extiende en la mesa de la cocina y se la muestra a su marido.

–Mira esto –le dice–, esta no es la ropa de mi hermana.

Esos tipos la habían vestido con un uniforme de colegiala.

Nadie le cuenta a Sotomayor lo que le ha pasado a Sacramento.

Él continúa en la selva ajeno a todo lo que a su mujer le está sucediendo en Venezuela. Sigue en las montañas de Laos. Las trincheras, las estrechas sendas entre la maleza, el ruido de proyectiles. Todo eso le resulta familiar. A pesar de que ya tiene más de sesenta años, ese hombre orgulloso y terco aún no quiere dar el

brazo a torcer. Como Aureliano Buendía, Sotomayor repite las mismas guerras una y otra vez. Por eso, al regresar a Caracas se acerca a los revolucionarios más jóvenes.

–La gente de mi edad sólo quiere hacer dinero –dice Sotomayor–, pero estos chicos tienen aún el alma pura.

Algunos son apenas adolescentes, estudiantes imberbes que pasan las noches leyendo a Sartre, a Malroux, al Che; hijos de la burguesía caraqueña convencidos de que el momento de la revolución ha llegado y que ven en Fernández –ellos le dicen así– un héroe al que admirar. Y cómo no admirar a ese hombre, cubierto de derrotas y de frustraciones, pero que persiste en la lucha; cómo no quedarse fascinados cuando Fernández les relata el asalto al Santa María, o el secuestro del destructor francés, o el hundimiento del Baleares, o su paso por Auschwitz y los rostros que allí vio.

Son tantas las historias. Y qué necesarias son. Porque todo es tan nuevo entonces que ningún relato existe; porque el hombre del siglo XXI es el que debemos crear, dice el Che, y ellos le hacen caso. El mundo nuevo, el que esos jóvenes guerrilleros están inventando, no tiene aún santos, dioses ni biblias, y es sabido que la humanidad los necesita. Porque nadie quiere recorrer a tientas el camino de la rebeldía; porque el camino es largo y desconocido, les advierten los mayores, y se necesitan guías y relatos. Así que pronto crearán sus santos y sus dioses y sus biblias. Por eso, lo que Sotomayor les cuenta de inmediato se les clava en la memoria a esos muchachos. Tanto es así, que ahora, sesenta años después, aquellos jóvenes, que hoy son ancianos, aún recuerdan palabra por palabra lo que Sotomayor les contó una ya remota madrugada. En la montaña, o en un piso franco, Fernández les da motivos para creer. Con él fabulan: piensan en las diferentes formas de matar a Franco, de acabar con la dictadura paraguaya, o de iniciar un foco guerrillero en

la provincia de Salta. Pero todos esos planes no se quedan en palabras. Pronto pasan a la acción. Federico, el hijo de Sotomayor, es uno de esos jóvenes. Federico dice: voy a secuestrar otro barco y esta vez saldrá bien. Y lo hace. Una lluviosa mañana de febrero, él y otros compañeros asaltan el buque Anzoátegui y lo retienen durante una semana. Meses después, una madrugada de agosto, esos mismos chicos, aprovechando que el Real Madrid está de gira por Sudamérica, secuestran a Di Stéfano.

–Carajo –dice Sotomayor–, estos chamos tienen cojones.

Satisfecho, los acoge en su casa, les da consejos y les habla de literatura y música clásica.

Una de las jóvenes que visita su casa es Beatriz, la novia de Federico. A Sotomayor no le gustan las chicas que su hijo trae a casa. Las considera distraídas e irresponsables, pero a Beatriz la respeta porque es una auténtica revolucionaria. Sotomayor, en realidad, sólo respeta a los revolucionarios. El resto, dice, son unos alienados, unos pequeñoburgueses, unos mequetrefes del carajo.

Beatriz no es así.

Ella ha dejado atrás la comodidad de una vida burguesa, una beca en Berkeley y un futuro prometedor como arquitecta para adentrarse en la clandestinidad. Por eso Sotomayor la aprecia, la quiere. Ella también a él. Incluso hoy, tantos años después, cuando el recuerdo de Sotomayor se ha ido diluyendo en su memoria, Beatriz sigue mostrando su cariño hacia el comandante. Observo que una foto suya cuelga de las paredes del salón de su apartamento de Caracas. Me la muestra cuando hablo con ella, en las largas conversaciones que tenemos por videollamada.

–Mira –me dice moviendo la cámara–, aquí tengo al *viejo*.

Beatriz lo llama así, el viejo, o también, a veces, Fernando.

José, Sotomayor, Robert Rodríguez, Fernández, el viejo,

Fernando.

La misma persona y tantos nombres. ¿Cuántos Sotomayor hay en esta historia? No lo sabemos. Ella conoce a uno, al viejo Sotomayor que ejerce de maestro de revolucionarios en la turbulenta Venezuela de finales de los años sesenta.

De todas las personas con las que he podido hablar es Beatriz, que hoy tiene ochenta y cuatro años, la que guarda un recuerdo más nítido de Sotomayor. Se acuerda de sus gestos, de sus cuentos, de la música que sonaba en su casa; del pulpo que cocía en una olla de acero y de la silueta que veía al trasluz de las cortinas, balanceándose en una mecedora, junto al fuego, siempre leyendo y fumando, o tomando notas, diciendo pasa, pasa, no te quedes ahí, Beatriz, quieres una cerveza o mejor una limonada, que en tu estado te será mejor. Porque Beatriz está embarazada. Tiene veinte años, estudia arquitectura en la Universidad Central de Venezuela y pronto tendrá un hijo de Federico. Ambos militan en el MIR –el Movimiento de Izquierda Revolucionaria– y pasan largos periodos ocultos en pisos francos o en remotos campamentos. En uno de ellos, en Cuba, conoce al Che. Este le dice: «¿De dónde eres, morocha?», y ella no sabe qué responder. Tartamudea y balbucea algo que no recuerda.

Beatriz me cuenta muchas cosas.

De madrugada, mientras la ciudad duerme, Beatriz y yo hablamos.

Ella cuenta y yo escucho.

Me cuenta que allí, en Cuba, se casa con Federico. Tras la boda, de vuelta a Caracas, ambos son separados por la organización, pero una noche se citan a escondidas en un hotel. Es entonces, me dice Beatriz, cuando alguien los delata y acaban en prisión. Hace frío. Las paredes supuran humedad. El suelo está cubierto de orines. A las pocas horas, un guarda abre la celda y empuja a ella al viejo

Sotomayor.

–Comemierda –grita este cuando se cierra la puerta.

Así que allí están los tres, Federico, Beatriz y el viejo, en un oscuro calabozo de la Dirección General de Policía, la temida DIGEPOL.

A medianoche, los guardas se llevan a Federico; a Beatriz y a Sotomayor los pasan a un «tigrito». Llaman así a las celdas de aislamiento, unos espacios minúsculos, de unos dos metros cuadrados, sin ventilación ni iluminación, en los que encierran a los prisioneros. En ese lugar pasarán varios días. Acurrucados en el suelo están Beatriz y Sotomayor; a lo lejos oyen los gritos de Federico. Los guardas le dicen a Beatriz que, si no habla, matarán a su esposo; o que lo mandarán a España para que lo haga Franco en su lugar; o que, quién sabe, quizá ya se haya suicidado o desaparezca y no se vuelva a saber nada más de él. Después se ríen a carcajadas. Son los mismos guardas que le cogen su comida y la esparcen por el suelo; los mismos que la miran con deseo; los mismos que, cuando regresan de torturar a su marido, pasan silbando y se detienen a golpear una y otra vez la puerta de su celda.

Pum, pum, pum.

Pum, pum…

P…

El metal retumba en el pasillo.

Paren ya, dice Beatriz, que lleva varios días encerrada en el tigrito, hambrienta, desesperada, con dolor de huesos y de cabeza, con constantes náuseas, con los ojos hinchados y un niño en su vientre.

Paren ya, ruega Beatriz, déjenme ir al servicio.

Y entonces la llevan entre dos guardas, y la dejan allí, en medio

del cuarto de las letrinas, en cuclillas, con la puerta abierta, mientras no dejan de mirarla y de reírse y de decir cosas feas que hoy Beatriz ya no recuerda o quizá no quiere recordar.

Beatriz recuerda, sin embargo, que hubo momentos en los que no sabía nada de Federico, y que sentía alivio cuando lo oía gritar, porque, aunque gritara de dolor, sabía que estaba vivo.

Recuerda las esposas que agrietaban sus muñecas; y el olor a humedad y los charcos de orina y sangre.

Recuerda que, pasados unos días, metieron en su celda a otra chica joven.

Recuerda que olía fatal, porque en aquel sitio hacía un frío horrible por las mañanas y la chica no quería desnudarse delante de los guardas y que estos la regaran con esas enormes mangueras de las que salía un chorro de agua helada.

Recuerda que ella sí lo hacía, deprisa, temblando de frío, porque no quería oler a pescado podrido, que es como su compañera olía.

Recuerda que le decía: báñate, límpiate siquiera la totona, porque aquello olía mal, muy mal, créeme, apestaba por las noches y yo no podía dormir, me dice Beatriz.

Recuerda que los guardias la llevaban a los interrogatorios a rastras y que ella estaba tan agotada, tan desorientada, que no sabía ni dónde estaba, y que entonces decía «me acojo al principio constitucional de…», pero las palabras no le salían y pronto se rendía, porque allí no había principio constitucional que valiera.

Recuerda que entonces le ponían encima pistolas y metralletas descargadas para sacarle fotos con ellas, y que ella las tiraba al suelo y los guardas le decían «ay, sí, morochita, a ver si ahora te van a picar».

Recuerda al viejo Sotomayor gritando: dejen a la chica, cobardes, vengan a por mí si tienen cojones.

Recuerda los focos con los que era iluminada en medio de los interrogatorios. La súbita claridad deslumbraba a Beatriz, pero los guardias no le dejaban taparse con las manos, y entonces cerraba los ojos con todas sus fuerzas, pero daba igual, porque ese resplandor traspasaba los párpados y le llegaba hasta adentro. Entonces, cuando parecía acostumbrarse a la claridad, Beatriz abría los ojos, pero nada veía, sólo ese brillo que jamás ha vuelto a contemplar de nuevo, ni siquiera cuando va a la playa y el sol le pega de lleno en la cara.

El brillo del foco y una silueta que se acerca.

Es una voz que no ha oído antes.

Una voz sosegada, seca y convincente.

La voz le dice que su marido está muerto, que lo han matado ellos, y que ahora ya puede hablar, porque no tiene nadie a quien proteger.

Beatriz calla.

Después se la llevan a la celda y allí se encoge en una esquina y se echa a llorar. Cuando Sotomayor la escucha, le dice: un revolucionario no llora. Pero Beatriz no puede evitarlo. Un revolucionario no llora, grita Sotomayor, ahora canta conmigo. Entonces comienza a entonar *La Internacional*. *Arriba parias de la tierra*, dice Sotomayor, y Beatriz, entre sollozos, continúa: *En… pie… famélica… legión…* Al oírla, otros presos se ponen a cantar desde sus celdas. *Atruena la razón en marcha*, se puede oír, *es el fin de la opresión*. Los guardias los mandan callar, golpean con sus porras los barrotes y las puertas de acero, pero ellos siguen cantando. Beatriz canta mientras las lágrimas resbalan por su rostro. Está tan cansada que no recuerda la letra; tan cansada que ya no siente ese dolor en el vientre, ni los calambres en el abdomen, ni advierte tampoco la sangre coagulada que cae por sus muslos.

Beatriz me cuenta todo eso en una videollamada. Es medianoche. Ella está en Caracas y yo en Barcelona. En la pared de su casa, el retrato de Sotomayor; sobre mi mesa, libros de historia de Venezuela y recortes con noticias sobre el secuestro. Por la ventana entra una suave brisa y también el rumor de la gente que pasa por la calle.

Tras el aborto, me dice Beatriz, los guardias me llevaron donde un médico. Era un anciano que parecía inofensivo, un viejito con barba blanca y que siempre tenía buenas palabras. El doctor me dio unas pastillas, pero, al llegar a la celda, mi compañera, que era enfermera, me dijo que ni se me ocurriese tomarlas, porque iban a desangrarme del todo y después dirían que había muerto por causas naturales. Yo no sé si sería cierto, dice Beatriz, pero la verdad es que, en aquel tiempo, en Venezuela, estaban ensayando lo que después harían por toda Latinoamérica, las formas de hacer desaparecer a la gente y todo eso, ya sabes; éramos conejillos de indias, y entonces, cuando pensé en aquello, cogí las pastillas y las tiré por la alcantarilla. No sé por qué lo hice, porque tan mal estaba, tan angustiada pensando en que habían matado a Federico, que no me hubiese importado morir en ese momento.

Pero Federico no estaba muerto. Federico vivió hasta 2014.

Esos bichos no tenían piedad de nada, dice Beatriz, vete a ver lo que le hicieron a la pobre Sacra.

Entonces le enseño un recorte de periódico que tengo sobre el escritorio. El titular dice: «Desesperada la esposa del comandante Sotomayor».

La noticia recoge la búsqueda que emprende al dejar de tener noticias de su marido durante varios días. Sacramento ha cogido el coche de Sotomayor y ha comenzado a recorrer las prisiones y las agencias de noticias de todo el país. A pesar de que acaba de

sacarse el carnet de conducir, maneja a toda velocidad por carreteras mal asfaltadas y pistas con socavones y, al llegar a las cárceles, exige a los funcionarios saber algo de su esposo.

–Ustedes no pueden quedarse callados –insiste–, ustedes tienen que decirme algo.

Nadie le dice nada.

En la prisión de Tocuyito, una ruinosa mole de hormigón en la que se hacinan, tuberculosos y malnutridos, miles de presos, Sacramento permanece varias horas. Ningún funcionario le hace caso. En la fotografía que ilustra la noticia que le enseño a Beatriz, se la puede ver con su pelo moreno ensortijado, con un elegante vestido de lino y un pañuelo de seda, sosteniendo un bolso en una mano y una caja de cigarrillos en la otra. Es una mujer joven. A Beatriz le sobrecoge la imagen de Sacramento, porque hace casi cuarenta años que no ve su rostro.

–Sacrita, mi Sacrita… –dice Beatriz en voz baja, como queriendo evocar así un recuerdo que ya creía olvidado. Y luego se queda en silencio.

Yo tampoco hablo.

Después retiro la foto de la cámara y veo las lágrimas de Beatriz.

Sacramento tiene, en el momento en el que esa foto es tomada, unos treinta años. Su aspecto contrasta con el del viejo Sotomayor. En las fotos en las que aparecen juntos se puede apreciar la diferencia de edad que existe entre ambos. Sotomayor está totalmente calvo, tiene la nariz afilada, las orejas grandes y el rostro lleno de arrugas; tiene gestos de viejo: camina con las manos a la espalda, entorna los ojos para poder ver mejor y comienza a encorvarse. Puede que también su carácter haya cambiado. Puede que, cuando se acerque a los setenta años, al ver que pierde facultades, ya no se sienta tan seguro de sí mismo. Puede que

Sotomayor sienta miedo por primera vez en su vida. Y, por eso, porque es un viejo lleno de temores, quizá comience a pensar que puede perder a Sacramento. Yo mismo, al contemplar esas fotos, me pregunto qué hace esa chica con ese anciano. En las fotografías ella siempre está contenta; parece tener ganas de hacer cosas –salir a bailar, ir a la playa, viajar–, pero él da la impresión de estar cansado. Se le puede ver sentado en el sofá, con un libro en las manos y las gafas de lectura en la punta de la nariz. Sotomayor es ya un anciano. Por eso no sorprende que Beatriz lo llame así, el viejo Fernando.

A mediados de los setenta, el viejo Fernando deja de participar en la lucha guerrillera y comienza a preocuparse por cosas más mundanas. Entre sus papeles hay facturas de compra de un colchón y de un tocadiscos; una carta reprochando a su abogado que no haya hecho las gestiones oportunas para vender un terreno de su propiedad; otra carta preocupándose por los derechos de autor del libro en el que relata el asalto; recetas de medicamentos y su historia clínica: masculino, natural de España, residencia en Venezuela desde hace treinta y tres años, nacido en 1904, casado, tres hijos, padre muerto de forma accidental, madre muerta de «vejez», desempleado, antecedentes de fiebre tifoidea a los nueve años, gonorrea en dos ocasiones, hipertensión desde 1966, operado de varices en 1967, dilataciones uretrales desde hace tres años, quince o dieciséis cigarrillos al día, bebedor social, niega diabetes, niega cardiopatía en sus familiares, refiere dolores de tipo articular y cierto grado de disnea para labores tales como subir escaleras. Diagnóstico: arterioesclerosis.

Es en la historia clínica, en ese frío documento médico, donde

Sotomayor más se parece a nosotros. Ya no es el guerrillero que se enfrenta a los fascistas, el héroe del Santa María, ni el revolucionario que camina entre la espesa selva de Laos. Sotomayor es sólo un anciano que pasa los días leyendo novelas bajo la higuera de su jardín.

Ya nada anhela, nada espera, vive fuera del mundo.

Franco ha muerto, son los años ochenta, y Sotomayor viaja a España.

Manuel y Rosa le pagan el viaje. No reconoce su país, aquel que dejó atrás hace más de cuarenta años. El siglo xx ha pasado muy deprisa, piensa Sotomayor desde la butaca del avión. Se siente perdido, extraño en esta tierra que ya no considera suya. Al llegar a Barajas, tarda varias horas en recuperar sus maletas. Hay una huelga del personal de tierra de Iberia y los pasajeros están indignados. El aeropuerto es un caos. Los guardias civiles –anota Sotomayor en una libreta– sonríen satisfechos ante el desorden y parecen querer decirles: «Ahí tenéis la democracia».

Pasa un día en Madrid antes de viajar a su pueblo. Camina desorientado por la Gran Vía. Todo le resulta ajeno. Observa la ropa de los jóvenes, sus peinados, la música que sale de los bares, los carteles que anuncian conciertos y exposiciones, las largas colas de los cines, las franquicias de comida rápida. A veces tiene que detenerse, porque le falta el aliento y entonces se siente aturdido por la velocidad a la que camina la gente. Por la noche, cuando llega al hotel, enciende la televisión. Anuncios de grandes almacenes y de coches, de electrodomésticos y de ropa, de viajes exóticos y perfumes. Todo se vende. Pronto se queda dormido. En la televisión, videoclips. Desde la calle pueden verse los destellos de la pantalla; desde el pasillo del hotel se oyen las canciones de Mecano y Tequila. Al día siguiente, Sotomayor llega a Galicia. A través de la ventanilla

observa las urbanizaciones que se extienden por todo el país, las autopistas que discurren paralelas a las vías, los andenes vacíos y los pueblos sin gente. No reconoce nada.

En Vilagarcía de Arousa le están esperando algunos de sus hijos.

Sotomayor retrasa el encuentro con ellos.

Pasea, merodea la casa familiar, deambula por el pueblo como uno de esos soldados napoleónicos que regresan de la guerra. Nadie lo reconoce. Ningún periodista pide hablar con él. Algunos vecinos giran el rostro al verlo. Es el coronel Chabert. Se encuentra lo mismo que él: desprecio e indiferencia. Se siente ofendido, humillado por esos jóvenes políticos que han decidido olvidar que en este país hubo una guerra. Quizá por eso, porque se siente herido, se muestra serio y distante con sus hijos. Por la mañana, escribe a Sacramento y le dice que no ha parado de recibir homenajes ni de dar entrevistas. No puede defraudarla, piensa Sotomayor, si ella es quizá la única que lo idolatra como el héroe que empieza a dudar que algún día fue.

Al poco de llegar a Galicia, sus hijos lo llevan junto a su madre. Manuela es también una anciana, pero aún se mueve con agilidad. Según Sotomayor entra en la casa, Manuela le hace pasar al salón. Qué viejo está, le dice a Rosa en un susurro. Después, Manuela y Sotomayor se quedan a solas. Él se sienta en el sofá, pero ella permanece de pie. Manuela cierra la puerta del salón. Nadie puede oír lo que le dice a su marido, aunque todos sus hijos se lo imaginan. Durante más de una hora pueden ver a su madre dando vueltas alrededor de la habitación, señalando a su esposo con un dedo, elevando la voz por momentos. Sotomayor no abre la boca en todo ese tiempo; permanece hundido en el sofá; a veces se tapa el rostro con las manos y suspira. Cuando Manuela termina de hablar, él abre la puerta del salón, se acerca a Rosa y le dice que se

encuentra mal, que se tomará una aspirina y se acostará. Eso hace. Se encierra en su cuarto y duerme hasta el día siguiente.

Apenas pasa unos días más en Galicia.

Está de mal humor y sus hijos comienzan a cansarse de él. Se queja de la comida y el clima, de la política y la prensa, del ruido y la suciedad de las calles. No le gusta lo que ve. En su libreta anota: los jardines florecen, pero las flores no tienen brillo; las plantas trepadoras permanecen encogidas como si tuvieran frío; todo es triste, añoro el sol de Venezuela. Tampoco le gustan las personas que lo rodean. Sotomayor recrimina a sus hijos la vida que llevan, tan materialista, tan preocupada por el dinero y el progreso. Los amonesta y los riñe como si fueran adolescentes. En ocasiones, discuten. Ahora, después de tantos años, con qué derecho vienes a darnos lecciones, tú, que nos abandonaste, le dicen a su padre. Sotomayor piensa en contestarles, pero finalmente calla.

Días después, tropieza con un bordillo y se rompe la tibia. Tienen que escayolarlo y le recomiendan guardar reposo. El médico es alemán y Sotomayor lo mira con desconfianza. Tenga cuidado, le dice, a nuestra edad nunca se sabe. Sus hijos pagan la factura y los medicamentos y le ayudan a montarse en el taxi. Al llegar a casa, Sotomayor se tira en el sofá y pide que le traigan un whisky. Nadie lo visita. Nadie escucha sus historias. Sus hijos se pasan el día trabajando. Sotomayor mata el tiempo escuchando la radio o mirando las nubes desde la cama. Cada vez está más irascible. Se queja por todo, nada está bien. La convivencia termina por hacerse insoportable. Tanto es así que, pasada una semana, llama a Enrique –su hijo de Alemania– y le pide dinero para comprar un boleto de regreso a Caracas.

–¿Y dónde te estás quedando? –le pregunta Enrique.

–En casa de mi *amigo* Manuel –contesta su padre.

Rosa escucha la conversación mientras cocina.

–Será cabrón –dice en voz baja mientras remueve la olla.

Sus hijos de Galicia siguen sin saber nada de su otra familia; su familia de Venezuela tampoco conoce su anterior vida. Al cabo de unas semanas, lo llevan al aeropuerto. Nadie habla durante el trayecto en coche. Un empleado de la aerolínea lo recoge en la terminal, lo ayuda a sentarse en una silla de ruedas y lo dirige a la puerta de embarque. Esta es la última imagen que Rosa guarda de su padre. Nunca más volverá a verlo.

No regresará a España. Dice que nada se le ha perdido allí.

Sotomayor es un cabo suelto en la historia del país, una desviación en el curso natural de los acontecimientos, una anomalía que no se ajusta al tiempo que le toca vivir.

Quizá he vivido demasiado, piensa, quizá debería haber muerto una década antes, como Galvão y Velo, que no llegaron a ver el mundo que surgía tras el fin de los tiranos.

Porque mientras España deja atrás sus tragedias, Sotomayor sigue anclado a ellas. Sotomayor, de hecho, es en sí mismo una tragedia. Lleva dentro el hambre, la muerte, el exilio y el abandono. Y, por eso, porque el país quiere dejar atrás la fatalidad e inaugurar un nuevo tiempo, es arrinconado para siempre en el desván de la historia. Nada les dice su biografía a esos jóvenes políticos que ahora gobiernan, ningún relato útil pueden extraer de ella. Más dolor tan sólo, más vergüenza y desconsuelo. Sotomayor trae consigo recuerdos que quieren ser olvidados. Toda esa desgracia del siglo xx, todo ese horror, a quién le importan ahora que la historia está llegando a su fin, ahora que somos europeos y nunca más repetiremos los desastres del pasado; de eso estamos seguros –

dicen los jóvenes políticos–, porque tenemos universidades y aeropuertos y parques de atracciones, y hasta el Guernica hemos traído a España para que la guerra se quede encerrada en un museo para siempre; porque aquí nunca más habrá guerras, serán en otros lugares, en lejanos desiertos y en selvas remotas, y algunas las haremos nosotros, pero nunca más entre hermanos, que es lo que la nuestra fue; así que mejor no recordemos aquella época oscura, todas esas ideologías y fervores absurdos, toda esa arrogancia; si acaso ya enlataremos algún trozo de memoria y lo serviremos para que la gente lo consuma, eso no es peligroso; y, en fin –dicen los jóvenes políticos–, dejemos de lado a ese viejo, a quién le importa ese anciano, lleno de rencores y de odios de otro tiempo, que se resiste a morir, que no quiere dejar que este desdichado siglo pase de una vez; no se da cuenta ese abuelo de que el siglo es tan viejo como él, de que es sólo un loco, un nostálgico, un animal herido y resentido; si ni en América Latina quedan ya fanáticos de los suyos, si acaso algún terrorista, que es lo que él siempre ha sido, y ese cubano trasnochado, el senil de Fidel Castro, que lleva no sé cuántas décadas dictando leyes y promulgando decretos, para eso han quedado los revolucionarios, ya ves, los revolucionarios se han convertido en burócratas; pero Sotomayor ni para rellenar formularios sirve, así que sólo hay que dejarle ir –piensan los jóvenes políticos–, que vuelva a ese país del tercer mundo que va camino a la perdición, ellos verán lo que hacen; y esperar, sólo esperar, porque su tiempo se está acabando y el nuestro apenas comienza.

Tras marchar de España, Sotomayor se establece en un pueblo de los Andes venezolanos.

Hasta allí viajé con la intención de encontrar a alguien que pudiera haberlo conocido.

De madrugada, una camioneta me llevó hasta ese remoto lugar. La carretera estaba llena de socavones que el chófer sorteaba con destreza. Algunos tramos habían sido asfaltados hacía poco –OBRA FINANCIADA POR MADURO, decían los carteles que dejábamos a un lado–, pero la mayor parte de la ruta discurría por un pavimento lleno de grietas y de baches o a través de pistas de grava. Yo trataba de leer la novela que tenía entre las manos, pero el continuo traqueteo del vehículo me hizo desistir y concentrarme en el paisaje. La calzada estaba comida por la vegetación. Crecían plantas y árboles en cada palmo de tierra. Nada más se veía desde la camioneta: todo era verde. Hasta la luna y el viento y la noche eran verdes. Cuando alzaba la mirada podía apreciar las montañas que se elevaban sobre la espesura. Pero la vista no me alcanzaba para ver su cima. Eran demasiado altas o bien estaban cubiertas por una niebla que parecía perpetua. Una niebla fantasmal que, en ocasiones, se echaba encima de la camioneta y la hacía detenerse casi por completo.

Llegué a mi destino mientras amanecía sobre los Andes. La bruma se fue disipando y me dejó ver la inmensidad de las montañas. Permanecí unos minutos absorto ante ellas y después miré hacia el pueblo. Era un grupo de casas de una sola planta construidas con materiales modestos, algunas miserables, apenas unos muros cubiertos de uralita que se agolpaban a lo largo de la carretera sin orden ni concierto, pero que, en conjunto, guardaban una extraña armonía.

La calle estaba vacía, las farolas apagadas, el silencio lo cubría todo.

Me pregunté por qué Sotomayor vino a parar aquí, a este lugar apartado del mundo.

Y supe entonces que en esta historia no existe un regreso a casa; que para Sotomayor no hay Ítaca a la que volver, sino que tan sólo camina hacia la nada, se diluye, desaparece.

Sotomayor es un forastero en ese pueblo, un hombre sin vínculos, un extraño.

Hasta ese lugar ha llegado con Sacramento.

Están juntos desde hace mucho, desde que ella era una muchacha de veinte y él un hombre de más de cincuenta. Cuando dejan Caracas y se mudan a los Andes, él es un anciano, pero ella es todavía una mujer joven.

He visto muchas fotos de Sacramento. Es una mujer atractiva, de tez oscura, delgada, morena, de ojos negros y grandes. Cada vez que miro esas fotos me pregunto qué hacía con el viejo. Además, sus ojos siempre están pendientes de Sotomayor. Lo mira fijamente, lo contempla con admiración. El revolucionario, el héroe, el hombre que combatió en la Guerra Civil, que pasó por Auschwitz y secuestró el Santa María, era alguien que deslumbraba a aquella carajita de clase humilde, sin experiencia ni recursos intelectuales. Eso me dicen quienes los conocieron. Me dicen que Sacramento no hablaba de otra cosa que no fuera de su marido, que incluso imitaba su acento español y que lo seguía a todas partes. Ella cocinaba, limpiaba la casa, mecanografiaba sus cartas. Poco más puedo saber de ella, porque siempre está en un segundo plano. Sacramento no está en los libros ni en los diarios. Apenas he logrado saber algunas cosas: que trabajaba en una fábrica de embutidos, que era alegre, cariñosa, que le gustaba hacer bromas y echar cuentos. Sotomayor, me dicen, «la hizo a su manera». Pero Sacramento era humana. No era una estatua como la del mito de Pigmalión. Por eso, durante los

días que estoy en los Andes pregunto más por ella que por él. A él ya lo conozco suficiente, me digo. Así que detengo a cada viejita que pasa a mi lado y le pregunto por ella. Ahora tendría su edad, pienso. A las ancianas les enseño las fotos que de Sacramento guardo en el móvil. ¿Se acuerda usted de esta mujer? Pero nadie la conoce. Han pasado muchos años, me dicen, lamento no poder ayudarle, y después siguen su camino.

Tampoco nadie lo recuerda a él.

Parece ser cierto entonces que Sotomayor decidió desaparecer entre estas montañas; que no es un recurso literario, sino que es verdad que vino a morir al fin del mundo.

Sotomayor bebe un café por la mañana y camina por los pueblos más cercanos cuando todavía no ha amanecido. Los gallos cantan y el viento agita las ramas de los arbustos. Caminando alcanza algunos barrios de chabolas que se elevan sobre las colinas. Dentro de ellas las familias se amontonan alrededor de una televisión. Sotomayor se detiene y los contempla. Son los míos, piensa, los marginados y los miserables, los de todas las épocas, los esclavos y los herejes, los maricones y las brujas, los siervos sumisos de Dios, aquellos a los que sus amos equiparan a los animales. No puede quitarse eso de la cabeza por más que él pertenezca a otra clase; por más que haya logrado ser alférez de la marina española, alguien importante, respetado. Por eso, cuando su hijo Enrique le escribe en las navidades de 1985 desde Alemania y le habla del aumento de las ventas en la industria automovilística, Sotomayor siente indiferencia. Enrique es muy educado y respetuoso, pero es ya, veinticinco años después de dejar Venezuela, un auténtico alemán, alguien serio y preocupado por llevar una vida ordenada y sin sobresaltos. Federico

en nada se parece a su hermano. Ha heredado el inconformismo de su padre. Me gustaría haber conocido a Federico, que murió en 2014 y que llegó a ser uno de los reporteros gráficos más importantes de Latinoamérica. Federico recorrió el continente fotografiando a las guerrillas y suyas son algunas de las mejores imágenes de aquella época. Desde alguna sierra, rodeado de soldados y campesinos, le escribe a su padre: «Enrique espera año tras año ascender un escalón dentro de la bendita empresa que generosamente le da la posibilidad de convertirse en un honesto ciudadano; yo, en cambio, simpatizo con los delincuentes y con quienes ocupen su respectivo sitio en las jerarquías del desorden». Al leer esto no puedo evitar percibir la sonrisa de Sotomayor, la sonrisa de ese viejo derrotado que siente el mismo desprecio que su hijo por los vencedores.

Sotomayor pasea por los arrabales con la carta de Federico en la mano y se sienta a tomar un café. Observa a unos jóvenes que pasan cargados de flores y velas.

–Eh, chamos, ¿a dónde van? –les pregunta.

–A pedirle a Machera, viejo –le contestan.

Sotomayor suelta un suspiro y les dice adiós con la mano.

Machera es un malandro, un ladrón al que se le atribuyen milagros y a cuya tumba peregrinan personas de toda la región para pedirle favores. Trabajo, salud, cualquier cosa.

Sotomayor paga el café y camina de regreso a su casa.

Cómo no van a creer en los malandros, piensa, si nadie se ocupa de esta pobre gente. Esta es una época sin esperanza, terrible. Desde lo de Allende poco se puede esperar. Los gringos lo tienen fácil. Así que vayan a ponerle flores a Machera, muchachos, dice Sotomayor en voz baja, porque nada más se puede hacer en este continente del diablo.

Federico guardó los objetos personales de su padre e intentó que alguna institución los comprara.

Viajó durante semanas por España con una caja llena de cartas, manifiestos y escritos. Pensaba que todo aquel material era muy valioso; que le iban a pagar cientos de miles de euros por los recuerdos del héroe y que así podría aliviar las estrecheces que pasaba en Venezuela. Pero ninguna institución le ofreció ni un céntimo. De hecho, nadie sabía quién era su padre.

Decepcionado, le confesó a un amigo lo que tenía pensado hacer con todo ese material: antes de regresar a Caracas iba a prender fuego a aquella caja en la plaza del Obradoiro. Iba a rociar con gasolina todos esos papeles y a montar un buen escándalo.

–Y, mira, hermano –le dijo a su amigo–, que les jodan a esos comemierdas, voy a quemarlo todo; si nada les importa, al menos, que lo vean arder. Eso es lo que quieren: que todo el pasado arda de una puta vez, que nadie se acuerde de este siglo del carajo para que así ellos puedan hacer lo que les salga de la verga, ¿no? Pues que toda arda, hermano. Eso es lo que quieren y eso es lo que les voy a dar.

Pero Federico finalmente no quemó la caja en la plaza del Obradoiro. Su amigo lo convenció para que la dejara depositada en un archivo. Y gracias a esa decisión he podido saber a lo que se dedicó Sotomayor en su vejez.

En la caja de Federico hay varios borradores de cuentos y novelas escritos por su padre. De modo que así pasó Sotomayor sus últimos días: escribiendo ficciones en un pueblito de los Andes.

Fumaba y llenaba cuartillas a la sombra del árbol que había junto a su casa. A veces, Sacramento se le acercaba y él le leía lo que había escrito, porque Sotomayor escribía para que ella lo quisiera más. Ahora que ya no es un revolucionario, ese hombre valiente del

que se enamoró, ahora que la vejez y los achaques lo acompañan, Sotomayor tiene miedo de perderla. Y por eso escribe: para que ella lo ame, para que vea en él algo más que el viejo cansado en el que se ha convertido.

Y Sotomayor escribía y después le leía a Sacramento lo que había escrito. Ella le decía que le gustaba, siempre le decía que le gustaba; y allí, juntos, a la sombra del árbol, tomaban un jugo o un café y hablaban de todas las aventuras pasadas. A menudo, se les acercaba un vecino y se sentaba con ellos, y Sotomayor narraba con detalle los sucesos del Santa María o de la guerra o de Auschwitz; y Sacramento, en ocasiones, completaba las historias con fragmentos que su marido había olvidado. Después, el vecino se marchaba, Sacramento daba de comer a los gatos, tendía la ropa y preparaba la comida mientras Sotomayor seguía escribiendo.

Así son sus días en los Andes.

No obstante, no sé si son años felices. Porque, así como Velo era un hombre que disfrutaba del recogimiento, sospecho que Sotomayor anhelaba la lucha, la acción. Pero son los años ochenta, hace ya casi veinte que el Che ha muerto, las revoluciones se han ido apagando en toda Latinoamérica y Sotomayor es ahora un anciano. La utopía ya no es posible. Se ríen algunos a quienes Sotomayor les cuenta el secuestro del Santa María, lo toman por loco, por un chalado, por un ingenuo.

Pero lo que sucede es que el siglo se ha hecho viejo.

Y, por eso, porque todo se ha marchitado y envilecido, Sotomayor se dedica a escribir.

Ese anciano ha descubierto que las palabras sirven; que, llegado ese momento de su vida, escribir es la única utopía que puede llevar a cabo. En las novelas, piensa Sotomayor, es capaz de hacer todo aquello que alguna vez anheló. ¿No será acaso la ficción el único

territorio posible para las utopías? ¿No serán las novelas el lugar en el que habitan y resisten las grandes esperanzas? Sotomayor al principio rechaza esa idea, pero con el tiempo acaba por aceptarla. El arte es perfecto, coherente, piensa, no como la vida, que es inabarcable y a menudo absurda. Sotomayor prefiere ya simular la vida a vivirla. La ficción es más rica, mejor. Hasta la crueldad y la sordidez parecen encajar, tener un sentido. No como en la vida, en la que lo cruel y lo sórdido son sólo eso. Todo es una ilusión, él lo sabe, pero una ilusión humana, sutil, capaz, le dice a Sacramento, de cambiar el mundo poco a poco.

Es paradójico: ahora que el tiempo se le acaba, Sotomayor aprende a esperar.

No es resignación, es paciencia.

Eso les dice a los pocos camaradas que todavía se acercan por su casa.

Sotomayor muere el 11 de febrero de 1986.

Unos días antes sufre un infarto cerebral y es trasladado al Hospital Clínico de Mérida.

Beatriz, que da clases de arquitectura en la Universidad de Los Andes, pasa largas horas en su habitación.

Ella me cuenta que Sotomayor permanece varios días en estado vegetativo, pero que los médicos le insisten en que le hable. Eso hace ella: le habla y le pone música clásica en un radiocasete.

Beatriz recuerda que Sotomayor quiso decirle algo, pero no pudo. Movía los labios y emitía algún sonido, pero las palabras no le salían.

Beatriz recuerda que Sotomayor apretó fuerte su mano y entonces una lágrima recorrió su rostro.

Beatriz recuerda a Sacramento en silencio.

Nada más recuerda Beatriz.

Sotomayor fue enterrado en un cementerio que tuve ocasión de visitar.

Es un cementerio rodeado de montañas, cubierto por la vegetación, caótico, desordenado, sucio, con tumbas abandonadas, rotas, unas pegadas a las otras, sin senderos ni indicaciones.

Hasta allí me acompañó Diomedes Cordero, un profesor de literatura del que me hice amigo. Hablamos de Vila-Matas, de Bolaño y de Onetti. Después caminamos hacia el cementerio. Diomedes tiene más de sesenta años, pero conserva la energía de cuando era chaval. La mañana en la que buscamos la tumba de Sotomayor llevaba una camiseta de *Star Wars* y, abierta, por encima, una camisa de flores. Le conté la novela que estaba escribiendo y él, cada poco, se rascaba su larga barba blanca y decía: carajo, qué historia. Estaba tan entusiasmado que prometió ayudarme a encontrar la tumba.

El cementerio era enorme y la encargada nos dijo que no se conservaban registros.

–Tienen ustedes que ir mirando tumba por tumba –nos aclaró–, pero eso les llevará todo el día, varios días quizá.

–Bueno –dijo Diomedes–, pues nos ponemos a ello. Yo ahorita no tengo clases.

Así que empezamos a buscar la tumba de Sotomayor pensando que íbamos a tardar muchas horas, pero, al dar apenas cuatro o cinco pasos, Diomedes me gritó:

–¡Cónchale! ¡Aquí está, aquí está tu hombre, aquí está la tumba del héroe, carajo!

Los dos nos quedamos detenidos frente a la lápida, sin saber qué decir, y entonces a mí me entraron ganas de llorar. Me vino de golpe toda la tristeza antigua de esta historia. Vi a Sotomayor enterrado en aquel lugar apartado del mundo, olvidado por todos, y no pude evitar que la garganta se me encogiera. Me quité las gafas y me sequé los ojos. Es absurdo, lo siento, me disculpé ante Diomedes mientras me salía una risa nerviosa. Y entonces él me agarró del brazo y me dijo que era normal, que llevaba mucho tiempo metido en la historia de este hombre, sintiendo su vida como propia, que es lo que tiene que hacer un novelista, así que quédate aquí que yo iré a comprar flores.

Al rato regresó.

Pusimos las flores, limpiamos la tumba y nos marchamos.

Había comenzado a llover.

La tumba dice: José Fernández *Vásquez* y, entre paréntesis, comandante Jorge de Sotomayor.

Sacramento está enterrada en esa misma tumba.

La placa es igual que la de Sotomayor, pero me fijo en una cruz que hay en la suya y que, sin embargo, alguien ha arrancado de la de su esposo.

Lo siguiente en lo que me fijo es en la fecha de la muerte, poco después de que muriera Sotomayor, con apenas cincuenta y dos años.

Me pareció extraña esa muerte tan temprana y quise saber más. Envié entonces un WhatsApp a una persona que me dijo que había conocido a Sacramento. A los pocos minutos, mientras comía con Diomedes, me sonó el teléfono.

Esta fue su contestación:

«Hola, ¿cómo estás, José Ignacio? Cuando quieras nos vemos para hablar del viejo Sotomayor. Con respecto a Sacra, decirte que la vi dos veces en mi vida y puedo asegurarte que murió de amor, no fue capaz de vivir sin el viejo. Llámame cuando estés en Caracas y nos vemos».

Tras leer el mensaje dejé de comer. No podía quitarme de la cabeza la imagen de Sacramento, esa chica enamorada que renunció a su juventud por seguir a aquel viejo comandante.

No sabía qué pensar. Por momentos, despreciaba a Sotomayor por seducir a esa muchacha; otras veces, prefería respetar los sentimientos de ambos y apartarlos de mi mirada. Así que contacté con otras dos personas que conocieron a Sotomayor y a Sacramento para tratar de aclarar mis ideas acerca del final de ella. Esas personas me dijeron algo parecido a lo que insinuaba el mensaje de WhatsApp: que, tras la muerte del viejo, Sacra «se dejó morir». Ambas personas utilizaron la misma expresión: *se dejó morir*. No quise saber más. Esa expresión me parecía un eufemismo de algo que aquellas personas no se atrevían a pronunciar.

Morir de amor, dejarse morir, matarse.

Supe también que Sacramento prefirió regresar a Caracas, no vivir más en la casa que había compartido con Sotomayor. Una tarde de abril, dos meses después de que el viejo muriera, empaquetó sus cosas, cogió a sus gatos y condujo hasta la capital. Allí alquiló una casita en un barrio humilde, El Junquito, y nada más se volvió a saber de ella.

Cuando visité ese barrio nadie la recordaba. Conduje por sus estrechos caminos y me detenía cada vez que veía a un anciano. ¿Conoció usted a esta mujer?, les preguntaba mientras mostraba su fotografía. Ellos se quedaban mirándola un rato, pero después negaban con la cabeza. Sólo una persona, un portugués sin dientes

que estaba sentado en la puerta de su frutería, me aseguró haberla conocido. Sí, señor, me dijo, ella era amiga de mi mujer, que en paz descanse; las dos trabajaban en una fábrica de embutidos en La Yaguara, allá abajo, habrá pasado usted por ese lugar. Cada mañana iban juntas a trabajar, agarraban la buseta aquí mismo, donde usted ha dejado el carro y, ya de noche, regresaban. Mi señora la acompañaba hasta su casa y así cada día: de casa al trabajo y del trabajo a casa. Hasta que un día doña Sacra no apareció en la fábrica y mi señora me dijo: algo malo le tiene que haber pasado. Ella estaba segura de que no era cosa buena eso de que doña Sacra no hubiera ido a trabajar. Decía mi señora que estaba muy triste, que cada día le hablaba del gallego aquel que también vivió aquí, Fernández creo que se llamaba, y que nunca salía de casa. Y cuando uno empieza con esas vainas, cuando la cabeza empieza a funcionar así, mi compa, nada bueno le espera.

Eso me dice el viejo portugués mientras mira al suelo y da golpecitos en el cemento con su cachaba.

Nada más sé. Sólo que Beatriz la visitaba de vez en cuando.

Tienes que cuidarte, Sacra, le decía, todavía eres muy joven, te queda mucho por vivir. Ella le contestaba que sí, que tenía razón, pero nada podía hacer para salir de ese lugar oscuro en el que se encontraba. A cada momento estaba hablando de Sotomayor, recordando los viajes, los chismes, las historias que el viejo contaba. Poco a poco se fue quedando sola. Pasaba todo el día encerrada en su casa, rodeada de sus gatos, instalada en el dolor. Sotomayor se había ido, y ella, que había entregado su vida por él, no sabía hacia dónde caminar. Y, al final, se hizo el silencio.

Era apenas chiquilla cuando conoció al viejo, me insiste Beatriz y, ya ves, su vida se acabó cuando él se fue.

–Jodidos héroes –le dije la tarde en la que hablamos de

Sacramento–, ellos hacen la historia y otros la sufren.

Beatriz me miró a los ojos.

–Pues escríbelo así. Que nadie olvide que Sacrita existió.

2

EL PRESO 4648

Regresé a mi casa de Barcelona.

En Venezuela ya no quedaba nadie a quien entrevistar. Había sido un viaje intenso. Consumí el mes de agosto recorriendo el país, cogiendo vuelos y autocares, siguiendo pistas que acababan por no llevarme a ningún lugar y encontrando otras que me eran útiles. Me pasaba el día tomando apuntes, haciendo llamadas, hablando con antiguos comunistas y ancianos guerrilleros. Trataba así, por todos los medios, de encontrar a personas que pudieran haber conocido a Sotomayor. A los que lo trataron, los entrevistaba durante horas y, después, por las noches, en la soledad de mi hotel de Caracas, entre apagones y cortes de luz, oyendo a lo lejos las sirenas de la policía, organizaba mis notas e intentaba escribir algunos párrafos de esta novela. Pero, a menudo, era tal la emoción que me provocaban aquellos encuentros, que percibía en lo escrito un exceso de intensidad, que la pasión lo malograba todo. Y prefería entonces dejar el manuscrito y leer o ver una película o, sencillamente, mirar a la gente pasar por el bulevar de Sabana Grande.

La novela debía reposar un tiempo, me dije, no debo apresurarme. No era algo que me preocupara. Estaba tranquilo, porque tenía el libro en la cabeza. Sotomayor moría, acababa olvidado en ese pueblito de los Andes, y yo, al encontrarlo, hallaba

por fin al héroe de mi novela y hallaba también la propia historia de mi país. Porque me parecía que la vida de Sotomayor era la cara oculta de la España del siglo xx; que contenía los ingredientes necesarios para explicar el exilio y el olvido; y que, al mismo tiempo, conectaba nuestra historia con la de Latinoamérica, la Guerra Civil con las revoluciones, el dolor de este pueblo con el de todos los demás. Creía que la vida de Sotomayor era uno de los pocos puentes que unía la España más gris del franquismo con el resto del mundo. En ella estaba todo el siglo: las esperanzas, los errores y las desilusiones de tantos; estaba en ella la Guerra Civil, los campos de concentración, el exilio y el abandono, la revolución y el desencanto.

Así que sólo me quedaba, pensé al regresar de Venezuela, rematar la novela, alejar la mirada, escribir un epílogo en tono reflexivo, repasar algunas partes y entregarla a mi editora.

Recibí el correo electrónico al poco de regresar de Caracas.

Ya había comenzado septiembre y el caos había vuelto a la ciudad. El tráfico, las aglomeraciones en el metro, el ruido de las terrazas. En los días laborables no tenía tiempo para escribir, me los pasaba en la oficina, pero creía que en tres o cuatro fines de semana podía acabar un primer borrador. Pero entonces, un día en el que caminaba distraído por la Rambla del Raval, recibí el email que lo cambió todo.

El correo electrónico decía:

> Estimado señor Carnero:
>
> En respuesta a su solicitud relativa a José Fernández Vásquez, nacido en 1904 en A Pobra do Caramiñal, me permito informarle de que la consulta de los archivos del Museo Estatal Auschwitz-Birkenau de Oświęcim no ha

arrojado resultados positivos.

Deseo explicarle que, durante la evacuación y liquidación del KL Auschwitz, por orden de las autoridades del campo, fueron destruidos casi todos los documentos importantes del KL Auschwitz, incluidos los expedientes personales de los prisioneros. Sobre la base de la documentación conservada parcialmente, resulta imposible establecer información completa y precisa sobre todas las personas que estuvieron internadas en el campo.

Atentamente,

M. Z.

Leí el email varias veces. Al rato concluí que el expediente de Sotomayor se podía haber extraviado. El correo dejaba esa puerta abierta, no era una invención mía. Eso me calmó por un tiempo. Pero pasaron las semanas y no podía dejar de darle vueltas a la posibilidad de que el relato de Sotomayor no fuera cierto, que nunca hubiera pasado por Auschwitz y hubiera mentido. De ser así, mi novela sería otra y esa otra novela no sabía cuál era. Pensé en olvidar el email, quedarme con la hipótesis del extravío del expediente y no estropear el relato que hasta entonces llevaba escrito. Al fin y al cabo, me dije, las novelas tienen sus propias reglas y hay que respetarlas. Pero, por otro lado, quería saber la verdad, por eso había viajado a Venezuela, y la verdad de mi novela había comenzado a temblar. Decidí entonces, a riesgo de que la narración se echara a perder, saber más sobre aquello que me perturbaba. Lo comenté con varios amigos y uno de ellos me dijo que la Amical de Mauthausen de Barcelona, cuya sede quedaba

cerca de mi casa, era quien se encargaba de tramitar las ayudas económicas que el Gobierno alemán pagó a los deportados.

–Mira –me dijo un amigo–, si tu personaje tenía una situación tan precaria en Venezuela, lo lógico es que pidiera una de esas ayudas. Además, seguro que en la Amical conservan libros y registros de los españoles que pasaron por aquellos campos.

Me pareció una buena idea, así que aquel mismo día les escribí. Pasó poco tiempo hasta que recibí la contestación. En ella me instaban a consultar una correspondencia que Sotomayor había intercambiado con la asociación, pero me aclaraban que José Fernández Vázquez, el nombre real de Sotomayor, había sido deportado a Mauthausen y no a Auschwitz, tal y como yo les había indicado en mi correo.

Al día siguiente me presenté en la sede de la Amical. Llegué antes de tiempo, así que me puse a dar vueltas por el Gótico. Estaba ansioso por saber más acerca del paso de Sotomayor por aquel campo. Eso encajaba en mi relato, en la historia del héroe. Me extrañaba, es cierto, que él hubiera dicho que estuvo en Auschwitz y no en Mauthausen, pero interpreté ese cambio como una licencia que se tomaba para hacer más comprensible y resumida su narración. Auschwitz es un campo más conocido y es probable que, por ese motivo, prefiriera alterar un dato intrascendente para que así su historia se entendiera mejor. Al final, pensaría Sotomayor, los horrores son los mismos y una pequeña mentira, sin embargo, facilitaría la transmisión de los hechos. Me parecía razonable, concluí, una decisión inteligente en favor del relato, lo mismo que hubiera hecho cualquier novelista: mentir para decir la verdad.

En todo eso estaba pensando cuando la responsable de la Amical abrió el libro con el registro de los deportados.

–Ves, aquí está –me dijo señalando con un dedo–. José

Fernández Vázquez, preso número 4648 del campo de Mauthausen.

Después continuó leyendo.

–¿Pero no me dijiste que era gallego?

–Sí –contesté preocupado.

La mujer me miró por encima de sus gafas de lectura.

–Pues este hombre era andaluz.

El José Fernández Vázquez que había pasado por Mauthausen no era Sotomayor, sino un hombre nacido el 8 de noviembre de 1911 en La Línea de la Concepción, Cádiz. Y en los registros no constaba ninguna otra persona con ese nombre. Ni en Mauthausen ni en Auschwitz: nada. Pedí entonces las cartas que la responsable de la Amical me dijo que conservaban. Ya que estaba allí, pensé, no perdía nada por leerlas y saber algo más de ese *otro* José Fernández Vázquez. Me quedé esperando, desanimado, curioseando los libros que había en la sala y reflexionando acerca de la posible mentira de Sotomayor. Al cabo de unos minutos, la mujer trajo una vieja carpeta y la dejó encima de la mesa. Puedes consultarla el tiempo que quieras, me dijo, yo voy a fumarme un cigarro. Abrí la carpeta y vi entonces la firma de Sotomayor, las señas de Sotomayor, la letra de Sotomayor. Vaya, dije en voz alta. Las manos me temblaban, la frente me sudaba. Comencé a leer la carta en diagonal y después más lentamente, palabra por palabra. La carta está fechada el 25 de agosto de 1983. Sotomayor tiene casi ochenta años. Vive, según dice, pasando necesidad. En la carta señala que es conocedor de que en la prensa se han publicado noticias acerca de la búsqueda de deportados que se está llevando a cabo por algunos investigadores. Más adelante afirma ser uno de los deportados a Auschwitz y solicita que le informen acerca de cómo iniciar los trámites que procedan, se

entiende, para solicitar una de esas ayudas que está concediendo el Gobierno alemán.

Pude ver algunas de las informaciones periodísticas a las que Sotomayor se refiere en su carta. En varias se acompañan listados con los nombres y apellidos de los deportados. Entonces caí en la cuenta. ¿Vio Sotomayor en una de esas listas el nombre del otro José Fernández Vázquez? ¿Estaba haciéndose pasar por él? ¿Por eso les escribía?

La contestación de la Amical se demora bastantes meses.

Me imagino a Sotomayor yendo a revisar la correspondencia durante todo ese tiempo; acercándose cada poco a la oficina de correos de ese pueblo de los Andes y volviendo a su casa sin noticias de la Amical. Sotomayor se convierte entonces en el coronel de la novela de García Márquez, ese anciano que cada viernes acude a la oficina postal con la esperanza de recibir la notificación de su anhelada pensión.

Finalmente, la carta de la Amical llega.

La respuesta es sencilla: le piden que rellene unos formularios oficiales. Según me aclaran, esos impresos requerían una información exhaustiva del paso del deportado por el campo o, en su caso, la declaración de testigos, algo que, al parecer, Sotomayor no pudo ofrecer a las autoridades alemanas. No obstante, hay una última carta dirigida a la Amical, que no recibe contestación, en la que Sotomayor parece indignado ante la injusticia que se está cometiendo.

La carta dice:

> La burocracia alemana no tiene en cuenta:
>
> 1) Que la Gestapo no suministraba ninguna comprobación oficial de la detención ni del internamiento.

2) Que los muchos años transcurridos de mi detención e internamiento en Auschwitz (41), y de las peripecias que uno ha vivido, han relegado al olvido todos los detalles (o casi todos) significantes del hecho.

3) Los alemanes debieran atenerse a sus archivos –si los tienen– y si carecen de ellos nadie de entre nosotros tiene la culpa; ello no quiere decir que no pueda haber quienes no intenten estafarles afirmando ser lo que no son.

En esa misma carta Sotomayor se muestra orgulloso y ofendido. Saca pecho, eleva el tono. Habla de su participación en la Guerra Civil, de su lucha clandestina, de los cargos que ha ostentado en el Partido Comunista y del secuestro del Santa María.

El que escribe es un Sotomayor anciano, con problemas de salud y que vive, según sus propias palabras, en situación de extrema pobreza.

Desisto, concluye Sotomayor en su última carta, porque lo más probable es que, en caso de que ustedes acepten mi reclamación, yo ya esté muerto para entonces.

La duda acerca del paso de Sotomayor por Auschwitz me paralizó durante meses. No sabía adónde ir ni qué hacer. El rastro de mi personaje se había perdido en el corazón de Europa. Él afirmaba haber sido objeto de torturas por parte de la Gestapo, sufrido durante horas un violento interrogatorio, metido a la fuerza en un vagón de ganado y enviado al campo nazi como prisionero. Lo decía en entrevistas, en cartas e incluso en conversaciones privadas. Sin embargo, su versión carecía de pruebas. La novela estaba en una vía muerta, cerrada en falso aunque yo no lo supiera. Contacté con

un historiador, Antonio Muñoz, cuyo trabajo acerca de los deportados españoles llamó mi atención. Días después, Antonio me envió la ficha de una persona que pasó por Auschwitz. Aparecía su apellido, Fernández, y una fecha de nacimiento que coincidía con la de Sotomayor. Podía ser él. También podía ser otro *Fernández*. Fernández es un apellido demasiado común. La duda permanecía, la incertidumbre se hizo más grande. Entonces comencé a visitar archivos. Durante meses recorrí Francia y Alemania: París, Caen, Ruan, Wiesbaden. Dejé de hablar con la gente que había conocido a Sotomayor. Me olvidé de todo lo que había fabulado sobre él. Tanta empatía, pensaba, me estaba haciendo perder la razón. Quería pruebas, no relatos; necesitaba documentos, no fantasías. La narración se detuvo. La novela desapareció. El silencio de los archivos lo llenó todo. Eran edificios de metal y vidrio, fantasmales, desiertos, rodeados de impecables jardines. No comprendía aquella arquitectura inmensa y uniforme que, al parecer, custodiaba la historia de Europa. Lo humano estaba ausente. Por eso, Sotomayor se esfumó. Su cara, sus gestos, su sonrisa. Mi personaje desapareció. Todo se volvió aséptico y gris. La narración quedó sepultada por los formularios que tenía que rellenar. En aquellos impresos pedía cualquier información acerca de José Fernández Vázquez, natural de A Pobra do Caramiñal, A Coruña, España, nacido el 22 de marzo de 1904 y residente en París, distrito XVIII, 4 rue La Vieuville, Montmartre. Sólo esos datos me importaban. Pasé meses entre papeles absurdos. Conducía por el continente y me sometía a su burocracia. Debe usted ir al otro sector, me decían, cruce la pasarela, atraviese el aparcamiento y suba las escaleras que encontrará al fondo. Advertí entonces que Europa había sido cubierta de cemento. Las autopistas, las naves industriales, los centros comerciales habían enterrado los frentes de guerra, las fosas

comunes, los campos de refugiados. Cadáveres y escombros sepultados por toneladas de hormigón y ladrillo; ciudades enteras reconstruidas; inmensos edificios oficiales elevados donde antes había búnkeres y trincheras. Mientras conducía o entraba en aquellos archivos experimentaba una intensa apatía, una melancolía que algo tenía que ver con el olvido y la memoria. Las calles vacías, la voz del GPS, las impolutas baldosas de los vestíbulos; los arcos de seguridad, los inhóspitos pasillos, los mostradores de mármol; el olor a desinfectante, el delicado tacto de los pasamanos, el silencio que todo lo llena. El tiempo se había detenido después de la guerra. El asfalto, el cristal y el aluminio lo habían enterrado todo. Sólo quedaban unos cuantos funcionarios encargados de conservar los vestigios de la tragedia. Tras la destrucción, el archivo. Como si la humanidad hubiera concluido que es mejor no moverse, que su desplazamiento provoca el caos y decidiera entonces quedarse quieta, no mirar hacia delante, sólo catalogar las ruinas del pasado; como si después de tanta destrucción lo único que se pudiera hacer fuese inventariar los destrozos. Así lleva décadas Europa, pensé, eso custodian los edificios que visito. Parecen querer decirle al mundo: pasen, echen un vistazo a la tragedia, aquí están todas las catástrofes que ustedes deben evitar y que, al parecer, no están evitando; pónganle palabras, háganlo, porque, si no lo hacen, de nada servirá todo este esfuerzo. Pero a mí no me quedaban palabras: las había perdido entre tanta fabulación.

El archivo es enorme, frío y desapasionado como todos los demás.

El ascensor desciende sin hacer ruido. Parece que cayera al vacío. Al fondo de una galería, bajo una pálida luz, entre millones de fichas de cartón, hay una que dice:

Nombre: Fernández.
Fecha de nacimiento: 22.3.04.
Enviado a casa por enfermedad: 16.8.44.

Hay otro documento que contiene más datos. Su número de registro es AC27P3409. Además del apellido y la fecha de nacimiento, aparecen un nombre y un domicilio. No hay duda: es él, es Sotomayor.

En esta cartulina se especifica que ha estado en Auschwitz.

También la empresa para la que trabaja: Harald Rittmann.

Y su condición: trabajador *voluntario*.

Sotomayor estuvo en Auschwitz, pero no en la condición que tantas veces dijo. No fue un prisionero. Tampoco un deportado. No dijo la verdad, mintió o más bien jugó con las palabras; ocultó una parte de la historia y mostró otra; se aprovechó de un relato que quienes lo escuchábamos conocíamos del cine y de la literatura; y dejó que pusiéramos de nuestra parte, que las imágenes brotaran y él compareciera en ellas.

Los documentos contradicen lo que Sotomayor contaba.

Los informes que pude ver no muestran indicios de actividad relevante en la Resistencia ni actos heroicos; tampoco prueban que fuera capturado, torturado y enviado a Auschwitz por la Gestapo.

Los expedientes policiales describen una realidad muy distinta.

Sotomayor vive en París con Margarita Ackermann, su segunda esposa. Ella trabaja para los alemanes. Parece bien relacionada, porque tiene un buen empleo y un salario elevado. Algunos vecinos señalan que en el domicilio entran soldados nazis y que el matrimonio se dedica al mercado negro. Los informes policiales se refieren a Margarita como una «ferviente hitleriana». En este

contexto, Sotomayor es contratado por la empresa Harald Rittmann y enviado a Auschwitz para trabajar como técnico de radio. Percibía un sueldo y, si enfermaba, era enviado a la enfermería o de vuelta a casa. Era un trabajador libre, un pícaro, un buscavidas que trata de ganar dinero en aquel París ocupado.

¿Llevó una vida plácida? No lo creo. Ninguna lo era en una Europa en guerra. Puede que padeciera penurias y escasez, que lo intimidaran y humillaran en algún momento, que fuera obligado a hacer cosas que él no quiso; puede que incluso pasara de trabajador voluntario a forzado. Aquel campo era una *zona gris* y todos los que estuvieron en él sufrieron. Pero no fue un prisionero ni un deportado.

Sotomayor pasó en Auschwitz las navidades de 1943. Llegó a principios de diciembre. Entró en el campo y contempló aquel espacio en el que «no crece una brizna de hierba, y la tierra está impregnada por los jugos venenosos del carbón y del petróleo, y nada más que las máquinas y los esclavos están vivos: y más aquellas que estos»; pero lo hizo tras la alambrada.

Sotomayor contemplaba cada día el mismo paisaje que describió Primo Levi: la Torre de Carburo que se alza entre la niebla, el barro, el humo, el hierro y el cemento que todo lo cubren.

Sotomayor contemplaba también la muerte, pero esta nunca fue su destino. Los prisioneros estaban de un lado y él de otro. Los miraba con un cigarrillo en la boca, en la fría madrugada, bajo el cielo estrellado. Escuchaba los trenes llegando, las toses tuberculosas, los gritos de los guardias. Olía la carne quemada y la sangre y la orina que empapaban la tierra. Sentía el viento que agitaba los arbustos y los perros que ladraban. Veía a algunos alemanes que parecían divertirse en sus barracones. Tiritaba por el frío seco y cortante. Y, con el pitillo aún en la boca, observaba cómo

la luna proyectaba las sombras de los abedules sobre las baldosas del patio. Todo eso contemplaba Sotomayor mientras un fino manto de nieve cubría sus botas. Después, volvía adentro, se servía un café y, a veces, veía la silueta encorvada y raquítica de algunos prisioneros. ¿Qué comportamiento tuvo con ellos? ¿Se limitó a hacer su trabajo o, como Lorenzo, el amigo de Primo Levi, arriesgó su vida por salvar la de uno de aquellos esclavos? ¿Perdió su humanidad o la conservó?

Nunca lo sabré.

Lorenzo salvó a Primo Levi en la vida, tal y como este hizo con aquel en la literatura. Pero la historia de Sotomayor nadie la conoce porque nadie la ha escrito. Pudo ser justo y bueno con los prisioneros, o pudo, como tantos, mirar hacia otro lado, desviar la vista de todos aquellos hombres que habían dejado de serlo. Sucios, andrajosos, famélicos, observaban a Sotomayor entre los alambres de espino. Posaban su mirada en la suya, rogaban piedad. Y él, ¿qué hacía? ¿Cómo eran sus ojos? ¿Qué sentía ante tanta desolación?

Las fichas y los archivos no dan respuesta a estas preguntas. No pueden hacerlo, no están para eso. Lo único que acreditan es que el relato de Sotomayor es falso o, cuando menos, muy dudoso y poco verosímil. La captura por la Gestapo, las palizas, los interrogatorios en los que se niega a delatar a sus compañeros, la deportación y el internamiento en Auschwitz formarían parte de una ficción que construye muchos años después.

Y, si mintió en algo tan grave como su paso por Auschwitz, pienso, cómo no iba a hacerlo con otros hechos menores de su biografía.

Así que los siguientes meses los dedico a repasar los

acontecimientos más importantes de su vida.

El primero, la Guerra Civil.

Según el relato de Sotomayor, participa en el bando republicano, en la marina, por su condición de alférez de navío.

Los archivos de la Armada, sin embargo, desmienten que lo fuera: Sotomayor no tenía ese rango. Su cartilla militar es la de un marinero raso que cumple con el servicio obligatorio. La libreta indica que estuvo a bordo de uno de los buques que hundieron el Baleares, pero doce años antes de la batalla que tantas veces contó. No encuentro rastro de su paso por la escuela naval en la que dijo haberse formado, ni pruebas de que en la ría de Arousa hubiera secuestrado un destructor francés; tampoco de que hundiera un carguero alemán en Oporto o de que participara en la sublevación de Jaca.

El relato de Sotomayor se diluía, se confundía entre los miles de hombres que se llamaban como él y que nunca protagonizaron ningún suceso extraordinario.

Observo sus fichas.

Hay un José Fernández Vázquez, minero picador de Periana, Málaga; un José Fernández Vázquez, peluquero de Dozón, Pontevedra; un José Fernández Vázquez, labrador de Lugo; un José Fernández Vázquez, miliciano de Medina del Campo. Hay muchos José Fernández Vázquez –también el José Fernández Vázquez que acaba en Mauthausen–, pero ninguno es Sotomayor. En sus fichas aparecen todos con cara de hambre, escuálidos, con los pómulos marcados, mirando a la cámara con tristeza, como suplicando compasión a no se sabe quién. Hay un José Fernández Vázquez que emigra a Múnich y que, como si fuera material defectuoso, es devuelto por las autoridades alemanas por enfermedad; un José Fernández Vázquez detenido en la prisión de Talavera de la Reina;

un José Fernández Vázquez que solicita su salida del país y que es autorizado porque «goza de buena conducta». Hay muchos José Fernández Vázquez, hombres comunes, olvidados, cuyas fichas reposan en los archivos que visito, en oscuras salas, entre legajos llenos de polvo que nadie consulta. Y son esos hombres, pienso, aquellos sobre los que la humanidad reposa; hombres anónimos, huesos, cartílagos, vísceras y sangre, sobre los que el mundo se apoya para continuar su marcha. La historia del siglo, de todos los siglos, pienso mientras ojeo sus fichas, no la hacen los héroes –no la hacen Sotomayor, Robert Rodríguez ni el viejo Fernando–, sino este reguero de hombres de rostros huesudos y miradas perdidas. Jodidos héroes, le dije a Beatriz, y ahora, mientras contemplo las fichas de todos estos José Fernández Vázquez, lo pienso con más intensidad. Jodidos héroes, porque siempre nos mienten; porque no quieren manchar el relato de sus vidas con el barro de la historia. Sus biografías son todas falsas, ficciones, embustes que lo único que pretenden es engañar a esos pobres desgraciados de las fichas. Y, sin embargo, hay más verdad en ellos, en esas caras hambrientas, en esos sencillos datos –soltero, labrador, hijo de Leonor y Ramiro– que en todos los libros de historia. Jodidos héroes, jodido Sotomayor, pienso una vez más al salir del archivo y regresar a mi casa.

Hay otra posibilidad: que nuestro José Fernández Vázquez sea todos esos José Fernández Vázquez a la vez.

Podría finalizar así diciendo que el magma de humanidad que reposa en esas fichas es la única verdad de esta historia; que entre todos esos escombros también está Sotomayor; y que, por tanto, no mintió: que él era todos esos hombres y todos esos hombres eran

uno solo.

Pero esto es poesía.

Así que sigo hilando datos, dándole vueltas a las fechas, pensando posibilidades.

En una carta fechada en el año 2002, Margarita Ackermann, la segunda mujer de Sotomayor, le cuenta a su hijo Federico cómo fueron los meses posteriores al inicio de la Segunda Guerra Mundial.

En esta carta se señala un lugar de residencia: Criel-sur-Mer, un pueblo de la Alta Normandía.

En el archivo de Ruan se conserva parte de la historia del matrimonio durante aquellos meses.

En junio de 1939, madame Guillard, una médico de París pariente de Margarita, le ofrece su casa de Criel-sur-Mer. Rue des Côtes de la Mer, s/n, Villa Mon Caprice. Esta es la dirección que aparece en los documentos. Margarita se instala en ese lugar ya embarazada de Federico, que nace en octubre de ese mismo año. Sotomayor está en el campo de refugiados de Saint-Cyprien y su esposa lo reclama. Las autoridades francesas rechazan la petición, pero acceden cuando la doctora Guillard se compromete a proporcionar a la pareja todos los medios para subsistir. En el expediente de reagrupación, Sotomayor aparece con gafas, traje y corbata. Su aspecto es el de una persona distinguida, muy diferente al que tiene en las fotos anteriores, las de su época en Galicia. Parece otra persona; da la impresión de que se haya disfrazado. No reconozco a ese hombre. Dice que su oficio es comerciante y que es vecino de Barcelona. ¿De Barcelona? Allí se encuentra a finales de 1938. No sabemos a qué se dedica ni qué hace en esa ciudad. Parece que esté bien relacionado o que tenga algún cargo de relevancia, porque el 3 de diciembre de 1938, antes de que las tropas franquistas desfilen por la Diagonal, llega a Marsella en avión.

Esto es muy sorprendente y da a entender que estaba metido en asuntos importantes; y que, en consecuencia, su participación en la guerra pudo no ser tan diferente de la que se desprende de su relato. Este viaje en avión retrata un personaje que se parece a aquel otro del que Galvão y Velo oyeron hablar aquella noche en Caracas. Sotomayor embarcando junto a varios jefes del Partido Comunista se parece al comandante y no a ese marino raso que citan los documentos. Este suceso me hace pensar que quizá la historia del héroe –aquella que tantas veces contó– sea cierta y mis dudas infundadas. Aunque también puede ser que fuera un buscavidas y que consiguiera un hueco en aquel avión persuadiendo al piloto o haciéndose pasar por quien no era. Sotomayor, en todo caso, no cruza los Pirineos andando, rodeado de mujeres hambrientas y ancianos moribundos, tal y como dijo a sus amigos de Venezuela, sino que entra en Francia como una autoridad. Parece que Sotomayor se pone o quita brillo según a su personaje le convenga; que a veces quiere ser un pordiosero y otras un gerifalte. Y, de esta manera, me confunde y despista. ¿Qué hace viajando en avión a Marsella? ¿En calidad de qué escapa de Barcelona? ¿Por qué después no cuenta este suceso a sus amigos? No dejo de preguntarme a quién ha embaucado para huir de España en aquel avión o si, por el contrario, su historia tiene parte de verdad y Sotomayor fue un alto oficial de la República, un comandante, el valeroso marino que hundió el Baleares. La duda permanecerá conmigo para siempre. Sin embargo, lo que es indudable es que sus privilegios se esfuman en poco tiempo. Pronto su situación en territorio francés se vuelve irregular. En febrero de 1939 es visto cerca de Limoges. El policía que lo detiene asegura que Sotomayor lleva consigo una importante cantidad de dinero; que este le dice que ha venido hasta ese lugar para reunirse con su mujer, Isabelle

Pérez; y que afirma residir en París, donde ostenta un cargo importante en la embajada española. Pero nada de esto hemos podido comprobar, dicen los franceses, todos los documentos han desaparecido, su situación es *confusa*. Pocos días después, Sotomayor es detenido y enviado al campo de Gurs y después al de Saint-Cyprien. Esto sí es cierto y coincide con su relato. Allí permanece hasta que Margarita lo reclama. El 5 de julio llega a Criel-sur-Mer con un permiso de residencia limitado a tres meses. El 12 de septiembre escribe a las autoridades francesas solicitando un permiso de residencia para su *familiar*, la señora Isabelle Pérez-Carballo. Es la segunda vez que veo ese nombre. No es Margarita, tampoco Manuela. ¿Quién es Isabelle Pérez-Carballo? No lo sé. Algunos documentos aseguran que es su mujer y que Sotomayor tiene dos hijos con ella. El 15 de noviembre las autoridades señalan que esta señora ha solicitado autorización para reunirse con su marido, José Fernández Vázquez. ¿Sotomayor está casado con tres mujeres a la vez? Un informe relativo a los refugiados españoles expresa que hay que seguir de cerca a este hombre, porque «su situación familiar no parece muy clara». El 17 de enero de 1940, el subprefecto cita a Sotomayor, lo recibe en su despacho, anota que este niega cualquier tipo de relación con la señora Pérez-Carballo y después le indica que debe abandonar Francia cuanto antes porque «hasta el día de hoy no ha hecho nada útil por el país». El 19 de febrero el prefecto informa de que Margarita Ackermann es sospechosa de tener ideología nazi. Algunos informes previos señalan a Margarita como miembro del servicio de inteligencia alemán. Estos informes son expedientes policiales de la época en la que Margarita trabaja en la recepción del hotel Excelsior de París; y la describen como una persona fría y reservada que no duda en hacer el saludo nazi y soltar vivas a Hitler. Quizá las autoridades de

Criel-sur-Mer hayan tenido acceso a esta información, porque, en febrero de 1940, emiten una orden para que esos «extranjeros indeseables» abandonen Francia sin demora. En marzo ya no existe rastro de ellos en Criel-sur-Mer. Han dejado Normandía y vagan por Francia con Federico en brazos. Es un país en guerra, agitado y temeroso. Caminan durante días, cogen trenes nocturnos, se suben a camionetas destartaladas; duermen en estaciones de autobuses, en barracones, en pórticos de iglesias. A finales de marzo obtienen un permiso de residencia en la ciudad de Saint-Étienne. Margarita dice que pasa un tiempo en prisión; Sotomayor dice que colabora con la Resistencia. Han recorrido casi ochocientos kilómetros. Más tarde se instalan en una pequeña aldea llamada Moingt. Allí, según la carta que Margarita envía a su hijo en 2002, Sotomayor consigue un trabajo y la familia se establece por un tiempo. Meses después, fijan su residencia en el París ocupado. Ya sabemos lo que allí sucede: Margarita trabaja para los alemanes y su marido, quizá por influencia de ella o tal vez de otro modo, consigue un empleo en Auschwitz. Al regresar, es contratado por distintas fábricas y después por una compañía de telégrafos. Su vida parece convencional, la vida de uno de esos José Fernández Vázquez de los archivos, o más bien la de un golfo –o un pobre hombre– que se busca el pan como puede. No parece, desde luego, la vida de un héroe.

Hay otro hilo del que tirar para saber algo más de la participación de Sotomayor en la Guerra Civil.

Es el relato del hundimiento del Baleares, aquel que narra a Galvão y a Velo la noche antes de entregarles el dinero.

No es el único rastro de esta historia. En una entrevista que concede meses después del secuestro del Santa María, Sotomayor

afirma que participó en aquella batalla naval.

La periodista le pregunta: «¿Es verdad, señor Sotomayor, que fue un barco *bajo su mando* el que hundió el crucero Baleares?». Él no lo niega y responde con una evasiva: «Por razones que son obvias, no quisiera hablar mucho de este caso». Acto seguido admite que participó en la batalla, pero evita confirmar que estuviera al mando, así como corroborar la historia contada por Galvão, esto es, que, junto con otros dos hombres, en una arriesgada misión a bordo de una lancha, él fue quien colocó la carga que hundió el buque.

El relato me llevó a consultar los archivos del crucero Libertad y el listado de sus tripulantes. Y, entre ellos, tal y como sucedía con los deportados, aparecía un José Fernández Vázquez. Pero esta vez fui más prudente y quise asegurarme de que era él.

Las fichas que encontré databan de agosto de 1938, es decir, que ese hombre no podía ser Sotomayor, porque, si hacemos caso a lo que señala en aquella entrevista, en esas fechas trabajaba en la embajada de España en París. Pero también pudiera ser que Sotomayor mintiera a la periodista; que lo de la embajada fuera una invención; que estuviera en ambos lugares en distintos momentos de 1938; o incluso que, pasados tantos años, las fechas bailaran en su cabeza.

Los documentos, en todo caso, se refieren a un José Fernández Vázquez que se desempeña como «criado particular» o «mayordomo», es decir, que pertenecía al personal de servicio, ocupado de la limpieza y de atender a los militares de alta graduación. Lejos, por tanto, de ser alférez de navío o capitán de corbeta; lejos, por tanto, de haber sido él quien hundió el buque más poderoso de la armada franquista.

De ser nuestro personaje ese José Fernández Vázquez,

Sotomayor no habría sido ningún oficial, como él repetía, sino un simple asistente, un criado que lustraba zapatos, planchaba camisas o limpiaba los retretes de sus superiores. Pero ¿es Sotomayor ese José Fernández Vázquez? Y, si lo era, ¿cómo es posible que en pocos meses embarque en un avión con destino a Marsella como si fuera una autoridad?

Yo deseaba que lo fuera. No me importaba su graduación militar, sino tan sólo su presencia en aquella batalla. Fuera capitán, alférez, o criado, todos ellos habían estado expuestos a la muerte.

Apareció entonces un último documento.

Se trata de una declaración que ese mismo José Fernández Vázquez –el criado, el mayordomo– presta ante un juzgado de Murcia. En Murcia, en el malecón de La Curra, estaba atracado el crucero Libertad, aquel en el que está embarcado ese José Fernández Vázquez. El contenido de la declaración no tiene mayor importancia. Se trata de un proceso sobre desafección a la República seguido contra un capitán llamado José Cabrerizo, quien, al parecer, dijo, en presencia de ese José Fernández Vázquez, que Calvo Sotelo era un gran talento y que, ante el mismo testigo, elogió a Primo de Rivera. Lo relevante, como digo, no es la declaración, sino que este documento sería el único que probaría que Sotomayor, de ser ese José Fernández Vázquez, participó en el hundimiento del Baleares.

Varios son los datos que interesan a este respecto.

Primero, su firma. La firma de este documento es distinta a la de todas las cartas que de Sotomayor se conservan.

Segundo, su edad. Ese José Fernández Vázquez afirma en su declaración tener veintiséis años, cuando Sotomayor tenía, en ese momento, abril de 1938, treinta y cuatro.

Tercero, su estado civil. Ese José Fernández Vázquez dice estar soltero, cuando Sotomayor está casado con Manuela y no sabemos

si ya también con Margarita Ackermann, o incluso con Isabelle Pérez-Carballo.

Por tanto, todo parece indicar que el José Fernández Vázquez que comparece ante el juzgado de Murcia no es Sotomayor.

Pero hay algo más.

Ese José Fernández Vázquez se identifica como vecino de Sotomayor, municipio de Pontevedra.

Estaba claro lo que tenía que hacer: ir al municipio de Sotomayor y consultar en el Registro Civil si entre 1911 y 1912, los años en los que ese José Fernández Vázquez pudo haber nacido, había venido al mundo un niño con ese nombre; o si, por el contrario, ningún registro existía con ese nombre y apellidos. En este último caso, la probabilidad de que la persona que declara ante el juzgado de Murcia fuese Sotomayor sería muy alta. De ser así, lo que habría hecho sería alterar algunos datos, para, de esta forma, una vez terminada la guerra, pasar desapercibido y evitar las represalias que se derivaran de su declaración. No hay que olvidar que lo que está haciendo en ella es delatar a un superior y quizá tuviera miedo de la represión que iba a tener lugar en la dictadura. Esta conjetura no es sólo plausible, sino que es muy probable. Además, debe tenerse en cuenta que él dice que ha nacido en el municipio de Sotomayor, un pueblo de unos tres mil habitantes, cuyo nombre coincide con el seudónimo que adoptará en el secuestro del Santa María. Y, lo que es más importante, Sotomayor repitió durante su vida que formó parte de la tripulación del crucero Libertad la noche en que este hundió el Baleares. Tanta casualidad no es posible, pensaba, son imposibles todas esas coincidencias. Podía ser así. Pero también podía ser que ese otro José Fernández Vázquez constara en el

Registro Civil. En ese caso, podría existir una nueva falsedad de Sotomayor, ya que habría usurpado, quizá por segunda vez, la identidad de otra persona. Así, Sotomayor se habría atribuido hechos, por ejemplo, la participación en el hundimiento del Baleares, en los que ese otro José Fernández Vázquez, y no él, sí que intervino. Me hacía muchas preguntas al respecto. ¿Se conocían? ¿Hablaron en algún momento y entonces Sotomayor, aprovechando la coincidencia de nombre y apellidos, se apropió del relato del otro José Fernández Vázquez? ¿O, por el contrario, era el propio Sotomayor el que había comparecido ante aquel juzgado de Murcia?

Visité el Registro Civil del municipio de Sotomayor. Volé a Vigo, alquilé un coche y conduje hasta allí. No paraba de llover, el parabrisas no daba abasto. Dejé a un lado el puente de Rande y después recorrí varios kilómetros de carreteras secundarias. Entré en el edificio. La funcionaria comenzó a consultar libros y legajos. Al cabo de unos minutos me dijo: aquí está, José Fernández Vázquez. Bueno, aclaró, en realidad se llamaba José Ángel, pero en aquella época era muy habitual utilizar sólo uno de los dos nombres de pila.

Cogí el certificado y caminé hacia el coche mientras lo leía.

La fecha de nacimiento no coincidía: ese José Fernández Vázquez, al momento de declarar ante el juzgado de Murcia, hacía unas semanas que había cumplido veintisiete años y, sin embargo, manifestó tener veintiséis.

Me aferré a esa pequeña variación para creer a mi personaje.

No advertí que la lluvia me estaba calando.

En el margen, aparecía la inscripción de matrimonio: casado en 1952, en Túnez, con Ignacia Tortorici.

Entré en el coche y me quedé contemplando la lluvia que corría

por el cristal.

Recordé entonces que el crucero Libertad acabó siendo entregado a Francia en el norte de África, y que una parte de su tripulación, tras pasar por unos campos de refugiados que se establecieron en el desierto, acabó residiendo entre Argelia y Túnez.

La historia del héroe estaba arruinada. Auschwitz, las graduaciones militares y los títulos universitarios, la resistencia y las torturas, el hundimiento del carguero alemán, el secuestro del destructor francés, quizá la historia del crucero Libertad. Demasiadas dudas. También estaban otros engaños de carácter privado que no me parecían menores: haber ocultado a su segunda esposa la familia que tenía en Galicia e incluso la posibilidad de un tercer matrimonio. Y, desde luego, el abandono y desatención de sus hijos. Sotomayor, a esas alturas del relato, no era el personaje ejemplar con el que tanto había fabulado: qué estúpido había sido. Podía creer que Galvão me conduciría a una desilusión de esta clase, pero jamás imaginé que él lo haría. Creía que era sólido, de una pieza, insobornable. Pero ¿a quién estaba viendo: al auténtico José Fernández o a mi personaje? ¿Sobre quién escribía? Había confundido a ambos. Ya no podía distinguirlos. Eran el mismo hombre. Y eso hacía que me arrepintiese de haber escrito muchas cosas. Aunque siempre conservé alguna esperanza. De hecho, todavía hoy la conservo; aún hoy, en privado y de forma irracional, o no tanto, sigo aferrándome a las dudas y creyendo en la historia del comandante Sotomayor. Y durante meses la defendí en público. Hablaba con algunos amigos y les decía que los archivos podían mentir o no ser exactos, o que incluso mi interpretación fallara; que pudo haber estado en el crucero Libertad, todo era confuso al

respecto; que prefería creer la narración oral, es decir, lo que había oído acerca de él en Venezuela. Pero ellos me insistían: no, tu personaje no es quien crees; tu hombre, asúmelo, es un farsante. Esas palabras me ofendían y yo les contestaba que las mentiras, de serlas, no eran tan graves; que Auschwitz era una *zona gris* –así lo había escrito Primo Levi– y que, por tanto, la línea que separaba a los trabajadores forzosos de los civiles no era tan clara como ellos pensaban; que no podían olvidar que estuvo en aquel campo y que incluso pudo haber sido enviado allí por la Resistencia –su matrimonio con Margarita, les decía, sería la tapadera perfecta–; pero que, en cualquier caso, tenían que comprender y aceptar que ese anciano que tanto había luchado contra el franquismo, que incluso había secuestrado un transatlántico en ese empeño, hubiese creído que merecía una reparación, una pensión con la que acabar sus días con dignidad, un final mejor. Y entonces, me contestaban mis amigos, cómo explicas que toda la gente que lo conoció contara lo mismo; que no fuera una narración que mantuviera sólo ante la burocracia alemana y que, sin embargo, todos sus vecinos y familiares creyeran que era un buen padre de familia, un alto oficial de la Marina, un deportado a un campo de exterminio nada menos. Cómo justificas esa mentira privada, me decían, esa historia que a ti también te han contado para convencerte de que era una persona distinta y ponerte a su dictado; esa mentira que no es otra cosa que su mismo relato (la Gestapo que lo rodea y lo detiene, los nazis que lo ven arrastrando los pies y le dicen *Los! Weiterlaufen!* ¡Deprisa, muévase!, los golpes con la culata del fusil, el oficial de las SS que lo mira al salir del tren y lo aparta del resto de prisioneros mientras silba el Danubio Azul); esa historia que repite a la mujer que se enamoró de él, a esa pobre muchacha de Sacramento; esa historia que narra una y otra vez, a Velo, a Galvão y a aquellos jóvenes

revolucionarios que van a visitarlo a su casa de los Andes. Pobres ingenuos, me decían mis amigos, que veían en aquel viejo a un auténtico héroe, a alguien a quien imitar. Y en parte esa alucinada visión los llevó a coger las armas. Sus vidas acabaron arrastradas por el fanatismo: ¿no te das cuenta, Carnero? ¿Has perdido tú también la cabeza? Los embaucó, me insistían, igual que lo ha hecho contigo, con detalles y aventuras que los dejaban perplejos, pero que no tenían ninguna base cierta: el barco tragado por el mar, las granadas que explotan tras las rocas, los nazis que lo persiguen y lo capturan, las torturas, el olor de los crematorios, el cigarrillo que alguien le tiende entre las alambradas. Toda esa fantasía, me decían, toda esa fantasía por pura vanidad.

3

EL NOÉ, EL PALETA, EL HIJO BASTARDO

Pasé meses sin escribir una sola línea.

Creía que no tenía sentido seguir con la historia del comandante Sotomayor. Debía volver a escribirla y eso me llevaría muchos años. ¿Y cuántos han pasado ya desde que comencé esta novela? Es absurdo continuar, me dije, porque no estaba comprendiendo al personaje y, si yo no lo entendía, cómo iban a hacerlo los demás. Había creído al héroe y el héroe me había defraudado o, al menos, me había llenado de dudas. Así que era cierto: los muertos siguen hablando después de muertos, pues nada les queda más que el anhelo de ser creídos. Yo había confiado en uno de ellos o, más bien, había escuchado y reproducido el eco de su voz; y esa era la razón por la que el relato se encontraba en un espacio confuso y borroso que mutilaba la novela y la partía en dos.

Pero me parecía que las personas con las que llevaba años hablando, los familiares y amigos de Sotomayor que tanto me habían ayudado en la investigación, tenían derecho a saber lo mismo que yo.

Por ese motivo viajé a Vilagarcía de Arousa. Quería encontrarme de nuevo con Rosa y contarle todo lo que había averiguado acerca de su padre. Ya que no iba a poder leerlo en mi novela, pensé al llegar al hotel, al menos escucharía mis palabras.

Lo primero que Rosa me dijo fue que había otro hombre investigando acerca de su padre. Era un conocido de una amiga suya que, al parecer, compartía mi obsesión. Rosa guardaba su teléfono y me lo dio.

–Se llama Rodrigo Mascato –me dijo–, es muy simpático.

–Lo llamaré más tarde –le contesté a Rosa–, ahora invítame a un café.

Tomamos el café y hablamos de banalidades. Preferí no contarle todo lo que había averiguado. Consideré más prudente oír antes a ese hombre. Quizá él supiera más cosas de Sotomayor, informaciones que completaran mi relato o que, quién sabe, lo contradijeran.

Así que tomamos el café y después me despedí de ella. Salí a la calle. Hacía un frío húmedo que se metía hasta los huesos y caían unas gotas finas que empapaban mi gabardina. Desde el mismo portal de Rosa llamé a Rodrigo y quedé con él en un bar del puerto. Llegué calado, con las gafas empañadas y el cuerpo entumecido. Rodrigo estaba al fondo del local. Debió de haberme buscado en internet, porque, según entré, levantó el brazo y me hizo pasar hasta su mesa. Afuera había comenzado a llover con más violencia. Ahora eran gotas gordas, granizo quizá. El viento golpeaba las puertas y ventanas de madera. Las olas se oían cada vez más cerca, ya llegaban al paseo marítimo. Parecía que el mar iba a tragarse las calles de un momento a otro.

Saludé a Rodrigo. Era un hombre de unos sesenta años, calvo, con gafas de pasta redondas y aire intelectual.

–Así que andas investigando sobre Sotomayor –me dijo en cuanto me senté.

–Parece que estamos en lo mismo –le respondí.

Las intenciones de Rodrigo, según me contó, eran de puro

entretenimiento. No tenía previsto escribir ningún libro ni nada parecido. Sencillamente, era un vecino de la zona, un antiguo empleado de banca que tenía la afición de pasar horas estudiando la historia local. Alguna vez había escrito entradas en un blog, me dijo, pero ahora lo tenía abandonado.

–Pero cuéntame –quiso saber Rodrigo–. ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho en todo este tiempo? Me han dicho que incluso fuiste a Venezuela y encontraste la tumba del comandante.

Le conté mis viajes y pesquisas. Los archivos que había visitado, los libros que había leído, las visitas a Camilo Mortágua y a Víctor Velo, el visionado de las cintas de Margarita, el viaje a Caracas y a los Andes y las entrevistas que había hecho en aquellos lugares. Le conté todo durante horas mientras enlazábamos un café tras otro. Afuera se había levantado una galerna y nadie se atrevía a salir del bar.

–Y, dime, ¿sigues sin saber quién era Sotomayor? –me preguntó.

Rodrigo sonrió como si fuera dueño de un secreto.

–Bueno –le contesté–, en gran medida, sí. Si fabuló con lo de Auschwitz, vete a saber qué es verdad y qué es mentira en su historia. Todo está tan enredado que ya no sé qué pensar.

Al cabo de una media hora la tormenta parecía haberse calmado.

La papelera estaba llena de paraguas rotos. Algunos clientes pedían la cuenta. El cielo seguía gris.

Rodrigo se levantó de la silla y se puso su abrigo.

–Vamos –me dijo–, tienes que conocer un lugar.

Salimos del local y nos montamos en su coche.

Rodrigo condujo apenas diez minutos. Detuvo el vehículo frente al mar, junto a lo que parecían las ruinas de unos almacenes o fábricas. Continuaba lloviendo.

–Te vas a mojar, pero sin ver esto no vas a comprender nada –

me dijo.

No me importó calarme. Salimos del coche y nos resguardamos tras unos muros de piedra.

Y fue allí, entre aquellas ruinas azotadas por el viento y la lluvia, cuando comencé a entender quién era realmente el comandante Sotomayor.

–Ahora escúchame –dijo Rodrigo.

Y entonces comenzó a hablar.

Sotomayor ha cumplido diez años. Camina descalzo por las calles de su pueblo, tiene las rodillas raspadas, viste harapos y lleva el pelo rapado al cero para evitar los piojos. Tiene suerte, porque ha sobrevivido a la peste alemana. Es una fiebre que se ceba con los niños. Cada día se suceden nuevas muertes. Las campanas de las iglesias no paran de repicar. Los cementerios se llenan de ataúdes blancos. Las madres lloran. Sotomayor es enclenque, raquítico, pero logra sobrevivir. Incluso juega, salta en los charcos, corre por las calles mientras los niños que se han contagiado lo miran desde sus ventanas. No sabemos cómo, pero Sotomayor logra alimentarse. Es probable que pesque en el muelle o que recoja alguna almeja de la playa. Por la ría pasan contrabandistas que ofrecen su mercancía a bajo precio, pero ni aun así llegan a su casa los productos más básicos. Sotomayor es hijo de madre soltera, casi un huérfano. De hecho, su partida de nacimiento afirma que lo es. No sabemos nada de él hasta que alcanza la adolescencia. Es entonces cuando su madre lo reconoce. Ese cuento de la familia rica a la que pertenece, esa historia de la casa burguesa en la que se cría, es pura ficción. Sotomayor vive con su madre en una casa miserable, apenas cuatro paredes en las que conviven personas y animales, quizá un cerdo y

algunas gallinas, nada más. Esta zona, rodeada de rías y de bosques, es un lugar frío y húmedo en el que siempre está lloviendo. La ropa no abriga. Las casas no son confortables. Sotomayor no duerme siquiera en una cama; lo hace en una tarima, sobre una simple estera que no consigue aislar su cuerpo de la humedad; tirita, se tapa la cabeza con la única manta que tiene, pero no consigue entrar en calor. Sólo alrededor de la lumbre logra sentirse bien por un tiempo. Pero se apaga, no hay leña suficiente y, a menudo, los maderos están tan húmedos y podridos que no arden. Del fuego cuelga un pote, un mísero caldo que hierve agua con unas pocas patatas y berzas. La vida es como la del Leviatán: solitaria, miserable, malvada, brutal y breve. La casa de Sotomayor está cerca de la iglesia del pueblo. De ella salen curas con negras sotanas que pasan de largo cuando lo ven sentado en el pórtico. A veces, le dicen que pase a la iglesia, que rece y pida a Dios. Pero, aunque sea niño, Sotomayor sabe que ningún dios le dará de comer, que tendrán que ser sus manos las que lo hagan. Desde la puerta de su casa observa a los sacerdotes, tan bien alimentados, tan respetados por todos; contempla a los dueños de las conserveras, con sus trajes impolutos y sus sombreros; al juez, al médico, al dueño de la única farmacia del pueblo. A todos observa y a todos comienza a odiar ya desde muy pequeño. Su madre no le da respuestas. En su casa no hay libros ni llegan los diarios. Nada bello hay alrededor. Sotomayor no tiene padre reconocido. Lo más probable es que sea uno de esos señores que acuden a misa cada domingo, hombres elegantes y cultos que dejan limosna y participan en las obras de caridad, pero que ni siquiera lo saludan. No tiene padre. La vergüenza lo persigue. El hambre también. En esas condiciones es evidente que Sotomayor no puede acceder a una formación académica demasiado elevada: no es, como tantas veces dijo, ingeniero, alférez de navío ni capitán

de corbeta. Todo es un invento suyo. Sotomayor es un pobre chico que se limita a sobrevivir cada día. Las fotografías en las que aparece vestido de marino son las del servicio militar, nada más que eso; no pasa por ninguna academia o universidad, no alcanza ninguna graduación oficial en la Armada. Eso está reservado para los hijos de los señores que cada domingo ve entrar trajeados en la iglesia. Dicen que él es hijo de uno de ellos, de uno al que llaman Noé. Por eso la gente del pueblo comienza a referirse a Sotomayor como «el Noé». Quieren así marcarlo como a un bastardo, ponerle una señal, humillarlo para siempre. Él baja la cabeza y camina hacia el muelle. El Noé nunca ha subido a un barco. Sólo a esas dornas que observa en el puerto. Son unas pequeñas barcas de madera, sin motor ni espacio para más de dos hombres, en las que los pescadores se pasan el día tratando de traer algo de comer a casa. Ese es el auténtico barco del comandante Sotomayor, del hombre que dirigió el Santa María: una miserable embarcación de pesca. No creo que fuera capaz siquiera de capitanear el Santa María, ¿sabes? Lo más probable es que tuviera unos mínimos conocimientos y que mandara dirigir el barco a punta de pistola. Sotomayor es el niño de las dornas, casi un vagabundo. Oliver Twist, David Copperfield, Tom Sawyer. Así, trabajando en el puerto, consigue un miserable sueldo y algún que otro pescado o pulpo que después su madre cocina. Más tarde, aprende un oficio: albañil. Sotomayor puede entonces independizarse, alquilar una casa y casarse con Manuela. Sus condiciones de vida mejoran. El tipo es hábil, capaz, bueno en su oficio. Tanto que pronto los señoritos del pueblo le encargan las reparaciones de sus viviendas. Ahora también lo llaman «el Paleta». José, el Noé, el Paleta. Por esos nombres lo conocen. El Paleta hace chapuzas en enormes casonas señoriales, en lujosos pazos y, de vez en cuando, en las fábricas de conservas que se han ido instalando a

lo largo de la ría. En esas fábricas conoce la humillación a la que las empleadas están sometidas. Todas son mujeres. Entre ellas están su madre y su esposa. Sotomayor, que rondará los veinte años, queda impactado al conocer las condiciones de trabajo de esas obreras. Observa cómo los barcos llegan de noche, a las tres o a las cuatro de la madrugada y que, en ese momento, los jefes hacen sonar las bocinas de las fábricas. El sonido se oye por todo el pueblo, recorre calles y plazas, descampados y bosques, y después se pierde en las montañas. Entonces, al oír esas bocinas, las mujeres se despiertan, se visten de forma apresurada y salen corriendo de sus casas. Salen descalzas, a toda prisa. Lo hacen así para llegar cuanto antes a la fábrica y lograr que las contraten, porque no siempre hay trabajo para todas. No se calzan, ya que de esa forma ganan tiempo, pero, sobre todo, porque el patrón no les deja trabajar con el calzado puesto. Los barcos descargan el pescado directamente en la factoría y ellas, si llevaran zapatos o zuecos, podrían malograr el género. Al estar descalzas, sin embargo, el daño que sufre el pescado es menor. Y así se pasan diez, once, doce, quién sabe, trece horas de pie. Trece horas muertas de frío, pisando espinas y caminando sobre escamas y vísceras. El Paleta ve todo aquello mientras arregla una puerta o repara un armario. Mira de reojo y después regresa al trabajo. El olor es intenso. La peste que emana de las tripas se mezcla con el tufo de los pescados cocidos y todo junto desprende un hedor insoportable. Allí están las mujeres, entre aquella fetidez, cortando las tripas de las sardinas con tijeras y cuchillos afilados. Tienen el olfato embotado. Ya no sienten la pestilencia. Están cansadas, les duele todo el cuerpo: los pies, por las espinas que se les clavan; las rodillas, por llevar todo el día de pie; los brazos y las manos, por el continuo esfuerzo de arrancar vísceras y raspar escamas. Tan cansadas están que, a menudo, se despistan y se

cortan con las tijeras o se les escapa el cuchillo y se hacen un tajo en la muñeca o en el antebrazo. Las encargadas de las máquinas más pesadas sufren cortes profundos y amputaciones; también quemaduras con el aceite hirviendo. Las de más edad tienen ya las manos artríticas, rojas por el frío, deformadas por el trabajo, pero evitan que los jefes se las vean, porque no las contratarían más y eso no se lo pueden permitir. Entonces, Sotomayor, que cada día ve todo aquello y observa a sus vecinas en silencio, comienza a acudir al sindicato. Su madre le dice que no se meta en líos; su mujer le pide que no vaya. Es un hombre inteligente, un gran albañil que podría medrar trabajando para los patrones, dicen sus amigos. No te enfrentes a ellos, José, no nos arruines la vida, le dice Manuela. Pero él no les hace caso. Se afilia a la UGT y aprende a leer y a escribir. Los otros hombres que acuden al sindicato son como él. Vienen del mar o del campo. Fatigados, andrajosos, vestidos con ropa vieja, semidesnudos y con el pelo rapado. Parecen presos o más bien deportados a un campo de concentración. Han dejado de ser personas, son bestias. Muchos mueren en el mar, cada poco hay naufragios. En el pueblo suenan las campanas y las viudas caminan por las calles vestidas de luto. Sotomayor llega a casa. Llueve. No para de llover. La lluvia rebota sobre el metal que ha colocado en el techo para evitar las goteras. Hay moscas por todas partes y apesta a excrementos, de humanos o de animales, da igual, porque lo mismo son. En la plaza hay un mitin. Los vecinos, con la gorra en la mano, con la misma cara de hambre que Sotomayor tiene, escuchan las palabras del político. Habla de grandeza, de gloria y de honor; habla de la unidad de la patria española; habla de la defensa de la familia y de la propiedad privada. Sotomayor le escucha y después regresa a casa. Qué propiedad privada, dice en voz baja mientras la lluvia le cala, si ni nuestros cuerpos nos pertenecen.

Rodrigo termina de hablar.

Saca un papel del abrigo.

Es el acta de nacimiento de Sotomayor.

–Mira lo que pone ahí –me dice señalando la parte inferior del certificado.

Allí pone: «hijo de padres desconocidos».

Los almacenes abandonados a los que Rodrigo me ha traído son las ruinas de aquellas fábricas.

–Ahora ya no queda nada –me dice–. Ninguno de los patrones se quedó en el pueblo cuando la industria se arruinó, allá por los ochenta, quizá antes. Viven en Madrid o en el extranjero y vienen sólo a veranear, a pasearse en sus deportivos y a navegar en sus veleros. Creo que algunos han montado fábricas de conservas en Marruecos o en Senegal. Claro, ya sabes, allí les dejarán hacer todo lo que aquí un siglo atrás.

Tras el relato de Rodrigo, no me cuesta imaginar lo que en estas fábricas sucedió, todo lo que Sotomayor vivió.

Junto hechos. Imagino. Fabulo.

Sotomayor ya tiene hijos con Manuela. Su compromiso político es férreo. Eso es cierto, me dice Rodrigo, eso no formó parte de sus fantasías: Sotomayor era un hombre importante en el movimiento sindical y en la vida política de la comarca. Pasa cada vez más tiempo en las fábricas, nombra delegadas y las instruye acerca de los fundamentos del marxismo. Con los delantales puestos, caladas hasta los huesos, hambrientas y heladas, esas mujeres se acercan a escucharlo. Después, al llegar a casa, Sotomayor se queda casi toda la madrugada leyendo. Marx, Engels, Rosa Luxemburgo. Estos libros nos van a traer la ruina, le dice Manuela cuando se acuesta y deja a

su marido junto a la luz de una vela. Por las mañanas, es el primero en levantarse. Sigue trabajando, haciendo arreglos en las casas más nobles de la zona. Repara tejados, levanta muros, pinta paredes. El Paleta se ha ganado fama de ser el mejor albañil del pueblo. Compagina su trabajo con una intensa actividad social y política. Organiza comedores populares, asiste a mítines y da charlas a los obreros. Cada vez pasa menos tiempo con su familia. Está siempre subido en una motora, yendo a los pueblos de la ría para organizar las actividades del sindicato. En ese momento, Sotomayor es ya una persona señalada. Se abren diligencias contra él. Estas diligencias lo describen como «una persona de mala conducta y antecedentes; peligroso para el orden público». No sólo la justicia lo persigue. La patronal de las conserveras también se la tiene jurada por la actividad que está llevando a cabo con las trabajadoras y los marineros. El tiempo pasa. 1936. Voces y gritos. Odio. Y un huracán de negras palomas. Y la tierra que se desgarra. La guerra se acerca y el ambiente se radicaliza. Algunos miembros del sindicato intentan quemar la casa de uno de los caciques del pueblo. Hay quien afirma que Sotomayor evita una tragedia. Se dice que se sube al capó de una camioneta y que, con un altavoz en la mano, convence a sus camaradas para que no lleven a cabo semejante locura. Pero, aunque fuera cierto, Sotomayor sabe que su vida corre peligro, que ese acto no lo salvará. El verano se acerca. Los ajustes de cuentas se suceden. La violencia se propaga. Los patronos de las fábricas se han puesto en manos de la Falange. Hasta el pueblo han llegado decenas de hombres que preparan el terreno para cuando lleguen las tropas fascistas. Muchos son matones a sueldo, mercenarios con pocos escrúpulos, pero también hay empleados de las conserveras que consideran que es el momento ideal para prosperar. Son trepas a los que no les importa que el medio para lograr sus objetivos sea

la violencia. Están al servicio de sus amos, esos que les prometen un futuro brillante a su lado. Uno de aquellos matones dispara a Sotomayor una noche que regresa a su casa. La bala no le alcanza. Una mañana, en una manifestación, es apuñalado por la espalda sin que sufra heridas de gravedad; en otra ocasión, participa en una pelea que se organiza cuando un falangista arranca un cartel de la Pasionaria. Algunos jefes de las conserveras quieren verlo muerto cuanto antes; quieren que no le dé tiempo a organizar la resistencia en la zona; dicen que el alzamiento debe triunfar en las rías sin oposición. Y Sotomayor es un obstáculo para ello. Así que los caciques se organizan y es entonces cuando huye a las montañas. Sabe de los fusilamientos que se están produciendo en los muros del cementerio y en el viejo campo de fútbol; sabe de los cadáveres abandonados en las afueras del pueblo; sabe que algunas personas duermen en las dornas, mecidas por el mar, tapadas con todo aquello que tienen a mano –mantas, tablones o cajas–; y que otras se esconden en viviendas abandonadas o en las cuevas que hay en el monte. Sotomayor está en alguno de esos lugares. Nadie sabe dónde. Algunas noches regresa al pueblo para ver a su familia y coger algo de comida. Habla con su mujer, se afeita, besa a los niños. No se queda mucho tiempo en la casa. Los falangistas la registran cada poco. Abren puertas, vacían cajones, mueven camas y armarios. A veces entran en la habitación de los niños. No seas bárbaro, hombre, le dice uno de esos tipos a otro, cómo se te ocurre entrar así en el cuarto de los críos; y después les deja una moneda debajo de la almohada. El ambiente se calma tras el triunfo de los fascistas. Apenas hay resistencia en la ría. El 24 de julio de 1936 cae Vilagarcía de Arousa. Sotomayor no volverá a ver a su mujer y a sus hijos hasta el encuentro que tiene lugar en Londres más de cuarenta años después. Y no regresará a su pueblo hasta los años ochenta.

Sotomayor se esconde durante semanas en alguna gruta. Eso es cierto. Allí pasa hambre y frío. No secuestra ningún destructor, no hunde ningún carguero. Es improbable que combata, que lance granadas y huya en medio de una refriega. El resto ya lo sabemos: la huida a Portugal, el abandono de su familia, las dudas acerca de su intervención en la Guerra Civil, su incierta actividad en la Resistencia y su más que improbable deportación a Auschwitz.

–Pero todo lo que sucedió aquí, en estas rías, en el verano del 36 –me insiste Rodrigo mirándome a los ojos–, fue verdad, y eso también tienes que contarlo.

Hay una persona a la que me gustaría que conocieras, me dijo Rodrigo cuando nos volvimos a montar en el coche, su casa queda cerca. Esta persona conoció a Sotomayor cuando era un niño, hoy tendrá más de noventa años, pero tiene la cabeza perfecta. Eso sí, es muy importante que sepas, subrayó Rodrigo, que no puedes mostrar simpatía por Sotomayor. No puedes tampoco identificarte como una persona progresista, ¿me entiendes? De hecho, no lo pareces: llevas camisa, eres abogado, has estudiado en Deusto. Nadie diría que eres de izquierdas, Carnero. ¿Realmente lo eres? Tú dile eso, que ejerces como abogado en Barcelona, seguro que no sospechará. Todos los abogados son de derechas, ¿no? Tienes que empezar a hablar de otras cosas, nada de política, de literatura quizá, o de etnografía. Eso le gustará. Puedes decirle que estás escribiendo una novela ambientada en estas rías, o que estás investigando, no sé, para algo de tu tesis doctoral. Pero ni se te ocurra hablar bien de Sotomayor; sólo al final, si acaso, puedes mencionarlo; que no se te note que has venido a hablar de él.

Este señor, me dice Rodrigo, pertenece a una de esas familias

propietarias de las conserveras de entonces, y es hijo de uno de los falangistas que persiguió a Sotomayor en el 36. Uno de los tipos que, al parecer, paseó su camisa ensangrentada por las calles del pueblo asegurando que el Paleta había sido por fin quitado de en medio.

–Es un señor muy afable –aseguró Rodrigo–, simpático, gracioso. A mí, de hecho, me cae muy bien, pero ten en cuenta que es muy… muy… Vaya, que es muy facha.

Rodrigo se encoge de hombros.

Yo le digo que no se preocupe, que haré lo que pueda y que si, por el motivo que fuese, no sale el tema de Sotomayor, no pasa nada; que no voy a forzar la conversación y menos con un anciano.

El hombre se llama Fausto Recasens y no aparenta la edad que tiene.

Camina recto, no se apoya en ningún bastón y conserva una buena mata de pelo cano que peina hacia atrás. Viste pantalones de pana y chaqueta de punto. En la muñeca le baila un reloj de oro.

Pero no os quedéis ahí, nos dice, y después abraza a Rodrigo.

–Cuánto tiempo sin verte. ¿Cómo están tus padres? ¿Y la tía Irene? –le pregunta.

La confianza que muestra con Rodrigo me tranquiliza. Pienso que no puede verme como una amenaza ni esperar que esté escribiendo un libro sobre Sotomayor.

La casa huele a madera vieja, a armarios cerrados, a rancio. Recasens nos hace pasar al salón y nos sirve una copa de coñac. Para quitar el frío, dice. El señor es agradable, risueño y hospitalario. Nos enseña fotos de sus antepasados, libros de historia local y su colección de barcos en miniatura. En esto paso el tiempo, reconoce, leyendo y montando maquetas de barcos. Pero, dime, chaval, ¿qué te ha traído hasta aquí? No sé qué contestar. Entonces Rodrigo, de

forma espontánea, le dice que estoy interesado en saber cómo los catalanes se instalaron en las rías para desarrollar la industria de la conserva. A Recasens le satisface mi interés. Se recuesta en el sofá y comienza un largo relato acerca de sus antepasados, de la elaboración de la salazón y del desarrollo de la producción de conservas en la zona.

–Fue una auténtica revolución. La gente de por aquí vivía en la Edad Media –dice con arrogancia–. La industria de la conserva trajo mucha prosperidad a estos pueblos. No sé qué hubiera sido de aquellos desgraciados sin mi padre y todos los demás.

La narración dura más de una hora.

En un primer momento se ocupa de los procesos de esterilización y enlatado de sardinas; y después, hacia el final de la charla, nos relata la riqueza que trajo la alta demanda de conservas derivada de su consumo en los frentes de la Guerra Civil.

–Entonces la guerra no os vino tan mal –dice Rodrigo con ironía, abusando así de la confianza que tiene con Recasens.

–Bueno, hijo –responde el viejo–, eso fue después, porque antes por poco perdemos todo por culpa de aquellos salvajes.

–¿Y quiénes eran, gente de aquí? –pregunta Rodrigo.

–Sí, ya sabes, el Paleta y todos esos…

Rodrigo se gira hacia mí.

–El Paleta fue aquel que secuestró un barco en 1961, el Santa María, no sé si te suena.

–¿Quién? ¿Velo? –pregunto haciéndome el tonto.

–No, el otro gallego.

–Ah –digo–, el comandante Sotomayor. Algo he oído.

El rostro de Recasens cambia.

Se pone serio y comienza a hacer gestos de desprecio.

–Pero qué *comandante* ni qué hostias –dice Recasens posando el

vaso de coñac en la mesa–. Qué comandante va a ser ese. José, el Noé, el Paleta. Un muerto de hambre, hijo: un bastardo. Un mierda, un paria, un delincuente y un criminal es lo que era ese. El Paleta trabajaba para mi padre y siempre iba con las manos sucias y el mono lleno de mierda. ¿Has visto a algún comandante así? –dice el viejo mientras se levanta y se ajusta el cinturón–. Un analfabeto, un criminal y un hijo de puta es lo que era ese.

Y fue entonces, al escuchar aquellas palabras, cuando por fin supe quién era Sotomayor.

Comprendí a José Fernández, sus mentiras, aquello que es confuso y permanece en la sombra. Al escuchar a Recasens, al advertir el odio y el desprecio con el que se refería a él, me di cuenta de que el Paleta no tenía ninguna posibilidad en la vida. Y fue así como acepté sus enredos y comprendí que José Fernández se inventa a su personaje porque es el único capaz de proporcionarle el amor y el reconocimiento que tanto anhela. Era demasiado indecente, demasiado vulgar, demasiado pobre. Sabe que nunca se despojará de la vergüenza de ser el Noé, el Paleta, el hijo bastardo. Odiaba serlo con todas sus fuerzas. Tenía la certeza de que nunca se libraría del desprecio de la gente del pueblo. Y tenía razón. Llegaba a su casa agotado, hambriento, sintiéndose un pordiosero, el ser más desgraciado del mundo; y entonces leía novelas y soñaba con ser otro, Jean Valjean, el protagonista de *Los Miserables*, ese presidiario que desaparece y consigue huir de los fantasmas de su pasado, que logra convertirse en otra persona, en alguien respetado y con una vida digna y honorable. Ser otro, nada más quería el Paleta. No era vanidad, era supervivencia. Quería ser mejor, tan sólo eso. Le resultaba insoportable ser un día más quien era. Y luchó sin

descanso hasta dejar de serlo. Pero cómo iba a conseguirlo si la realidad nada le ofrecía y lo acorralaba y lo intimidaba y lo dejaba exhausto. Cualquier intento hubiera resultado inalcanzable para el Paleta. Entonces decidió que lo haría a través de la ficción. Porque su imaginación no tenía límites y podía convertirlo en comandante para así acabar con la dictadura y con los poderosos y con los opresores –con todos aquellos que alguna vez lo despreciaron y lo humillaron llamándolo el Noé–; y llevarlo a La Habana o a la China comunista o a la selva de Laos para comenzar allí la revolución definitiva. Se desdobló, se multiplicó, fue muchos. Fue un auténtico bastardo. Lo fue realmente. Y todo lo hizo a través de la palabra; a través de lo que de él mismo contaba y los demás repetían como si fuera cierto. ¿Qué será de nosotros, dice Paul Valéry, sin la ayuda de lo que no existe? Eso hizo Sotomayor: aferrarse a *lo que no existe*, porque nada más tenía. ¿Y quién va ahora a quitarle ese derecho? ¿Quién va a decirle que no es el comandante, que sigue siendo el Noé, el Paleta, el hijo bastardo? Yo no seré. Los pasajeros de tercera clase lo admiraban al verlo fumando en la cubierta del Santa María; los niños de Laos se quedaban sin habla cuando descendía la colina con un fusil al hombro; los jóvenes camaradas escuchaban sus historias bajo aquel árbol de su casa de los Andes. Y, en ese mismo lugar, Sacramento le entregaba su amor. Ella se había enamorado del comandante, no del Paleta: eso pensaba aquel viejo cada noche antes de irse a dormir. ¿Y cómo negar todo ese afecto? ¿Cómo negarse a sí mismo? ¿Cómo negar al comandante Sotomayor, a ese que tanto le costó ser? A ese que finalmente fue, no porque lo inventara, sino porque acabó siéndolo: por supuesto que acabó siéndolo. Primero fue la ficción, al principio era el verbo. Él fue contando y diciendo cosas que podían ser ciertas o no, pero que los exiliados de Caracas tomaron por verdaderas y durante años

repitieron una y otra vez en sus conversaciones. Entonces todo se volvió real. ¿En qué momento sucedió? Es imposible saberlo. Pero ocurrió. Y tanto que ocurrió. La imaginación y la vida pasaron a ser lo mismo. El relato y los hechos se enredaron y nadie supo diferenciarlos. Tampoco yo. Tampoco Sotomayor. Él ya no era el Noé, el Paleta, el hijo bastardo: era el comandante, era el héroe. La transformación se había completado. La ficción pudo con todo, arrasó con todo, quemó todo y nació algo nuevo. Así fue como el Paleta se convirtió en Sotomayor. Pero algo más sucedió en aquellos días, algo que cambió el curso de esta historia que ya termina. Porque cuando Sotomayor emigra a Venezuela y hace fortuna con el aserradero y compra apartamentos y coches y trajes caros; cuando es el hombre respetable al que los porteros saludan en los mejores restaurantes de la ciudad; cuando es el empresario, pero también el deportado, el héroe de guerra, el maqui al que todos admiran; cuando por fin ha dejado de ser el Noé, el Paleta, el hijo bastardo, percibe que esto no es del todo cierto: que, en el fondo, sigue siendo todos ellos a un tiempo. Y, al advertirlo, siente que no puede defraudarlos, que sus mentiras y sus cuentos no deben serlo por puro narcisismo, sino que ha de llevar su vida a otro lugar. Sotomayor no puede escapar de la ficción que ha creado, pero tampoco huir de la realidad y desertar de quien fue. Está en un lugar incierto, a medio camino entre la verdad y la mentira. Y, entonces, cuando se entera del proyecto del Santa María, va germinando en él la idea de que no puede renegar del Noé, del Paleta, del hijo bastardo; y piensa que el comandante Sotomayor no debe ser sólo un personaje que andar paseando por los bares de Sabana Grande, un farsante que vaya contando y diciendo cosas que pudieron ser ciertas o no; y no puede ser ese impostor porque ha de redimir al Noé, al Paleta, al hijo bastardo, a todos los miserables del mundo, a

todos los que son como él. Y, por ese motivo, cuando Velo y Galvão le proponen dirigir el asalto, responde el comandante, pero susurra el Paleta. Siempre fue así: siempre el Paleta habló al oído del comandante. Nunca había dejado de hacerlo, nunca dejó de hacerlo. Pero Sotomayor no lo supo hasta aquella noche en la que contó a sus compañeros el relato de su vida. Y, más tarde, de camino a casa, bajo la luz de las farolas del bulevar, sintió algo, no sabemos qué, un escalofrío, un temblor, algo que le reveló lo que es confuso y permanece en la sombra. Y la sacudida le hizo volver a ser aquel niño que veía a su madre levantarse de madrugada e ir corriendo descalza a la fábrica. Y, en ese momento, al darse cuenta de quién es, de quién ha sido y de quién debe ser, al advertir que verdad y ficción son ya lo mismo y no hay vuelta atrás, decide venderlo todo, el aserradero, los coches y hasta los trajes para financiar el asalto. Y, al llegar a casa, entra en el dormitorio y el Paleta besa a Sacramento por primera vez. Y después se quita la corbata y se mira en el espejo y ve al comandante, pero también a aquel albañil de manos sucias y rostro cansado. Y sonríe, sonríe al fin. Ha sido un largo camino, piensa, he tenido que dejar de ser quien era para volver a serlo. Soy el Noé, soy el Paleta, soy un bastardo, pero también soy el comandante Sotomayor.

EPÍLOGO

Regresé a El Junquito, el barrio al que Sacramento fue a morir.

Pasé varios días recorriendo sus calles, intentando encontrar a algún vecino que la hubiese conocido.

Eran calles estrechas, empinadas, comidas por la vegetación, llenas de grietas y de baches. Por ellas subí haciendo el mismo trayecto que Sacramento hacía cada mañana para ir a trabajar.

Dejé atrás la zona industrial en la que se encontraba la fábrica de embutidos y accedí al pueblo. En la entrada estaban apostados unos policías que llevaban fusiles al hombro y también varias camionetas cargadas de obreros. En los arcenes se apilaban puestos de comida y tenderetes que vendían cualquier cosa: grifos, tapacubos, manillares de bicicleta. Junto a ellos, unos niños rebuscaban entre montones de basura. Uno de ellos revolvía con las manos los escombros de una obra. Llevaba un pañuelo tapando su boca para tratar de evitar así que el polvo del yeso alcanzara sus pulmones. Al pasar, el niño se detuvo, se secó el sudor de la cara y me miró. Yo giré la vista y continué mi camino. Poco después, observé que la calle estaba cortada. Una cinta y unos conos impedían el paso. Ha habido un desprendimiento, me gritó una señora desde su ventana, no puede usted continuar. Fue como si me dijeran que mi novela ya había acabado, que no podía seguir más adelante en la historia. Volví la mirada hacia Caracas y pude ver entonces unos enormes bloques de edificios deshabitados,

decrépitos, que se caían a pedazos.

Durante semanas recordé todos aquellos despojos: los tenderetes de repuestos, los montones de basura, los cascotes de hormigón, lo que pudo haber sido y no fue.

El siglo había pasado y estos son sus escombros, pensé, las ruinas del asombro y el desencanto.

Sin saberlo, había estado escribiendo sobre todo aquello y no fue hasta el final que lo supe.

Eran, pues, Sotomayor, Galvão y Velo parte de esa escena, parte del desencanto del siglo.

¿Eso era todo? ¿Las ruinas, los escombros, nada más?

Recordé entonces al viejo Sotomayor golpeando una máquina de escribir en su casa de los Andes y vi que yo llevaba años haciendo lo mismo: escribir, imaginar, resistir.

Tras las ruinas quedaba, por tanto, la esperanza, y la novela formaba parte de ella. Eso me reconfortó.

Así que cerré mi ordenador, dejé El Junquito y regresé a Caracas.

Allí me encontré con algunos de los amigos que me acompañaron el tiempo que estuve en Venezuela. Durante semanas compartimos cafés y tragos, y fuimos, ellos y yo, contando a otras personas una y otra vez la historia de esta novela. Este relato compartido, modificado y manipulado por todos, fue el germen de la versión final de este libro.

Esa misma noche, al regresar a Caracas, en una fiesta en casa de un amigo y tras varias copas de pisco, relaté a los asistentes la verdadera historia del comandante Sotomayor. Después, en el taxi de regreso al hotel, mientras veía a lo lejos el resplandor de luto de las luces de Petare, supe que era así, tal y como lo había contado en

la fiesta, la forma en la que la novela debía terminar. Los días siguientes me encerré en mi habitación y escribí de forma compulsiva. Un día antes de regresar a Barcelona leí a Beatriz el último capítulo de la novela. Sus lágrimas confirmaron que, al fin, ambos habíamos encontrado al auténtico Sotomayor y que este era aún mejor que el inventado. O que, más bien, el inventado y el real eran el mismo, porque las fronteras entre ficción y realidad nunca han existido. Y de ahí vienen los sueños y las esperanzas y también todos los dramas de este mundo.

AGRADECIMIENTOS
Y BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

En el proceso de escritura de esta novela me ayudaron muchas personas cuya emoción e inteligencia mejoraron el texto. A la felicidad de contar esta historia se le añadió la de conocer y compartir tiempo con ellas.

Comencé a escribir este libro en algún momento de 2021.

En octubre de ese mismo año visité a Camilo Mortágua en su casa del Alentejo. Allí, junto a su mujer, Inês, y sus hijas, Joana y Mariana, hablamos de las viejas y las nuevas pasiones. La conversación finalizó con la muerte de Camilo, en noviembre de 2024. Desde entonces, regreso a su capítulo para escuchar su voz.

En noviembre de 2021 me reuní con Víctor Velo en São Paulo. Los paseos junto a él me ayudaron a comprender la figura de su padre. La localización de Víctor y el viaje fueron posibles gracias a Aser Álvarez.

Sin la visita que realicé a Rosa Fernández Pou, en enero de 2022, no hubiera sido posible comprender al Noé. A través de sus ojos pude imaginar la vida de ese niño que pescaba en la ría de Arousa. Debo agradecer a Higinio este encuentro y a su prima Blanca que me hablara de su padre, Manuel, a quien me hubiera gustado conocer, pero que, de algún modo, conocí, pues permanece vivo en la memoria de su hija.

En abril de 2022 me encontré en Friburgo con Enrique Fernández

Ackermann, quien, con su guitarra, me recordó los viejos boleros que su padre cantaba.

En agosto de 2022 recorrí la Venezuela de Sotomayor. Muchas son las personas que me acompañaron en este viaje y con las que compartí largas conversaciones. Sin la inteligencia de Mayte y Marlitz Fernández el relato habría sido más pobre; sin Beatriz Hidalgo la novela no existiría. En este viaje tuve como cómplices a Sergio Dahbar, Diomedes Cordero, Carlos Mariano Barazarte y Alberto Sainz.

En todo momento me acompañaron las fotografías de Federico Fernández Ackermann. Tengo la convicción de que la sensibilidad de su obra influyó y orientó mi escritura. Una muestra de su trabajo se puede encontrar en el libro *Meu pai, o exiliado. Seu fillo, o fotógrafo* (Federación Galega de Asociacións de Emigrantes Retornados, 2020), que cuenta con un elegante prólogo de Xurxo Martiz, que me fue de utilidad en los inicios de la investigación y ayudó a que me hiciera muchas preguntas. Asimismo, debo agradecer a Xurxo su colaboración para localizar a los familiares de Sotomayor.

En cuanto a la crónica del secuestro, muchas personas la han escrito y contado antes que yo; pero mención destacada merece Xavier Montanyà, que, además, puso a mi disposición su archivo personal. Su ensayo *Pirates de la llibertat* (Empúries, 2004) es un libro imprescindible para comprender el origen y contexto del DRIL. Este texto me orientó en la reconstrucción del asalto. Gran parte de los detalles e informaciones de los que me he servido para escribir las páginas dedicadas al secuestro son mérito exclusivo de Xavier. Las hemerotecas de los diarios y revistas de la época también me fueron de utilidad a este respecto. Las crónicas más interesantes son las de las revistas *Life* y *Paris Match*. De ellas me he ayudado. También he extraído muchos detalles y anécdotas recogidos en los

libros publicados por tres de los protagonistas de esta historia: Galvão, que escribió *Santa María: my crusade for Portugal* (The World Publishing Company, 1961); Camilo Mortágua, autor de *Andanças para a liberdade* (Esfera do Caos, 2009); y Sotomayor, que escribió la narración más completa de todas las citadas: *24 homens e mais nada* (Abrente, 2010), libro que es una nueva versión de la historia que publicó Akal en 1978 bajo el título *Yo robé el Santa María*, y de donde extraigo varios datos y citas referidas en el capítulo dedicado a la señora Roche. La crónica de este libro, por tanto, tiene mucho de collage de las distintas versiones que he leído durante años.

Aunque de menor interés, también es necesario citar la obra de otro de los asaltantes, Francisco Rico, que en 1966 publicó en Caracas el libro *El asalto al Santa María* (FIJL). Asimismo, me fueron de utilidad algunas informaciones recogidas en *The floating revolution* (McGraw-Hill, 1962), crónica periodística cuyo autor es Warren Rogers, y que se centra en las vivencias de los pasajeros norteamericanos.

En la reconstrucción de la historia de Galvão me ayudé de la biografía escrita por Francisco Teixeira da Mota, *Henrique Galvão, um herói português* (Oficina do Livro, 2011), a quien agradezco su afecto y generosidad. Una tarde de primavera, en Cais do Sodré, pasamos varias horas hablando y hojeando un álbum con fotos del capitán. Asimismo, me apoyé en el libro *O inimigo n.º 1 de Salazar* (A Esfera dos Livros, 2010), de Pedro Jorge Castro; y en *Henrique Galvão: o intelectual, o político o revolucionário*, de Adrião Pereira da Cunha (Afrontamento, 2025). También fue esencial la lectura de los cuadernos que Galvão escribió durante su cautiverio (*Diário de Peniche*, *Crónica de horas vazias* o *Grades Serradas*), así como la consulta realizada en el Archivo Nacional Torre do Tombo, en la que

dispuse de la orientación de los profesores Diogo Noivo y Maria José Oliveira.

En cuanto a Pepe Velo, el trabajo más completo es la biografía realizada por Antonio Piñeiro (*Pepe Velo, pensador, soñador e mestre revolucionario*, Xerais, 2000), quien tuvo el exclusivo mérito de recuperar una figura del todo olvidada.

En la descripción de los pasajes dedicados a Sotomayor me he servido de su archivo personal, que se encuentra depositado en el Arquivo da Emigración Galega, a cuyos trabajadores agradezco su tiempo y profesionalidad. También me ayudó la documentación proporcionada por su familia, a quien reitero mi gratitud y cariño. Espero que este relato no les incomode y que comprendan que esta novela es una fabulación y yo sólo un fabulador más entre tantos.

Pensar y comprender la Galicia del Paleta no hubiera sido posible sin la ayuda de Antón Mascato, cuyo libro *Atila no Grove* (Positivas, 2019) me ubicó en el contexto político y social previo a la Guerra Civil. Él fue quien me recomendó el libro *Héroes e mártires* de Elixio Villaverde (Tórculo Edicións, 1995) y orientó e inspiró en el relato de la infancia de Sotomayor. Antón también se desplazó a diversos archivos de Galicia y me ayudó a obtener copia de varios documentos. Esta novela le debe mucho a su disposición e inteligencia, idéntica o, cuando menos, muy parecida a la de Rodrigo Mascato.

Sin Antonio Muñoz Sánchez y las personas a las que este me dirigió (Raphäel Spina y Fabian Lemmes) no hubiera sido capaz de interpretar los documentos relativos al paso de Sotomayor por Auschwitz, e imaginar así cómo pudieron ser aquellos días. Antonio me envió la ficha sin la cual no habría podido avanzar en mi investigación, me recomendó lecturas y descifró textos, y también me ayudó a comprender la organización interna del campo, la

existencia de trabajadores civiles, forzosos y no sólo de deportados. Me ayudó, por tanto, a penetrar en la *zona gris*.

Rosa Torán me atendió con gran amabilidad en la sede de la Amical de Mauthausen de Barcelona.

Victoria Fernández Díaz me ayudó a conocer la historia de los marinos republicanos exiliados en Argelia y Túnez.

Debo agradecer también la colaboración de Carlo Greppi, Alban Sanz, Miquel Serrano, Jochen Lehnhardt, Christèle Potvin, Margarita Teijeiro, Tucho Calvo, Francisco Macías, Manuel Teira y Cyrille Le Quellec.

Asimismo, debo reconocer el trabajo y la dedicación de los empleados de los múltiples archivos consultados, cuya cita se haría demasiado extensa. Por su especial interés destacaré la ayuda de los trabajadores de los siguientes archivos: General de la Marina Álvaro de Bazán, Navales de Cartagena y Ferrol, Militares de Segovia y Guadalajara, General e Histórico de Defensa, Central del Cuartel General de la Armada, General de Catalunya, de la Fundación Pablo Iglesias, históricos del PCE, UGT y PSOE, General de la Administración, del Centro Documental de la Memoria Histórica, Arolsen, de los departamentos del Sena Marítimo, Loira y Pirineos Orientales, del Servicio Histórico de la Defensa de Francia, del Instituto Fritz Bauer, de Auschwitz-Birkenau, de la Fundación francesa por la Memoria de la Deportación, Nacional de Francia, Nacionales de Francia del mundo del Trabajo, de la ciudad de París, de la Prefectura de Policía de París, del Estado de São Paulo, Nacional de Brasil, del estado de Hesse (Alemania), de la Fundación Mario Soares y Nacional de Portugal de la Torre do Tombo.

Aparte de los trabajos citados, al menos otros tres creadores se han ocupado del asalto: Margarita Ledo, con su documental *Santa Liberdade* (2004), quien compartió conmigo su fascinación por esta

historia y sus personajes, y me proporcionó material inédito; Miguel Bayón con su obra de ficción *Santa Liberdade* (Planeta, 1999), y Roberto Vidal Bolaño con su pieza de teatro *Mar Revolto*.

De modo que esta novela es sólo una versión más de lo que a aquellos tres hombres les sucedió.

Xesús, Alba, Bernat, David, Xavi, Antonio, Álvaro, Miqui y Pablo leyeron distintos borradores de este texto y ayudaron a mejorarlo. Iker, además de eso, me desembarcó en Castries.

Aroa soportó mensajes de madrugada –a ver qué te parece esto, mira de lo que me he enterado– y siempre contestó.

Xosé Luís Suárez Canal permitió desinteresadamente la reproducción de la fotografía que ilustra la cubierta.

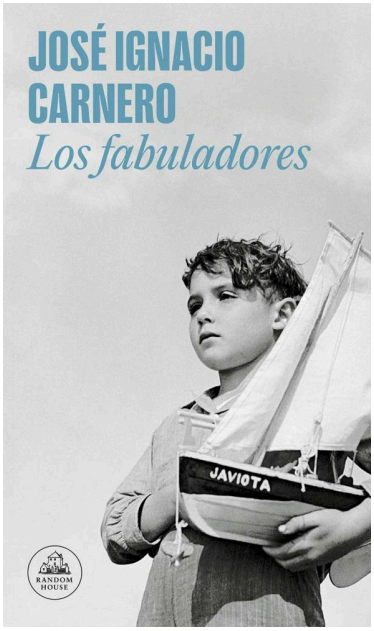
A quienes han participado en la producción de esta novela como parte de Random House les agradezco su dedicación y paciencia.

A Miguel, Carme y Albert: gracias por vuestra confianza y pasión por el oficio de editores. Cada encuentro con vosotros es motivo de alegría.

A Roberta le debo haber encontrado un narrador para este texto; pero, sobre todo, que lo soportara y le hiciera sentirse acompañado y querido. Para ella este trago de mezcal.

Barcelona, 4 de octubre de 2025

Tres hombres. Una revolución imposible. Una verdad imaginada. «Una historia oculta de nuestro siglo xx y un escritor en plena maestría de su oficio».
Ignacio Peyró



La madrugada del 22 de enero de 1961, veinticuatro exiliados españoles y portugueses secuestraron un transatlántico en el Caribe con la intención de iniciar una revolución para derrocar las dictaduras de Franco y Salazar. El plan era audaz, casi inverosímil. Durante el asalto, un tripulante murió y otro quedó gravemente herido. Los secuestradores decidieron entonces, según su relato, renunciar a la revolución por salvar la vida de ese hombre.

Esta es una historia real.

En un excepcional cruce de géneros narrativos, a caballo entre la

novela de aventuras, la crónica periodística y la biografía, José Ignacio Carnero despliega su talento y nos ofrece un libro lleno de ritmo y precisión, construido en torno a los tres protagonistas del secuestro, sus hazañas, sus miserias, sus errores y sus mentiras.

Más allá de la crónica de un episodio extraordinario, esta novela es una indagación sobre el poder de la imaginación: aquello que nos impulsa a actuar, que puede abrir horizontes o cegarnos. Quizá no hay revolución más íntima —ni más peligrosa— que la de quienes deciden creer en su propia fábula.

La crítica ha dicho:

«Pocas veces suceden libros como este: único en su mirada al atravesar la Historia y brillante para contárnosla. Una novela que sigue el rastro de tres hombres que acometieron una aventura imposible en aquellos tiempos en los que todavía sabíamos hacia dónde quedaba la utopía».
Aroa Moreno Durán

«Una rigurosa y vibrante indagación sobre los límites del heroísmo».
Ignacio Martínez de Pisón

Sobre el autor y su obra han dicho:

«Cuánta belleza destila la literatura de José Ignacio Carnero. Con qué delicadeza hilvana esta historia tan poderosa que es *Hombres*

que caminan solos».
Laura Ferrero

«Ojalá Carnero no se agote como autor en este libro tan personal porque tiene pulso, estilo y talento».
Revista Leer

«Carnero hace aflorar la belleza en los momentos más inesperados. Da igual si es imposible advertirla, él la crea donde no la hay. Es la esencia de la literatura».
Juan Tallón

«Ampliando la personalísima poética que inició en *Ama*, José Ignacio Carnero trae en *Hombres que caminan solos* un noble e imperdible relato sobre el ocaso de la masculinidad».
Antonio J. Rodríguez

«Para eso se escribe, para honrar a los muertos y comprender a los vivos. Para entender, más allá de la superficie, qué cruje dentro de alguien y lo ahoga de infelicidad. Para eso también leemos. Y este libro, durísimo y preciso, con un humor negro y sin embargo luminoso, nos consuela y nos dice: Yo también siento eso que nadie dice».
Miqui Otero

José Ignacio Carnero (Bilbao, 1986) es licenciado en Derecho Económico por la Universidad de Deusto y actualmente ejerce como abogado en Barcelona. Ha publicado una crónica de viajes titulada *La luz de Lisboa* (Cuadernos Livingstone, 2016). *ama* (Caballo de Troya, 2019) es su primera novela.

Primera edición: mayo de 2026

© 2026, José Ignacio Carnero
Edición publicada c/o SalmaiaLit, Agencia Literaria
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © José Suárez, *Javiota* (detalle) de la serie *Mariñeiros* ca.1936.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4191-6

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Los fabuladores

Prólogo

Primera parte. Lo que no existe

- I. El capitán
- II. El poeta
- III. La señora Roche
- IV. El comandante
- V. El asalto
- VI. La utopía
- VII. Los justos
- VIII. Sobrevivir a la utopía
- XIX. La promesa
- XX. El gran carnaval

Segunda parte. Lo que existe

- I. Galvão
  - 1. Camilo Mortágua
  - 2. El cazador de elefantes
- II. Velo
- III. Sotomayor

1. El héroe
2. El preso 4648
3. El Noé, el Paleta, el hijo bastardo

Epílogo

Agradecimientos y bibliografía seleccionada

Sobre este libro

Sobre José Ignacio Carnero

Créditos